

Remembranzas

Eduardo Ibarra Aguirre

Forum Ediciones



Remembranzas

Remembranzas

Primera edición digital: Octubre de 2012

© Eduardo Ibarra Aguirre

© Forum Ediciones SA de CV
Prolongación Canal Nacional 192
Edificio 1-D-40. Colonia Santa Anita
08300 México, DF.
Teléfono: 55 38 89 63
forum@forumenlinea.com
www.forumenlinea.com

Diseño de portada e interiores:
Héctor Quiñonez Hernández

Remembranzas

Eduardo Ibarra Aguirre



FORUM

© Forum Ediciones SA de CV

Remembranzas

Eduardo Ibarra Aguirre

A todos los que hicieron posibles estas vivencias de varias generaciones de los siglos XX y XXI. Las rescato tal y como las recuerdo o como mis mayores me las transmitieron.

A pedacitos

Para Angélica

En estas páginas se cuenta más sobre fallecidos que de vivos.

Muertos es un decir. Biológicamente es irrevocable. Pero en la medida que ocupan cada vez más espacio en nuestros recuerdos, están más vivos que nunca. Y están más vivos en los sueños y las remembranzas porque con la partida a dos metros bajo tierra o al ancho mundo terrenal por el que se esparcieron las cenizas, no sólo se reintegraron a doña Natura, estimulando otras formas de vida, sino que se llevaron un poco o un mucho de nosotros.

Contados, pero también existen los generosos altruistas que donaron parte de sus órganos para prolongar la vida de otros seres humanos. Parcialmente permanecen en otros.

La muerte no es una señora despreciable que un día se presenta súbitamente y como si te propusiera bailar una pieza, te invitara a partir. Ni siquiera a los convencidos de la existencia de otra vida en *el más allá* –o el más acá– que nunca conoció el hombre o la mujer en ninguno de los mundos realmente existentes.

No. Partimos en pedacitos. Cada recuerdo, cada sueño sobre los seres queridos, aunque también existen los despreciados que partieron primero que tú, es una vivencia grata o ingrata que se alojó en la inmensa y compleja recámara de la memoria para no dejarlos ir totalmente.

La gran batalla cotidiana en el cajón de los recuerdos que cada día crece, más y más, con *idus* no de marzo sino de todos los meses, es también porque se llevaron un pedacito de nuestra vida, de las vivencias de una corta o larga vida, vital, intensa y hasta gris.

El corazón se paraliza en un momento y deja de latir para siempre. Sólo que los latidos que le precedieron, la ciencia y tecnología aún no atinan a saber cuántos fueron.

Nos vamos a pedacitos. Y los que partieron primero se llevan parte de nuestras vivencias, de nuestra vida.

En estas páginas están la mayor parte de los míos. Aquellos que marcaron su impronta en el molde inacabado que somos.

También hay ausencias parciales. Como la del organizador político David Martínez Jalomo. Un hombre entregado a sus tareas que terminó definido por Arnoldo Martínez Verdugo –el pintor, político e historiador sinaloense– en la afortunada frase: El alma del PCM en Tamaulipas.

Tan lo fue que pospuso una y otra vez el indispensable y urgente tratamiento médico frente a un malestar creciente. En la raya, optó por llevar del Distrito Federal al norte el número uno de *Oposición*, de abril de 1970, en el que Rogelio Naranjo mostraba en la portada a un Luis Echeverría Álvarez desplazándose más hacia la derecha que a la izquierda.

Llegaron los ejemplares del semanario a Tampico-Madero antes que el candidato presidencial. Pero David –el paciente explicador de las dudas e interrogantes que le formulaban los muchachos casi hasta el amanecer,

acompañado de un *Delicado* sin filtro—, ingresó al hospital cuando la peritonitis no tenía ningún remedio.

O Blanca Cervantes Talavera. La enfermera guerrerense del Seguro Social que en plena juventud, sin despedirse del novio, decidió incorporarse al Partido de los Pobres, el de Lucio Cabañas Barrientos, no el de ahora. Integrada a la guerrilla se enamoró del comandante y ofrendó la vida por ambos.

Y la aragonesa Fuyola, nacida en Huesca, quien llegó como miles de republicanos españoles al puerto de Veracruz y se instaló en Morelia, junto a los famosos niños, en noviembre de 1939. Comunista de toda la vida, de las imprescindibles, diría el dramaturgo y poeta Brecht, al año siguiente se registró como Encarnación Martín Miret, en sustitución de su verdadero nombre: María de la Encarnación Isabel Danilisa Fuyola Miret.

Ellos y otras se llevaron también trozos de la vida nuestra.

Porque, insisto, nos vamos a pedacitos. Hasta que termina el ciclo vital. La prolongada en el tiempo individual, muy corta en el espacio histórico, caminata que emprendimos desde la concepción.

Daca la cula

La raíz paterna del clan –que en su acepción irlandesa significa familia– Ibarra Aguirre se remonta a Francisco Ibarra Guerra.

Él vivió en Bonanza, Concepción del Oro, Zacatecas.

Como todos los negocios de la época, la Mercería Ibarra ostentaba con orgullo el apellido del abuelo paterno. Dicen que era un negocio grande para una población pequeña.

Con Maximiana Torres procreó a Francisco, un exitoso y avaro comerciante –hasta tocar la frontera de la miseria humana–, que terminó su ciclo en Ciudad Juárez, Chihuahua, después de amargarle la vida a más de uno; a Emigdio, un joyero apacible, masón activo y buen hombre; y a Catarino, inquieto ciudadano que lo mismo reportó y fue jefe de redacción de un semanario, que dirigió un sindicato y realizó lecturas de *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, de Carlos Marx, y *Qué hacer*, de Vladimir Ilich Ulianov, mejor conocido como *Lenin*.

En la primera oportunidad, su suegra, la abuela Anita, le quemó todos sus libros. Mucho más tarde, incineró una colección de *La Voz de México*, de 1966-67, aprovechando que el dueño se encontraba en Berlín.

Como su padre, Catarino terminó de comerciante bajo la férula del autoritario hermano mayor.

Con una abuela política que no conocí, como tampoco recuerdo a su marido, tuvo a Horacio y *Gononina*, mas los Ibarra Torres nunca los reconocieron. Así dictaba la intolerancia familiar predominante.

La ruta geográfica del trío de hermanos pasó por Durango, Gómez Palacio y Lerdo, Durango; Parral, Chihuahua; Parras, Coahuila; y Matamoros, Tamaulipas.

La vasta descendencia directa de Catarino y Graciela –hija única de Alfonso Aguirre Benavides, villista converso como sus hermanos Eugenio, Adrián y Luis al carrancismo triunfante en 1917–, y Ana María Chávez Espinoza, la integran 10 hermanos, 39 nietos, 60 bisnietos y 22 tataranietos. Más los que se acumulen mientras la mata siga en su reproducción vital.

El clan se esparce por México y Estados Unidos. Sus raíces inmediatas descansan en Matamoros y Brownsville, ciudades vecinas desde hace dos siglos y seguramente por muchos más.

Ibarra Guerra no se conformaba con las ventas directas que realizaba en la mercería, también vendía en abonos la mercancía a sus clientes y él mismo se ocupaba de la presuntamente ingrata tarea de cobrar, semana a semana, los pagos pendientes. Recorría las rancharías y los jacales de Bonanza y de Concepción del Oro en busca del ansiado pago.

El viejo prefería realizar él mismo estas visitas para cobrar, sin depender del empleado que desde entonces –y aún ahora– recibe el sobrenombre de abonero, cuando casualmente los maridos se encontraban en las labores del campo, en las tierras que les eran ajenas, propiedad de terratenientes prósperos que no habían sido molestados por el reparto agrario de la joven revolución triunfante.

Las endeudadas esposas le explicaban que, por enésima semana, no podrían abonarle porque el jornal del marido no les alcanzaba. Le rogaban que tuviera paciencia. Pedían que las esperara una semana más.

Y probablemente esperaba una, dos, tres, no sé cuántas semanas.
Cuentan mis mayores que la negociación siempre terminaba con las escuetas, agraviantes frases:

–¿Tienes el abono?

–No, *siñor*.

–*Tons daca la cula*.

Y le pagaban. Exactamente como lo exigía. Junto al metate.

El profesor

Expulsado de México por el gobierno de Emilio Portes Gil, en enero de 1930, Julio Ramírez se concentró en las labores que le encomendó la Internacional Comunista.

Más tarde, terminó dando clases en la Escuela de Cuadros; así denominaban a la que capacitaba dirigentes de los partidos afiliados a la estructura internacional creada bajo el impulso de los bolcheviques –mayoritarios– rusos en convergencia con los de otras latitudes. Sólo en la propaganda de la época y en el simplismo en boga cabe la idea de que unos dirigían y otros obedecían las consignas trazadas desde el Kremlin. La estrechez y el maniqueísmo siempre privan al hombre y la mujer de la posibilidad de conocer los hechos en toda su complejidad.

Entre los alumnos a los que Julio Rosovski daba clases se encontraba el mexicano Evelio Badillo. Un buen día el alumno tuvo la ocurrencia de pintar en la pared del baño: ¡Viva Trotski!

Corrían los primeros años de la década de los 40. La Unión Soviética estaba invadida por la tropas nazis. La *Gran guerra patria*, como allá la denominaban, marchaba con altísimos costos materiales y sobre todo humanos que llegaron a sumar 20 millones de vidas.

En ese clima de confrontación bélica los matices eran, lamentablemente, secundarios. La crítica descarnada y a la vez lúcida de León Davidovich Trotski, contra las políticas centrales de autodefensa del poder soviético a cargo de Iosif Visarionóvich Dzhugashvili, mejor conocido por el seudónimo de *Stalin*, puso a la orden del día la peligrosa ecuación: O estás conmigo o estás contra mí.

El estudiante mexicano fue interrogado, seguramente al viejo y eficaz estilo hecho célebre en el mundo entero, y a las primeras de cambio señaló al profesor como el autor intelectual del letrero en la pared del baño, para librarse de la presión.

Julio Ramírez, como se le conoció en Puebla, Tlaxcala y el Distrito Federal al eficaz organizador de las filas del comunismo mexicano, llegó a tierras aztecas procedente de Odesa, acompañado de sus padres que huían de Ucrania ante la inminencia de que los bolcheviques tomaran el poder, pero más que nada, a causa de la agobiante falta de empleo.

En México se entregó a la misma corriente ideológica causante de que sus padres emigraran para ponerlo a buen resguardo. Aquí conoció persecuciones y cárceles. Compartió tareas y compartió alegrías con el cubano Julio Antonio Mella y con la fotógrafa italiana y destacada activista Tina Modotti.

–Paseaba semidesnuda por la sala donde conversábamos, era de una belleza impresionante –comentaba Julio acerca de la compañera sentimental de Mella.

Julio también compartió con el pintor Xavier Guerrero y el italiano Vittorio Vidali, los sindicalistas Miguel Ángel Velasco y Valentín Campa; los dirigentes comunistas Rosendo Gómez Lorenzo, Rafael Carrillo y Hernán Laborde; con el primer círculo de las luchas sindicales y populares, con la comprometida intelectualidad de los años 20 del siglo pasado.

De aquí lo expulsó, tras encarcelarlo en el mero Palacio Nacional, Emilio Portes Gil, presidente provisional. (Julio sonreía divertido porque Pedro Reyner Vamos, el yerno del tamaulipeco, fuera militante reservado del PCM y visitara Moscú en 1978, donde Rosovski pasó junto a Klava el último cuarto de siglo de su vida).

Pero nunca imaginó el ucraniano del puerto de Odesa que sus propios compañeros soviéticos lo sometieran a interrogatorios, tortura, encarcelamiento y deportación en Siberia. Lo trataban como a un traidor del partido de los comunistas y del Estado soviéticos.

Julio sólo imploraba:

–Camaradas, déjenme luchar. Deseo ir al campo de batalla. Necesito defender a mi patria. Combatir a los invasores nazis.

Lo contó una o dos veces nada más, durante 1977-79. Sus ojos se le humedecían discretamente. Su voz entrecortada mostraba un profundo dolor humano, antes que ideológico o político.

–Hermano. Fue la peor tortura que pudieron hacerme. Impedir que luchara con el fusil en la mano por mi país.

Después del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Julio Rosovski, primero, Julio Ramírez, enseguida y, finalmente, Julio Gómez fue rehabilitado y reivindicado por sus compañeros, quienes le reconocieron una trayectoria que lo condujo a cambiar de apellido paterno, desde la más conmovedora sencillez y tenacidad, en tres etapas bien delimitadas de su vida como combatiente.

Su frágil corazón nunca superó aquel doloroso episodio y dejó de latir el 23 de enero de 1985.

El tío

Célebre por ser la sede del *cártel* del Golfo, la fronteriza Matamoros, Tamaulipas, a la que los nativos orgullosos le anteponen la H de heroica y aclaran que lo es tres veces porque los antepasados resistieron primero a los ocupantes franceses, y dos más la invasión de la soldadesca estadounidense, esta localidad nunca pudo sobreponerse a que los hombres de Juan García Ábrego sentaran allí sus reales.

La ocupación de esta ciudad por el *narco* se remonta a cuando Juan N. (Nepomuceno) Guerra, mejor conocido como *Don Juan* o *El padrino*, tío de García Ábrego, era amo y señor del contrabando, ponía y quitaba autoridades y funcionarios de cargos de elección popular, eliminaba a sangre y fuego a sus competidores y enemigos en el negocio de las refacciones automotrices, entre otras lindezas.

Un alcalde se afanó –a mediados del siglo pasado– en trasladar a las asalariadas del sexo, que laboraban en el primer cuadro de la ciudad, a una zona de tolerancia.

Todo marchaba muy bien. Sólo que ignoró el rechazo de *El padrino* y el alcalde amaneció asesinado. Matamoros se quedó sin zona de tolerancia y sin municipio.

A un comandante aduanal no le llegaron al precio para pasar a media noche por la recién estrenada Puerta México, con sus oficinas hechas a base de cristal, varios tráileres cargados de piezas automotrices de la vecina Brownsville, Texas –Villa Café le llama el matamorenses Arturo, un obrero portuario radicado en Houston.

La infructuosa negociación terminó en recordatorios a las autoras de sus respectivas vidas y, por supuesto, con amenazas de muerte de un bando y del otro. El primero era de las autoridades aduanales de la Secretaría de Hacienda. No por ello dejaba de actuar como banda.

El padrino ordenó a sus muy bien armados y temidos hombres que los tráileres cruzaran la aduana y abrieran, simultáneamente, fuego hasta hacer añicos los imponentes cristales.

La orden se cumplió. El comandante aduanal fue removido de la plaza pero no destituido del grado de comandante ni de extorsionador, adjetivo que bien podría calificar también a los subordinados que, a la luz del día, revisaban con la mano derecha las bolsas que contenían las despensas de los trabajadores y sus familias, mientras que con la izquierda recibían dólares. Nadie era más odiado por estos rumbos que los agentes aduanales.

Entonces, ninguna voz oficial ni tamaulipeca ni federal, montaba siquiera escenográficamente operativos militares o policiacos para acotar, y mucho menos para enfrentar el embrión de lo que hoy domina –sin hipérbole– el panorama nacional.

Nunca se ha desmentido –ni en público ni en privado–, la estrechísima relación entre Raúl Salinas Lozano y Juan N. Guerra.

–*El padre del padre de la patria* –le denominó Carlos Ferreira, el reportero mutado a exitoso jefe de comunicación social, cuando aquél fue senador y su hijo despachó en Los Pinos.

Tan cercana fue la relación entre *don Raúleone* y Juan, que los descendientes del primero: Raúl, Carlos, Enrique, Sergio y Adriana le decían tío a Nepomuceno.

La voz popular hizo célebres los viajes que los niños Salinas de Gortari realizaban desde Agualeguas, Nuevo León, hasta el rancho del temido y, por ello, respetado cacique. Cuenta la leyenda que ocupaban varios días porque se desplazaban a caballo y de noche acampaban para descansar.

Mito o realidad, el hecho es que durante la presidencia de la otrora *Hormiga atómica*, después conocido como *El genocida de Dublín*, sólo fueron combatidos los *cárteles* que operaban en el Pacífico mexicano. Y cuando fue cateado el rancho de Guerra únicamente le fincaron responsabilidad judicial por tener en la casa una pistola .45, de uso reglamentario del Ejército.

De risa loca. Era el sexenio del saqueo de las riquezas públicas, nacionales, para propósitos extraordinariamente privados. Es, se decía mañana, tarde y noche, la ruta que conducirá al país al idolatrado *primer mundo*.

Pero hoy son tiempos de ruptura de los pactos no escritos, los verdaderamente importantes, entre el poder público y los barones de la producción y tráfico ilícito de estupefacientes y sustancias sicotrópicas, en los que sólo se exhiben a algunos de los *capos* operativos.

Y ayer, en la segunda mitad de los años cincuenta, seis de los nueve hijos de don Catarino, vivían a dos cuadras de la plaza Allende, la de los sectores populares, y tres cuadras más adelante estaba y continúa ubicado el mercado Juárez, donde en la madrugada se ajustaban cuentas, bajo el martilleo de las metralletas, entre los competidores y enemigos de *El padrino*, el más sanguinario cacique que se recuerde en aquella ciudad que todavía busca ser puerto. Otro era el cacique sindical Agapito González. Al lado del primero, éste resultaba caricaturesco.

Desde Miguel Alemán Valdés hasta Vicente Fox Quesada, todos los candidatos presidenciales que después despacharon en Los Pinos, prometieron hacer de la antigua Bagdad un puerto. La paciencia es infinita. Siempre llega la gota que derrama el vaso. Y nuestros gobernantes lo olvidan.

El séptimo de los 10 hijos de don Catarino se despertaba sobresaltado con frecuencia en horas de la madrugada, por el estallido de los plomazos y las ráfagas de metralleta, mientras la mano protectora del padre le acariciaba la cabeza y le decía:

–No pasa nada. No pasa nada. Ya duérmase, cabrón muchacho.

Transcurrió medio siglo y los bisnetos del *cártel* expandieron sus tentáculos por toda la geografía nacional, coparon y ocuparon todos los espacios que el Estado y sus representantes declinaron por omisión y, acaso, por comisión.

Los paisanos siguen allí, sin el prometido puerto. Con el orgullo lacerado porque la voz popular impuso el nombre de *Motamoros*, *Mataulipas* a la tierra de hombres y mujeres laboriosos y de éxito, sin que formen parte de las excrecencias de *El padrino*, sus herederos y el *cártel*.

Macieles

Justo a la mitad del siglo XX, Alfonso Ornelas oficiaba como párroco en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, frente a la plaza Allende, la de los sectores populares de la fronteriza y tamaulipeca Matamoros.

Un día reservado para los niños y niñas, se presentó al confesionario una niña bajita, güerita y regordeta, con sus primeros ocho años de edad. *Miana* le decían sus padres y familiares. Ella traía atravesado entre el cuerpo y lo que muchos años después sabría que es el *alma*, hechos que estaban muy lejos de sus entendimientos pero que al suceder en el entorno inmediato, familiar, como es frecuente, la confundían hasta provocarle un *vía crucis* mental.

La niña suponía que los hechos sucedidos contra su voluntad deberían de ser muy malos frente a Dios y al señor cura que lo representaba en esta pequeña tierra. Mientras Roberto Cisneros Gutiérrez permanecía acostado, desnudo, con su esposa, cubiertos los dos nada más por las sábanas, tocaba todas las partes que se le antojaban del pequeño cuerpo de *Miana*, con aquellas gigantescas y bruscas manos. Guadalupe, la esposa, para cubrir el expediente se limitaba a decir:

–Roberto, ya deja a la niña en paz.

De los tocamientos, el primo político pasó a obligar a la niña a que le succionara el pene, porque “es como una paleta” y naturalmente que con el visto bueno y en presencia de su mujer.

La niña no aguantó más y le platicó a María de Jesús lo que le hacía su hijo. Ésta reaccionó enseguida como mala actriz de radionovelas:

–Mira, recabrona: si tú le dices una palabra a *tu padre*, te mato.

Era capaz de todo con tal de proteger al hijo que muchos años después la dejó literalmente en la calle, en Ciudad Juárez. Por algo le decían *La tía Chucha*. Y casi todos le temían.

A la enorme confusión de la niña se sumó el pavor. Francisco, *El tío Pancho*, consanguíneo, convertido en “tu padre” por los soberanos ovarios de su mujer, era la otra persona que podría ayudarla. Imposible decirle una sola palabra. La tía era temida y temible.

Pasaron las semanas y los meses. Finalmente, tras mucho pensarlo, fue a compartir la loza que cargaba sobre su infantil espalda. Acudió con el *padre* Ornelas, como le decía medio Matamoros.

Tras una espera que se le hizo interminable, finalmente le tocó su turno.

Hincada frente al sacerdote sentado y con los diez dedos de las manos unidos, de los que sobresalía una aguamarina de su mano izquierda, la niña empezó a platicarle con voz baja, inocente, todo lo que recordaba le había hecho Roberto con la anuencia de la esposa, ambos evidentemente mayores de edad.

En la medida que la abusada sexualmente reconstruía vivencias y prácticas que no entendía, empezaba a sentir la ligereza de su cuerpo al recobrar la armonía que había roto abruptamente un pederasta, contando con la protección de la mujer que lo parió.

Unos cuantos minutos duró el reencuentro de la niña consigo misma hasta que un creciente aunque reprimido jadeo llamó su atención. Levantó la vista:

Ornelas, *El padre* de los lujosos anillos que sólo le podían besar las mujeres, sostenía en una mano algo parecido a lo que ella debía obligadamente llevarse a la boca porque “es como una paleta”.

Con la otra mano Ornelas acariciaba suavemente los minúsculos botones que empezaban a brotarle a la niña a la altura del pecho.

Eran años en que el fundador y líder la Legión de Cristo, Marcial Maciel Degollado, predicaba ilimitadamente con el ejemplo que trascendía a muchos puntos de la geografía nacional. Él le decía a sus monaguillos:

–El semen que te voy a sacar, me lo recetó el médico para curar mis dolencias, hijito.

La ahora bisabuela, por catorceava vez, cuenta sin inhibiciones:

–¡Imagínate! Un hijo de la chingada me obligó a que le chupara el pito y otro cabrón enfermo, peor que el primero porque usaba el nombre de Dios en vano, se masturbó frente a mí, manoseándome mientras me confesaba.

Cabellera por *El ratón*

Vitoreado en el triunfo y apapachado en la derrota fue la irrepetible condición de Raúl Macías Guevara.

En su carrera boxística como profesional –del 10 de noviembre de 1952, en Culiacán, Sinaloa, al 28 de febrero de 1959, en el Distrito Federal–, *El ratón* sorprendió al país entero cuando aquella noche, en la Arena México, anunció a sus 17 mil seguidores reunidos allí, el sorpresivo retiro de los cuadriláteros.

Su récord deportivo era impecable: 43 peleas realizadas y 41 triunfos, 25 por la vía rápida. La popularidad rayaba en la idolatría como probablemente nadie en el box la volvió a conocer.

Las causas de su retiro, entonces, fueron otras y él las explicó: “No fue una decisión repentina. Estoy triste porque han sido 14 años en el boxeo –siete en el amateur– pero me voy porque mi madrecita enferma me lo pedía. ¿Cómo iba a negarme a su súplica nacida de la angustia? Ella tiene diabetes que se recrudece cada vez que yo peleo”.

Su ascendiente popular se puso de manifiesto desde la primera pelea que ofreció en la Arena Coliseo, imponiendo récord de asistencia en las funciones de los miércoles y antes de los 11 meses del arranque como profesional de los guantes se coronó campeón nacional de peso gallo y fue ubicado entre los 10 mejores de su división a escala global.

Enseguida ganó el título de Norteamérica. Previa venta de 55 mil boletos en sólo dos días, aseguran algunos de los cronistas sobre el 26 de septiembre de 1955 en la Plaza de Toros México. Pero no explican dónde fueron colocados tantos asistentes.

El cronista Antonio Andere lo describió con la grandilocuencia característica de aquel tiempo, de esta manera: “Más de 50 mil almas apretujadas en una Plaza México, que era por sí sola un espectáculo monstruoso, se deshicieron, se derritieron en entusiasmo y en locura por la portentosa exhibición que ofreció *Ratón* Macías y lo aclamaron como no han aclamado a nadie en México. A nadie, entiéndase bien”.

Y de allí a la disputa victoriosa del cetro mundial gallo frente al tailandés Chamrern Songkitrat, el 9 de marzo de 1955, en San Francisco, California. El recibimiento fue de multitudes que lo vitorearon en el aeropuerto, igual que tres meses después, cuando fue noqueado por Billy Peacock, sus seguidores también lo festejaron. Adorado en la victoria y más que arropado en la derrota.

Pero “la noche más triste del boxeo mexicano”, ésa se cuece muy aparte. El 6 de noviembre de 1957, *Ratón* Macías fue derrotado por Alphonse Halimi, en duelo de unificación del cetro mundial gallo, y el franco-argelino se impuso por decisión dividida, cuando el de Tepito ya tenía problemas con la báscula.

Con todo y derrota, miles de fanáticos se congregaron en torno al avión y los bomberos los alejaron con chorros de agua.

Dicen los que describieron el ambiente de aquella noche:

“Las calles estaban desiertas y cualquiera hubiera jurado que la ciudad había sido desalojada ante una emergencia. En cantinas, restaurantes, cafés,

cervecerías y en sus casas todo el pueblo se agolpaba alrededor de los aparatos” (de radio).

La frontera Matamoros no fue la excepción.

En la memoria quedó el registro de una triste y larga noche en aquella ciudad de no más de 50 mil habitantes. Y entre ellos Yolanda, quien sacrificó una hermosa cabellera rubia que invadía la cintura adolescente.

–¿Por qué te cortaste el pelo? –Indagó el niño de apenas siete años.

–Porque le prometí a la virgencita de Guadalupe mi cabellera a cambio de que ganara *El ratón*. Perdió y debo cumplirle.

Murió el ídolo acompañado de multitudes. Y con su máxima a flor de labios: Todo se lo debo a mi manager y a la virgen de Guadalupe. Mientras que la seguidora es ahora bisabuela, vive en Houma, Luisiana, y permanece como fiel devota del símbolo nacional.

Para espantar lechuzas

Un infernal calor húmedo, como el de cualquier costa, y la tamaulipeca y fronteriza no tenía por qué ser la excepción, se extendía por el vecindario donde vivían Catarino y Graciela, padres de nueve hijos, en una pequeña casita de madera.

En la noche colocaban en el patio al sexto y séptimo de sus descendientes para que todos pudieran dormir. El muy lejano recuerdo sólo le permite al hijo número siete registrar que dormían en una agradable cama fresca, seguramente de lona, con cuatro patas de madera. Era a espaldas de la Décima, entre Independencia y Victoria, en donde el padre tenía una cantina, a un costado de la tortillería.

Un ligero rocío de las primeras horas de la madrugada hacía más reconfortante el reparador sueño antecedido de minutos que les parecían a los dos niños, largas y tormentosas horas, debido a la profunda oscuridad interrumpida ocasionalmente por el cielo estrellado o una luna espléndida, por los extraños ruidos producidos por el tenue aire y el movimiento en las hojas de un viejo y gigantesco árbol en el que anidaban las aves emitiendo sonidos inquietantes, y que obligaban a los niños a taparse con la sábana todo el cuerpo, hasta la cara.

Cuando desaparecía el desagradable ruido provocado por las chachalacas, lechuzas y otras aves, se destapaban los ojos cuidadosa y lentamente, con más miedo que cuidado, sólo para ver si permanecían allí.

Para su desgracia, lo primero que veían eran los impresionantes ojos verdes mezclados con el color café de la lechuza con su mirada fija, penetrante, amenazadora para ellos.

Aterrorizados se cubrían nuevamente. Y las pláticas y las leyendas de los padres, sin poder distinguir entre unas y otras, agudizaban el miedo hasta hacerlo insoportable:

El vecino, viudo, perseguido siempre por las lechuzas porque se lo querían llevar a quién sabe dónde.

El amo y señor del emporio algodonero, saturado de prostíbulos en pleno centro de la ciudad, que a sangre y fuego imponía a todos su ley, y el contrabando de refacciones automotrices como un medio para apuntalar el abasto al Valle del Río Grande tejano de la verde y demandada yerba.

Doña *Licha*, mejor conocida como *La rusa*, mujer amable, conversadora, de sonora carcajada que todos apreciaban y cuya edad no le impedía ocultar su belleza.

La tortillería de don Luis y su hijo, quien aprovechaba el éxito económico del padre para amargarles el día, tras la noche de terroríficos miedos, a los dos hermanos y a todos los niños pobres del barrio.

Los tacos dorados de carne deshebrada, flautas les llaman ahora, que vendían un par de señoras de gruesos brazos y manos con los que hacían delicias culinarias crepitantes en el aceite hirviendo.

El viudo encontró la mejor forma para ahuyentar a las lechuzas que se lo querían llevar a nunca se supo dónde: colocarse una estampita religiosa en la cara, fijada con un seguro que atravesaba la piel sin asomar la menor señal de

sangre. Y así andaba todo el día. Alimentaba, sin saberlo, la zozobra nocturna de los pequeños insomnes de aquel 1959.

Una madrugada se despertó el séptimo hijo, mientras su padre movía las sábanas para esparcir los inconfundibles olores de una flatulencia y escuchó con voz imperativa pero también cariñosa:

–¡Ya duérmase, cabrón muchacho!

Obedeció enseguida, arrullado tiernamente por agradables ruidos, sin duda, muchísimo más que los otros que lo asustaban cuando dormía en el patio frente a un monstruoso árbol... Muchos años después entendió que aquellos sonidos fueron producidos por una jornada de placer sexual.

Nunca le quedó claro si la condición de testigo involuntario fue la causa de los sufrimientos infantiles que llegaban con la oscuridad, las lechuzas y chachalacas, y los tenues gemidos producidos por el viento nocturno y el de la madrugada.

Sólo registra que hasta hoy es incapaz de dormir sin taparse, por lo menos, los pies con una sábana.

Arena Coliseo

La cantina de don Catarino se encontraba en la calle 10 entre Independencia y Victoria, a sólo cinco cuadras de la Arena Coliseo y era, entonces, paso obligado de todas las estrellas del boxeo y de la lucha libre que se presentaban en la fronteriza Matamoros, de la que era amo y señor del crimen organizado Juan N. Guerra, el tío de Juan García Ábrego, a la luz del día y con la complacencia de los hombres del poder.

Una figura estelar naciente, en 1956, era Ultiminio Ramos. En camino a la Coliseo lo acompañaron cientos de sus seguidores que convirtieron a la décima y al barrio en una romería.

El de Matanzas, Cuba, hizo un alto en el camino para tomarse una de las aguas de fruta, bien heladas para un calor que en verano rayaba los 40 grados centígrados, que preparaban Maximiana y Pascual, la hija y el yerno de don Catarino, y que vendían en un pequeño puesto situado a un costado de la cantina pero separado de ésta.

Como la estrella boxística más tarde mexicanizada, recorrieron aquella calle muchos de sus pares que es mejor omitir para evitar las arbitrarias omisiones que la memoria ya desgastada por el tiempo suele cobrar.

En aquel bullicio boxístico y de la lucha de los encordados, estimulada también por la clientela del Valle del Río Grande, Texas, el séptimo de los hijos de don Catarino y doña Graciela, se resignaba a verlos pasar, si acaso saludarlos e incluso acompañarlos las cinco cuadras restantes del festivo recorrido popular, en el que los niños ponían la nota de la algarabía y la inocencia.

Fue seguramente ésta, la inocencia, la que permitió al niño decirle a su padre que deseaba asistir a una función, y aquél preguntó si todavía había boletos a la venta. La respuesta afirmativa sorprendió al progenitor, quien preguntó el precio de la entrada más barata, en gayola, por supuesto.

Sin la menor conciencia del dinero y las dificultades para ganarlo, aunque en la vida diaria el niño como su familia, integrada por cuatro hermanas y cuatro hermanos, padecieron las estrecheces, verbalizó al padre la cantidad requerida y por el gesto paterno comprendió que era imposible y para que no cupiera duda escuchó “¡Estás loco hijo!”

Cuatro décadas más tarde, el tren de la vida colocó al frustrado admirador de aquellas figuras populares como no existen ahora –y de ninguna manera porque “todo tiempo pasado fue mejor” como es común se presume desde el conservadurismo de los sexagenarios para arriba–, frente a Ultiminio Ramos y Rubén Olivares, alrededor de los micrófonos de Radio Chapultepec y de la improvisada pero audaz conductora de Sin Barreras, quien sencillamente no sabía qué preguntar.

Todo fue expresar lo que el par de boxeadores, en particular el de origen cubano, representaron para los niños de la generación del entrevistador, para que se entablara una conversación amena, rica en experiencias boxísticas y vivenciales de los dos, ante el azoro de Martha Elva González.

Fotografía

Seguramente era una costumbre acudir a la cena navideña del *Tío Pancho*, pero la que mejor recuerda él es la del 56 del siglo pasado. Y sobre todo porque está registrada en la imagen fotográfica que aún conserva.

Los rostros de los cinco colocados en la mesa a la espera de los succulentos platillos son contrastantes, inconfundibles. El niño y su padre tienen una mirada triste, de sabedores que ése no es su lugar, en el que ordinariamente festejarían la noche buena, salvo por su condición de invitados, una vez al año.

Pancho –el hermano mayor de Catarino, padre éste del niño de la camisa de franela de cuadros color café–, tiene la alegría dibujada en el rostro, con el brazo derecho sostiene a la altura de su rostro a Enriqueta, la hija de Roberto y Guadalupe, el dueto de pederastas que le amargaron la vida a *Miana*, la niña de ocho años de edad e hija mayor del segundo y sobrina consanguínea del primero.

Enseguida se encuentra Adriana, la hija menor de Catarino y hermana del niño de la camisa a cuadros y de la abusada sexualmente, con la felicidad infantil dibujada en el rostro y con un pandero en lo alto de la mano derecha. Formada en los valores de la doble moral que practican los tíos *Pancho* y *Jesusita*, no alcanza a distinguir bien a bien que su padre y su hermano están frente a ella.

Es la típica foto de la cena del 24, utilizada para las apariencias llamadas entonces *sociales*, la de una convivencia familiar ausente durante 364 días del año y presente sólo durante unas cuantas horas de una noche.

Jesusita hizo lo indecible para que ese niño no naciera. Persuadió hasta el hartazgo a la madre, también la acosó con el pretexto de que siete hijos eran demasiados. Doña Graciela se mantuvo firme: “Ése muchacho va a nacer y nadie me lo va a impedir”.

La determinación de la embarazada fue afrontada de las peores y más execrables maneras. Intrigó al marido y fracasó *La tía Chucha*. Contrató a un hombre para que se introdujera por la noche a la casa de doña Graciela antes de que llegara el marido para sembrar la duda, la cizaña sobre la paternidad del niño. Tampoco funcionó el ardid de la primitiva espanta cigüeñas sin las mínimas condiciones médicas.

Nacido el niño le declaró todo su amor, admiración y hasta le quiso poner nombre. Tampoco lo logró. Pero siempre le dijo *Quico* en honor al tío paterno.

Acaso fue en esa Navidad que el de la camisa de franela se divertía como enano –decían en los 80 y 90 del siglo pasado– con el encendido de cuetes y *palomas*. Y con su notable falta de pericia, tantos y tantas encendió que acabó por estallarle muy cerca de la mano una y dentro de la poca sensibilidad que le quedó, la recuerda gorda, gruesa, ardiente. A partir de entonces guardó respetuosa distancia respecto de tal artefacto peligroso.

Una docena de años más tarde, el otrora niño visitó a los tíos que abandonaron Matamoros para instalarse en Ciudad Juárez, bajo la interesada persuasión del pederasta Roberto –muy bien protegido con alevosía y ventaja por su madre– y la primera sorpresa que recibió es que *Pancho* se encontraba dos metros bajo tierra.

–Hijo, *tu padre* murió llamándote –le platicó *Jesusita* sin que el sobrino se conmoviera.

–¡Fíjese, nada más! –Contestó por educación con la viuda, quien ahora padecía la pobreza gracias a su protegido hijo Roberto.

–Él siempre supo que llegarías muy lejos, hijo –remató la temida y temible señora.

–Gracias, tía.

–Imagínate lo orgulloso que estaría si supiera que estudiaste en Berlín.

Repitió la fórmula convencional para responder: Gracias tía.

Coherencia

Don Catarino agonizaba en el Hospital Civil de Matamoros, Tamaulipas, a los 47 años de edad.

Fumador empedernido y buen bebedor, los médicos lucharon hasta el final para sacarle los líquidos que acumulaba en sus pulmones.

Cuentan los que tenían mayor uso de razón, que se quejaba amargamente:

–Graciela, ya no dejes que me piquen la espalda con esas agujas grandes. Me causan mucho dolor.

De allí surgió la leyenda, después de aquel 28 de febrero: “Los médicos lo mataron”.

Desde 1960 ronda en la numerosa familia el prejuicio contra los galenos alópatas, convertido en acusación sin matices:

–Ellos mataron a *Armandito*.

–A Joseph lo asesinaron esos cabrones para que el gobierno no gastara más en el tratamiento.

María Luisa, la maestra en salud pública de profesión y cuentista por obra publicada y vocación, disipó los endeble prejuicios al séptimo de los hijos de don Catarino, heredados de una generación a otra.

Casi un cuarto de siglo después, Erreguerena le explicó pacientemente que los médicos hicieron un último esfuerzo para sustraer los líquidos que le oprimían los pulmones con agujas que le metían por la espalda y que eran los únicos instrumentos y procedimientos que existían entonces.

Concluidas las posibilidades médicas de salvación, María de Jesús tenía todo meticulosamente previsto para que el ateo convicto y confeso diera su brazo a torcer y se confesara antes de partir.

La tía Chucha aprovechó que don Catarino se encontraba solo y sin consultar ni a la esposa ni a las hijas mayores, se presentó con un sacerdote al largo hospital, de una sola planta, cuartos pequeños y grises, tristes y oscuros.

–Catarino. El señor padre te va a confesar para que te vayas al cielo.

–Por favor retírense. No me voy a confesar.

–Hijo, todavía te puedes arrepentir de tus pecados –insistió la mujer que en vida fue un monumento a la doble moral.

El sacerdote contemplaba en prudente y respetuoso silencio al hombre que vivía sus últimos días, horas.

–¡Qué me dejen morir en paz!

–Catarino, tú ateísmo te va a llevar al infierno. Estás a tiempo de arrepentirte.

El silencio del sacerdote contrastaba con la agresiva necesidad de la persignada mujer que sin las menores condiciones sanitarias practicaba abortos para ampliar sus ingresos y apoyar la avaricia del marido quien, después, sometería a trabajo sin remuneración pero con abundantes golpes y castigos a Manuel, el hijo mayor del agonizante.

–Señora, se va usted mucho a la chingada porque no me voy a confesar – fue el grito desesperado, agónico, que provocó la huida del sacerdote y su promotora.

Un domingo, mientras las sirenas del cuartel de bomberos anunciaban las 18 horas, con la sensibilidad propia de un respetable paquidermo, *Chucha* le comunicó sin más al descendiente número siete de don Catarino:

–¡Hijo! Tu padre acaba de morir.

Atarjea

Lontananza es un barrio aún típico de Parras de la Fuente, Coahuila.

Eso que unos llaman modernidad y otros posmodernidad, no logra todavía destruir las casas centenarias hechas de adobe, los acueductos, los viñedos, los corrales, las huertas, las atarjeas y mucho menos el ancho y profundo arroyo que da cauce a las bravas aguas provenientes de la sierra Madre Oriental. La naturaleza lo forjó para proteger de las inundaciones a esta población orgullosa de ser la cuna de su más ilustre hijo, de parir en sus entrañas a Francisco Indalecio Madero y de producir exquisitos vinos de mesa, dulces y mezclilla con destino a distintos puntos allende el río Bravo y el océano Atlántico.

Los migrantes a Estados Unidos y sus remesas de billetes verdes cambiaron parcialmente la fisonomía del poblado y del barrio, al añadir casas de concreto, antenas parabólicas y vehículos automotrices que desde el tocadiscos compacto comparten con todo el vecindario historias musicalizadas sobre *narcos* y la *migra*, amores y desamores, encuentros y desencuentros.

En el sesenta del siglo pasado, *mamá* Anita recibió al nieto procedente de la frontera norte, tras el fallecimiento de su yerno: el padre de cuatro mujeres y cinco hombres que a los 47 años bajó a la superficie terrestre, tras fumar como chacuaco y beber un poco menos.

Graciela, la viuda, se vio sola de pronto, a los 37, con aquel ejército de vástagos e hijas ya casadas y con prole propia y abundante. Para efectos de la manutención, no contaba con ninguna de las cuatro hijas y los varones eran demasiado pequeños para afrontar la ausencia del jefe de familia.

Así que el sexto y el séptimo de los descendientes fueron a parar a Parras, a Lontananza. Para hacer menos pesada la carga de la jefa del clan, como llaman los irlandeses a la familia, y para estudiar el cuarto y quinto año de primaria.

Tiempos duros y difíciles en los que desconocían la existencia para uso doméstico de la energía eléctrica, el gas, el agua potable, el drenaje y el piso firme. Tiempos de pobreza sorteada dignamente con el lavado de ropa ajena. Los dos niños sólo ayudaban en la entrega de las prendas a domicilio, impecablemente blancas, almidonadas y planchadas. Era cosa de caminar uno, dos, tres kilómetros porque no había dinero para tomar la diligencia. Lo hacían con los brazos extendidos para no arrugar la ropa de la señora María Luisa y su marido.

Fuera de esa simbólica aportación, el par de niños se dedicaba a estudiar, sobre todo el catecismo, porque la abuela pretendía que el mayor fuera sacerdote; y también a disfrutar, acaso como nunca, la niñez en la huerta llena nogales, higueras, nísperos y aguacates.

Montaban los gigantes árboles con tortillas calientes y salero en mano. Y allá, arriba, disfrutaban los tacos de mantequilla verde, que no pocas veces acompañaban con carne de torcacita cazada por ellos mismos, resortera en mano, con sus amigos.

La pequeña huerta de la abuela con su atarjea, el arroyo seco o rebosante de agua y leña, el estanque De la Luz para nadar, caminatas por los cerros y el Santo Madero; torneos barriales de beisbol y luchas a pedradas parapetados tras

los nogales, era parte del mundo feliz de los dos hermanos que leían la historieta prestada o disfrutaban la película de *El charrito de oro*, gracias al comunicativo talante de Juan Manuel, el vecino que sí podía pagar la entrada al cine.

¡Ay qué tiempos, señor don Simón!, diría Joaquín Pardavé. Y también el decano del cuerpo diplomático en Moscú, Carlos Lagunas, a fines de los 70 del siglo pasado.

De esos tiempos grabó para siempre en la memoria el día y la hora en que tras darse un baño, se puso a jugar en la atarjea de Socorro, la vecina de *mamá Anita*, *Manita* le decían, coloquialmente.

Al niño se le ocurrió cruzar por debajo, por el agua, un minúsculo *puente* de no más de un metro cuadrado. Esto del ridículo tamaño lo supo porque lo volvió a ver, dos décadas después, ya convertido en padre de familia y acompañado de Alexis.

Recordó, para sí, la osadía infantil. Como si nada, se lanzó y sus pequeños brazos desesperados no atinaban a encontrar la salida. Más bien le estorbaban. Tragó agua como nunca. Abrió desesperadamente los ojos y vio mucho agua cristalina que corría todos los días –desde la mañana hasta el atardecer– para facilitar todos los quehaceres domésticos.

Las paredes de la atarjea estaban cubiertas de un verde musgo. La desesperación le impedía concluir el pequeño cruce. Y esa misma desesperación lo sacó con mucha agua en el estómago.

Desde entonces, le tomó distancia y respeto a las concentraciones naturales y también a las artificiales, del líquido vital.

Muy lejos

A las 5 de la mañana el par de niños, de 11 y 10 años de edad, comenzaban su jornada con la venta de *El Noticiero*, diario de Matamoros, Tamaulipas. 12 horas más tarde voceaban *El Gráfico*. Y entre uno y otro, promovían *La Prensa* y el *Esto* capitalinos.

Vendían publicaciones diarias para contribuir al gasto familiar, donde la jefa de familia, doña Graciela, enviudó a los 37 años de edad con nueve hijos.

Muerto don Catarino, el cuñado de Graciela y su esposa se ocuparon de hacerle la vida imposible y explotarla. Ella se fue a trabajar de afanadora doméstica, indocumentada, a la isla del Padre, Texas.

Catarino y su hermano terminaron en Parras, Coahuila, en la casa de la abuela Anita. Manuel quedó bajo resguardo del los tíos Francisco y María de Jesús, mejor conocida como *Jesusita*, y más exactamente como *La tía chucha*.

“El buen resguardo” consistía en que Manuel, el mayor de los varones, fuera sometido a jornadas de trabajo agotadoras y sin goce de sueldo.

En la zona de tolerancia de la fronteriza ciudad, se ocupaba –junto con el señor Pacheco, así le decían al marido de *Miana*, la hermana mayor–, de recolectar los lunes las abundantes monedas de las sinfonolas que eran propiedad de Francisco, el mayor de los tres Ibarra Torres.

Un mal día, el séptimo de los nueve huérfanos, ya de regreso de la tierra de Francisco Indalecio Madero, vio y escuchó la forma altanera, autoritaria, en que *Pancho* amenazaba a su hermano, Manuel. La torpeza para desplazarse y la rigidez de los dedos mayores de la mano derecha no fueron obstáculo para que portara una tabla gruesa y la lengua viperina amenazara:

–Hijo de la chingada...

–¿Por qué le va a pegar mi hermano? –Interrogó, acusó el niño de 11 años.

–A ti que chingaos te importa –amenazó el tío.

–¡Me importa porque es mi hermano mayor, tío –respondió, o mejor dicho así lo recuerda.

–Tú no te metas, hijo de la chingada...

La insolente amenaza de *Pancho*, respaldada por tremenda tabla, una persecución que provocaba pánico en el rostro del niño mayor, llevó a su hermano menor a sacar fuerza de quién sabe dónde y encarar al energúmeno que se disponía a lacerar el cuerpo y la piel infantiles.

–¿Usted no tiene derecho a pegarle a mi hermano?

–Tú no te *me-tas, hi-jo de-la chinga-da* –amenazó una voz jadeante, temible, que provocaba miedo, pánico.

Frente a la inminente agresión de *Pancho* a Manuel, *Quico*, como lo llamaban los tíos, sacó determinación de vaya usted a saber dónde y encaró al agresivo sujeto.

–Mi mamá le paga para que nos cuide y dé de comer! Usted no tiene derecho a golpear a mi hermano Manuel.

Y para su inocente sorpresa, la fórmula dio resultado y el tío, contrariado, echando incoherencias por la boca, casi espuma, reculó.

El hermano menor de Manuel –quien años después estudió psicología sólo para medio entender la monumental agresividad que *Pancho* y *Chucha* descargaron en su infantil humanidad–, recordó la hora que se armó de valor para afrontar al tío, aquel lunes por la mañana de dos años antes –1959 o acaso 1958– en que el tipo llegó, como siempre, a ofender a su padre, a la hora de recoger las monedas de 20 centavos de las reproductoras de música que aportaban la nota alegre en cantinas y prostíbulos.

–¡Cámbiame estas monedas del 20 centavos por billetes, Catarino! –ordenó Francisco.

–No tengo billetes, hermano –explicó con humildad don Catarino.

–¿Cómo chingaos que no tienes billetes? –dijo iracundo, *Pancho*.

Justamente una semana antes el séptimo de nueve hijos encaró a su padre. De dónde sacó la fuerza y la determinación, aún lo ignora. Pero lo hizo:

–¿Papá?

–Sí, hijo.

–¿Por qué permite que su hermano lo ofenda cuando no le puede cambiar las monedas por billetes?

La respuesta del padre fue un silencio que puso nervioso al niño, pero se compensó con la acostumbrada caricia en la cabellera que nunca pudo ni quiere olvidar. Aquella con la que ante lo que el niño interpretaba como peligro, la mano firme, adulta, del padre, disipaba cualquier duda y brindaba cariño, protección, seguridad.

Y la respuesta de Catarino a Francisco no se hizo esperar.

–¡No tengo billetes! Si no te parece, ni modos. En mi casa no me faltes al respeto y menos frente a mis hijos.

Desencajado, histérico, *Pancho* balbuceó ofensas e incoherencias y don Catarino lo mandó directito a ese sitio indefinido conocido con el popular nombre de la chingada.

Y se fue. Jamás volvió a repetir el insolente, agresivo número, por lo menos para los niños.

Los voceadores, años después –pequeña que es la vida, por lo menos la de cada uno de nosotros–, armaban sus faenas diarias, duras pero satisfactorias porque aligeraban la carga inmensa de la viuda, su madre y de siete más.

Uno tenía como cliente asiduo a *El árabe*, aquel pistolero que protegía a Juan Nepomuceno Guerra, el tío de otro capo, Juan García Ábrego. Era famoso por su porte elegante de traje y corbata permanentes con todo y el salvaje calor matamorense. También por la diversidad de mujeres que lo visitaban en la Sexta y Bravo.

Cuentan los que saben –y si no lo inventan– que las orgías de *El árabe* consistían en tomar champaña en los zapatos de tacón alto de las elegantes asalariadas sexuales.

Quico, el hermano menor, por el contrario, tenía como cliente a *Pancho*, en la colonia San Francisco, para mayor redundancia. Y no crea usted que era un buen cliente. No. Quitaba mucho tiempo el tío. Hacía pasar al voceador al interior de la casa.

Jesusita le invitaba a merendar un vaso de café negro con galletas *Jarochas*, mientras *Pancho* degustaba unos ricos huevos estrellados con tocino, un vaso de leche y pan tostado. La yema le escurría por la comisura de los labios, mientras su esposa le aseguraba al hambriento voceador:

–¡Hijo, vas a llegar muy lejos!

Arrepentimiento

En Brownsville, el niño boleaba los sábados desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche. Muy temprano limpiaba la cantina *Mancho's*. De allí partía al taller de pintura y hojalatería de autos, propiedad de *Tony*, donde buscaba el aprendizaje de un oficio para abrirse paso en una vida muy difícil, pero llena de satisfacciones cotidianas. De esas que hacen grandes a hombres y mujeres comunes y corrientes.

Limpiando calzado ganaba entre cuatro y cinco dólares, 10 en el taller y siete por barrer el bar, además de las monedas y hasta algún billete que encontraba tirado en el suelo por los bebidos clientes.

Todo lo destinaba al gasto familiar de su numerosa familia, saturada tempranamente de sobrinos. Eran hijos de Maximiana, la hermana mayor, y del señor Pacheco. Los sábados llegaba a casa, ubicada del lado mexicano, en Matamoros, con bolsas llenas de manteca, frijol, leche y mantequilla.

Los niños y niñas lo recibían con alborozo. La cena estaba garantizada. También los alimentos de los siguientes días.

Él sólo se compraba un tablilla de chocolate Hersey's llena de almendras. Era su mayor delicia. Por la noche, tras la extenuante jornada de los sábados en que cubría tres labores distintas, se otorgaba, ocasionalmente, otro pequeño estímulo personal: una hamburguesa y un café con leche en *La Jorochita*. Se encontraba frente a la plaza Allende, la de los sectores populares. La Hidalgo era casi exclusiva de las capas medias, donde las jovencitas con altos tacones, medias con las rayas bien delineadas y fijadas por ligueros, y los jóvenes encopetados a fuerza de vaselina y con su mejor ropa de vestir, daban vueltas y vueltas incansablemente. Los domingos salían para mostrar sus mejores galas, pasear con la novia o buscarse una.

El séptimo día trabajaba cuatro horas.

Mientras boleaba los zapatos en una de las tantas cantinas que componían su recorrido, una tras otra, a lo largo de una cuadra y de la acera de enfrente, la mesera que bebía con el cliente le dijo sin preámbulos:

–Hijo, si me acompañas a mi casa te doy 10 dólares.

La oferta era muy tentadora. Superior a lo percibido en tres empleos durante todo un sábado.

Sin pensarlo contestó dócilmente:

–Sí, señora.

El bebedor, mucho más sobrio que mareado, miró a la mesera de pantalón azul claro ceñido al cuerpo, trenza hasta la cintura, cara agradable y sonrisa fiable.

–¡Cómo serás hija de la chingada! ¡Podría ser tu hijo!

–Perdóname, hijo –alcanzó a decir contrariada la mesera y el bolero se retiró sin entender nada, pero convencido de que algún extraño ser, acaso la Providencia, acababa de sacar 10 dólares del bolsillo de su memoria.

El pijama

–¿Cuántos comunistas dice que tiene Cuba? –Preguntó sin rodeos Mao Zedong.

La respuesta de Ernesto Guevara de la Serna fue con dígitos notables para los nueve dirigentes comunistas latinoamericanos que junto al *Che* formaban parte de la delegación, pero magros si tomamos en cuenta las gigantescas dimensiones del partido de los comunistas chinos.

–¿Y cuántos comunistas dice que representan? –Embistió nuevamente *El gran timonel*.

Las cifras de la respuesta que dio *Che* Guevara recibieron una reacción dura, imprevista del presidente Mao:

–Nunca cesaremos la polémica pública con los soviéticos, así lo pidan los comunistas de todo el mundo. Discutiremos años, décadas, siglos si es necesario.

La respuesta puso punto final a un diálogo de sordos de 10 dirigentes comunistas de igual número de partidos de América Latina, comisionados por la Conferencia de La Habana, en diciembre de 1964, y que fueron recibidos tras varias horas de antesala por *El gran sol rojo que ilumina nuestros corazones*, vestido de pijama y abordo de un tren que hacía el recorrido entre la capital de la República Popular China y Shangai.

El comandante revolucionario era ya un personaje más que conocido por la dirigencia del gigante asiático, pues cuatro años antes realizó la primera gira de trabajo y entabló negociaciones con ella.

La política del pijama como muestra de distancia con sus interlocutores, no fue la primera ni la última vez que lo utilizó Mao. El mismo recurso empleó con el embajador de la entonces URSS en la hoy Beijing.

Los latinoamericanos viajaron antes a Moscú para exponer a Leonid Brézhnev lo mismo que a su homólogo chino:

–Suspender la polémica pública entre el Partido Comunista de la Unión Soviética y el Partido Comunista Chino. Preparar una nueva conferencia de los partidos comunistas. Que en la organización intervenga desde el principio el partido chino. Y no intervenir en la vida interna de otros partidos.

El éxito obtenido con los dirigentes soviéticos fue efímero, en tanto que dos partes formaban el centro del disenso que empezaba a causar estragos entre los comunistas latinoamericanos.

Se recupera el testimonio oral de Arnoldo Martínez Verdugo, integrante de aquella delegación, porque con las deudas editoriales que legó a sus compañeros –*Escritos políticos de Hernán Laborde*, por ejemplo–, se perderán muchas vivencias y acontecimientos importantes en que participó el sinaloense de Pericos.

En abono a la veracidad del testimonio consignado en *Historia del comunismo en México*, pero sin los vitales detalles, la primera versión la escuchó el reportero en una cena entre el abogado Hugo Tulio Meléndez, Arnoldo y el corresponsal George Natanson.

Que Zedong no entendió o no quiso entender lo elemental de los planteamientos acordados en la capital de la mayor de las antillas, se reconfirmó, una década después, al asegurar sin el menor tacto a Kim Il Sung, su otrora aliado en la guerra de Corea frente a Estados Unidos:

–Ustedes están con una nalga sentada en Moscú y otra sentada en Pekín.
–No, camarada Mao, nuestras dos nalgas las tenemos sentadas en
Pyongyang –atajó cortante Kim.

La abuelita

Se dirigían a su cita con el patrón para que los trasladara al aeropuerto, donde trabajaban en la construcción de la pista para que aterrizaran aviones con motor de reacción.

El operario del buldózer era Alberto Martínez, un cuarentón de barriga medianamente pronunciada, zambo, bajo de estatura y de rasgos poco agraciados. Por su parsimonia le apodaban *El rápido*.

A las 17:30 horas debían estar afuera del restaurante especializado en cabrito a la leña en todas sus exquisitas partes: riñones, piernas, machitos, muslos, costillar...

El aparador del restaurante mostraba al cabrito abierto en canal, ensartado en una varilla y sometido al lento fuego de las brazas. Por el olfato sobre todo y en menor medida por la vista, registraban clara, atormentadamente que estaban frente a una delicia imposible de probar porque el patrón ni siquiera los dejaba entrar. Además, sus ingresos que cubrían los mínimos establecidos por la ley, estaban –sin embargo– por debajo del precio de los platillos, y el dueño del negocio culinario y de la máquina automotriz para remover la tierra, difícilmente les permitiría ser sus clientes. O eso pensaban el operario y su adolescente auxiliar.

Aquella fijación motivó que, años después, el cabrito se convirtiera en uno de los platillos favoritos del entonces aprendiz de todo, en particular de los que más ingresos le brindaran porque provenía de una familia numerosa y de una madre viuda a los 37 años de edad.

Todos los días, de lunes a sábado tenían la cita en el mismo lugar y era el mismo tormento, pese que se presentaban después de haber comido en sus respectivos domicilios particulares.

Alto, güero y de ojos claros –borrao, les decían, en lugar de borrado– y bigote grueso, el patrón subrayaba su condición norteña con camisas a cuadros, pantalón de mezclilla, botas puntiagudas y elegante sombrero tejano.

Una tarde de verano, el obrero y su ayudante se dirigían caminando por la calle de la escuela primaria Adolfo Ruiz Cortines. Al dar vuelta a la derecha, para dirigirse rumbo a la plaza Allende, salió de una casa muy humilde una anciana con un plato de peltre que contenía los sobrantes de una sopa de la que había desaparecido el caldo y sólo quedaban unos cuantos fideos que ella se llevaba a la boca con sus dedos.

Entonces escuchó que su jefe inmediato, el obrero sambo, dijo en voz alta dirigiéndose a la ancianita:

–¡Abuelita! ¿Me lo fías?

El asombro por lo inesperado, por las notabilísimas diferencias de edad, los pies descalzos, el camisón sucio y rasgado por tanto uso, le impidió escuchar la respuesta de la senecta.

Pero el joven auxiliar registró muy bien cuando el obrero de la construcción le ordenó, amablemente:

–¡Espérame! Voy a echarme uno.

A los cuantos minutos salió de la paupérrima casita el hombre transfigurado con cara de satisfacción y una presunta virilidad reafirmada.

–Ahora sí. Vámonos. ¡A chingarle!

¡Qué asco!

Decían en los años 70 del siglo pasado: “Hay comunistas sin credencial y credenciales sin comunista.

Los cubanos lo referían y aún lo dicen de manera más claridosa, sin matices.

–¿Comunista?

–¡Es un comemienda!

Era el verano de 1963. En el agobiante calor de Monterrey, la madura vecina y el púber, que en forma temporal vivía en casa de su hermana Yolanda, conversaban con frecuencia.

Contaba con 13 años el lavaplatos que en turnos agotadores, primero cargaba las amplias charolas repletas de loza. Verlo era contrastante, cuestión de apostar en qué momento sucumbiría bajo el peso del cargamento, colosal para su pequeña humanidad.

Enseguida quitaba los residuos alimenticios a las montañas de platos lisos y hondos, cubiertos y tazas. Después los ordenaba: platos con sus pares, cubiertos con cubiertos, en una operación que demandaba la concentración física y mental a lo largo de la ardua tarea diaria.

Fuera del microcosmos de la cocina, negocio propiedad del novio de la hermana, estaban la casa y la vecindad. *Amante* sería la denominación convencional. Pero amantes son los que se aman.

Una madura vecina cubierta del tobillo al cuello, en el seco calor regiomontano, le aligeraba las horas de descanso con pláticas que bien podría resumir con la frase que recientemente le prestó Giovanna, la activista guatemalteca quien presentó una denuncia documentada sobre la violencia intrafamiliar.

–Somos machos, mochos y muchos.

La vecina hacía honor a la máxima feminista, sólo que desde su condición de mujer.

De aquellas conversaciones, a lo más recuerda una pregunta empanizada de interrogantes y una respuesta adobada con admirativas. Ambas, surgidas de los labios de la misma persona.

–¿Comunista? ¿Camarada? –Interrogó a boca de jarro al muchacho.

Sorprendido no alcanzó a hilvanar respuesta, porque la vecina empezó a hacer movimientos con la boca como si retuviera limón con sal.

De la boca ocupada en retener la presunta acidez, un escupitajo fue a dar directamente a los zapatos del lavaplatos, ya en horario de descanso, dentro del vecindario ubicado a unas cuadras de las torres de retransmisión televisiva.

–¡Qué asco! –profiere enseguida la señora de modales y pensamientos lejanos, no digamos de la convivencia intergeneracional, sino del catolicismo beatificante que decía practicar.

Dio la media vuelta y durante varios días no le dirigió la palabra al joven que aún no olvida aquellas torres. Tampoco a la vecina adolescente que siempre se enfrentaba a los rigores climáticos con camisones que traslucían piernas firmes y

caderas con redondeces en formación, y que mejor mostraban los pequeños y erectos senos adolescentes.

La vecina no entendía un ápice del entonces maldecido comunismo, metamorfoseado dentro de su cabeza en el peor de los calificativos, igual que ahora sucede con el llamado populismo, pero defendió fanáticamente su descalificadora presunción. Ésta devino, tres años después, en compromiso orgánico de largo aliento para el adolescente agraviado.

Y siempre que escucha aquella frase de la canción *¿Por qué se fue y por qué murió? Por qué el Señor me la quitó*, reaparecen los camiones trasluciendo piernas, caderas y pechos de la joven y las torres; ¡nada más!

El cuñado

Era la medianoche del 12 de marzo del 66, en el siglo pasado. Varios jóvenes preparaban afanosamente engrudo, botes y brochas para salir a pegar carteles por las céntricas calles de la regia capital de Nuevo León.

Se dividieron en grupos. Uno, integrado por dos muchachos de 15 y 16 años de edad y un experto en los menesteres de fijar propaganda en las paredes y correr como atleta improvisado, en su afán de que los agentes policiacos no le dieran alcance.

Comenzaba la *Jornada Benito Juárez. Semana mundial de solidaridad con el pueblo vietnamita*. Esto ocurría del 12 al 20 de marzo de 1966. Había sido convocada, con éste, tan breve nombre, por los partidos Popular Socialista, con registro electoral, y por el Comunista Mexicano, en la semiclandestinidad.

La completa impericia de dos de los tres muchachos, permitió que terminara la faena de los afiches con gráficas del mexicano universal Benito Juárez García, el legendario Tío Ho (Chi Minh) y niños vietnamitas horrorizados por lo bombardeos con napalm, adherido a sus diminutos cuerpos, por obra de los pilotos enviados por Lyndon B. Jonson, el presidente número 36 de Estados Unidos de América, durante 1963-1969.

En las calles de Zaragoza y Tapia fueron arrestados por los policías con las placas 36 y 90 y encarcelados durante tres días. Los obligaron a pagar una multa de 500 pesos a cada uno.

Encarcelamiento que *El Norte*, abuelo del chilango *Reforma*, se encargó de justificar a ocho columnas: “Semana, aquí, de agitación comunista”. Los dos adolescentes fueron presentados como “partidarios del comunismo”; y se reseñó el gravísimo delito de “embadurnar paredes”. Menos faccioso y anticomunista, *El Porvenir* se ocupó más de los hechos, aunque no eludió en su titular la tentación: “Presos por pegar propaganda comunista”.

Exigir que entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno fuera la paz, constituía un delito de lesa patria y los dos menores de edad debían asimilar la lección con su encierro, compartiendo celda con un drogadicto, un sordomudo golpeado por el primero y homosexuales agraviados –a la vez que requeridos– por el adicto a la mota.

Bajo los efectos de la popular yerba buena, mala para las buenas conciencias y la doble moral que las significa, el prisionero se metamorfoseaba no en la célebre cucaracha kafkiana, sino en energúmeno golpeador del cuarentón y escandaloso sordomudo que lastimaba los tímpanos de los tres presos que ocupaban la crujía, con sus horrendos sonidos guturales.

Pasado el efecto del popular toque, era un niño que todo lo quería compartir con el quinceañero al que había despojado del suéter, el cinturón y todo lo que se le antojó. El otro joven se le rebeló desde su ingreso a la prisión y le pintó una raya.

Desde ese instante, surgió en el *motorolo* una corriente de simpatía por el despojado de las prendas personales.

Cuando ingresaron los homosexuales detenidos casi como siempre, de manera arbitraria, por el simple hecho de tener otra preferencia sexual, el moto ordenó amablemente.

–Son tuyos. Escoge. ¿A cuál te quieres echar primero?

Entusiasmados por el joven ejemplar, los *gays* esperaron impacientes la respuesta que seguramente los desalentó:

–Gracias, amigo. Tú primero. Son todos tuyos, si ellos están de acuerdo.

Sin mariguana no se atrevió a tocarlos. Sólo con mota ostentaba su dominio de preso y de macho que podía someter a todos.

–Entonces, vamos a echarnos un toque.

–No, gracias. Se te va a acabar y tú la necesitas más. Con olerla tengo. Acuérdate de que no tenemos dinero para comprar.

Desde ese tiempo data el placer del entonces quinceañero por el hornazo y el respeto casi sublime, pero distante, por el consumo, sabedor de que terminaría como adicto.

–Por eso me caes bien, cabrón. Tú si me comprendes. No como el hijo de la chingada de tu hermano que se puso al brinco. No lo madreo porque tú eres mi amigo.

–Así es. Somos amigos.

–No, quiero que seas mi *cuñao*.

–Está bien.

–Cuando salgamos de esta chingadera te voy a presentar a mi hermana. Me pasas un chingo para *cuñao*.

–Muy bien. ¡Cuñado!

–Te lo digo en serio, ¡hijo de la chingada!

–Yo también hablo en serio.

–Eres a toda madre, cabrón.

La constante visita de periodistas para entrevistar a los dos hermanos, y de prominentes profesores y estudiantes universitarios para expresarles su apoyo, provocó el sábado y el domingo el asombro de los presos:

–¿Pues qué hicieron, cabrones? ¿A quién mataron, hijos de la chingada?

–A nadie.

–No se metan con mi *cuñao*, cabrones. Yo sí les parto su madre –tercio el adicto a la mota.

Sólo fue un modestísimo –pero voluntario homenaje– de un par de muchachos a uno de los postulados universales del pensamiento de Juárez García.

Como era natural, la grotesca reprimenda carcelaria tuvo un efecto opuesto.

Los dos muchachos fueron puestos en libertad 56 horas después. Se trasladaron a la colonia Talleres, a la casa de *Miana* y Pacheco, así se apellidaba, para quitarse, con un baño a fondo, las pacíficas e inocentes pulgas que se adhirieron a sus cuerpos. Y se declararon en *Huelga de hambre de 72 horas en apoyo a Vietnam*, junto con otros jóvenes, frente al consulado de Estados Unidos, a espaldas de Sears.

¿Y el cuñado?

Se quedó tras las rejas impresionando incautos, pero sólo bajo los efectos de la tan generosa como alebrestadora mota.

Los pezones del sorgo

Una cubeta llena de agua con hielos, más los segundos que la primera, le ofreció el joven de cabellera sin asear que le llegaba hasta los hombros, uñas largas y sin camisa, al muchacho que se ocupaba de vigilar la descarga de sorgo, comprado a los ejidatarios por la Conasupo, en los furgones estacionados en las vías de la estación del tren de la ciudad que se ostenta con orgullo como tres veces heroica.

Era el verano de 1966. Con el auxilio del dueño de la cubeta y su contenido, se llevó el pesado recipiente a la boca y comenzó a gozar, paso a paso, el recorrido del preciado líquido por la lengua y la garganta hasta sentir cómo llegaba al estómago y desaparecían los estragos causados por la sed con una actividad a pleno sol, 40 grados de temperatura y niños, adolescentes y señoras que vivían de recoger el sorgo que en la descarga de los camiones caía al suelo y pertenecía al que primero lo tomara. Pero no sólo.

Al primer descuido del joven vigilante de la buena descarga del grano en las cantidades especificadas en los furgones de Ferrocarriles Nacionales de México, los niños eran introducidos por sus mayores para a velocidad meteórica llenar costales y salir disparados. Los coches de carga eran rentados por la paraestatal a empresas de allende el río Bravo y formaban parte uno de los tantos y grandes negocios de los líderes sindicales y los directivos de la empresa pública.

Compartir con el vigilante la cubeta con el agua heladísima no era un gesto nada más de amistad, sino una forma de distraerlo para que por la puerta de atrás alguien se metiera al furgón e hiciera lo propio. Pero no lo lograban.

El trabajador de la Conasupo se daba tiempo, incluso, para divulgar por medio de letreros hechos manualmente en los furgones, el congreso de los jóvenes comunistas del norte de Tamaulipas, previo al II Congreso Nacional de la JCM.

Ni cuando realizaba aquella tarea militante, voluntaria, en unos cuantos minutos, los pobres que bregaban por convertirse en dueños de lo ajeno, de lo público, tenían éxito.

Por eso lo cultivaban con agua helada, imborrablemente helada, que contrastaría, como la noche respecto del día, con el vodka que una docena de años después le dieron generosamente Julio y Alba, aquella tarde y noche del invierno moscovita del siglo XX.

Mas el gancho del agua no funcionaba y el hambre, la necesidad, es canija y más todavía el que la aguante.

El joven descamisado optó por instalarse junto a su mujer, *vieja* le llamaba él, cerca del espacio en que el vigilante realizaba sus tareas. Y comenzaba a abrazar a la jovencita de acaso tres lustros, a cachondearla, mientras ella fijaba sus insinuantes ojos en el otro muchacho.

Los abrazos y caricias recorrían buena parte del cuerpo y se centraban en unos pezones adolescentes que una blusa transparente no lograba tapar y las uñas largas, negras de mugre, recorrían su redondez hasta endurecerlos, sobresaltarlos. Excitada, los ojos de la muchacha decían más, mucho más, que las palabras que su *viejo*, si acaso de 18 años, le dirigió al vigilante:

—¿Te gusta mi vieja?

La respuesta fue el silencio.

—¿Quieres probarla?

Más silencio sin ninguna turbación por la alta temperatura de la adolescente excitada y el cinismo de un padrotillo en ciernes bajo el cobijo del hambre.

El aprendiz comprendió que tampoco funcionaba su mejor carta. Y que no valía la pena correr riesgos con una muchachita, su vieja, que hablaba mejor por sus ojos que por medio de su boca.

Eran 85

Orgullosos y fanfarrón, el entonces inspector de policía de Matamoros retaba:

–Hora sí que vengan los *del* CCI y a ver cómo les va.

Agapito González Cavazos, secretario general de la Federación de Trabajadores de Matamoros, adherida a la CTM, desde que se tenga memoria, diputado local y federal, alcalde, casi todos los cargos públicos tamaulipecos, hacía el anuncio mientras mostraba a los reporteros de la hoy prolija prensa del norte del estado, un arma para disparar granadas lacrimógenas a quienes intentaran perturbar la paz social indispensable para que los cacicazgos sindicales, agrarios y políticos se reproduzcan.

Empuñando la novedosa arma, en 1967, comprada en tierras vecinas, río Bravo de por medio, Agapito como lo llamaba toda la población de apenas 100 mil habitantes, incluidos los niños, olvidó que al jalar el gatillo cualquier arma dispara. Y el gas lacrimógeno provocó el llanto y la náusea del entrevistado y de los entrevistadores.

La prensa local que todo lo podía en tiempos de la *modernización* conducida por Gustavo Díaz Ordaz, cabeceó: “Ahora sí que vengan los de la CCI: Agapito” y “Agapito muestra moderno equipo antimotines”.

Lejos estaba Matamoros de ser exiguo eco del pujante movimiento reivindicativo de los ejidatarios y solicitantes de tierra, principalmente, aunque incluía grupos de obreros agrícolas que asumían su condición social en sus reclamos materiales, como transcurría en los vecinos Río Bravo, Valle Hermoso, y Reynosa.

La primitiva reacción del inspector de policía tenía, sin embargo, una lógica previsoras, como se demostró meses después con el estallido de la primera huelga de trabajadores de una granja avícola de El Control. Sus reclamos eran elementales: pago del salario mínimo, jornada de trabajo de ocho horas y reconocimiento del primer sindicato del ramo por el municipio.

Las armas lacrimógenas fueron estrenadas en concertación con los cuerpos policiacos habidos y por haber. La descomunal reacción de fuerza se hizo acompañar de los buenos oficios de la autoridad laboral que convirtió en improcedentes los recursos jurídicos interpuestos.

“Conjura comunista” y “Agitación ceceísta” fue la nota que dominó la información de aquellos días.

Aplastar a estos huelguistas era indispensable para Agapito porque sólo él debía tener asegurado el derecho a crear sindicatos. Permitirlo fuera de su esfera de control, corría el riesgo de ser un contagioso ejemplo en el mar de granjas avícolas que se convirtió la zona agraria de Matamoros, tras la quiebra del emporio algodonero que era hasta principios de los años 60 por el agotamiento de las tierras y la voracidad de los grandes propietarios acostumbrados a invertir poco, ganar mucho y poseer enormes extensiones de tierra.

Cuenta *Miana* que, acompañada de su marido Pacheco, durante el turno de la guardia que les tocó hacer en una de las granjas avícolas en huelga, se presentó la policía para desalojarlos y empezó a indagar los generales de cada solidario desvelado.

- Su nombre, señora.
- Dolores Ibarruri, señor.
- Gracias. El que sigue.

El ignaro agente ni remotamente se enteró que *La pasionaria*, la legendaria luchadora comunista española, tenía una doble en tierras tamaulipecas

Habían terminado los años dorados de las grandes cosechas algodonerías, las despepitadoras laborando 24 horas, asiento y plataforma de lanzamiento de un sindicalismo verbalmente muy beligerante y harto caballeroso en la mesa de negociación obrero-patronal.

Las oleadas de obreros agrícolas golondrinos, los pizcadores, dejaron de acudir a la cita puntual que todos los julios y agostos tenían en Matamoros para completar su gasto anual que como ejidatarios no reunían en San Luis Potosí, Zacatecas y Guanajuato.

El enorme prostíbulo que, además de zona algodonería, constituía la realidad local se ocupaba de que los salarios se quedaran allí mismo, y frecuentemente con los mismos patrones, metamorfoseados en lenones, caciques, contrabandistas, narcotraficantes, todo el abanico de actividades lícitas e ilícitas, con razones sociales y personeros diversos.

El poderío económico de los grupos y cacicazgos matamorenses en la agricultura (alrededor del sorgo y el maíz, tras el fin del *oro blanco*), la ganadería, los servicios (con la laxitud anotada), invadía toda la región, buena parte del estado y el mismísimo valle del Río Grande, en el sur de Texas. Desde entonces, y acaso antes, es parte de la condición empresarial tener inversiones y residencias en Brownsville, Puerto Isabel, Isla del Padre, McAllen, Weslaco y Harlingen. Radicar allende el río Bravo, que los hijos nazcan y se eduquen allá, es sólo un dato más de la fronteriza tarjeta de presentación.

Cuenta la leyenda que si aquellos capitales fuesen invertidos de lado mexicano, los trabajadores del norte de Tamaulipas no emigrarían y menos aún correrían el riesgo de caer en manos de la temida y temible Border Patrol.

Pero los dueños de esos capitales invertidos en el valle del Río Grande, suelen decir con cinismo:

- Estamos reconquistando territorio para México, nuestra patria

A este entramado de intereses particulares, como intermediación sindical y política, pero sin despegarse de las necesidades laborales, estaban destinados los fusiles, detalle nimio en la operación del liderazgo sindical más antiguo y aún eficaz del México de Carlos Salinas, el de Agapito, encarnación local de Fidel Velázquez Sánchez, quien finalmente devoró a uno de sus mejores hijos putativos.

Las soluciones de fuerza, con todo, no tuvieron el efecto de contención del reclamo social agrario que desde febrero de 1963 construyó como su mejor instrumento social y organizativo a la Central Campesina Independiente, la expresión más elevada de una momentánea quiebra del aparato campesino oficialista, la CNC.

Pronto fueron aprendidas las lecciones del movimiento ascendente, auspiciado por el general Lázaro Cárdenas, y se puso en marcha un esquema para recomponer las alianzas cenecistas que permitió tener nuevamente como aliados a Alfonso Garzón Santibáñez, Braulio Maldonado y Humberto Serrano.

La formación del Frente Electoral del Pueblo, con Ramón Danzós Palomino como candidato a la Presidencia de la República, el 3 de noviembre de 1963, fue la ocasión soñada para que la convergencia de fuerzas alrededor de la CCI, se rompiera al inscribirse ésta en un horizonte político, en confrontación directa, aunque sin registro electoral, con el PRI y Díaz Ordaz como virtual presidente.

Necesidades políticas aparte, y errores de percepción de una coyuntura que obligaba al Partido Comunista a incursionar en la lid electoral para salir de la postración a que lo sometió una crisis de identidad de tres décadas y las catumbas que le impuso el desarrollismo económico que implicaba tranquilidad laboral y social, los comités regionales del PCM y de la CCI en el norte de Tamaulipas vivieron en el segundo lustro de los sesenta su mejor época como instrumentos del quehacer político y social.

La insuficiente autonomía de la organización social respecto de la partidista, el desempeño de funciones dirigentes simultáneas por el aguerrido y eficaz núcleo de dirección campesina, constituyeron las limitaciones principales de un movimiento regional específico que para desarrollarse requería de una alternativa del mismo género.

Ello no obstó, sin embargo, para que liderazgo social y movimiento reivindicador se dieran puntual cita, año tras año, en la puja por mejores precios de garantía, el airado rechazo al incremento de las cuotas de riego, así como la incansable gestoría cotidiana, particularmente en beneficio de los solicitantes de tierra.

En la plaza pública y el ejido, el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización, la SARH y la Conasupo; el mitin, la marcha y la asamblea; la acción solidaria con Dominicana invadida y Vietnam resistiendo al invasor; impulsando la simpatía con aquellos universitarios que en 1968 deseaban hacer de las garantías individuales realidad tangible; allí estaban en primera fila o con el aliento solidario desde la prisión o el destierro: Crispín Reyes, Severiano Ponce, Felipe Milán, Fausto Hernández, Rosendo Gaona, Santiago Herrera, Guadalupe Gaona, Isaías Pineda, Gregorio Luna... Y el infatigable asesor David Martínez Jalomo.

–Son 85 comunistas y agitadores –sentenció la FBI en un intento macartista por impulsar a las autoridades tamaulipecas a la cacería de brujas.

Eran 85, ciertamente.

Un joven comunista...

Con apenas 16 años y medio, al delegado más joven del II Congreso de la Juventud Comunista de México, se le vino el mundo encima cuando Armando Real con voz engolada, la vista fija, penetrante, con unos ojos rodeados, sostenidos por párpados oscuros, movimientos de manos y brazos que decían más que sus palabras, dijo:

–¡Un joven comunista no tiene imposibles, camarada! Con las sábanas hacen un lazo fuerte y largo, y antes del amanecer abandonan el hotel sin pagar. No olviden sus maletas.

El agobio se apoderó del muchacho que días antes sus compañeros lo distinguieron nombrándolo responsable de la delegación de Tamaulipas, compuesta por una docena de jóvenes que le habían entregado los dineros para cubrir la cuota de acreditación y los gastos del hospedaje.

Cuando realizó los procedimientos de inscripción, el adolescente cometió el error de sacar del bolsillo todos los billetes y en un dos por tres el solemne tesorero lo despojó de todo el dinero que portaba, pero bajo la promesa de devolverle lo que correspondía al pago del hotel de los delegados tamaulipecos que permanecieron en el Distrito Federal del 23 al 27 de febrero de 1966.

Fue imposible sacar de la letanía sobre las virtudes innatas de los jóvenes comunistas al señor de los jeans ajustados a un cuerpo delgado, paliacate rojo al bolsillo trasero, botas, camisa a cuadros y un rostro que recuerda cadavérico.

Se acercaba la fecha del retorno a Tamaulipas y el dirigente no mostraba la menor disposición a regresar el dinero que, con engaños de verbos excedidos, quitó al adolescente de Matamoros.

Sus compañeros de la delegación, menos imberbes y de mayor edad, le aconsejaron hablar con Celso, el paternal secretario de Organización, a quien encontró en el 186 de la calle de Mérida, en la colonia Roma, y le explicó su pesar, el agobio con el que no podía más porque al día siguiente debía pagar la cuenta del hotel.

Garza Guajardo escuchó al jovencito sin interrumpirlo, acaso se dio cuenta enseguida de la carga que traía encima, pero también del abuso cometido por el tesorero y que seguramente no le resultaba novedoso.

–¡Armando! –dijo enseguida en voz alta el popular dirigente de la JCM, nacido en Sabinas Hidalgo, Nuevo León, sin incurrir en sus característicos tartamudeos.

–¡Dime, camarada Celso –contestó solícito Real Mena, quien en cinco zancadas ya estaba con ellos.

–¡Regrésale su dinero al compañero de Tamaulipas!

Con la mirada retadora, Armando escudriñó el rostro del muchacho que apenado no tenía la menor idea de qué hacer en tales casos.

–En un momento le regreso el dinero, camarada.

–¡Ahora! –ordenó Celso y así fue.

Más tarde, el 20 de noviembre de 1968, el muchacho viajó por tercera y definitiva ocasión al DF. Quemó las naves con su patria chica y desde entonces se

instaló en la megalópolis, pero viajando intensamente por todo el país los primeros cuatro años.

Lo recibió el abusado tesorero y bajo su conducción el tamaulipeco se integró a las tareas de la dirección de la JCM, porque la mayoría de los líderes fueron a parar a la prisión a partir del 26 de julio de 1968.

El señor de las ojeras pronunciadas instaló al muchacho en la sede nacional del Partido Comunista, justamente donde lo obligaron a regresarle el dinero. Peor aún, donde Mendiola Cerecero y sus hombres cometieron, cuatro meses antes, uno de los tantos asaltos y destrozos cuando comenzó el movimiento estudiantil y popular.

—¡Estas son tus oficinas, camarada! Puedes despachar donde gustes. Aquí en la planta alta.

La casona de Mérida 186 contrastaba con la soledad en la que sólo el muchacho y *Chalón*, un viejo comunista de Campeche que la cuidaba, eran sus ocupantes.

El tamaulipeco viajaba por el noreste y noroeste de la república. Ciudad por ciudad llevaba las buenas nuevas y malas que determinaba la Comisión Ejecutiva y las divulgaba entre sus compañeros.

Propagaba durante el día y las noches las utilizaba para transportarse de una ciudad a otra. Tales menesteres que fueron parte de una muy bien armada rutina de trabajo, gozo y placer le permitían estar la mayor parte del tiempo en los estados y unos cuantos días en la capital.

Gracias a ello, el 26 de julio de 1969, fecha en que nuevamente la policía asaltó Mérida 186, él se encontraba en la capital de Durango. Igual, por cierto, que el Jueves de Corpus que se encontraba en Mexicali, Baja California. Y al regreso se negó con firmeza a permanecer un día más en esas oficinas donde también dormía.

Armando se resistió con su verbo grandilocuente, pero no logró embaucar al matamorenses que cada día identificaba mejor los singulares arcaísmos del tesorero, sobre todo después de que tras una agotadora gira de trabajo del primero, lo recibió con expresivos abrazos y le soltó:

—Camarada, la dirección de la JCM decidió reconocer tu extraordinario trabajo y darte unas vacaciones.

—¡Muchas gracias, compañero! ¿Cuándo y a dónde salgo?

—Hoy mismo por la noche a Acapulco.

El muchacho todavía volvió a caer en el engaño, partió al puerto y se dio cuenta que se trataba de una comisión de trabajo más. Sólo que la vulgar embaucada obedeció a la urgencia de la partida. No le importó mucho porque conoció a Blanca, la joven que pocos años después se incorporó al Partido de los Pobres. También al profesor Severiano Ponce, de Río Bravo, con quien estableció una sólida amistad hasta su muerte.

Real es ahora un acreditado homeópata con posgrados que no obstaron para que abandonara la propensión a embaucar. El exmuchacho convertido en señor fue a consulta, a principios de los años 80, paradójicamente en la misma colonia Roma, pero en la calle de Aguascalientes, en un establecimiento que opera bajo el parapeto de venta de peces, por supuesto que del mar, porque esta

denominación también se usó hasta 1981 para denominar a los integrantes del PCM.

El nuevo paciente tenía una aguda neurodermatitis de contacto en los empeines de los pies que jamás le revisó el homeópata durante tres citas.

–Todo lo leo través del iris de los ojos –adujo el médico ante el reclamo del paciente.

Una relación lejana fue la mejor solución a un vínculo que comenzó en Monterrey, Nuevo León, en 1966, cuando el tesorero disertó sobre las virtudes de un muchacho comunista:

–No es cualquier joven porque se distingue de todos los demás por su forma de ser, de comportarse y hasta de vestir y de caminar.

O bien cuando se reencontró con Elia Ramírez y frente al de Matamoros como testigo, disertó sobre la superioridad del socialismo frente al capitalismo.

–Son extraordinarias las bondades de los países socialistas respecto de los capitalistas, premian a las madres prolijas y no permiten que el esperma se desperdicie por la enorme riqueza humana que acumula.

Río Bravo

Como todos los fines de semana, el adolescente se trasladó de Matamoros a Río Bravo. La novedad era que ese domingo, del verano de 1966, debía hablar en la concentración campesina sobre las inquietudes de los jóvenes de la región norte de Tamaulipas y en apoyo a las demandas de mayores precios de garantía para la tonelada de sorgo y menores cuotas de riego.

Isidoro Rodríguez, como fue presentado ante los asistentes al mitin campesino para protegerlo de las imprevisibles reacciones de las autoridades de la alcaldía, la Secretaría de Recursos Hidráulicos, el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización y del Ejército acantonado en Reynosa, era un trabajador ciudadano que empezaba a descubrir el mundo rural.

De su ronco pecho, sin mediar un guión escrito ni mucho menos un texto completo, Isidoro planteó con más enjundia que claridad, los temas que le asignaron para el acto:

La insuficiencia de la parcela paterna para asignar trabajo ya no digamos un pedacito de tierra a los hijos, los bajos salarios de los obreros agrícolas y más aún de los muchachos, todo ello agudizado por los insuficientes precios de garantía fijados por la Conasupo, ahora inexistente y extrañada, y los altas cuotas de riego del agua proveniente del Bajo Río San Juan.

Pero más que lo que dijo Isidoro, impactó la forma en que lo expresó. Se cuidó muy bien de no incurrir en el esquema que escuchó en Valle Hermoso y que atribuía las carencias de la sociedad rural centralmente a un presunto enriquecimiento de las ciudades “en las que abundan los palacios”.

Cada frase la pronunciaba con la vista fija en el balcón en que estaban cómodamente instaladas las autoridades, como si escuchar denuncias y reclamos fuera una tarea dominical. Más bien pretendían, con su inquietante presencia inhibir a los oradores, que se moderaran ante la presencia de los censores de la libertad de expresión.

Isidoro pasó de la frase y la vista fija en el balcón al señalamiento personificado, de los responsables inmediatos de los problemas que planteaba.

—¡Allí están! ¡Ésos son los responsables! Decía una y otra vez respaldado con los gritos y las ovaciones de los campesinos azorados por la valentía (o inconsciencia) del güerito de 16 años, de ojos color miel y pelo rubio.

La irritación de los señores del balcón llegó a su límite y un teniente coronel recibió la orden de detener al novel orador. Los movimientos del pelotón de soldados fueron bastante obvios. Abajo, y con los de abajo, los dirigentes de la Central Campesina Independiente tomaron las medidas pertinentes.

El muchacho bajó del templete, alguien le colocó un sombrero y le susurró al oído “No te separes de mí” y se dejó llevar por la multitud que lo arropaba, abriéndole un camino muy estrecho y en forma de zigzag que lo condujo en unos minutos a una camioneta que arrancó enseguida y lo colocó a buen resguardo en un domicilio privado.

Allí se enteró que su palabra llegó al corazón de los campesinos, pero sin alebrestarlos. También del enojo mayúsculo del jefe castrense.

–Esta vez se me peló ese cabrón muchacho. Pero yo me ocuparé de él y más temprano que tarde lo agarraré para bajarle a madrazos los humos. ¡Así no se le habla a las autoridades. Y menos a mi jefe y general. ¿Qué se cree este cabrón güerco? Además, no se llama como dicen ustedes –amenazó a los dirigentes que permanecieron en el mitin: Crispín Reyes, Severiano Ponce, Rosendo Gaona, Isaías Pineda, Guadalupe Gaona y Pantaleón Zedillo.

–Díganle que se cuide porque le voy a partir su madre –remató el jefecillo de la milicia.

Hasta el 20 de noviembre de 1968 que Isidoro permaneció en la región, varios *ceceístas* lo saludaban con alguna de las frases acusatorias y las gesticulaciones que usó más dos años antes. Entendió, entonces, la indignación y la amenaza castrense.

Por eso aquel domingo la dirigencia comunista del regional del norte tamaulipeco le aconsejó no asistir a la manifestación y marcha campesina en apoyo al movimiento estudiantil y popular de 1968. Fue de las contadas movilizaciones agrarias que se realizaron en el país.

Los dirigentes le advirtieron:

–Puedes asistir. Pero acuérdate que el teniente coronel te la sentenció y desde temprano se presentó al local de la CCI, desconectó los aparatos de sonido, se los quería robar pero no lo permitimos. Preguntó por ti y con tu nombre verdadero. No vale la pena correr el riesgo. Hoy por la noche te vas a México y tienes que llegar bien.

La escuela

–¿Cuál es el deber de todo revolucionario? –Preguntó Montes, después de sorber la tasa de café americano e inhalar el Raleigh con boquilla, y con mirada retadora dirigida a la treintena de alumnos de la Escuela Nacional de Cuadros y desplazarse por el área asignada a él.

La respuesta brotó enseguida, previo alzamiento de la mano, de los señores y de los muchachos: “¡Hacer la revolución!, camarada”.

Isaías Orozco e Irma Ramírez (de Chihuahua, capital), Rodolfo Lira e Isidoro Hernández (de Río Bravo y Matamoros, Tamaulipas), el profesor de primaria (de Navojoa, Sonora), y el de Mérida, Yucatán, y otros más coincidieron en la misma respuesta y casi las mismas palabras que hiciera famosas Ernesto Guevara de la Serna, mejor conocido como *El che*.

Seguro de sí mismo, el profesor retó:

–¡No, camaradas! El deber de todo revolucionario es aplicar las leyes del materialismo histórico y las del materialismo dialéctico para interpretar la realidad nacional y establecer los rumbos que conduzcan a la transformación revolucionaria de la sociedad mexicana.

La respuesta apabulló a los alumnos de las capitalinas calles de División del Norte y Prolongación Uxmal. Concluida la cátedra los convencidos con la doctrinal respuesta coincidieron a la hora de la cena:

–Este cuate es muy sólido y apenas estudió la secundaria, si acaso. Es un impresor, un obrero de la industria gráfica, muy preparado. Ninguno de nosotros supimos dar la respuesta que tiene el marxismo para una pregunta que parece fácil pero es muy compleja.

Otro conferenciante, Marcos Leonel, no tuvo piedad con su auditorio a la hora de dilucidar el significado, en julio de 1967, del muy activo e influyente Movimiento de Países No Alineados:

–En el mundo de hoy no hay más que de dos sopas, el capitalismo y el socialismo. No existen términos intermedios.

La tosquedad del esquema no reparaba en la activa participación e influencia en el numeroso movimiento político integrado por países en vías de desarrollo a la vez que socialistas, o los que entonces se reconocían como tales, como eran los casos de China, Cuba y Yugoslavia, aunque impugnada ésta última por los más ortodoxos comunistas.

Cecilia, la universitaria de la Nacional Autónoma de México, proveniente de Ensenada, Baja California, registró su malestar en la reunión de balance del curso de aquel verano, pues el ingeniero petrolero de Tampico estableció la cuadratura al círculo del Noal. Ella misma era recordada porque en el II Congreso de la JCM expresó una frase inolvidable, en ese caso para reivindicar al chiapaneco Ovilla Mandujano: “Hombres de la talla y de la envergadura del camarada Juan Manuel...” Y todo para descalificar a Marcelino Perelló, Pablo Gómez, Joel Ortega...

Otro profesor, Agustín Montiel, no se complicaba tanto la vida y procedía a formular preguntas a los estudiantes y enderezar las respuestas que él

consideraba erróneas, pero sin confrontarlos. En la reunión de clausura del curso veraniego tampoco salió indemne.

Lo cierto es que mucho aprendimos con nuestros dirigentes que en sus escasos tiempos libres ejercían como profesores y compartían tanto sus estrechas visiones como su amplia experiencia partidista.

Agustín se instaló en el pasado. Dos décadas más tarde convocó a uno de sus exalumnos al café Habana para invitarlo a formar “el partido para hacer la revolución”.

–¿La revolución? –Verbalizó el otrora alumno.

–¡Sí! O la transformación revolucionaria de la sociedad, si prefieres.

El esquema era hilarante. El invitado representaría a los intelectuales. Otro a los obreros, uno más a los campesinos, y Montiel sería el secretario general.

Mas lo impresionante del luchador social ya fallecido era que no sólo no traía dinero para pagar su café sino tampoco para transportarse a su casa en Ecatepec, donde vivía en condiciones de práctica pobreza extrema.

Punto de partida

A Marcel Mantel, creador del emblemático personaje *Monsieur Bip* que inmortalizó a Marcel Marceau, siempre lo asoció César al Berlín de la segunda mitad de los años 60 del siglo pasado, con todo y el claro origen francés y formación universal del considerado mayor mimo de la historia.

El fallecimiento, el 22 de septiembre de 2007, del *Fabricante de máscaras*, título de una de sus obras, o *El marinero de los aires* como él mismo se autodefinió en una ocasión en México, lo condujo mentalmente con cierta recurrencia al Berlín donde lo vio actuar por primera vez, entonces dividido por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial y confrontado hasta quitar el sueño a los pocos mexicanos que a fines de septiembre de 1967 vivían y estudiaban en Berlín oriental.

César no recuerda la fecha en que arribó a la Escuela Superior de la Juventud Wilhem Pieck –primer presidente de la República Democrática Alemana– situada en Bogensee, en el centro de un bosque de coníferas y a un costado de un hermoso lago, a 45 minutos entonces de la capital, para estudiar economía política, filosofía, estrategia y táctica del movimiento comunista y obrero internacional, y alemán, nombres de las materias en que un grupo de latinoamericanos se concentraron durante 10 meses, además de ilustrativos viajes de prácticas.

Sí tiene claro César que para el 10 u 11 de octubre de 1967, los mexicanos que llegaron con un mes de retraso al curso de la escuela donde estudiaban decenas de chilenos, uruguayos, colombianos, finlandeses, suecos, daneses, noruegos y sudaneses, así como cientos de alemanes, los cimbró la noticia de la caída en combate y el asesinato de Ernesto Guevara de la Serna.

Desaparecieron al instante la algarabía juvenil característica de la cafetería, la conversación en voz alta y los brindis con tarros de cerveza desbordados por la espuma: –¡Prost! ¡Prosit! ¡Zum Wohl!

Cuando César ingresó al lugar, el silencio y la tristeza se respiraban en el ambiente.

–Mataron al *Che* en Bolivia –fue la respuesta en voz baja, entrecortada que recibió César, quizá de Vladimir, el traductor chileno.

La universalidad del nativo de Argentina –formado en México y Guatemala, forjado en Cuba, El Congo y Bolivia– se recrea por cuarta generación consecutiva, para el revolucionario que rendía culto a la verdad.

Del humanismo en que están formados y educados sus partidarios, dieron testimonio los médicos cubanos que curaron de cataratas a Mario Terán, el teniente del Ejército boliviano que el 9 de octubre de 1967, estaba nervioso y falló los primeros disparos dirigidos a Ernesto Guevara. Herido y con las manos atadas a la espalda, en una escuela de La Higuera, el comandante le pidió que se calmara y le gritó:

–¡Vas a matar a un hombre!

El asesino recuperó la vista en 2006, gracias a la *Operación milagro* de asistencia oftalmológica que los gobiernos de Cuba y de Venezuela desarrollan con éxito en el subcontinente, ahora que está viejo y pobre.

Con la recuperación de las vivencias de César Sepúlveda, no sólo se da cauce a añoranzas instaladas en la memoria con fuerza, sino porque Bogensee fue punto de partida –amateur por supuesto– de un ejercicio periodístico que perdura.

Allá realizó el periodista mexicano, con el nombre temporal mencionado, durante varios meses un programa radiofónico dos veces a la semana, en español, alemán e inglés para una comunidad integrada por un millar de estudiantes, maestros, traductores y trabajadores de intendencia.

El programa tenía como sello musical *Guantanamera*, creada por el cubano Joseíto Fernández, con letra tomada de los *Versos sencillos* del escritor e independentista cubano José Martí, en la versión del estadounidense Peter Seeger, melodía que él universalizó, e intérprete de música popular muy reconocido en aquellas latitudes, más que en su propio país, aunque ahora es poseedor de un Premio Grammy, además de autor de *We Shall Overcome* (*Venceremos*).

Bapsi

A menos de una hora de Berlín oriental, la entonces capital de la República Democrática Alemana, se localizaba la Escuela Superior de la Juventud Wilhem Pieck, nombre del presidente fundador del denominado primer Estado alemán obrero y campesino.

La planta docente y de intérpretes estaba integrada, generalmente, por matrimonios que laboraban y vivían en Bogensee. Economía política, filosofía, estrategia y táctica del movimiento comunista y obrero internacional, además del idioma alemán, eran materias que se impartían a una comunidad estudiantil integrada por un millar de muchachos y muchachas del país sede en su mayor parte, de naciones nórdicas, latinoamericanas y africanas.

El estudiante más joven era un mexicano de 17 años cumplidos. El mayor, Alberto, tenía acaso 28, y provenía de Ensenada, Baja California. Once, son muchos años de diferencia para esa vital etapa de la vida.

Tal circunstancia colocaba a César Sepúlveda en la envidiable posición para muchos, incómoda para él, de ser tratado como el consentido y no menos protegido de casi todas las estudiantes.

Era un microcosmos de los internacionalistas jóvenes, unidos estrechamente por referentes ideológicos, lazos de amistad y una intensa convivencia en el aula y las habitaciones, constantes viajes de trabajo y estudio por todo el pequeño y pujante país, en el comedor y el bar estudiantiles.

Cuando César empezaba a tratar con más frecuencia de la visiblemente normal a alguna joven, aparecían alemanas desinteresadas y otras no tanto, dispuestas a protegerlo y aconsejarlo sobre la necesidad de tener cuidado con la presunta lagartona.

La extraordinaria libertad sexual, bien respaldada con información, conocimientos escolares y rigurosas medidas preventivas, no impedía que destacara una levemente gordita y no mal parecida estudiante local, quien pronto hizo buena y mala fama por recorrer las habitaciones de los sudaneses, afamados allí por la prominencia de sus dotes penales.

Durante una de esas noches de recorrido que efectuaban los profesores y profesoras para asegurarse de que todos los alumnos se encontraran en sus habitaciones a las 23 horas, como límite –excepto viernes, sábados y días de fiesta–, Ingrid fue rescatada por un valeroso guerrerense de la habitación de cuatro sudaneses dispuestos a poseerla sexualmente contra su voluntad, a violarla, pues.

El alto y esbelto joven se ganó la enemistad de los comunistas, o mejor dicho *comemierdas*, aspirantes a violadores. Y la rescatada mostró su infinito agradecimiento durante el resto del curso, a través de clandestinas y placenteras sesiones íntimas. Su condición de casada, con dos hijos del profesor de economía política, amigo –además– de los cuatro estudiantes provenientes de tierras aztecas, obligaban a la discreción al parecer no tan absoluta.

Al más joven de los alumnos le llamaba la atención la capacidad histriónica, y cierto ejercicio de cinismo, con el que Jaime e Ingrid fingían su romance en las frecuentes reuniones y cenas que organizaba el marido con los mexicanos.

Peter, el traductor, no se andaba por las ramas. Tenía una bella y agradable esposa. Él poseía un extraordinario sentido del humor. Acudían ambos a los animados bailes (humedecidos con abundantes tarros de cerveza) en el amplísimo comedor convertido en pista, en compañía también de la pareja varonil de él.

–¡Salve Chésare! –Gritaba eufórico al saludar al adolescente mexicano.

Los alemanes orientales siempre gozaron de la fama de ser una sociedad de amplia libertad sexual y de la cotidianidad, con las que compensaban la ausencia de las políticas.

Bapsi era el mejor ejemplo de ello. Alta, frondosa, con un cuerpo perfecto y una cara agraciada, provocaba los suspiros de todos y los comentarios viperinos de muchas.

Tuvo un intenso y agotador romance con Marcelo, el trabajador bancario brasileño que vestía impecable, como si cada día fuera de fiesta, aunque siempre tuviera a flor de labios el *filha da pu*.

Cuando conquistó a *Pepsi* –así le decía César–, Marcelo lo presumió como si hiciera falta. Era imposible entrar a la habitación de los cuatro mexicanos más el brasileño porque estaba ocupada a la hora de la comida, de la tarea escolar fuera de la biblioteca, de la cena. Olvidarlo implicaba someterse a escuchar una sesión de intensos jadeos.

Además, el simpático y presuntuoso brasileiro se ocupaba de compartir la información de la jornada camaral a sus cuates, como llamaba a los mexicanos. Al mes, o antes, se rindió. La alemana lo dejó ojeroso, rozado, tembloroso.

Entonces *Bapsi* recordó que César, el que la bautizó como *Pepsi* e incluso le compró en la tienda de dólares de Berlín una botella del popular refresco, además de amigo de siempre, era también hombre.

Y lo sedujo... literalmente.

Fue durante un atardecer veraniego en pleno bosque de coníferas. El cielo era intensamente azul. Muy cerca del lago. De película, porque el más joven de Bogensee se estrenaba en los menesteres que son raíz y esencia de la vida.

Pepsi estuvo majestuosa, maestra.

Las esencias inquietaron al desvirgado cuando cayó en la cuenta de que el condón estaba roto. El silencio lo aprisionó. Pensó durante muchas horas cómo explicárselo a su amiga y ahora pareja ocasional de placer.

24 horas después se decidió. Habló a solas con ella. En el elemental alemán que mascullaba le explicó con dificultades –aunque claridoso– lo que él estimaba como una enorme desgracia.

Amistosa, casi maternal, *Bapsi* le replicó:

–No te preocupes, César. Ese es mi problema.

César se sintió muy ligero y feliz.

La amistad perduró hasta que concluyó el curso con la mirada siempre desconfiada y celosa de las alemanas que no supieron, finalmente, cuidarlo bien de las bellas exhuberancias de la inolvidable *Pepsi*.

Primer encuentro

La fémína más respetada en todas las latitudes, culturas, religiones, clases sociales y países de verdad –porque también los hay de a mentiritas–, es la muerte.

Si no es femenina, por lo menos posee el artículo.

En cualquier caso todos le rinden reverencia, respeto. En el mejor de los casos toman *sana distancia*, como decía aquel presidente mexicano respecto de su septuagenario partido en vías de abandonar parcialmente Los Pinos. Medio cuerpo afuera. Medio cuerpo adentro.

César Sepúlveda tomó sus primeras vacaciones en la frontera de la entonces República Democrática Alemana, con Checoslovaquia. Para él era una extravagancia dejar de trabajar o de estudiar. Pero la escuela decretó vacaciones, y frente a la tentadora decisión prepararon maletas mexicanos y colombianos, chilenos y uruguayos, también un brasileño.

Recibió su primer impacto cuando el camión escolar se desplazaba por modernas autopistas. Preguntar era el ejercicio favorito ante todo lo que no alcanzaba a entender a satisfacción.

En voz baja Ernesto, el profesor de filosofía, contestó:

–Se construyeron antes de la Segunda Guerra Mundial. Nosotros sólo las reconstruimos.

–¿Cómo fue eso? –Indagó azorado.

–Esta parte de Alemania fue la más castigada y destruida por los bombardeos de Estados Unidos. El gobierno imperialista tenía muy claro que el Ejército Rojo ocuparía el sector oriental del territorio alemán y, por ende, decidieron que el costo para la Unión Soviética fuera muy alto.

La insatisfacción por la respuesta se dibujó en el rostro del adolescente.

Ernesto había parrandeado con el muchacho y hasta perseguido jovencitas, parapetado en él, lo que no libró al cuarentón profesor de terminar rasguñado en cara y brazos una noche de tragos, durante el viaje de práctica a la bellísima Erfurt con su imponente catedral.

–Bueno, César. Son autopistas que se construyeron bajo el gobierno de Hitler para desplazar los tanques y el armamento a alta velocidad.

Llegaron a un albergue localizado a 20 minutos, caminando desde el poblado de Jöstadt. Estaba muy cerca en realidad. Los 16 grados bajo cero, la oscuridad y las toneladas de nieve que cubrían todo el trayecto, lo hacían más gozoso y retador para los jóvenes latinoamericanos.

Además, los profesores les advirtieron que bajo ningún motivo se acercaran a la línea fronteriza. Y que ante el de por sí imperativo ¡Halt!, pero pronunciado por un militar y germano, obedecieran enseguida y se identificaran. Era la tercera semana de diciembre del 67. Ocho meses después, las tropas del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia. Y Walter Ulbricht fue uno de los promotores más tenaces para poner fin a la Primavera de Praga.

En el bar del poblado, César conoció al primer nativo, un joven con varias cervezas frías en el estómago, tal y como debe combatirse seriamente el invierno, que abiertamente proclamaba el deseo de largarse de su país para hacerse de un

coche del año y un departamento que *el milagro* alemán occidental divulgaba con eficacia mediática, todos los habitantes los tenían al alcance de la mano.

Un día antes o un día después, todos los vacacionistas se fueron a esquiar. La diversión era plena. El paisaje de un blanco apabullante, impecable, parecía una hoja punteada por las casitas lejanas que esporádicamente aparecían en el recorrido. Las constantes caídas y sentones en la nieve hacían la tarde más alegre, divertida, festiva.

Con un poco de práctica, antesala del dominio, empezaron a esquiar y muy pronto la confianza campeó entre todo el grupo. Al poco rato, todos se sentían expertos. Los gritos de admiración y festejo por lo que –en realidad– eran pequeños avances en el aprendizaje, provocaron una algarabía que dejó de escuchar César repentinamente.

Sin que ninguno de sus compañeros se percatara, se había internado en un pequeño bosque. El silencio era sepulcral. Sólo escuchaba sonidos extraordinarios, imposibles de identificar. ¿Los produciría el aire hurgando entre las ramas, las aves, su respiración, los osos, los árboles, sus movimientos enérgicos pero desesperados por salir del conjunto de coníferas?

No lo sabía ni le interesaba aclarárselo. Sólo se fijó como meta suprema salir del pequeño bosque que se le hacía inmenso. Y lo logró.

–Muy bien. ¿Y ahora para dónde? ¿Al norte o hacia el sur? ¿Hacia el este o al oeste?

¡Ni idea! Lejos divisó la luz de una casita rural. Desplazó el cuerpo y la vista y observó otra. La distancia era tal que, calculó, no tendría fuerzas para llegar.

El frío arreciaba; la noche era más noche todavía y los ruidos se multiplicaban. Quedarse allí era imposible: el salvaje frío lo mataría.

Suspiró profundo una, tres, seis veces. Se le despejó la mente deshabilitada para ocuparse de pensar en los suyos, su lejanísima tierra, sus intensas y agobiantes vivencias en 17 años, cuatro meses y dos semanas cumplidas.

Finalmente, se decidió por una de las direcciones cardinales y, dentro de ella, escogió uno de los muchos caminos que tenía.

Salió muy bien librado del primer acercamiento con la muerte y llegó al albergue. Nadie se enteró de su ausencia. Todos cenaban plácida y alegremente.

–¿Camaradas? ¡Hijos de la chingada! –dijo para sus adentros.

Los otros 68

Al cumplirse 40 años de la consumación –a sangre, fuego y cárcel– de la derrota del movimiento estudiantil y popular de 1968, el recuerdo se instaló en la memoria del otrora joven Isidoro Rodríguez.

Instalado en la pantalla de su *Texa* se dispuso a recuperar una de las múltiples expresiones, no capitalinas ni estudiantiles, de la solidaridad que suscitó en el norte de Tamaulipas, como en diversas regiones de la república, e insuficientemente registradas por protagonistas y estudiosos.

Recordó a Felipe Milán, uno de los integrantes del comité regional del Partido Comunista Mexicano, quien lo acompañó el miércoles 2 de octubre a la estación del ferrocarril de Río Bravo para trasladarse a Matamoros. Tras platicar largo y tendido, minutos antes de abordar el tren, le soltó a boca de jarro:

–Parece que hubo una matanza de estudiantes en México.

–¿Cómo? ¿Cuándo? –Fue todo lo que hilvanó.

–Lo escuché en la radio y la información es muy confusa –alcanzó a decirle el ahora periodista, mientras el tren arrancaba, quizá a las 19 horas, bajo un cielo intensamente azul, nubes blancas y un sol de verano. La nítida imagen quedó registrada como una fotografía. La confusión envuelta en preocupación también.

Aún registra que la sorda represión posterior, ordenada por el afamado *Chacal de Tlatelolco*, fue intensa pero selectiva, y que se hizo presente por los rumbos de Río Bravo, Matamoros, Valle Hermoso y Reynosa.

Mas la Central Campesina Independiente –conducida por Crispín Reyes, Severiano Ponce Sandoval, los hermanos Rosendo y Guadalupe Gaona, Isaías Pineda y Pantaleón Zedillo, entre otros–, tomó las calles en varias ocasiones para marchar e impulsar el apoyo rural a los seis puntos del pliego petitorio del Consejo Nacional de Huelga, a la vez que planteaba sus propias reivindicaciones: mejores precios de garantía para el sorgo y maíz, disminución de las cuotas de riego...

No olvida que en las asambleas de ejidatarios, contadas pero también de obreros agrícolas –un año antes padecieron a las fuerzas policiales de Agapito González Cavazos que rompieron en El Control, la primera huelga de granjas avícolas de que se tenga memoria–, se informaban y discutían las novedades que arrojaba la rebelión estudiantil.

Los centros de educación media y superior, más los primeros pues los segundos eran tres, recibían decenas de miles de octavillas en Matamoros y Reynosa, distribuidas bajo el sello de la discreción en razón de que la vigilancia policiaca estaba a la orden del día.

No olvida Isidoro que por aquellos días visitó Matamoros Romeo González, representante de la asamblea de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales ante el CNH. Y que después de realizar una frívola disección de las corrientes que actuaban en el movimiento, en la cafetería que estaba a un costado de la presidencia municipal, no se molestó en auxiliar a los cuatro jóvenes, entre ellos él, en el riesgoso reparto nocturno de propaganda.

Así lo publicó 40 años después en *Utopía* y recibió de Israel Galán una larga explicación sobre la trayectoria de sí mismo y de González Medrano como dirigentes del Partido Estudiantil Socialista y del espartaquismo, al lado de José

Revueltas, como prueba del fogueo que acumulaban, para finalmente reconocer sin inmutarse: “No sé qué hizo Romeo en Matamoros como lo refieres, pero creo que es sólo una percepción tuya pasada por el tamiz del tiempo transcurrido desde entonces, lo de la ‘frivolidad’ del compañero. Yo me baso también en datos de la historia y en recuerdos personales y ellos me dicen que asumimos con responsabilidad nuestra tarea en cualquier circunstancia”. Amén.

Los miles de ejidatarios, comuneros y jornaleros agrícolas que marcharon por las calles de Río Bravo, de la sede de la CCI a la plaza Benito Juárez, y muchos más que recibieron información y deliberaron en sus comunidades, no tenían aquellos pequeños reparos, y lo mismo portaban mantas de su organización social, que cartulinas hechas por sus hijos estudiantes de secundaria o de preparatoria, coreaban consignas y repartían volantes producidos en mimeógrafo.

La grata remembranza del Isidoro promotor de la organización social del campo, lo condujo a concluir en su nueva condición de escritor, pero sin ningún afán de ofender a nadie o suscitar más desmentidos:

“La solidaridad del agro del norte de Tamaulipas con el movimiento del 68 ni remotamente conmovió a los estudiantes de la Universidad Nacional y el Instituto Politécnico como los campesinos de Topilejo, pero seguramente tuvo mayor consistencia, continuidad y alcance. Por cierto, uno de sus municipios lleva el nombre del genocida Gustavo Díaz Ordaz”.

Y finalmente:

“Una visión centralista, en cierta forma *achilangada*, del movimiento estudiantil y popular de 1968 tiende a omitir la multiplicidad de expresiones universitarias, campesinas y hasta sindicales que, gracias a la izquierda política y social de hace cuatro décadas, se materializaron por diversos rincones de la República”.

Quemar naves

La noche del 20 de noviembre de 1968, partió el activista político de Río Bravo al Distrito Federal para instalarse aquí de manera definitiva.

No fue aquella una decisión personal que sólo implicara dejar la pequeña población tamaulipeca, asentada entre Matamoros y Reynosa, y además sede de los comités regionales de la Central Campesina Independiente, la Juventud Comunista de México y el Partido Comunista Mexicano.

Fue, sí, lo recuerda bien, una decisión tomada por la dirigencia de la organización juvenil que se encontraba severamente mermada al tener a la mitad de sus integrantes en Lecumberri, símbolo de la prisión política hecha método de gobierno por Díaz Ordaz, tras el inicio del movimiento estudiantil y popular de 1968 y no digamos con la derrota el 2 de octubre del mismo año.

Aún recuerda que lo que para él implicaba quemar las naves, era una decisión que podía acatarse o declinarse, pero a los 18 años de edad cumplidos el tamaulipeco optó, sin titubear, por lo primero, pues desde hacía cuatro meses dedicaba su tiempo a la JCM, integrada mayoritariamente por campesinos y jornaleros, y en menor medida por obreros urbanos y estudiantes. También participaba en algunas tareas de la CCI y del PCM.

De tal suerte que cuando le informaron de la necesidad de trasladarse al Distrito Federal –México, a secas, le llamaban por aquellos sus rumbos– para contribuir junto a Raúl Ramos Zavala, de Monterrey, Nuevo León; Fabián González, de Guadalajara, Jalisco; Jaime Alcaraz, de Chilpancingo, Guerrero; y Antulio Ramírez, de Uruapan, Michoacán, a las tareas que los encarcelados ya no podían realizar, no sólo le pareció fascinante sino un indescifrable reto que moralmente estaba obligado a afrontar.

No le importó, entonces, que a la mayoría de aquellos jóvenes presos sólo los conocía por el semanario *La Voz de México* y antes por la quincenal *Política*, que dirigía el inolvidable Manuel Marcué Pardiñas, también por *Nueva Vida*. Exactamente igual que ahora, pues aboga desde el periodismo por la liberación de varios de los centenares de prisioneros de conciencia y políticos, y por todos ellos juntos a través de la ley de amnistía general que impulsa la admirable *tía* Rosario Ibarra, sin reparar en la exquisitez del trato personal o no.

Claro está que el compromiso que adquirió era radicalmente superior a la indispensable abolición de la prisión política como institución del autoritarismo presidencial. Se trataba de sustituir en el quehacer a jóvenes universitarios que bregaban con mejores instrumentos del conocimiento que él y mayor experiencia, por la transformación socialista de México.

Ni siquiera reparó en aquellas evidentes diferencias y no precisamente por soberbia, sino porque estimó que cuando los deberes políticos, ideológicos o simplemente éticos, se presentan en la vida, se afrontan o no. Y se invierten los mejores esfuerzos.

Además le resultaba enigmático cambiar el norte de Tamaulipas como centro de operación por la megalópolis que, aunque previamente había visitado en tres ocasiones, era una gran desconocida que todavía no acaba de recorrer.

Instalado en el DF, su tarea principal consistió, durante poco más de cuatro años, en visitar a los comités del noreste, el centro y el noroeste de la república, y la capital sólo era punto de rendición de cuentas, recepción de lineamientos y de partida.

Más de cuatro décadas después, sin aquella temprana y acertada decisión, reforzada también con su inicio en el tan riesgoso como fascinante y adictivo oficio de escritor, en abril de 1970 en la revista *Oposición*, seguramente no estaría ahora frente a la pantalla de la computadora, instalado en el rescate de estos recuerdos más colectivos que personales, para que el relator se los comparta.

Baja California e Insurgentes

Jaime, Luis y César supieron de sus mutuas existencias en la Escuela Superior de la Juventud, en la periferia de Berlín, y trabaron una buena amistad durante 1967-68 en que estudiaron juntos y compartieron el mismo techo, aula, comedor y cafetería-bar.

Marciano, el tarasco, compartió lo mismo que el trío de jóvenes, pero fue incapaz de integrarse con sus paisanos y cada vez que las buenas cervezas alemanas servidas en tarros y con la espuma hasta casi derramarse, al michoacano le brotaba lo agresivo porque, decía, “todos me discriminan”. Y cuando las bellas colegas alemanas pretendían apapacharlo por discriminado, también le brotaba lo huraño, agresivo. De tal suerte que varias ocasiones lo sometieron literalmente entre varios, porque la parranda estudiantil tenía límite y él no los conocía.

Tras el encarcelamiento de buena parte de los dirigentes de la Juventud Comunista de México, durante el movimiento estudiantil-popular del 68, el trío de compañeros en Bogensee fue convocado para integrarse a las tareas de la organización juvenil.

La tenaz pero sorda, selectiva represión policiaca y militar del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz tras la masacre en la Plaza de las Tres Culturas convirtió en irrespirable el clima político en todo el país, no sólo en la capital, donde los muchachos realizaban una parte de sus tareas en medio de una penuria económica superior a la que padecían los prisioneros políticos.

Jaime Alcaraz tenía una motocicleta color verde que usaba para transportarse, y habitaba en la colonia Santa Julia. Luis Arámula vivía en Observatorio, delante de la Preparatoria de la UNAM. César dormía en la calle de Madrid, casi esquina con Insurgentes, en un edificio que ya derribaron y que hacía espaldas con el después famosísimo Run Run.

Una noche Jaime pidió a César que lo acompañara para llevar a Luis a su casa en la calle de Gelati. Esbeltos, los tres cupieron en la pequeña motocicleta, pero por alguna razón empezó a fallar y era necesario empujarla.

La falla los venció y en Baja California e Insurgentes, a la tercera parte del trayecto a recorrer, Jaime decidió que César lo esperara allí, donde ahora se encuentra una sucursal de Banamex, el banco que vendió el magnate Roberto Hernández a Citibank en una fabulosa cantidad de millones de dólares y sin pagar un solo centavo de impuestos. Ventajas del capitalismo salvaje, pero de compadres.

Partieron Jaime y Luis, el tamaulipeco se instaló en la esquina indicada y a los pocos minutos le llamo la atención que se estacionaran coches a unos cuantos metros de él con las luces intermitentes encendidas y sin que nadie descendiera de ellos.

Otro de plano acercó el auto, bajo la ventanilla y dijo:

–¡Buenas noches joven! Gusta que lo lleve a algún lado.

–Muchas gracias, señor, espero a un amigo que no tarda y me llevará a casa –respondió el matamorenses, sin malicia alguna, a uno y otro señores perfectamente trajeados y con automóviles de modelo reciente y bien equipados,

nada del coche de pueblo o popular, llamado Volkswaguen que empezaba a predominar en las calles del Distrito Federal.

La insistencia por brindarle un aventón de parte de ocho automovilistas, unos sólo con los cuartos encendidos y a señas, otros verbalizándolo de manera demasiado amable, hizo caer en la cuenta al formado en su infancia en el mundo de las cantinas de Matamoros y de Brownsville, que había gato encerrado, como cuando aquella señora treintañera le dijo: –Hijo, si me acompañas a mi casa te doy 10 dólares”.

Enhorabuena llegó Jaime y se trasladaron al departamento de Arquímedes Morales, el biólogo que después dirigió la Universidad Autónoma de Guerrero, y en los caldos Plata platicó la odisea sobre los señores gay que apenas empezaban a salir del closet en la oscuridad de la noche y en búsqueda de jovencitos y hasta menores de edad como entonces era César.

Jaime simplemente lo festinó: –Ya encontramos la solución a nuestros graves problemas económicos, podremos comer tres veces al día.

Por fortuna ni lo escuchó ni se enteró el tesorero Armando.

Mecenas

Enseguida del 2 de octubre de 1968 la paz de los sepulcros se impuso al país.

La prisión política, la persecución y el *big brother* registrando movimientos y desplazamientos de los disidentes fueron los instrumentos predilectos del *chacal* de la Plaza de las Tres Culturas para asfixiar las voces heridas y dispersas que no alcanzaron lugar en Lecumberri y el Campo Militar Número Uno.

Los que batallaban fuera de aquellos espacios, desenvolvían su actividad universitaria y política en condiciones tanto o más precarias que los prisioneros de conciencia. De las necesidades materiales de éstos y sus esposas se hacían cargo, mal que bien, las dirigencias de las corrientes políticas de izquierda y las golpeadas, hasta desarticularlas, organizaciones estudiantiles y populares.

Con cierta regularidad las familias que fueron privadas de la presencia del padre de familia, recibían en su domicilio un respaldo material que entregaba uno de los varios jóvenes traídos de diferentes estados del país para sustituir a los confinados tras las rejas. Al del norte de Tamaulipas le tocaba llevar la quincena a Guillermina hasta la puerta de su casa.

Pero entre los repartidores de los apoyos, había quienes no contaban con ninguno y además de realizar las tareas de disensión política, también se ocupaban de conseguir su propia manutención.

En Lecumberri se lo comentaron a Arturo Martínez y su respuesta, vista a la distancia, mostraba impotencia.

–Ven a comer con nosotros todos los domingos y resuelves una parte del problema.

La propuesta era tentadora porque Danzós, el candidato presidencial sin registro en 1964, tenía fama de gran cocinero. Y el olfato lo reconfirmaba.

Pero la única vez que visitó el *Palacio negro*, portando una credencial del Partido Revolucionario Institucional de San Luis Potosí, no le quedaron ganas de volver aunque asistió comisionado por sus dirigentes, y siempre recordó que Valdespino abrazando a *Guille*, su esposa, le dijo en un tono que no supo interpretar:

–¿Cuándo nos van a sacar de aquí?

Los partidos y grupos de izquierda sostenían sus actividades con campañas económicas anuales, redes de donantes y otras promociones. El afamado *oro* de Moscú, Pekín o La Habana brillaba por su ausencia.

Las necesidades siempre eran muy superiores a los recursos recabados.

En esa penuria, surgió la idea que se convirtió en práctica cotidiana, para que cada dirigente o *cuadro profesional* de la JCM formara su propia red de donantes, expidiera comprobantes, entregara la parte sobrante después de tomar la parte correspondiente a lo que se llamaba *salario*, y que cada uno tenía nominalmente asignado. La denominación no se compadecía con la falta de corresponsabilidad colectiva con el esfuerzo individual desempeñado.

Contradicciones aparte, con los nombres y domicilios de trabajo que facilitó el tesorero, procedieron a formar varias redes de mecenas. No eran ricos ni poderosos, sino mexicanos destacados en sus quehaceres profesionales y tan generosos que de ellos dependía el alimento diario y nunca faltó.

El señor Espresate mes a mes entregaba puntualmente su aportación y auspiciaba la conversación con aquel muchacho que acababa más que fortalecido tras la visita, porque el propietario de la librería Madero e impresor transmitía una ansia de información sólo para estimularlo. La impecable vestimenta del padre de Neus y abuelo de Nuria, además de la notable diferencia generacional nunca obstruyó la comunicación fluida con el joven comunista.

Ruth Rivera Marín, la arquitecta hija de Diego Rivera y Guadalupe Marín, no tenía tiempo para recibir información política, únicamente los folletos y revistas. Alta, vestimenta siempre sencilla pero de porte elegante y guapa, salía puntual de su oficina del Palacio de las Bellas Artes para entregar su aportación al joven. Hasta que un día no salió más porque un maldito cáncer nos privó de ella.

Cantintero de la casa de *La bandida*, Alberto Domingo (Gutiérrez Sánchez), más tarde periodista que selló el desempeño del oficio en los 60 y los 70 del siglo pasado, destacaba en aquella lista. Hombre generoso, apoyó los movimientos magisterial –dirigido por el *hermanito* Othón Salazar– y ferrocarrilero de 1957-59, a los prisioneros políticos y la emergente Revolución cubana. Mes a mes entregaba su donativo en la vieja casona de Vallarta, sede de *Siempre!*, revista de la que fue pionero, jefe de redacción y columnista.

Se reencontraron en el programa radiofónico *Sin Barreras*, a fines de 1997. Recordaba al joven de 19 años que lo visitaba pero no lo relacionaba con su ahora colega de micrófonos y comentarios. Un día lo acompañó para dejarlo en la puerta de su casa y le preguntó:

–Alberto, ¿te acuerdas de aquel muchacho al que le regalabas 50 pesos cada vez que te visitaba en 1969?

¡Sí, cómo no! ¿Qué se hizo?

–Apuntó hacia sí mismo porque un nudo en la garganta le impidió hablar y se abrazaron emocionados.

En la misma casa de *Siempre!*, pasando de una oficina a otra, Luis Suárez López también entregaba su aportación económica. Este viajero que tenía en los aviones y barcos su segunda casa, era un entrevistador incansable y promotor de la organización de los periodistas latinoamericanos.

Aprovechaba la visita a Luis y Alberto para entregarle folletos y revistas a Francisco Martínez de la Vega. Él se sorprendía y lo decía sin tapujos:

–¡Cómo produce materiales interesantes el Partido Comunista! No me alcanza el tiempo para leerlos todos.

Sin que le fuera solicitado, ocasionalmente don *Paco* entregaba su donativo.

En forma puntual lo hacía el arquitecto Rafael Arcos desde una de las torres habitacionales de Tlatelolco, sobre Reforma. Y aquel mayor del Ejército que abandonaba su oficina de Palacio Nacional para recibir la información que portaba el muchacho.

No eran ricos ni poderosos. Ni apoyaban artistas. Sólo hombres y mujeres comprometidos, generosas.

Dormilón

Despertó sobresaltado, vio el reloj que marcaba las nueve de la mañana y el mundo se le vino encima. En segundos decidió afrontar las consecuencias de haberse quedado dormido en el minúsculo cuarto de azotea que rentaba por la nada módica cantidad de 800 pesos mensuales al hombre que aseguraba que los jóvenes comunistas se distinguen de los demás hasta en la forma de vestir, de caminar, no digamos por los valores éticos y morales.

Desde las 8:30 horas el organizador debía estar en avenida San Cosme, a lo largo de tres calles, en las que había citado, con intervalos de 15 minutos, a todos los dirigentes de la JCM y a una parte de los del PCM. Eran los duros tiempos de la persecución selectiva, sorda pero eficaz, del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, a quien el doctor Fausto Trejo bautizó desde entonces como *La changa*.

Difíciles tiempos en que además de sortear a policías de placa diversa, el raquítico e inestable sueldo no le alcanzaba al muchacho para tomar los tres alimentos diarios y los sustituía con más horas de sueño. Eso lo sabía él, probablemente también sus dirigentes, pero se hacían los desentendidos, agobiados por los problemas propios y los de la colectividad.

Sin buscarlo, ni registrar cuándo y cómo, menos aún darse tiempo para preguntarse si le gustaba o le incomodaba, el organizador se convirtió en uno de los favoritos para promover reuniones plenarios, conferencias y hasta un congreso, el XVI, del Partido Comunista Mexicano. Bajo la falsa identidad de ingeniero y de esposo de María Elena Morales, una antropóloga mayor que él, rentó la amplísima casa de Cuernavaca, Morelos, propiedad del exgobernador Nava, quien persiguió febrilmente a los universitarios y los comunistas poblanos. En su casa de los fines de semana, más de un centenar de delegados, provenientes de todo el país, deliberaron durante cuatro días en 1973.

Mas la actividad y experiencia que acumulaba el joven como organizador desde y en la clandestinidad no era bien vista por todos. Pablo Sandoval Ramírez la criticaba de frente y en el lugar debido. Temo, dijo, una burocratización de un cuadro valioso. Una década después, otros comunistas como Joel Ortega y Jorge Castañeda se tornaron expertos en la crítica de lo que denominaban despectivamente el *aparato*, aunque el segundo escaló con éxito las cumbres burocráticas del foxismo.

Tenso y en ayunas, más que agobiado por la tardanza y las consecuencias de su grave impuntualidad, el organizador salió de la estación del metro San Cosme y como lo temía, allí estaban los diversos grupos de tres o cuatro dirigentes que había citado intercaladamente en una área de 300 metros de distancia.

Un parco saludo, correspondido con breves críticas y hasta regaños, además de transmitir la indicación de a dónde trasladarse, permitió al organizador despejar el sitio en tres minutos. Se quitó de encima un enorme peso porque todos partieron en una docena autos sanos y salvos.

Fue entonces cuando recobró la conciencia sobre el hambre y la ausencia de un reconfortante baño que siempre hace falta. Poco importaba, el error estaba

enmendado y sin consecuencias a lamentar y que, seguramente, nunca se hubiera perdonado aquel organizador tan aprehensivo como era y, quizá, sigue siendo.

Por eso se molestó sólo un poco cuando se incorporó a la reunión con toda su introversión a cuestas y en el primer receso le platicaron que Marcos Leonel se encargó de platicar durante la tan desagradable como riesgosa espera en la calle, que la tardanza del organizador era completamente normal porque “es un dormilón”.

Y recordó enseguida la bella pero sencilla casa en la que vivía Posadas con Anita en Cuajimalpa, en medio de un bosque, gracias a sus suegros, y que de vez en cuando compartía con el dormilón que en otro tiempo era “mi hermano”.

Perches

Trató a Perches desde principios de 1969. Él trabajaba como *cuadro* profesional – era la jerga de aquellos tiempos– de la dirección del Partido Comunista Mexicano. Mientras que el muchacho hacía lo propio en la Juventud Comunista de México.

Aún recuerda muy bien cuando a principios de 1971 viajaron con Campa a Morelia para que el líder ferrocarrilero, liberado el 27 de julio de 1970 junto con Demetrio Vallejo, después de permanecer más de 10 años tras las rejas, fuera objeto de un homenaje de los estudiantes y profesores universitarios, se reuniera con líderes campesinos y con la organización local del PCM.

Jaime condujo el automóvil y se ocupó de la seguridad de Valentín. Durante el traslado la función del joven era de copiloto, para después cubrir el acto para el semanario *Oposición* y visitar al club de la JCM.

De la nota no quedó registro de publicación, la reunión con el grupo juvenil fue imposible porque Joel Caro no la organizó, sencillamente no existía o bien la intensa agenda de trabajo no se lo permitió. Y el papel de copiloto lo sintetizó Campa Salazar, cuando desvelados, hambrientos y con frío llegaron a la hermosa y acogedora casa de Elvira Concheiro Bórquez en Coyoacán.

–El copiloto durmió todo el camino.

No era muy exacto. En el recuerdo sólo quedaba un incontrolable sueño, figuras extrañas en la carretera al Distrito Federal que aparecían y desaparecían conforme se estaba ligeramente dormido o parcialmente despierto, además de ruidos que punzaban los oídos. Una tortura.

No tenía constancia personal de las torturas físicas cometidas por los cuerpos policiacos, mas por alguna razón asoció el viaje de madrugada con los célebres procedimientos de los odiados integrantes de la Dirección Federal de Seguridad dirigidos por Gutiérrez Barrios, obsequiosa y temidamente llamado *Don Fernando*.

Mucho más cerca de sus vivencias estaban las largas jornadas que comenzaban al atardecer y terminaban al amanecer, como ayudante de operador de buldózer, en la construcción de la pista de aterrizaje para los jet en Matamoros.

Era un ruido reiterativo, mecánico, agresivo. Y prácticamente el mismo recorrido de la pala mecánica para remover tierra. La pesada somnolencia, el ruido y los piquetes de los zancudos nunca los pudo olvidar.

El operador de la máquina, Alberto Martínez, *El rápido*, con gesto de generosidad sólo aparente le decía:

–Muchacho. Échate un sueñito allá, en aquel montón de tierra. Yo te despierto.

El recuerdo nítido de una víbora de cascabel que logró subirse al motor de la máquina, la desconfianza al jefe inmediato y obrero de la construcción, bromista y travieso hasta lo indecible, le impedía aceptar lo que añoraba.

Aquella era otra historia. Pero se le cruzó en el camino de retorno de la capital de Michoacán al Distrito Federal. Porque los ruidos, las figuras y la soñolencia eran harto parecidos.

Perches Manzano estaba o aparentaba estar entero: sin sueño ni frío, sólo con hambre y se fue a su casa a desayunar.

El trato fue más intenso, cotidiano, en el taller conocido como de *La Voz de México*, formado por una vieja prensa plana de los años 30 que sigue dando batallas en la impresión, aún a cargo de Prócoro; un linotipo que Clemente operaba y mesas para doblar a mano los impresos.

En aquel taller de la calle de Plateros, por el rumbo de La Villa, imprimían, en 1974-75, el quincenario *Oposición* y con el desmesurado título de *jefe de redacción* al señor en ciernes le correspondía revisar galeras, planas y dar *el títrese*. Además, cuando el papel se pegaba a las pinzas debía auxiliar al prensista durante jornadas completas a recibir hoja por hoja.

Mesié Perché –le denominaba *Rosita* Puig, formadora en metal– era el responsable del taller antes mencionado y del que en 1976, con nueva prensa, abrió sus puertas a un costado de Patriotismo y Viaducto con el nombre de Impresos Latinoamericanos.

Recuerda aún aquellas jornadas de intenso trato camaraderil y, sobre todo, amistoso.

Desde entonces el periodista entendía y atendía, acaso no con la riqueza que proporcionan los encuentros y desencuentros, los aleccionadores golpes que da la vida, sobre todo para él, formado como estaba en la universidad de ésta, lo siguiente:

–La amistad es el escalón más alto de la relación humana. A diferencia de los familiares, uno escoge a los amigos y los acepta o los deja como son.

Le gustaba la frase. La acuñó temprano y se quedó con ella para siempre.

Jaime y el muchacho coincidieron en la organización de diversas reuniones secretas, incluidos los congresos nacionales XVI y XVII de los comunistas, tareas indispensables que con frecuencia contaban con la incomprensión de algunos dirigentes estudiantiles que los estigmatizaban con el marbete de *hombres del aparato*.

Algunos estigmatizadores, por cierto, se desarrollaron como importantes funcionarios del foxismo, previo activismo febril de promotores del *voto útil* en 2000.

El joven y Jaime sortearon desencuentros. La fortaleza de la amistad se los permitió.

Un hecho dibuja de cuerpo entero la calidad solidaria del ferrocarrilero.

Cuando fue secuestrado Arnoldo Martínez Verdugo, el 1 de julio de 1985, el otrora muchacho convertido en señor fue requerido por la Comisión Política del Partido Socialista Unificado de México para que le informara sobre los pormenores del hecho de “una gravedad inusitada”.

Enseguida de proporcionar la información, recibió indicaciones para resguardarse discretamente, no tener ningún contacto con los medios de comunicación y hasta órdenes recibió de Jorge Alcocer:

–Entrégale tus llaves del CEMOS (Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista) a Sabino (Hernández Téllez).

Permaneció en la sede de Monterrey esquina con Zacatecas, donde el nerviosismo y el miedo eran la nota más sobresaliente sobre los dirigentes partidistas. Se retiraron, cayó la noche, las oficinas se vaciaron y Jaime –como lo llamó a partir de entonces– le indicó en voz baja pero clara:

–¡Espérame. No te puedes ir!

Dos veces más insistió en retirarse, cansado y decepcionado por una dirigencia sumida en la impotencia. Y dos veces escuchó la misma respuesta.

Se retiraron hasta el final, como acostumbraba Jaime. Y le explicó:

–¡Cómo crees que voy a dejarte ir solo! Tenemos que ver en cuál casa vas a instalarte y si no tienes una segura, pues debo conseguirla. También de qué vas a vivir estos días que pueden ser semanas.

Ése era Jaime Perches Manzano.

El muerto y el arrimado...

Al oriente de la avenida Taxqueña, en el número tres mil y tantos, en una de la veintena de casitas que formaban una especie de campamento, en el Distrito Federal, se encontraba el domicilio de un hombre particularmente metódico y disciplinado.

Valentín se avecindó allí un 27 de julio de 1970, tras abrirse las puertas de Santa Martha Acatitla para que recobraran su libertad Demetrio Vallejo y Campa, los presos de conciencia más antiguos del país.

En el caso del ferrocarrilero regiomontano, la intolerancia hecha sistema y gobierno, lo había conducido a conquistar el nada envidiable récord de que todos los presidentes de la república, desde Plutarco Elías Calles (1924) hasta Luis Echeverría Álvarez (1976), lo confinaron tras las rejas por su forma de pensar y, en consecuencia, de actuar. Para *Vale*, así le llamaban sus compañeros, o *Valen* –dice aún *Pelancha*– una y otra cosa eran dos caras de la misma moneda, inseparables, indivisibles.

Se escribe tan fácil como harto difícil es vivirlo, conjugarlo.

Este hombre que selló al mundo del trabajo y del comunismo del siglo XX mexicanos, como todos los mortales tenía hábitos, costumbres que se reproducían cuando las manecillas del reloj imponían su marcha en el organismo.

Todos los días, a las 19 horas, cuando los cinco habitantes de la casa, o solamente uno de ellos se encontraba en compañía de *Vale*, la merienda era infaltable. La leche caliente aparecía en la mesa.

Pese a que Rubén, un sinaloense que devoraba historietas sobre sexo y violencia, era su auxiliar permanente, y lo acompañaba su esposa e hijo, por alguna razón siempre le tocaba hervir la leche al que reportaba para *Oposición* en sus ratos libres.

Lo hacía con el antiguo como seguro método de que subiera tres veces al ras del recipiente, sin que se derramara ninguna gota. Nada más desagradable que limpiar las parrillas y quemadores impregnados de leche.

Pues allí estaba el joven soplándole a la leche para que no se derramara. Nunca conoció otro procedimiento. Sus mayores no se lo enseñaron. O su torpeza culinaria era y es más que elemental, absoluta.

En esas estaba cuando, ¡oh, sorpresa! Valentín lo observó en tal faena sin que se percatara, y entonces escuchó a sus espaldas una voz enérgica:

–¡Camarada, quiero tomar leche, no saliva!

Es de suponerse que a los 21 años de edad respondió con alguna frase defensiva o bien con el silencio. Semanas antes, la tarde de un domingo, prometió para sus adentros jamás volver a discutir de frente y sin rodeos con *Vale*.

El hecho es que declinó a esa elemental obligación de convivencia, en aquellos felices años de vida espartana, a fines de los 60 y principios de los 70.

Entonces aplicó religiosamente la máxima que aprendió en su numerosa familia: El muerto y el arrimado a los tres días apestan.

Para evitar el mal olor, cada uno o dos meses cambiaba de domicilio. De la Roma a la Narvarte, de la Juárez a Peralvillo, de la Avante a la Condesa, de Tlatilco a Villa Coapa...

Y un buen día *Vale* le anunció:

–Hermano, dentro de unos días se vendrá a vivir conmigo el camarada Eduardo Montes, quien acaba de salir de Lecumberri. Tómate el tiempo que necesites para cambiarte.

Fue la primera y única ocasión en el largo y diverso trotar habitacional por los cuatro puntos cardinales del Distrito Federal que escuchó la marcación del límite, de la máxima familiar.

Duele. Pero cada quien su espacio.

Jaime Perches y Alejo Méndez se apiadaron y lo instalaron en la Condesa, con Aurora, la economista treintañera de buen ver y mejor tocar. La excelente anfitriona, gran conversadora y siempre pegada al televisor después de la jornada académica, le dijo una noche:

–Amigo, tus compañeros del partido te dejaron en ésta que es tu casa y que me encanta compartir contigo, pero siento que te están obligando a hacer lo que tú no quieres.

–Aurora: yo quiero hacer contigo lo que tú desees –pensó turbado. No logró expresarlo sólo por no parecer malagradecido.

Tarde comprendió que existen variadas formas de agradecer la hospitalidad fraterna, y la femenina.

Una orden

El agente de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales se lo dijo al activista, sin preámbulos, en la cafetería más socorrida en mayo de 1970, de lo que hoy se conoce como Centro Histórico de Durango.

–Me acaban de ordenar desde México que te chingue.

–¡Ah caray! ¿Y por qué? ¿Qué significa eso? –Fue la respuesta, exclamación y preguntas que se le ocurrieron al promotor de la Juventud Comunista, enviado a la capital duranguense en calidad de dirigente de la Central Nacional de Estudiantes Democráticos, como entonces fue también a varias movilizaciones de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México, sin importar que no era formalmente estudiante, aunque por su cuenta estudiara en casa y en los camiones foráneos por los que transitaba por casi todo el país, ni mucho menos campesino.

–¡No chingues! No me hagas preguntas que no debo ni te puedo contestar. Parece que olvidas cual es mi trabajo, cabrón. Desde el principio fui muy claro contigo.

–Sí y te lo agradezco, Andrés.

–No me agradezcas nada. Primero pélate porque tengo una orden y la debo cumplir, de lo contrario pierdo la chamba y me parten la madre.

El agente de Gobernación era bastante ilustrado en temas políticos aunque bajo el esquema de que toda movilización social o política trascendente, como el movimiento estudiantil y popular por el Cerro del Mercado, era inexplicable sino se le observaba en el contexto de la sucesión presidencial. Y la de Gustavo Díaz Ordaz por Luis Echeverría Álvarez estaba a la vuelta de la esquina.

–Te lo digo sólo porque me tuviste confianza para conversar a la luz del día, mientras los pinches dirigentes del movimiento te critican porque dicen, lo sé muy bien cabrón, aunque tú no me lo digas: “¿Qué van a pensar las masas de tus reuniones con el agente de Gobernación?”. Son clasemedieros como yo, pero hipócritas y sé lo que buscan y lo van a lograr. Mientras tú estás aquí de pinche idealista, arriesgando el pellejo sin deberla ni temerla por tu pendeja militancia comunista, porque sé quien eres, a mí no me engañas, cabrón. Y por eso llegué a estimarte, a respetarte. Pero vete mucho a la chingada porque me vas a obligar a detenerte y después no sé qué pase, amigo. ¡Pero ya!

–Gracias, Andrés.

Y se fue el activista, sin voltear, tras un fuerte pero discreto apretón de manos, tenía menos de 20 años de edad que, para su sorpresa, unas semanas antes en uno de los mítines más concurridos del movimiento estudiantil y popular, de enero-mayo de 1970, logró llegar al corazón de 30 mil *almas*. Lo ovacionó la multitud y los dirigentes lo *apapacharon*. Tanto que esa noche cenó opíparamente, durmió con aire acondicionado y piso alfombrado en una bien equipada recámara de una hermosa casa de los padres de uno de los dirigentes del movimiento.

Un par de semanas después el organizador de la JCM descubrió el hilo negro. Alejandro Páez Urquidi, el gobernador, no era la causa del atraso del estado, tampoco de que las materias primas extraídas del Cerro del Mercado no se industrializaran en la localidad sino en Monterrey. Finalmente, el país estaba lleno de titulares del Ejecutivo de ese talante.

Lo dijo en un mitin y fue abucheado y no tanto por la torpeza personal para explicar la idea, sino porque en aquella como –por desgracia– en esta vida es más cómodo explicar a partir de hombres y mujeres buenos y malos, la complejidad de los problemas del subdesarrollo.

Corroborado quedó unos cuantos días antes de su fracaso como orador, después de un debut duranguense apoteósico, cuando el dirigente principal que era más conocido por su apodo que por su nombre, fue ovacionado porque con unos movimientos cadenciosos dio seguimiento a una melodía con la que se *calentaba* el ambiente para iniciar uno de los mítines que diariamente se realizaban en el edificio central de la Universidad Autónoma de Durango.

Desencuentro

En una de las tantas visitas de trabajo a la capital de Durango, el activista político recibió a boca de jarro una sorprendente y a la vez grata y más que riesgosa invitación.

–Camarada, el compañero Lucio te quiere saludar y conversar contigo.

La tierra grande de José, Silvestre, Fermín y Rosaura Revueltas era territorio más que medianamente conocido por el joven comunista que había sido portador del apoyo solidario al segundo movimiento por el rescate del Cerro del Mercado.

Mientras el fuereño se subsumía en los estrechos lineamientos de la dirección del movimiento universitario y popular que atribuía todos los males del atraso de la entidad a que no se le ponía valor agregado a los minerales que se extraían de las entrañas duranguenses y al gobernador Víctor Páez Urquidi como arquitecto del desastre, contaba con la abierta admiración de los líderes y el aplauso entusiasta de los miles de asistentes a las diarias concentraciones.

La efervescencia estudiantil y popular arrastró al activismo febril, pero marginal, al pequeño grupo de comunistas que encabezaba el profesor José de la Luz Flores, hombre bueno y generoso, pero solemne hasta la desmesura.

Como secretario general, Flores presidía las reuniones del comité estatal y la costumbre consistía en que al final, resumía la discusión e intentaba presentar las conclusiones para ser votadas como materia de trabajo a realizar.

Cubierto el ritual, en alguna ocasión el activista proveniente del Distrito Federal planteó brevemente un aspecto de algún asunto que olvidó y que no contradecía en lo más mínimo lo ya acordado.

Al profesor sólo se le ocurrió objetar, voz engolada de por medio:

–Camarada. ¡Me obliga usted a hacer otra intervención de conclusiones!

En otra ocasión, el activista proveniente del DF, expresó en privado al profesor y al tenaz Efrén García –fallecido el 22 de diciembre de 1973– su extrañeza por una omisión cometida por la dirigencia comunista al dar a conocer públicamente una orientación política. La respuesta, de antología, quedó registrada en el cajón de los recuerdos:

–Son asuntos de alta política, camarada.

De tal suerte que si al buen profesor y amigo Flores le hubieran presentado la invitación a conversar con Lucio Cabañas, seguramente hubiese sugerido la realización de un congreso extraordinario de los comunistas de Durango, previa consulta con el Secretariado del Comité Central.

El joven, halagado por la invitación del paradigma del Partido de los Pobres, respetado por todas las izquierdas del momento, no dudó un segundo en la respuesta que dio.

–Dígale al compañero Lucio que me daría mucho gusto conocerlo y platicar con él. Pero que por encima de todo está su seguridad. ¡Que se cuide y se retire de Durango tan pronto le sea posible.

Y el portador de la invitación escuchó azorado:

–De ti, compañero, espero absoluta discreción sobre la presencia del padre de tu sobrino. No tienes derecho a poner en riesgo su integridad sólo por el gusto de que los visita.

Menos de tres lustros después, el invitado a conversar con Cabañas fue encañonado, encerrado en un pequeño cuarto del baño del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, mientras el director de éste, Arnoldo Martínez Verdugo, era secuestrado por los presuntos sucesores de Lucio:

–Si sales, hijo de tu chingada madre, te matamos.

No cabe duda. La estatura ética y moral no se hereda ni con los genes ni con la sangre.

Baños de pies

“Que no hay democracia, que la corrupción es omnipresente, que la nueva seguridad del Estado es una prolongación de la anterior, o que en Rumania no hubo una revolución; esas son cosas que allá no agradan”.
Herta Müller, rumana radicada en la Alemania, Premio Nobel de Literatura.

Paradojas del comienzo de la última década del segundo milenio: prominentes dirigentes juveniles que en los años 70 cualquiera aseguraría que formarían parte del tránsito de los liderazgos gubernamentales de sus países al siglo XXI, se encontraban en prisión, el ostracismo, la diplomacia o ya no están entre nosotros.

En los últimos días del 89 y los primeros del 90 se produjo la detención de *Nico Ceausescu*, primero; el asesinato de sus padres Nicolae y Elena, después; y finalmente la detención de su hermana Elena, como momentos estelares de la resistencia ciudadana para derribar al equipo nepótico que sentó sus reales en Rumania durante tres décadas.

Conocidos los pormenores del Estado policiaco rumano hasta el estremecimiento y asombro, incluso de quienes disponían de información de primera fuente, acaso resulte políticamente incorrecto recordar momentos opuestos a la conformación dinástica del poder hecho pedazos por una *revolución* tan democrática que fusiló al matrimonio de la tercera edad sin mediar siquiera una caricatura de juicio.

Fue en noviembre de 1972 cuando el delegado mexicano coincidió con *Nico* en el Encuentro Mundial de la Juventud Trabajadora, celebrado en Moscú.

Sostuvieron un intenso diálogo político y amistoso durante dos semanas, ajeno a los protocolos y la rigidez de la política soviética, pero bajo la rigurosa observancia de traductores y funcionarios operativos del Komsomol (abreviatura compuesta, en ruso, de la Unión de Jóvenes Comunistas Leninistas de la Unión Soviética), que hacían las veces de informantes.

Los informantes orillaron al rumano y al mexicano a la sana costumbre de hacer el recorrido a pie desde el Palacio de los Sindicatos (más tarde sede también de los funerales de Leonid Brézhnev, Yuri Andropov y Konstantín Chernenko) al hotel Rusia, para que sus conversaciones no tuvieran interferencias.

Cierto o no, *Nico*, responsable de Asuntos de la Juventud, desechaba utilizar el lujoso *Chaika* a que tenía derecho en tierras moscovitas como ministro y dirigente juvenil de un *país hermano*, para dar rienda suelta a la conversación callejera y ganar tiempo a los múltiples compromisos que tenía con sus homólogos de Europa oriental, Corea, Vietnam, Mongolia y Cuba.

La delegación de la Juventud Comunista de México era una más y desagradable, porque increpaba la presencia de los dirigentes de la Federación de Estudiantes de Guadalajara como parte de la Confederación de Jóvenes Mexicanos, destacados entonces por dirigir una estructura paramilitar para controlar aquella universidad en todos sus ámbitos y sectores.

En público nadie entendía la denuncia de los jóvenes comunistas mexicanos. En privado no pocos les daban apoyo moral. Los dirigentes del

Komsomol presionaron hasta lo indecible, más en privado que en público, para que archivaran su reclamo. Héctor Ramírez Cuéllar, entonces secretario general de la Juventud Popular Socialista, se limitaba a observar y ofrecía su amistad.

Pero allí estaba *Nico* con su afecto y comprensión ostentados. Muchos años después quedó corroborado que el parentesco de *Nico* con *El conductor*, como llamaban a Ceausescu, era cierto. No se trataba de una de las tantas bromas políticas de *Paco*, el delegado español, o de Zully, el dominicano que divulgaba su admiración por Narciso Isa Conde y presumía el ejercicio del beso del diablo.

Estaba, sobre todo, un vocero de una política exterior que no aceptaba la doctrina de la *soberanía limitada* con la que se pretendió justificar la invasión de Praga por las tropas del Pacto de Varsovia para cancelar *la primavera* y el *socialismo con rostro humano*, las presiones económicas y políticas para países que como Rumania defendían el derecho a trazar su propio rumbo en los marcos de las alianzas y las fronteras surgidas de la posguerra. Fronteras que como las de Moldavia, no les gustaban, pero como políticos realistas asumían y reconocían.

De visita por aquella república, una noche le señaló un camarada de *Nico* al mexicano:

–Mira compañero: allí empieza nuestro país, donde se ven aquellas luces.

No pudo reprimir la candidez.

–¡Pero cómo! Ahora es territorio soviético.

–Son las realidades de la posguerra. Los vencedores decidieron sobre los países pequeños, como el nuestro.

Al azteca le salta a la memoria como si fuera ayer, la conclusión que en aquel fructífero diálogo moscovita le formuló *Nico*:

–Necesitamos regresar a casa, darnos un baño de pies con agua caliente para que la cabeza se enfríe y repensar toda la situación. Te espero en Bucarest para que lo hagamos juntos.

El sentido de la disciplina hacia las tareas pendientes, hecha alienación, le impidió al de la JCM acudir a la cita.

La autoridad política y moral ganada por los Ceausescu con su orientación autonomista –bien capitalizada por Occidente y estimulada con empréstitos cuantiosos hasta hacer del pago del servicio de la deuda tarea prioritaria–, se metamorfoseó paulatinamente en el poder nepótico y autoritario más célebre de los 80.

Nico permaneció varios años en prisión. Fue vilipendiado por su pareja sentimental Nadia Comaneci, después de que la gimnasta disfrutara de las mieles del poder.

Y todo por no ejercitar los baños de pies para enfriar la cabeza que tanto afebra el poder del Estado, del signo ideológico que sea, cuando se reproduce sin límites de tiempo, ni controles ciudadanos e institucionales.

Un receso

A mediados de 1971, David Alfaro Siqueiros acudió a un pleno del Comité Central del que formaba parte. Nunca asistía a estas deliberaciones porque las divergencias con la línea política del PCM eran claras y notabilísimas, al porvenir de un gigante de la cultura nacional, universal.

La conducta política ante el gobierno de Luis Echeverría Álvarez, era la manzana de la discordia. La dirigencia comunista recibía muchas observaciones y presiones de la militancia por las posiciones tan públicas como influyentes de *El coronelazo*. Radicalizados por el 2 de octubre del 1968 y el 10 de junio de 1971, cientos de jóvenes comunistas habían optado por el camino de empuñar las armas.

El muralista daba la impresión de que no percibía tales críticas a su conducta de abierta simpatía con el protagónico y contradictorio gobernante, que sedujo a no pocos y grandes artistas e intelectuales, como Octavio Paz, Carlos Fuentes, Fernando Benítez, Luis Villoro y Heberto Castillo.

En aquella sesión, integrada por medio centenar de *cuadros*, al artista de mil batallas le fue como en feria. Todos lo criticaron sin reparar en sus laureles de muralista, coronel en la Guerra civil española, dirigente minero, periodista, organizador de artistas y combatiente en la Revolución mexicana.

El coronelazo daba una imagen impactante de hombre solo y derrotado dentro de su propio partido, al que aportó desde los primeros años 20.

Con extraordinaria timidez, el matamorenses se acercó a conversar con él. Lo alentó Chón Pérez:

–Habla con él. Explícale las opiniones críticas que recoges en tus giras por el Pacífico y el noreste de la república. Él cree que son inventos nuestros, de los dirigentes. A lo mejor por verte tan joven, te escucha.

–Sí, gracias –respondió con inseguridad mayúscula el tamaulipeco.

El joven había observado atentamente al muralista durante toda la sesión. Con el mismo *Winston*, antes de apagarlo, encendía uno tras otro el siguiente cigarrillo, mientras escuchaba, abatido, las críticas desbordadas.

–¿Cómo está, compañero Siqueiros?

–Bien. ¿Cómo estás tú?

–Bien, gracias.

–¿Cómo te llamas?

–Isidoro Rodríguez.

–¿Cómo ves la discusión?

–Fíjese compañero Siqueiros que en las reuniones de la Juventud Comunista por los estados del noreste y noroeste del país que me toca visitar, no entienden, no comparten sus posiciones políticas de simpatía hacia el gobierno de Luis Echeverría...

David Alfaro lo escuchó con atención entre paternal y curiosa, con un respeto que aún le agradece y no olvida Isidoro, acaso más por tratarse de un muchacho políticamente imberbe.

–Continúa la sesión –anunció imperativo Campa, quien la presidía.

El artista sólo alcanzó a decir al muchacho:

–Te agradezco la información que me diste. Ojalá y otros camaradas hicieran lo mismo. Seguimos platicando.

–Claro, compañero Siqueiros, cuando usted guste.

–Nos ponemos de acuerdo.

David Alfaro Siqueiros procedió a hacer la defensa de sus posiciones políticas, continuamente interrumpido por mociones de Valentín quien, en mala hora, presidió la reunión.

Sin que el gran muralista terminara de hacer uso de la palabra y concluyera el tiempo reglamentario de las intervenciones, sin más, el moderador declaró un receso.

Escuchar es una sagrada virtud del debate y la confrontación de las ideas.

Dicen por ahí, y dicen bien: lo cortés no quita lo valiente. O la tolerancia no disminuye la certeza de nuestras ideas y argumentos.

¿Cuándo aprenderemos a debatir sin atropellar, sin lastimar, a nuestros interlocutores?

El compadre

Para Hugo Tulio, Miguel Ángel, Armando y Miroslava.

El 3 de octubre de 1982 desapareció del entorno físico Hugo Tulio Meléndez Preciado. Cualquier profesor de periodismo reclamaría: “No te pedí un acta policiaca, así no puede empezar una nota, menos un testimonio”. Y tendría razón.

Militante político, editor, periodista, investigador del campo y promotor de organizaciones sociales y productivas, tejedor del diálogo y el debate multipartidista, abogado de los desposeídos pero también de los amigos, impulsor de la solidaridad con causas populares de otros países, dueño de una buena capacidad de trabajo y cultivador de amistades por encima de partidos e ideologías... Todo eso fue Hugo.

Como militante del Revolucionario Institucional, el 2 de octubre de 1968 lo vivió desde la secretaría particular de Gustavo Díaz Ordaz. La conmoción que generó el crimen de lesa humanidad cimbró al priísta joven. El psicoanalista resultó una solución temporal y cara. Solía platicar con desenfado:

–Me resultó más práctico y económico ingresar al Partido Comunista.

Y ésa era una de las singularidades de Hugo Tulio. Desde 1973, públicamente militaba en el partido llamado entonces *invencible* y reservadamente actuaba como promotor del PCM. Otro caso semejante fue el de su entrañable amigo Pedro Reyner, ambos pertenecieron a la célula Froylán C. Manjárez, forjadora de la Unión de Periodistas Democráticos. Penosamente terminaron confrontados por un asunto mercantil.

De Hugo Tulio hablamos.

Siempre le dijo compadre al editor de *Oposición* aunque nunca lo fueron formalmente. El motivo fue que el segundo se encontraba en Moscú cubriendo la corresponsalía del semanario y la representación de los comunistas mexicanos, y los gemelos Armando y Miguel Ángel requerían bautizarse.

Pero fueron mucho más que parte de la venerada institución del compadrazgo. Hugo introdujo al reportero a diálogos inolvidables con Sergio Méndez Arceo, Guajardo Suárez, Girolamo Prigione y Francisco Trouyet, entre otros.

Durante 17 años Meléndez editó la revista *México Agrario*, que si bien era órgano de la Confederación Nacional Campesina, tenía el sello de su cofundador: promotora del debate y de las plumas que aportaran a la investigación de la sociedad rural y sus migrantes.

Esta apertura intelectual la desenvolvía mejor en el ámbito político. Su despacho de San Jerónimo era una plaza pública para los encuentros y desencuentros plurales, también para ligues diversos. Allí convergían alrededor de excelentes carnes asadas y buenos tragos: priístas, panistas, comunistas, socialdemócratas, toda la diversidad política, estrecha aún por cierto, del México de los 70. Académicos y artistas, funcionarios públicos y periodistas, empresarios y legisladores, atendían la convocatoria del tejedor de relaciones y diálogos.

Una noche de lluvia los invitados se guarecieron en una pequeña pieza donde quedaron tan juntos que no era preciso seguir a nadie. Pero a Rocío no

conforme con ello, de plano le faltó espacio y empezó a accionar con el acompañante de Teresa.

–Te molesta si le subo las piernas a tu compañero –preguntó la de Imevisión.

–Puedes hacer lo que quieras –contestó con orgulloso desenfado la de *Unomásuno*.

Y la grandota, frondosa periodista de plano atravesó sus piernas sobre el centro del cuerpo del editor, en una acción inscrita en la línea directa al encuentro camaral o bien una excitación sin sentido, en virtud de la presencia de moros con tranchete.

El reportero agarró con cuidado los dos formidables troncos y los quitó de encima de su cuerpo, no sin antes aclarar:

–A mí sí me molestan, aunque me gustan tus piernas.

Rocío entendió que su audacia estaba en el lugar y la hora equivocados. En otra ocasión hizo algo semejante, pero con el pie derecho, por debajo de la mesa del comedor de la casa de importante funcionario público y horas más tarde recibió lo que buscaba, en un Volkswaguen, afuera del famoso despacho de San Jerónimo. Mientras, Hugo batallaba adentro para convencer a la pareja femenina de la exuberante reportera.

Ése era también el compadre. Sus amigas y novias acudieron a despedirlo a Félix Cuevas y todas a una le lloraron y juntas lo velaron y recordaron. También llegó el expresidente Luis Echeverría Álvarez y saludó a cada uno de los asistentes, haciendo derroche de fuerza manual.

Como colaborador de *Ovaciones*, *Oposición*, *El Heraldo de México*, *Personas*, *Sucesos*, *Galera*, *El Machete* y *Hoy*, Hugo Tulio contribuyó a fundar la UPD y formó parte de su primer comité ejecutivo, presidido por Renato Leduc, el telegrafista durante la Revolución mexicana, poeta del tiempo y bohemio impar. *Don Renacuajo*, le decían sus pares que le querían y respetaban.

Al esfuerzo negociador y capacidad de convencimiento de Tulio, se deben las primeras páginas plurales de opinión en un diario capitalino, que por supuesto no fueron las de *El Universal* –como se cree en amplios círculos–, sino las de *Ovaciones* de Fernando González Parra, el novio de la entonces joven escritora, hoy madura, premiada y famosa.

La extrovertida periodista era la tesorera de la UPD y el editor la auxiliaba. La relación de trabajo y amistad era intensa. Pero a Hugo Tulio no se le escapaba ningún detalle y le dijo:

–Compadre, ¿qué no te das cuenta que la tesorera quiere contigo? ¿Te haces o no te gusta? ¡Está rebuena!

–No Hugo, es mi amiga y compañera de trabajo, nada más –respondió con cierta molestia el editor, entre otras cosas porque estaba felizmente casado desde hacía unos cuantos meses.

Y el casado feliz llegó a su departamento de Nueces 183 y con orgullo mostró un artículo de *Últimas Noticias de Excélsior*, donde su auxiliada se expresaba en muy buenos términos de él y su trabajo. La reacción de Alba fue de gratuito y desconcertante malestar.

Con Ramón Danzós y José Dolores, Meléndez Preciado impulsó la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos, así como uniones de producción, comercialización y crédito, afines a la primera. Su condición de editor de la revista de la CNC no le impedía desenvolverse con soltura y persistencia en la confederación adversaria y ser también una suerte de mecenas de aquellos, como de alguna manera lo fue del editor de *Oposición*, quien fue despojado por Danzós Palomino de un auto que Hugo tenía destinado para él. Con labia y habilidad, el simpático dirigente social convenció, momentáneamente, al compadre que en forma tardía se arrepintió.

Egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, regresó a sus aulas para devolver un poco de lo mucho que recibió. Pero sobre todo brindó asesoría jurídica a organizaciones de trabajadores del campo (CIOAC) y la ciudad (obreros del rastro), la soviética Agencia de Prensa Novosti, la UPD, así como a no pocos de sus muchos amigos, entre ellos el reportero al que primero sufragó la luna de miel en Acapulco y, después, divorció.

Pero antes de divorciarlo agotó el repertorio de solidarios consejos no pedidos, que generosamente brindó y su compadre no atendió por ese miedo que siempre tuvo a hacer el ridículo, sobre todo con uno.

—¡Compadre! No hay mujer que se resista a la serenata con el mariachi.
¿Cuándo quieres que le llevemos serenata a Alba?

El difícil pero sabio silencio fue la respuesta.

El cuadrico

El cuadrico –en lenguaje fidelista, del cubano– de la Juventud Comunista llegó a Tampico-Madero procedente del Distrito Federal. Viajaba con frecuencia, comisionado para atender a los comités estatales y regionales, a los clubes de la organización en el noroeste y noreste de la república. A esas ciudades siamesas que no las separa más que una calle, procuraba ir con mayor frecuencia. Pero no había pretexto que valiera, pues era un colegiado el que decidía cuándo y adónde debería viajar.

Desde que vio por primera vez a la joven delgada de los ojos verdes, senos más redondos que firmes y cara redonda, en el Instituto Cubano-Mexicano de Relaciones Culturales, algo emboscado se movió en su interior.

La conversación sostenida con un profesor que transpiraba planes guerrilleros por cada uno de sus poros, le impidió ocuparse de América. Así, como el continente, se llamaba ella.

El inicio de la conferencia del tampiqueño Marcos Leonel interrumpió la conversación que le interesaba, pero mucho más le afectaba la mirada penetrante y dulce de la dueña de aquellos verdes ojos que le había reservado, junto a ella y su esbelto cuerpo, la única silla libre.

–La aparté para ti –le dijo con una sonrisa traviesa la profesora de primaria, días después. Porque todo fue cuestión de horas. Al siguiente día empezaron a construir planes para que la distancia no fuera otro obstáculo más en una relación intensa, febril, de tórtolos y adolescentes.

Viajó al puerto en la primera oportunidad, y cuando le era imposible, ella acudía al Distrito Federal.

En un abrir y cerrar de ojos, verdes y color miel, estaban haciendo planes matrimoniales: sitio del enlace frente a la única ley, la del Estado, a la que ambos le otorgaban valor, después de la del amor, o lo que entendían por tal. Trámites para el cambio de plaza, de la costa al inmenso valle; ahorro, muebles y todo lo que dos muchachos necesitan y que es demasiado poco.

El asalto a una sucursal bancaria en Empalme, Sonora, fue planeado por aquel conversador alienado en sus planes discursivos de tomar por asalto el cielo, parodiando burdamente a los bolcheviques rusos de San Petersburgo, pero ejecutado no por aquél sino por Leroy, el amigo en ciernes, que perdió la vida.

El cuadrico todavía recuerda al amigable hermano de la joven de los ojos verdes.

–Cuñado, ¿qué, te van a invitar de cenar huevos a *ídem*?

Afuera de la sucursal de Bancomer quedó el cuerpo de Leroy abatido por las eficaces balas policiacas para proteger la propiedad financiera. Sólo para eso.

Ella se lo comunicó telefónicamente.

–Mataron a mi hermano. Necesito que me acompañes a identificar el cuerpo para trasladarlo a Tampico y enterrarlo. Mi madre está muy mal.

Él no era dueño ni de su tiempo ni de sus decisiones. Formaba parte – desde su temprana adolescencia– de un conjunto de hombres y mujeres que trabajaban por otros caminos y métodos de lucha y soñaban con transformar de raíz la arquitectura socioeconómica de la nación. No eran muchos. Acaso tres mil.

No podía, mejor dicho, no debía, poner en riesgo al conjunto. (Y sin que hiciera falta también se lo expresó Arnoldo). Por más que su necesidad personal, perentoria por el dictado de sus sentimientos, fuera permanecer junto a ella en un momento ineludible.

Así lo entendió *El cuadrado*. Pero reaccionó como tal y se lo transmitió a su futura esposa. Ella lo entendió y ambos convinieron en que la acompañara el mejor camarada y amigo del novio en tierras tampiqueñas.

La novia y el amigo del novio tuvieron que actuar como matrimonio a la hora de registrarse en el hotel, hacer los trámites ministeriales y acudir al forense para identificar el cuerpo, rescatarlo y trasladarlo con el fin de que la familia le diera sepultura.

En la primera oportunidad *El cuadrado* se trasladó a la patria chica de Marcos, el siempre tenaz y ahora más que errático *subcomandante*. Encontró a una madre destrozada, sumergida en un silencio acusatorio, porque de alguna manera su candidato a yerno “anda en las mismas” que el hijo perdido para siempre. Ella no estaba en condiciones de reparar en las sutilezas de las vías y los métodos para conseguir los mismos objetivos, como lo entendieron –sabiamente– Salvador Allende y Ernesto Guevara, y quedó plasmado en la dedicatoria de un libro del comandante al médico.

Las madres, que nos perdone Perogrullo, son madres antes que cualquier otra cosa. *El cuadrado* lo sabía por experiencia propia. Tenía un hermano guerrillero o con aspiraciones a serlo. Y para doña Graciela, sus dos hijos “andan en lo mismo”.

A la novia, en cambio, la encontró admirablemente entera.

Era un viernes de verano por la noche, de luna llena. Ella le propuso primero y le exigió enseguida que precipitaran todo. Que se casaran el lunes. Le resultaría muy cuesta arriba vivir con la madre porque la señalaría como responsable por la pérdida de Leroy.

El cuadrado no supo ni pudo persuadirla. Sólo usó el recurso de que no portaba los documentos indispensables para escuchar la epístola de Melchor Ocampo, 56 horas después.

–Vete al Distrito Federal por ellos y nos casamos el lunes por la mañana.

No había salida ni pretexto. La decisión de la dueña de los verdes ojos era innegociable.

Pero una tímida frase que escuchó, iluminó al candidato a esposo.

–Decídete ya, por favor, porque Carlos Eduardo, nuestro camarada y tu amigo, nos está esperando a los dos en una fiesta. Yo desearía ir, si estás de acuerdo, aunque fuera sola. Pero prefiero que vayamos los dos.

–Sí, claro. Ve a la fiesta.

Regresó al DF y un mes después *El cuadrado* fue recibido fríamente. América le pidió, como es costumbre en adolescentes afiebrados, el anillo y los objetos que había recibido como prendas más simbólicas que materiales; y que se retirara a la brevedad, porque estaba cocinando para el camarada y amigo.

Transcurrió otro mes y regresó al puerto y fue al Instituto Cubano-Mexicano, lugar donde la de los ojos verdes lo cazó, como bella pantera, apartándole la única silla vacía. Pero las huellas de una gran fiesta nocturna eran más que visibles.

El cuadrado preguntó y afirmó a Juan, éste sí su mejor camarada y amigo, combinación casi imposible, de la localidad:

–¡Ah! ¿Tuvieron fiesta anoche?

–Sí.

–¿Qué festejaron? No es 26 de julio.

–Nada, maestro. Sólo fue una fiesta –dijo Juan, visiblemente turbado.

–¿Cómo que nada?

–No insistas.

--Insisto.

–Hubo una boda. Tú sabes quienes se casaron... y ya no me preguntes más.

La boina

Desde 1959 hasta nuestros días, no ha existido gobernante que desate más adhesiones y distanciamientos –sin matices– que el líder de la cincuentenaria Revolución cubana.

Para los primeros es simplemente Fidel. Para los segundos, Castro.

–El nuestro es Fidel. El otro es Fidel Velázquez, nuestro enemigo de clase, –explicaba en los años 70 sin mediar tonalidades Gerardo Peláez, el historiador del movimiento obrero y del comunismo mexicano.

La primera ocasión que el tamaulipeco estuvo cerca, es un decir, del cubano de origen gallego, fue durante el trayecto al X Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, la segunda semana de julio de 1973.

Varias decenas de jóvenes mexicanos viajaron a La Habana para tomar el Báltika –un viejo barco soviético que fue hospital durante la Segunda Guerra Mundial– y trasladarse a Rostock; de allí continuarían en camión al Berlín dividido por el muro que hoy palidece frente a los existentes en nuestra frontera norte, la más transitada de la aldea, sin desdoro de los que aún construye la xenofobia estadounidense.

Recuerda Joel Ortega Juárez, uno de los participantes del Báltika, en *Milenio Diario* (3-V-04):

“Al segundo o tercer día de nuestra estancia, en tránsito, fuimos despertados muy temprano. Nos dijeron que íbamos a una Secundaria Técnica en el campo. Camino hacia allá nos detuvimos a desayunar cerca de Bahía de Cochinos donde amenizó un grupo en el que tocaba un muchacho que decía ser pariente de Ultiminio Ramos, ídolo del boxeo cubano y mexicano. Llegamos a la Secundaria a las 10 de la mañana. A nuestro arribo observé las antiaéreas, supuse que era probable la presencia de Fidel. Luego de una larga espera, de casi cuatro horas, nos advirtieron que el comandante estaría con nosotros. Debíamos permanecer en nuestros sitios y no intentar acercarnos a él. Fidel se instaló en el templete junto a Ángela Davis, con la cual departía y coqueteaba. De pronto tomó la palabra, vio su reloj, preguntó a qué hora empezaba el juego de pelota en La Habana, calculó el tiempo y prometió: hablaré 45 minutos. Con toda precisión terminó su discurso, e inmediatamente, cual muchacho travieso, saltó hacia delante y se mezcló con los muchachos, a pesar del nerviosismo de su guardia. Fue la señal para romper las vallas. De pronto, sin darme cuenta, estaba a un metro de Fidel. No sabía qué decirle, qué hacer. Comandante, soy mexicano. ¡Ah, sí! ¿Todavía siguen los tacos de San Cosme? Sí, le contesté. Eso fue todo. Mi encuentro con Fidel ha sido el que más me ha conmovido.”

La posible presencia del líder cubano fue anunciada por *Humbertico* al coordinador del grupo de mexicanos, con la condición de guardar el máximo de discreción. Pero el emplazamiento de cañones antiaéreos era suficiente evidencia.

Seguramente esa larga espera con un sol y calor veraniegos característicos del Golfo de México, una pipa cargada de agua de naranja y una enorme boca como llave para servirla –propiciando así un absurdo desperdicio del líquido en un país donde los nativos no la tienen a la mano–, indispuso al coordinador mexicano

a atender la perentoria invitación de un joven cubano cuando arribó, en helicóptero, Fidel al sitio para inaugurar la Escuela X Festival.

–¡Oye, chico! ¿No vas a saludar a Fidel? –inquirió sorprendido el mulato ante la indiferencia y malestar del delegado nativo de Matamoros, Tamaulipas, pero ya radicado en el DF.

–¡Chico! ¿Vas a perder la oportunidad histórica de tu vida de saludar al comandante en jefe? –Insistió el *cuadro* (así les llamaban y con alguna frecuencia, el nombre correspondía a la rigidez) de la Unión de Jóvenes Comunistas de Cuba. Un monosílabo y una mueca de enfado, muy propia de la progenitora de sus días, doña Graciela, fue la respuesta del muchacho que apenas cuatro meses antes se acababa de casar y que, más por disciplina, se dispuso a cumplir la tarea de literalmente embarcarse en un viaje de cinco semanas por el Atlántico, para soportar a jóvenes quejosos de que se mareaban en alta mar y que no podían hacer el amor con sus novias en vías de casamiento. Los soviéticos, dueños del barco, o los cocineros cubanos por indicaciones de los dirigentes de la UJC colocaban en los alimentos sustancias para inhibir el deseo sexual.

Su recuerdo es otro, distinto al de Joel. Carga con él décadas después, como si el suceso hubiera sido ayer:

Terminó el mitin. Fidel lanzó al aire la boina que portaba. Y como si fuera la de Jesucristo reencarnado –bien sabemos que él no usaba–, la aguerrida muchachada se lanzó al suelo a rescatarla, atropellándose y sin reparar en golpes y daños físicos. Y entre ellos estaban el autor del testimonio periodístico y varios de los más tenaces críticos, ahora sesentones.

Desde entonces aprendió que a los hombres del poder, del signo ideológico y trayectoria política que fueren, nunca debía acercárseles ni para saludarlos siquiera, salvo que ellos tomaran la iniciativa.

Así lo hizo con Leonid Brézhnev y Enrico Berlinguer, con Nicolai Padgorni y Georgue Marchais, con Andrei Gromiko y János Kadar, con Fidel Castro y Santiago Carrillo, con Luis Echeverría y Luis Corvalán, con José López Portillo y Yumzhaguin Tsedenbal, con Miguel de la Madrid y Raúl Castro, con Carlos Salinas y Mijail Suslov, con Ernesto Zedillo y Vo Nguyen Giap, con Luis Donald Colosio y Vicente Fox. Con todos.

La excepción, siempre hay una, fue Adolfo López Mateos, cuando inauguró las oficinas postales de Matamoros en 1960. Entonces tenía 10 años de edad, vivía a tres cuadras y por curiosidad acudió al acto.

Como uno más de los cientos de asistentes se colocó a un costado por donde caminó el posterior chacal de Rubén Jaramillo, su esposa embarazada e hijos.

López Mateos vio al niño y detuvo la marcha y con él todo su séquito. Frotó su mano en la rubia cabellera del menor:

–¡Hijo! ¿Cómo estás?

–Bien señor.

–¡Cuídate!

–El presidente me saludó –dijo el niño apenas entró a la casa de Francisco y María de Jesús, ante la mirada entre sorprendida e incrédula de los tíos.

Báltika

En el barco que fue hospital soviético durante la II Guerra Mundial, se trasladaron decenas de mexicanos, ecuatorianos y cientos de cubanos al X Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, de Berlín, capital de la entonces República Democrática Alemana. Durante más de 30 días, viajaron de La Habana a Rostock.

Con todo y las diversas actividades recreativas que pueden realizarse, la vida en un barco se asemeja a la de un vecindario popular donde todos se enteran de cómo pasó la noche tal compañero de viaje; si ya conquistó o ya se enojó con la muchacha cubana que pretendía y que los hombres de Arufe, dirigente de la Unión de Jóvenes Comunistas de Cuba, espían; si hizo o no el amor con la novia mexicana; si la cena le provocó insomnio o malestar estomacal; si un compañero de camarote ronca y si el otro se mareó por el oleaje; si el agua al nivel de la escotilla le provoca pavor a uno porque siente que se ahoga; o si esto y si lo otro.

Durante el primer y único viaje realizado para cruzar parsimoniosamente el Atlántico, al comisionado de la Juventud Comunista de México, encargado de coordinar a más de 50 muchachos y muchachas de organizaciones políticas y sociales de signo diverso, le tocó ejercer también de papá y de *doctora corazón*.

–Compañero, mi mujer y yo no pudimos hacer el amor nuevamente, anoche. Tienes que hablar con los dirigentes cubanos para que no vuelvan a colocar polvos que nos impidan coger.

–Camarada. Extraño mucho mi casa. Me hacen falta mi recámara, mi almohada, mi cama, los alimentos que me prepara mi madre.

–Maestro: esa pinche música de ¡*Oh mami blue!* ya me tiene hasta la madre. Habla con el güey soviético, el que manda aquí y que se disfraza de mariscal inglés, para que la orquesta interprete melodías de John Lennon.

–Doctor, necesitamos hacer una reunión urgente del colectivo mexicano, para discutir muchos problemas de la convivencia diaria. Estás muy lento. Contemporizas demasiado con los burócratas cubanos y el soviético, el burócrata mayor.

Apenas cuatro meses antes, el comisionado mexicano se había casado. En buena lid, la esposa también fue elegida delegada por la JCM, sin que él opinara ni votara a su favor.

Pero una noche, sin mediar aviso de por medio, los visitó Arnoldo, el padre de Alba, en Nueces 183. Los sacó literalmente de la cama y les dijo:

–Me parece que sería un error que aceptaras esa comisión, aunque sé que tienes derecho. Pero nadie lo va a entender así. Van a interpretar que te eligieron por mí.

El marido guardó silencio. Le parecía una reverenda *hijés* que el suegro, excesivamente influenciado por el qué dirán, se protegiera a sí mismo y le importara un comino el futuro político de la hija y del yerno. Mejor dicho: que en aras de su impecable imagen los obstaculizara políticamente como lo hizo hasta que la pareja se disolvió, y aún después, hasta que el padre de sus nietos pasó a mejor vida civil y periodística.

–Tú decídelo. Respetaré tu decisión. Pero son fregaderas lo que pretende hacer tu padre –le dijo el comisionado a la esposa.

Y el recién casado viajó solo en aquel océano abundante en soledades y bellas cubanas, como la esplendorosa economista de Las Villas. Y en Berlín, qué decir de las delegadas. Habían llegado de los cinco continentes y abundaban las inteligentes y atractivas. Pero él regresó indemne.

En el Báltika, Alfonso Guillén Celaya, el capitán de los expedicionarios del Granma y de la sierra Maestra, lagunero de nacimiento; Alberto Arufe, de la UJC; los integrantes del grupo musical Manguaré y hasta el antipático delegado del Komsomol (abreviatura compuesta, en ruso, de la Unión de Jóvenes Comunistas Leninistas de la Unión Soviética) le hicieron más llevadero el viaje.

Pero una inolvidable noche, el comisionado fue sometido a indecibles presiones por parte de los dirigentes cubanos, del presunto mariscal inglés y hasta del capitán del barco para que, inmediatamente y sin condición ni atenuante, fuera retirado el cartel de Mao Ze Dong, que un delegado proveniente de la Facultad de Psicología de la UNAM había colocado en su camarote.

A dos fuegos fue sometido de manera inmisericorde, el comisionado.

Mientras deliberaba con sus compañeros en una sala del tercer nivel del barco y éstos le indicaban que bajo ninguna circunstancia aceptara la remoción de dicho cartel, porque el partido de los comunistas mexicanos sostenía relaciones amistosas con sus homólogos de China, los cubanos lo emplazaban a quitarlo de inmediato.

El ánimo de los mexicanos era intransigente. Y el de los cubanos igual o peor.

—Si no lo retiran, tiraremos al mar al maoísta que no debe viajar en un barco soviético.

—No pueden hacerlo. ¡Sería una barbaridad! Además, nosotros no escogimos viajar en un barco soviético. Eso lo decidieron ustedes, los cubanos, y nosotros pagamos la cuota de viaje que nos fijaron los organizadores del X Festival.

—De acuerdo, no lo vamos a arrojar por la borda, pero dínos el nombre del maoísta que viaja en el Báltika.

—No lo puedo decir. Es un delegado como cualquiera de nosotros y merece el mismo respeto.

—Pero... ¡ya quiten el cartel!

—No depende de mí. Déjame convencer a mis compañeros.

—Tú eres el jefe de la delegación.

—Sí, pero decidimos democráticamente.

El comisionado regresó por sexta ocasión a la reunión con sus compañeros mexicanos y ya había sido sustituido como moderador por Raúl Jardón, bajo la siempre eficaz *grilla* de Joel Ortega.

Fue retirado el cartel. Y el comisionado terminó cenando con el capitán del barco, los dirigentes de la UJC y el insoportable disfrazado de mariscal.

—En verdad, ¿pensaban cometer la barbaridad de tirar al mar al compañero maoísta?

—¿Cómo crees? Sólo te estábamos presionando para que los simpatizantes del maoísmo que hay en tu delegación, sepan que tienen límites.

–Son unos hijos de la chingada –se dijo silenciosamente el comisionado, mientras esbozaba una sonrisa para superar tres horas de máxima e intolerante tensión.

Funeral alemán

Falleció Walter Ulbricht en plena víspera del X Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, cuando 30 mil muchachos y muchachas provenientes de 140 países de los cinco continentes se encontraban ya reunidos en Berlín.

Los mexicanos se enteraron por el radio del camión que los transportaba. Un escueto anuncio oficial seguido por la transmisión de música fúnebre alteró la algarabía de los delegados comunistas y sus aliados, más por respeto a los anfitriones que por simpatía con un personaje que fue clave en la decisión que adoptó el Pacto de Varsovia para invadir Praga con el objetivo de truncar la primavera checoslovaca que enarbolaba el *socialismo con rostro humano* y, dos décadas más tarde, cosechar la siembra con el derrumbe del *socialismo realmente existente* en 10 países.

Los organizadores de la magna fiesta informativa de la juventud no titubearon en asumir responsabilidades, aplazar el duelo e informaron a los huéspedes:

–El Consejo de Estado de la República Democrática Alemana decidió no posponer el X Festival, sino realizarlo en honor a nuestro presidente, como seguramente él lo hubiera deseado.

Lo anterior no eximió a una mínima parte de los delegados de acudir a la sede del Consejo de Estado para rendir guardia ante los restos mortales del nativo de la bella Leipzig, el otrora ebanista que en 1950 accedió a la secretaría general del SED, en 1961 ordenó la construcción del Muro de Berlín, quien un año antes ocupó la Jefatura del Estado de la RDA, y por oponerse a la normalización de relaciones con la República Federal de Alemania fue apartado del liderazgo del partido. Circunstancia ésta que explica mejor el duelo de relativo bajo perfil.

Arturo y César acudieron a la magna sede en que se realizaba el velorio para en nombre de la dirigencia del partido de los comunistas mexicanos montar una guardia.

No era preciso ser de mucho mundo ni conocer el *Manual de Carreño* para acudir vestido de manera formal, de traje y corbata, aunque no fueran de color oscuro, como lo hizo el tamaulipeco. En tanto que el primero portó su infaltable chamarra rompevientos color azul cielo, con una estampa de una cobra y un redundante letrero a la altura del pecho y sus pantalones de mezclilla, como lo hizo en la XVI cumbre del PCM, en el Salón Riviera, mientras sus compañeros de la presidencia congresual vestían con formalidad. Pero en tierras berlinesas y en un funeral oficial era imposible que no generara confusión. Tanta que al ingresar al Consejo de Estado, uno de los organizadores que recibían a los dolientes no pudo reprimir su sorpresa y preguntó al mexicano trajeado.

–¡Disculpe, querido camarada, usted es el jefe de la delegación y él es su acompañante o su chofer?

Sorprendido por la pregunta, agachó la cabeza, engoló la voz, evitó ver al de los jens y le dijo al funcionario alemán:

–¡No!, compañero. Él es el camarada Arturo Martínez Nateras, integrante de la Comisión Política del Comité Central del Partido Comunista Mexicano.

Cubierto el expediente de la presentación de rigor para el rígido protocolo alemán, agudizado por el funeral, se colocaron a un costado del ataúd, hicieron la guardia de unos cuantos minutos que al más joven le pareció una eternidad por la confusión, lo solemne de la ceremonia, su incapacidad congénita para asistir a exequias y cuando los dos mexicanos se disponían a abandonar la sala, se presentó el momento más difícil de sortear sin romper los modales y la formalidad.

El micho, amigo y compañero generoso, a la vez que destacado dirigente que giraba alrededor de las audacias, las ocurrencias y actitudes aldeanas que muchos le festinaban, antes de que se retiraran se colocó de espaldas a la puerta principal de salida, frente a los restos mortales de Ulbricht, y empezó a inclinar una, dos, tres veces todo el cuerpo en señal de respeto y despedida.

La escena sorprendió a todos y colocó al tamaulipeco al borde de la risa que afortunadamente contuvo –cuenta– por respeto al difunto y a su padrino de la boda civil, realizada cuatro meses antes.

De vuelta al albergue en que habitaban, el ahijado se dirigió al comedor donde Mario Orozco Rivera, Joel Ortega y otros delegados disfrutaban frías y ricas cervezas en tarro que más que estimulaban la alegre conversación.

–¿Cómo le fue compañero diputado? –dijo el muralista.

–Muy bien, compañero senador –mote con el que el jefe de taller de David Alfaro Siqueiros llamaba aún más la atención de las guapas y jóvenes delegadas de habla hispana.

–¿Y entonces por qué esa cara de aburrimiento, maestro?

El ahijado contó con lujo de detalles lo acontecido y la carcajada fue general.

Retomaron otros temas y apareció a varios metros de distancia de la mesa el hombre de las reverencias funerarias.

Sin decir agua va, Mario se puso de pie y casi gritó: “¡Arturo!” y empezó a inclinar desaforadamente la mitad del cuerpo.

–¡Eres un hijo de la chingada! –exclamó *El micho* al tiempo que se acercaba indignado y en forma amenazadora al divulgador de su desplante.

–¡Es una broma, Arturo! –gritó el pintor que portaba de manera natural los apellidos de los dos maestros del muralismo mexicano. Y gracias a Mario, la anécdota no desató más pasiones.

Tormenta eléctrica

Retornaba de Berlín al Distrito Federal la delegación de los comunistas, socialistas y demócratas mexicanos en un vuelo chárter que se adentraba en el espacio aéreo guatemalteco.

El ambiente era de fiesta. Platicaban sus vivencias, amores furtivos y otros no tanto, hasta presuntos planes matrimoniales con mujeres de otras latitudes que cimbraron los corazones de varios aztecas.

Nadie quiso regresar en barco. El alegre cansancio no recomendaba otro viaje en el Báltika de un mes, como el realizado de La Habana a Rostock, donde se forjaron relaciones amistosas y afectivas que dejaron honda huella.

Todos tenían algo que compartir con sus compañeros de asiento, con los de adelante y los de atrás, incluso algunos con los pasajeros en su conjunto, pues el avión estaba repleto de delegados al X Festival Mundial de la Juventud que sesionó del 28 de julio al 3 de agosto de 1973.

Como buenos mexicanos, los jóvenes ya extrañaban los múltiples y deliciosos sabores de la cocina nacional, a esposas y novias, padres y familiares, compañeros de estudio y de trabajo.

El ansia por regresar con los suyos, la satisfacción por la encomienda cumplida y los buenos tragos consumidos durante las abundantes horas de vuelo, imprimían al ambiente festivo, a ratos, una algarabía ensordecedora que impidió que registraran oportunamente las dificultades que sorteaban los pilotos para aterrizar en Ciudad de Guatemala por una tormenta eléctrica que tardaron en anunciarles.

Poco a poco los jóvenes viajeros fueron cayendo en la cuenta de que hacía más de media hora que sobrevolaban la capital del país allende El Suchiate. Y los rayos iluminaban cada vez más el negro cielo y cimbraban el pájaro mecánico.

Cuando el capitán de la nave informó de los alcances del problema y las dificultades a sortear, un silencio sepulcral se instaló entre todos los pasajeros sin ninguna excepción.

Mario Orozco Rivera, el mayor de todos por la edad, la obra pictórica, la capacidad ética y la alegría ante la vida, guardó también absoluto silencio.

Sólo se escuchaban las respiraciones agitadas, tensas.

¿Qué promesas religiosas hacían aquellos muchachos y muchachas, la mayoría de ellos estudiosos del marxismo, si lograban salir airosos de aquel trance tan difícil?

Sólo lo sabe cada uno de ellos. Nadie más.

¿Qué planes inmediatos pasaba por la cabeza de los jóvenes? No lo preguntó nadie.

¿Quiénes y cuántos estimaron que allí, en ese instante o el siguiente terminaría su vida, joven, demasiado joven aún?

¡Vaya usted a saber!

Cuando quedó claro que no rebasarían la muy delgada frontera entre la vida y la muerte estalló un largo, distensionador y nutrido aplauso.

Vuelo

El nativo de la antigua Bagdad, pero no de la capital iraquí, sino de la tamaulipeca Matamoros, tomó el vuelo de Aeroméxico hacia el Distrito Federal, acompañado de Alba y Alexis, de apenas cinco meses de edad, tras una visita a su familia, a fines de diciembre del 74.

El tiempo pasa, dice la popular canción de los 90. Alexis es un señor que al cumplir los 38 años de edad recibió la notificación oficial de que en el examen doctoral que presentó en la víspera, el jurado decidió otorgarle el *Cum laude* por la tesis *La construcción del conocimiento compartido: un estudio discursivo de una comunidad de terapeutas*, por la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Recuerda el anecdótico hecho, el vuelo, no tanto porque se tratara del primer avión que usara el mayor de sus tres hijos, sino porque al buscar los lugares que les correspondían, se encontró con un rostro que le resultó familiar y no dudó en intercambiar el saludo verbal que las buenas maneras indican.

Era el ingeniero Javier Montemayor, el hijo de su patrona la señora Alicia, allá por 1961. Lo recordó bien por su sonrisa y voz amables.

El trabajador tenía 11 años cuando laboró para aquella familia: doña Alicia, Javier y Roberto. Lo ocupaban para limpiar la muy elegante “recámara del señor obispo” que éste usaba sólo una vez al año, el 24 de diciembre; asear la colección de finos zapatos que ambos señores tenían; también los ventanales de la sala que daba al jardín y con frecuencia cuidar a los nietos de la patrona mientras los adultos departían.

No guarda recuerdos negativos de los Montemayor Guerra. Acaso alguna nalgada de la patrona porque encontró al niño y sus nietos identificando las diferencias entre sus genitales. Cuando un año antes el niño matamorenses hizo lo mismo con sus sobrinos Pacheco que siempre andaban semidesnudos, en Parras, Coahuila, el padre de éstos lo corrió literalmente de la casa y se refugió en una bella alameda hasta que la madre de los niños, su hermana, lo convenció de regresar a la casa.

La plantilla laboral de los Montemayor la integraban Andrea (cocinera) Graciela (lavandera), Ernestina (recamarera), Antonio (chofer) y el niño, hijo de doña Graciela. Vivían atrás, al fondo de la bella casa, en cuartos de cemento no mal equipados. Recuerda que eran amplios porque Antonio vivía con su esposa e hijo, y los visitaba la hermana de ella, con la que Antonio tenía una relación sentimental que el niño registraba bien.

El encanto del trabajo del niño que recibía 35 pesos a la semana, más alimentos y habitación, se rompió cuando a la señora Alicia se le ocurrió revelarle: “Cuando seas grande vas a ser mi chofer”.

Guardó silencio el niño, pero no le gustó el gris futuro que le ofrecía la patrona.

Todo eso y más se agolpó en la memoria al encontrarse en el avión al ingeniero. La satisfacción del entonces incipiente periodista la compartió con Amanecer. Además, el despegue se realizó en la pista que él ayudó a construir como ayudante de *El rápido*, el operador de buldózer.

El tigre en Moscú

Con la altanería de nuevo rico que lo hizo mundialmente famoso, Emilio Azcárraga Milmo preguntó: ¿Soy o me parezco?

El guardia soviético revisaba impasible, una y otra vez, la foto del pasaporte mexicano y la cotejaba con el rostro agradable, porque no correspondía a toda la altanería de que era capaz *El tigre*. Salvo que los placeres de Dionisio o el talco *Johnson's* se hubieran apoderado del magnate de la televisión mexicana, más por herencia que por mérito propio.

Tampoco se le puede regatear el esfuerzo permanente a que lo obligó su padre, Emilio Azcárraga Vidaurreta. Si aspiraba a recibir dinero para los gastos de la diversión de fin de semana, debía ganárselo limpiando todos las mañanas las cubiertas de latón del pasamanos de las escaleras del edificio de cuatro pisos de *La voz de la América Latina desde México*.

Emilio rezongaba pero cumplía sus obligaciones.

¡Qué diferente muchacho! Poco tenía que ver con el extremista ofensor de sus empleados, con el mienta madres por cualquier motivo. Ni remotamente se parecía al practicante obsesivo del derecho de pernada, en las últimas décadas del siglo XX, sobre estrellas y estrelladas, la descendencia incluida.

Pancho Canudas lo justifica sin darse cuenta que lo defiende.

–No es así. Eran las propias mamás de las jovencitas las que se las llevaban a Emilio. Y le decían: “De que te las chingues tú, Emilio, a que las desflora cualquier pendejo, prefiero que tú lo hagas.

De las ofensas y mentadas –pero no de las que fabrica Usher– ahora resulta que son inventos, leyendas. Zabludovsky, uno de los que más las padeció, exculpó en Canal 40 al hacedor de televisión “para los jodidos”. Habló de un Emilio educado y afable, que sólo Jacobo conoció.

Hugo Tulio Meléndez contaba con desparpajo la visita a una de las siete casas que realizó Augusto Gómez Villanueva en la precampaña para suceder a Luis Echeverría Álvarez, tal como lo establecían las reglas no escritas del Revolucionario Institucional, partido del que Emilio se declaró, años después, *soldado*, junto con Televisa.

–La conversación era muy amena, agradable, estimulada por los buenos aperitivos. El licenciado Jacobo conversaba con Augusto en una mesa integrada por no más de seis personas. De repente la voz de Emilio se apoderó de la reunión.

–Quién te dijo a ti que puedes opinar –reclamó en tono áspero al que casi todo México citaba como máxima autoridad informativa y opinativa: “Lo dijo Jacobo”, era el juicio de valor, fuera de toda discusión.

–Te invité a esta comida como mi empleado, como mi gato que eres. Aquí el único que opina soy yo. ¡Te callas porque eres un pendejo!

El silencio sepulcral se apoderó de la reunión. Jacobo se hizo pequeñito y se escurrió en la silla. Gómez Villanueva, hombre de ostentaciones y modales no precisamente refinados, platicaría después que pocas ocasiones vivió un momento con tanta incomodidad.

Fue meses antes de este típico desaguisado de Emilio II, cuando el joven guardia del Ejército soviético, comisionado en tareas migratorias, tras medio convencerse de que el elegante mechón de canas del señor que tenía enfrente correspondía al de la fotografía del pasaporte mexicano, empezó a hacerle una serie de sencillas, elementales preguntas: ¿Nombre? ¿Edad? ¿Ocupación?

La insólita respuesta a la última pregunta fue de antología, tanto que la platicaba el propio *Soldado del PRI*:

–Dueño de México.

Chon

Un viaje al extranjero del director del semanario *Oposición*, dejó al editor en la tesitura de tener que coordinarse con José Encarnación, como una suerte de comisario temporal de la dirección del PCM.

Chon le llamaban coloquialmente sus compañeros y él firmaba sus textos como J. Encarnación Pérez y, algunas veces, con las iniciales de JEP, cuando no eran famosas las del hoy laureado poeta septuagenario.

Pérez Gaytán era un dirigente que coadyuvó a encabezar la renovación del partido de los comunistas a fines de los años 50 y principios de los 60 del siglo pasado. Lo hizo desde la prisión en la que estuvo detenido seis años.

Esa documentada capacidad renovadora, sin embargo, ya no la conoció el editor que escuchó, estupefacto, a la hora de definir el tema del cartón de portada del tabloide que hacía, quincena a quincena, Rogelio.

–Dile a Naranjo que haga unos monos donde uno le diga al otro...

No se atrevió a contradecir ni responderle nada a *Chon*, pero al joven reportero le pareció un despropósito pretender “dictarle” un cartón a quien ya prefiguraba como uno de los más grandes de la caricatura política. Pero tampoco a nadie más, con independencia de los créditos y títulos, y a partir de entonces los trató a todos, con la excepción de *Rius*.

Pronto entendió el muchacho que Encarnación tenía una tendencia subrayada a simplificar no sólo los temas del periodismo, sino hasta los de la teoría del socialismo científico, entonces enunciada como marxismo leninismo.

Durante esas mismas semanas, *Chon* trató de convencerlo amigablemente, de que don Julio podía ser un gran periodista, acaso uno de los mejores, pero “los comunistas tenemos mejores ideas que Scherer, y entonces podemos ser, somos, mejores periodistas”. El punto de partida era una concepción en la que el contenido estaba muy por encima de la forma, la determinaba. Negar una relación de interdependencia implicaba hacer un periodismo de sólidos ladrillos, inaccesibles al común de los lectores, y unos formatos que importaban poco, pues las ideas son certeras.

Su primer recuerdo del curtido dirigente data de 1966, cuando lo vio bajar los escalones de la sede comunista de Mérida 186 para pedirle a su ayudante, voz en cuello:

–Dile a Amelia, *Chicali*, que los calcetines deben ser del mismo color que el traje. Y que me mande los zapatos negros, nuevos.

–Sí, camarada *Chon* –escuchó como respuesta de Rodolfo, quien unos cuantos años después era el más despiadado crítico de lo que llamaba “el simplismo choniano”.

No le faltaba razón al de Mexicali, pero la beligerancia era extrema y sin percatarse que él mismo, Echeverría, era portador de otro tipo de simplismo, pero adosado con un lenguaje menos rígido y que ponía por delante una valentía que impresionaba a muchos.

El simplismo oral, el escrito era mucho menor, del veterano comunista trascendía fronteras. Contaba Mario Menéndez que en una de las sesiones preparatorias de la conferencia de Partidos Comunistas de América Latina, *Chon*

expuso y defendió con pasión la tesis de que en México se abría paso en forma acelerada el capitalismo monopolista de Estado.

La idea levantó polémica y se prolongó en el comedor a la hora de la cena. Como Encarnación no convencía a sus interlocutores pidió un café y leche aparte. Revolvió ambos líquidos y le pidió a quien lo impugnaba:

–A ver, camarada, separa el café de la leche. ¿Imposible, verdad? Pues igual pasa con el capitalismo monopolista y el Estado mexicanos.

Era un tema que apasionaba en las filas del comunismo azteca. Pero también tenía críticos en las izquierdas socialistas. Moreno Wonchee lo registró de la siguiente manera, con la enorme ventaja que da la distancia, el 1 de agosto de 2005:

“Llegamos hasta Allende y no acabábamos de intercambiar saludos cuando Pablo (Gómez) echó mano a su elocuencia para arremeter contra el gobierno mexicano: el presidencialismo autoritario y despótico de Echeverría está al servicio del capitalismo monopolista de Estado y es un gobierno represivo y antipopular, alcanzó a decir porque el presidente Allende, sin cambiar su talante amistoso y afable, puso su mano derecha en el hombro de Pablo y con voz pausada y firme, más firme que pausada, le dijo: ‘Mire compañero, la Tierra es redonda y si usted se va demasiado a la izquierda llega a la extrema derecha’. Y con la misma amabilidad que nos había recibido, nos despidió.”

En otra ocasión, cuando los comunistas del Comité Central sometieron a deliberación prácticamente todo, con la vista puesta en el XIX Congreso, *Chicali* impugnó la existencia de los regímenes de democracia popular en Europa central y oriental, como estadio previo al socialismo, pero de una forma primaria, como era característico del hombre de la barba y la cabellera larga, las botas y la mezclilla como indumentaria infaltable.

Y como *Chon* tenía como virtud que no se arredraba ante nada y ante nadie, con su voz gruesa, un tanto ronca y arrastrando las palabras, preguntó en su turno en el debate:

–¿Que qué son las democracias populares, camaradas? Pues son eso, democracias populares –dijo esbozando una sonrisa entre burlona y amable que dejaba al descubierto su blanca dentadura natural.

Pregunta y respuesta que al impugnador lo sacó de quicio y lo inhabilitó para continuar una discusión más que elemental.

Sus desavenencias rayaban en lo personal, porque ambos provenían de una relación que dibujaba involuntariamente bien Echeverría, cuando cubrió entre otras tareas la de chofer de Pérez.

Durante un viaje por tierras chihuahuenses, el primero perdió el control del vehículo y tras varias vueltas a un costado de la carretera, en el monte, se produjo un silencio absoluto.

Chicali recuperó el conocimiento minutos después y lo primero que recordó fue a su compañero de viaje. Al no divisarlo empezó a llamarlo con voz cada vez más angustiada, desesperada.

–¡Camarada *Choón*! ¡Camarada *Chooón*! ¡Camarada *Choooón*!

En la cabeza de Rodolfo se afianzó la idea, en unos cuantos segundos, de buscar e incorporarse a los restos de la guerrilla de Ciudad Madera, porque “no

podía regresar a México y decirle a los camaradas de la dirección que yo había matado a *Chon!*”

Para fortuna de todos, la encrucijada momentánea se resolvió enseguida, cuando el presunto muerto estaba sentado en una roca, con la infaltable corbata, desanudada, y unos cuantos golpes visibles.

¡Dime, camarada *Chicali!*

Duelo

El reportero siempre supuso que debería asistir a los funerales estrictamente indispensables. Y cuantas veces pudo les dio la vuelta, incluso tratándose de personas entrañables para él, como Valentín Campa.

Con torpeza, detectada enseguida de pronunciarla, en un ejercicio en que acostumbraba a escucharse e interrogarse sobre la pertinencia de lo dicho, llegó a afirmar: “Soy muy malo para los funerales”. ¿Cómo si hubiera alguien bueno para tales propósitos? Tristes, porque como está dicho en otras paginas, no marchamos a dos metros bajo tierra o al crematorio de manera súbita, sino a pedacitos, con cada ser querido que nos abandona.

Aunque en rigor sí hay personas que parecieran aprovechar, sino es que disfrutar los funerales. Para conversar y saludar conocidos, adversarios y amigos, los políticos –por ejemplo– y no pocos periodistas se mueven como peces en el agua en las funerarias. Toman café, fuman y conversan casi sin reparar en el difunto y la familia de éste.

Será porque la muerte lo selló desde el 28 febrero de 1960, a los nueve años y medio de edad en que perdió a su padre, el reportero desde entonces guardó una distancia más que respetuosa, físicamente lejana respecto del mundo de los fallecidos.

Cuando Horacio Flores de la Peña fue destituido como secretario de Patrimonio Nacional de Luis Echeverría, el periodista fue invitado por Hugo Tulio Meléndez a acompañarlo para ir a la casa de *El caballo* para “darle el abrazo”.

Prácticamente nada se le podía negar a un hombre tan solidario y generoso como el editor de *México Agrario*. Acudieron a la casa, se anunciaron y enseguida estaban en una inmensa sala de grandes ventanales y cortinas blancas que una luz muy tenue y el inicio del anochecer, creaban una atmósfera densa, lúgubre, que se acentuaba con la presencia de un hombre solo, colocado de espaldas, cerca del ventanal que entre sollozos consumía un güisqui.

La presencia de los dos editores no varió un ápice el virtual duelo del académico venido a funcionario que sólo volteó para recibir el abrazo y enseguida continuó con su ceremonia luctuosa por la pérdida no de uno de sus seres más queridos, sino de un importantísimo cargo y una promisoriosa carrera pública.

El cubano

En el teatro Karl Marx de La Habana, deliberó durante una semana la crema y nata del comunismo cubano con hombres y mujeres provenientes de los cinco continentes.

Entre los últimos destacaba el legendario Vo Nguyen Giap, estratega de la batalla de Dien Bien Phu que puso punto final al colonialismo francés en tierras vietnamitas y, un cuarto de siglo después, al estadounidense que había sustituido casi enseguida al primero, en la parte sur del territorio.

Eran sesiones de mañana, tarde y noche, sólo con el receso para comer.

Mijail Suslov, el llamado ideólogo del comunismo soviético, acudió en representación del partido del país que alguna vez fue de los soviets o consejos. Impresionante la figura de este hombre alto y de pelo blanco que –literalmente– sacaban e introducían en vilo dos ayudantes con cuerpos de ropero. Su fragilidad física no le impidió seguir despachando en Moscú hasta un cuarto de siglo después.

En aquel recinto, en medio del apabullante silencio que ancló allí al mediodía, un minino interrumpió la solemne sesión con un agudo maullido que lastimó los tímpanos de más de uno de los presentes.

Todos los delegados e invitados dirigieron la vista hacía el sitio de donde provino el inconveniente y desagradable ruido. Y la sorpresa fue general, un gato negro, bien alimentado, salió despavorido atravesando la sala.

Más tarde, el anfitrión principal compartió a los asistentes que sería imperdonable que el hombre de mil batallas en tierras indochinas fuera víctima de un atentado, utilizando como medio a un *gatico*, en la Cuba socialista. Omitió que él mismo, Fidel, después de tantas como fracasadas acciones atentatorias contra su vida, pudo ser el blanco seleccionado de sus acérrimos enemigos. Del soviético, ni se acordó ni se ocupó.

Concluida la primera cumbre de los comunistas de la mayor de las Antillas, todos los invitados extranjeros partieron a sus casas. Los mexicanos Arnoldo, Antonio y el enviado de *Oposición*, fueron despedidos en el aeropuerto José Martí por Blas Roca.

Tras la amena charla de despedida y los abrazos de rigor, los tres mexicanos se dirigieron a la sala de abordaje, cuando Roca increpó:

–Oye, chico, pa' dónde va tú.

–A México.

–Pero tú no puedes hacer eso. Si *ere* cubano, chico.

–No Blas, él es mexicano y vino con nosotros –terció oportunamente el dirigente comunista azteca.

Chayote “socialista”

–¿Quién es el hijo de la chingada que me hace fama de incorruptible? –Le atribuyen decir a Renato Leduc, el periodista, el bohemio, el poeta.

–No la chingen, ya nadie me ofrece nada –cuentan que aclaró en medio de una sonora carcajada a sus amigos.

Con o sin alternancia en el Ejecutivo federal, el *chayote* o *sobre* es una de las prácticas institucionales más sólidas en el México de la casi longeva transición a la democracia: “A sus sobrenes”, dicen varios colegas, en broma, cuando se presentan.

Si acaso se volvió más selectivo. Sólo la propaganda oficial y la ingenuidad permitieron suponer que durante el gobierno de la autodenominada *pareja presidencial* se acabó con aquella socorrida *mordida* de las autoridades de toda índole a los periodistas.

Joel Ortega Juárez, por ejemplo, llegó a sostener que las muy extendidas críticas a su *amigo* Vicente –el ignaro que gobernó México al comenzar el siglo– obedecían a que no entregaba *sobres* a los periodistas. Sólo que a los propietarios del oligopolio de la radio y el duopolio de la televisión les dio todo lo que le pidieron: carretadas de dinero en publicidad, concesiones del espectro radioeléctrico, tiempos del Estado, asaltos a mano armada de torres retransmisoras, aniquilación de empresarios periodísticos que cumplieran con la obligación de informar...

Más recientemente, el que presidió San Lázaro hizo una encendida declaración en contra del *chayo*, anunció que denunciaría a los beneficiarios, lo que nunca hizo, y semanas más tarde fue pillado con las manos en la puerta por los colegas que cubren la fuente.

Resulta que Francisco Javier Ramírez Acuña, en tiempos de austeridad discursiva, se compró una camioneta blindada de 800 mil pesos y sin cubrir los procedimientos administrativos que para una adquisición establece la Cámara de Diputados. Los reporteros lo exhibieron y declinaron los regalos –*chayotes*, pues– que les ofreció para que no informaran. Aquí, regalos para acallar; en Guadalajara, torturas y cárcel para los jóvenes impugnadores.

No pocos periodistas afirman que se ejerza o no la práctica del *Sobre chico*, *nota grande*, los directores de las oficinas de comunicación social –en rigor de difusión y propaganda– del gobierno federal, por medio de sus subalternos porque ellos se cuidan de no ensuciarse las manos con dinero mal habido, incluyen en las listas de beneficiarios a trabajadores de los medios que se distinguen por no recibir *chayote*. El destino final de esos recursos son las cuentas de los funcionarios, muchos de los cuales viven en zonas residenciales exclusivas a pesar de que dos décadas antes estaban avecindados en zonas populares.

Por supuesto que la extendida práctica no es privativa de Mexicalpan de las Tunacas, sino bastante extendida y con grados diversos de discreción.

A mediados de los años 70 del siglo pasado, el jefe de redacción del semanario *Oposición* entrevistó a Alois Indra, presidente de la Asamblea Federal de la entonces República Socialista de Checoslovaquia e integrante del Secretariado del partido gobernante. Producto de una larga conversación

resumida en una página tamaño tabloide, el texto gustó mucho al embajador en México, aunque desde la sede diplomática dijeron que también al dirigente checoslovaco.

Agrada por supuesto el reconocimiento verbal por el trabajo realizado, pero ellos insistían en compensarlo con un obsequio que iba mucho más allá del simbolismo de un buen libro o un excelente disco. Disponían de 5 mil pesos de entonces para adquirir el *obsequio* que el reportero dispusiera.

Al buen Clavnik le costó entender que el *regalo* resultaba incompatible con el código de valores éticos con que se desenvolvía el editor y que hasta hoy lo rigen. Al final, éste encontró una solución para no lastimar a los obsequiadores:

–Si el director de *Oposición* acepta el regalo para beneficio del semanario, yo no tendré objeción.

–El trabajo fue tuyo, amigo, no de *Oposición* y es al periodista a quien queremos reconocer –insistió el agregado de prensa de la embajada.

La solución salomónica fue que compraran muebles de oficina para la redacción del periódico y que un escritorio lo usaría el entrevistador.

“Socialista” y todo pero fue un *chayo* que, para fortuna de todos, terminó en las mejores manos, las de *Oposición*.

Juanito

Juan de la Cabada era un artista muy querido y respetado en las filas del comunismo mexicano, y muchísimo más allá de ellas, en la segunda mitad del siglo XX mexicano.

Sus novelas, cuentos y guiones de cine –sin ser asistente siquiera infrecuente de las exhibiciones cinematográficas–, poseen no pocos lectores y cinéfilos entre las nuevas generaciones.

Su destacada militancia con los hombres ideológicamente más radicales, tiene como obligado punto de referencia al 7 de julio de 1932, cuando es deportado a las Islas Marías, junto a Miguel Ángel Velasco –el inolvidable *Ratón*–, José Revueltas, Rosendo Gómez Lorenzo, Evelio Vadillo y 22 comunistas más.

Islas en las que de acuerdo al testimonio oral de Velasco, los compañeros de *Revueltitas* –como le decían cariñosamente sus camaradas por jovencito–, le hacían bromas tan pesadas como colocarle una víbora sobre sus piernas, pero sin advertirle que no era venenosa. La inmovilidad completa del más tarde admirado ensayista, y la palidez de su rostro suscitaba las carcajadas de sus compañeros de filas.

Tiempos de forja militante en una desigual y durísima batalla por la transformación social eran los del maximato con Plutarco como epicentro del poder absolutista. Cárcel, destierro, dinero o entierro eran las ofertas gubernamentales a sus impugnadores a fondo.

Juan y Miguel Ángel acumulaban un rosario de privaciones de la libertad, la anterior se produjo el 9 de diciembre de 1930 en la sede del comité Pro Cámara Unitaria del Trabajo del Distrito Federal.

Es hasta el 1 de diciembre de 1934, cuando Lázaro Cárdenas del Río toma posesión de la Presidencia de la República, que ordena la liberación de los comunistas desterrados.

Con su cabellera completamente blanca, el carácter dulce y una permanente sonrisa a flor de piel, el literato cautivaba a hombres y mujeres de todas las edades, incluidos sus vecinos de la colonia Roma.

Era, pues, un buen hombre, incapaz de hacer daño a nadie en los años 70. Y menos en una discusión con sus correligionarios.

En uno de aquellos días se produjo una llamada “reunión del activo” del Partido Comunista, en la calle de Odontología, en Copilco, para informar quizá el XVII Congreso.

Y Juanito expresó su opinión con toda la sencillez y claridad que le sellaban. Pero Rodolfo Echeverría Martínez, mejor conocido como *Chicali*, discordó en algún insustancial aspecto con él y sin motivo y menos necesidad alguna, llamó “cuentero” al célebre escritor.

En su turno, Juanito hizo nuevamente uso de la palabra, defendió su punto de vista y concluyó: “Y por cierto, compañero, no soy ningún cuentero sino cuentista, escribo cuentos”.

Molesto como no acostumbraba estar, Juanito equivocó a su interlocutor y el reclamo lo dirigió a otro de sus compañeros, un joven que medio intuía el valor

de la creación literaria y por ello jamás intentaría siquiera confundir a un creador con un cuentero.

Los reunidos se sorprendieron del malestar de Juanito pero no menos de su error, mientras Rodolfo lucía feliz.

El compungido militante regañado gratuitamente, en recompensa recibió muestras de afecto de los que se percataron de la confusión del escritor chiapaneco y él mismo se acercó a saludarlo cariñosamente, acaso porque alguien le indicó el error cometido.

El pequeño burgués

Hugo Tulio le propuso al novel reportero que un año antes se había casado y rentaba un departamento en la calle de Nueces, en la colonia Nueva Santa María:

–Deberías pensar un poco más en tu futuro personal y el de tu familia. Organízate con tu compañera para adquirir un departamento propio.

–No es mala idea, pero ha de ser muy difícil –contestó, porque había que hacerlo, el aludido.

–Te lo digo en serio. Yo puedo apoyarte. En la Unidad Independencia venden departamentos de una, dos y tres recámaras y son muy bonitos. Sería cosa de estar atentos, empezar a juntar el dinero del enganche y buscar una oportunidad. Buscamos el apoyo de los amigos, y lo van pagando a plazos, como una renta. Acuérdate que allí vive Danzós –persistió Meléndez y retó: No entiendo por qué no lo puedes hacer tú.

Agradeció la insistencia fraternal.

–Déjame pensarlo y platicarlo con Alba –respondió, aunque nunca lo hizo. Temeroso acaso de que el mayor interés femenino en el espacio habitacional lo comprometiera en una tarea que no aparecía en su lista de prioridades ni en ninguna otra.

El reportero lo comentó al compañero que estaba más a la mano, el responsable del taller de impresión del Partido Comunista y, además, de mayor edad que él.

La respuesta no dejó lugar para las soluciones intermedias ni espacio para el mañana.

–Está de moda entre la pequeña burguesía del Distrito Federal adquirir departamentos bajo el régimen de condominio. Y eso alienta las aspiraciones a la propiedad privada. Tú eres un comunista, no un pequeño burgués.

La elemental respuesta borró de su cabeza cualquier inquietud de solución duradera al problema habitacional de la pareja y Meléndez Preciado no insistió en su generosa oferta. Tampoco ignoraba el periodista que Jaime vivía en casa propia con su señora madre y que manejaba un automóvil blanco que materializaban las aspiraciones que tanto criticaba.

Un lustro después contribuyó con una parte del enganche del departamento que habitaba con sus hijos en Jardín y del que se fue a los cuantos meses. Se instaló en Sur 79, donde Teresa rentaba y poco después se convirtió en condómino de Holbein y compartió el departamento con él.

Durante tres años el reportero retrocedió a las prácticas de fines de los 60 y principios de los 70. Vivir un tiempo corto aquí y otro allá. Sólo el suficiente para que no se materializara la máxima que aprendió en su familia: el muerto y el arrimado a los tres días apesta.

En Mario Moreno, de la Olivar del Conde, María Luisa le compartió su espacio habitacional. Y de allí, durante 100 días exactos, otra vez en la Nueva Santa María, en Castaña, donde se rendía culto al trago, la comida, el sueño y la vagancia.

Lo importante es que fueron solidarios con el ya editor. Solidaridad que partía de la premisa: “Si no lo dejamos trabajar no tendrá dinero para invitarnos el pomo”.

Al llegar al centenar de días, el periodista se instaló en su propio espacio, como arrendatario de un departamento en Clavelinas que cuando no se cimbraba el piso de la sala al pasar un camión de carga, la entrada al edificio se cubría de cebollas y carbón por descuidos de los trabajadores y sobre todo porque el heredero del dueño original de *Las costillas D’ Fuentes* se empeñaba en poner y disponer, como caricatura de nuevo rico, sobre un edificio del que rentaba las accesorias y paulatinamente se expandió a cuatro departamentos que usaba como restaurante y bodega.

El concierto nocturno de las ratas era todo un espectáculo. No como las de Arturo Montiel Rojas, quien en campaña por la gubernatura mexiquense aseguró que no tendrían derechos humanos bajo su mandato plagado de succionadores del erario y él mismo resultó lo que José Martínez llama “una ratota”.

El arrendamiento previsto para dos, tres años se convirtió en pesadilla de una década, gracias a Armando, un presunto ingeniero venido a director de *Ahí!*, afamada publicación por la recurrente práctica de la extorsión y las conductas homofóbicas y misóginas como base de los textos.

Vázquez Granados recibió 90 mil pesos –cuando el dólar costaba tres pesos– a cuenta del enganche de su casa ubicada en la colonia Piloto. La propiedad nunca fue entregada y cinco años después el periodista recuperó su dinero, en base a pequeños abonos mensuales, cuando ya se requerían de nueve pesos para adquirir un dólar.

En ese lapso, el defraudado se inscribió en un proyecto habitacional de periodistas en Naucalpan. Los que declinaron la operación de compra-venta y cedieron sus derechos a la constructora Monte Cristo SA de CV, recibieron una iguala de 50 mil pesos. Hasta ese derecho perdió el todavía inquilino y para acabarla de amolar sus ahorros para comprar una casa se esfumaron con el llamado *error de diciembre* de 1994, de Ernesto Zedillo, el asesor que cobra en la nómina de los expresidentes, la de Unión Pacific, la ONU y otras.

Finalmente, en julio de 1997 el arrendador indirecto o directo, abandonó esa condición y ocupó una casa en Cruz Gálvez, como buen pequeño burgués, diría el buen amigo ferrocarrilero fallecido al oponer resistencia a un asaltante que lo quería despojar de 130 mil pesos.

Doble moral

Por llegar al albergue a deshoras de la madrugada, la joven cubana, delegada al X Festival, fue regresada al día siguiente desde Berlín hasta La Habana, por unos estrictos dirigentes de la Unión de Jóvenes Comunistas.

La gravísima falta disciplinaria que cometió la enamorada fue pasar unas horas de más con su novio mexicano. El placer les ganó en mala hora la partida porque seguramente este hecho, anecdótico, selló de por vida a la sancionada.

Nada pudo hacer Arturo Martínez para atender la petición de un paisano enamorado para evitar que la cubana fuera regresada a la mayor de las islas del Caribe, pues simplemente Alberto Rodríguez Arufe y Humberto Hernández, *Humbertico*, no sólo no entenderían razones, como Gabino Barrera, sino siquiera permitirían semejante intromisión en un asunto que competía exclusivamente a la UJC y sus dirigentes.

El novio de la cubana quedó partido no sólo por la enorme pena de interrumpir temprano su relación afectiva, sino sobre todo por perjudicar el futuro de su amada a partir de agosto de 1973.

Tres años más tarde, los dirigentes que sancionaron a su paisana en Berlín, capital de la República Democrática Alemana, visitaron durante dos semanas el Distrito Federal.

Un intenso programa de trabajo, organizado por la Comisión Nacional Juvenil del PCM, que coordinaba Ramón Sosamontes, no impidió que el par de huéspedes tuvieran tiempo para la convivencia y el esparcimiento más allá de los actos oficiales.

En una fiesta privada, quizá la final, coincidieron Alberto, y su cuate mexicano, ambos coordinaron a sus respectivas delegaciones en el barco *Báltika* que trasladó de La Habana a Rostock, durante más de 30 días, a cubanos, mexicanos y ecuatorianos.

La intensa experiencia compartida en el Atlántico le permitió al mexicano preguntarle a Arufe por la jovencita sancionada con el retorno súbito a su país. Alberto explicó que no tuvo ninguna consecuencia negativa en la militancia, los estudios universitarios y el futuro laboral de ella. Se quitó un peso de encima porque quedó impactado por semejante medida disciplinaria frente a un arrebató juvenil.

Arufe aprovechó para deslindarse del lastimoso hecho y endilgar la decisión a Humberto, vicepresidente del Departamento de Relaciones Internacionales, y en consecuencia subordinado de Alberto.

Mientras el mexicano y el cubano conversaban y bebían Habana Club voltearon a observar a las dos parejas que bailaban en un pequeño espacio. Descollaba la de *Humbertico* porque como pulpo aprisionaba a la bailarina sin resistencia de ésta y sin que nadie sospechara que él sería regresado a La Habana de inmediato.

Enfermo impertinente

El niño de apenas dos años se enfermó a 17 mil kilómetros de su país.

Fue en Moscú. La capital de la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, mejor conocida como Unión Soviética. Pocos la recuerdan. Si acaso su aporte invaluable, pero aún regateado, a la derrota del fascismo a finales de la primera mitad del siglo XX. Sus partidarios son pocos. Los detractores abundan. Predominan los grandes yerros. Suele suceder. La victoria es de (casi) todos. La derrota es huérfana. De unos cuantos.

En aquella ciudad de la fortaleza –Kremlin– conocida en toda la aldea desde siglos antes, aunque no alcanzara a ser reconocida como global, Alexis cometió el desatino de enfermarse cuando sus padres apenas comenzaban a instalarse en tierras tan cosmopolitas como desconocidas para ellos. Procedieron a informarle a la intérprete del ruso al español que tendrían asignada para los siguientes dos años, como el sentido común indicaba.

–Camarada Antonina Nikolaievna, Alexis tiene temperatura alta y tanto su mamá como yo consideramos que debe conseguirnos una cita con el pediatra, aquí en la casa.

Más bien era un amplio, cómodo, bien equipado y mejor ubicado departamento. Fue construido en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial. La gran guerra patria la llamaban los vencedores soviéticos, junto con estadounidenses, ingleses y franceses.

La leyenda decía que ese edificio de departamentos, ubicado en la calle Walter Ulbricht –antepenúltimo jefe de Estado y del partido de la olvidada República Democrática Alemana–, esquina con Otto Kusinnen –exdirigente de los comunistas finlandeses– fue construido, como muchos otros, por prisioneros de guerra alemanes, en una suerte de resarcimiento por los devastadores daños ocasionados en su fracasado intento por tomar Moscú. La misma suerte había corrido la intentona de Napoleón Bonaparte III, un siglo antes.

–¿No se dan cuenta, camaradas, de que hoy es domingo? –Contestó la frondosa señora traductora, fiel promotora de programas y planes de trabajo trazados por el equipo gobernante.

–Por supuesto que sí. Pero se trata de una emergencia, Antonina Nikolaievna. Le agradeceré mucho que me haga el favor de citar al pediatra.

Nikolaievna era su patronímico por ser hija de Nicolás. Y como todos los rusos y rusas, ella también acostumbraba insertarlo entre el nombre y el apellido.

Seria, cortante, repuso la señora que pujó con esmero singular, pero con poco éxito por traer a sol y sombra, y bajo su control, al corresponsal mexicano, por encargo de su partido, el Comunista de la Unión Soviética:

–Sólo por esta ocasión voy a molestar al médico en su día de descanso. Usted comprenderá, camarada, que en nuestro país el asueto se respeta y mucho, porque ya se cumplió con la jornada laboral.

–Comprendo y se lo agradezco. Le aseguro que platicaré con Alexis para explicarle que no puede enfermarse el día que se le antoje. Le pediré que programe bien sus malestares.

Peluquería

La capital de Hungría está formada por las que fueron las ciudades de Buda y Pest.

En el año 77 del siglo pasado, el corresponsal se escapó de Moscú y de sus deberes profesionales, es decir, del sitio en donde estaba acreditado, para visitar al exitoso trotamundos que, tras radicar en Río de Janeiro, casarse en tierras aztecas con una nativa y procrear juntos a cuatro hijos, retornaba a su ciudad y país natales.

El botones en tierras brasileñas, metamorfoseado por azares del destino – ¿existen realmente?– en esposo de la *niña* de un mandatario mexicano, tamaulipeco para mayor seña, radicaba ahora temporalmente en tierras originarias, desde las cuales despachaba como un prominente vendedor de seguros de una transnacional estadounidense, a empresas y gobiernos.

Lo de prominente no es una metáfora. Pedro estaba hospedado en el Continental Hilton, ubicado dentro de un bello palacio del siglo XVII. La firma hotelera respetó estructuras y fachadas de la monumental obra, pero adentro imperaba el modernismo en habitaciones y servicios derivados.

El húngaro-brasileño-mexicano ocupaba dos amplísimas recámaras con baños integrados y los últimos aditamentos que establecía la moda para el aseo y el descanso masculinos y femeninos; una espaciosa sala de espera y un salón de juntas con una mesa de acuerdos –o de trabajo– para 12 personas. También contaba con un comedor y cocineta. Era un palacio moderno dentro de otro antiguo y escrupulosamente conservado.

Hungría siempre destacó dentro del *socialismo realmente existente* –como lo bautizó Brézhnev, el mismo que después de la invasión soviética a Praga inventó la teoría de la *soberanía limitada* para los países del Consejo de Ayuda Mutua Económica–, por ser relativamente más abierta e incluyente, por captar inversión extranjera pese al estatismo predominante, bajo János Kadar, un hombre que, era fama pública en Budapest, fue castrado en la prisión estalinista.

Pedro tenía sed y hambre de mostrar al amigo corresponsal su pasado infantil y adolescente:

–Allí nací. En aquella casa gris. Entonces era un barrio. Hoy forma parte del Centro Histórico. ¡Acuérdate, cuatel!: mis padres fueron obreros –explicaba Pedro desde su Mercedes Benz conducido por un elegante chofer, con el orgullo y la emoción a flor de piel; con ese acento característico de quien convive lo mismo con la lengua húngara que la española, inglesa que portuguesa, francesa que alemana.

Toda una mañana se ocupó en reconstruir el pasado que generaba emociones presentes. Siempre desde el automóvil. Con la precaución de no acercarse al sitio exacto de los hechos infantiles, adolescentes, militantes.

Fueron tres días de más encuentros que desencuentros con intelectuales y amigos del húngaro por nacimiento. Comidas y prolongadas cenas auspiciaban las conversaciones, amenizadas con música interpretada por gitanos. Éstos también se ocupaban como meseros. Preparatoria concluida y hablar tres idiomas era requisito ineludible.

Una tarde se percató Pedro que su invitado tenía el pelo un poco largo y puntos en la barba, rasurada por la mañana. Esa noche cenarían con el director del Banco Nacional.

–¡Cuate! No te preocupes. Vamos a la peluquería del hotel para que una húngara te haga el servicio completo.

–Pedro, si me rasuro dos veces al día me desgracio la cara. Tengo piel de nalga de princesa. Sólo la piel, por desgracia.

(El corresponsal recordó a su padre, el único que lo acompañaba a La Ópera a cortarse el pelo. Y All Shook Up, la canción de Elvis Presley que al comenzar hacía que el peluquero suspendiera el trabajo y se pusiera a bailar entre los aplausos de los clientes y la mirada apenada de don Catarino. Hasta que a los nueve años y medio se quedó huérfano).

Una guapa peluquera se afanó en la corta cabellera y la muy incipiente barba del mexicano. El cuerpo de la joven, oculto tras una ligera bata verde claro y ropa interior oscura, pegado a brazos, cabeza y nuca del corresponsal de piel demasiado sensible, hizo doblemente gozosa y tormentosa la sesión de belleza.

–¿Cómo te fue, cuate?

–¿No ves? Me desgració la cara. Necesito cubrirme las marcas.

–Pero ¿qué tal la gozaste, cabrón? Vi cómo se te pegaba. Ya puedes presumir que te cortaron el pelo y rasuraron en un castillo de Budapest. Y que lo hizo una húngara muy buena, pero pendeja para su trabajo.

–¡Pinche Pedro!

Misivas

El Secretariado del Comité Central le asignó la más que ingrata tarea de revisar la correspondencia que recibían y enviaban los estudiantes del Instituto de Ciencias Sociales, donde hoy Mijail Gorbachov tiene la sede de su fundación, y de la Escuela Superior del Komsomol.

Debía leerlas y si los datos que brindaban los familiares, esposas y novias, y el propio estudiante resultaban comprometedores de la secrecía que la dirigencia consideraba políticamente necesaria, el representante en Moscú debía destruir las cartas.

Con la incomodidad del censor estalinista a flor de piel, en su propio territorio aunque él fuera georgiano, lo hizo una y hasta tres veces y consultó a su conciencia crítica, la esposa y compañera de los años 70 del siglo pasado, y ambos concluyeron, como si fueran uno, que leer las cartas implicaba invadir la privacidad de los estudiantes, de los compañeros. Y dejó de hacerlo aunque reportó a sus superiores: Meléndrez, Gómez, Posadas y Montes, que cumplía con la tan desagradable como incómoda tarea.

Con sobrada razón, Rodolfo Echeverría le reclamó brusco, primario como siempre fue y destacó como ninguno: “¿Por qué tienes que enterarte cómo cojo con Yolanda?”

Cierto. Sólo que *Chicali*, como integrante del Secretariado del Partido Comunista, aprobó aquella tarea que a la hora de invadir indebidamente su correspondencia, protestaba en forma airada, pero no ante sus pares sino frente a la parte más delgada, endeble, del escalafón del aparato.

Nunca le dijo el representante moscovita a *Chicali* que no tenía el menor interés de enterarse de su vida íntima y que no lo hacía, porque temía que aquél sería el primero en señalarlo por incumplir la tarea asignada por los mencionados dirigentes, críticos severos del llamado socialismo realmente existente a la vez que ordenaban aplicar uno de sus más deleznales procedimientos.

Mas el contrasentido mayor surgió cuando un grupo de brillantes intelectuales, comunistas y cercanos a ellos, acudieron al referido instituto para participar en el seminario *El capitalismo monopolista de Estado en los países de desarrollo medio*, con el uso de prerrogativas que les permitían desenvolverse abiertamente y violentaban, así, las elementales normas de la llamada seguridad del Instituto de Ciencias Sociales.

Entre los participantes del seminario, realizado durante enero-febrero de 1978, se encontraban Enrique Semo, Sergio de la Peña, Américo Saldívar, Raúl Olmedo, Javier Guerrero, Sergio Corichi, René Avilés y Roger Bartra, ahora destacadísimo crítico de las izquierdas y quien, por cierto, en aquellos años aceptó miles de dólares de la actualmente desacreditada dictadura coreana del norte y los guardó para cubrir sus gastos, como informó el director de Ediciones de Cultura Popular, Salvador González Marín, a dirigentes del PCM sin que éstos hicieran nada.

Son procedimientos que con doble valor y aplicación permitió Martínez Verdugo y que hacen su agosto, hasta destruir al Partido de la Revolución Democrática.

El veterano dirigente comunista por supuesto no es responsable intelectual de lo que ahora sucede, pero toleró la siembra de la semilla que germina con abundancia en el partido del sol azteca.

Aún recuerda el muchacho de aquel tiempo, cuando en 1983 abordó al respetado y en muchos aspectos admirado dirigente comunista para preguntarle cómo era posible que Rolando Cordera, un talentoso dirigente del Partido Socialista Unificado de México, cobrara como maestro de tiempo completo de la Universidad Nacional sin siquiera dar clases, como coordinador del Grupo Parlamentario del PSUM y además como legislador.

–No te equivoques. Éste no es el PCM –respondió Arnoldo.

En efecto, pero allí están las consecuencias y no es dable sorprenderse.

Saludar al compañero

El nuevo director de la agencia *Prensa Latina* arribó a Moscú en la víspera del 61 aniversario de la Revolución de octubre. Se podría decir que su debut oficial fue en el brindis que ofreció el partido, el gobierno y el parlamento soviéticos en un amplísimo y elegante salón, de estilo zarista, del Kremlin.

Cientos de dirigentes de partidos comunistas y socialistas, embajadores extranjeros acreditados en Moscú y corresponsales de la prensa comunista se dieron cita para departir a la distancia con Leonid Brézhnev y Alexei Kosiguin.

El primero portaba dos tarjetas de presentación con los títulos de secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética y presidente del Presídium del Soviet Supremo. El segundo era el presidente del Consejo de Ministros de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Ambos, por supuesto, del Buró Político, que la terminología de la *Guerra fría* convirtió en Politburó

Los dos hombres fuertes, pues, que un año antes habían dejado en el camino a Nikolai Padgorni, la *troika* que emergió al poder soviético tras la derrota de Nikita Serguéyevich Jruschov, el último reformador de la Unión Soviética sin desaparecerla.

El director cubano y el corresponsal mexicano fueron presentados en pleno trasiego de las charolas en las que los muy solicitados y elegantes meseros portaban vasos y copas bien servidos de vodka, güisqui, ron y coñac.

Entre trago y trago, presentación y presentación, el corresponsal proveniente de la mayor de las Antillas dijo al periodista azteca:

–Chico. Yo quiero saludar al camarada Brézhnev. ¿Me acompañas?

–¡Claro! Pero antes vamos a probar el caviar negro que debe estar delicioso.

Probado el manjar que se obtenía de los huevecillos del salmón, es decir del sacrificio de salmones nonatos, el cubano insistió:

–Vamos a saludar al camarada Brézhnev.

–¡Por supuesto! Hacia allá vamos. Antes déjame presentarte a Schafik Jorge Handal, secretario general del Partido Comunista de El Salvador.

Hecha la presentación y tras breve conversación, el cubano volvió a la carga:

–Chico. ¡Yo quiero saludar al camarada Brézhnev!

–Yo también. Vamos.

El avance en dirección al hombre fuerte de la URSS, pero no tanto como para que el humor popular y la inventiva no encontraran amplio cauce en los chistes, no podía ser en línea recta.

El sentido común aconsejaba al mexicano que el trayecto debía ser con rodeos, para no llamar la atención de la escolta y reeditar en el Kremlin la penosa historia del michoacano que en La Habana terminó derribado por dirigirse directamente, sin escalas, a Fidel Castro.

Avanzaban los dos periodistas. El mexicano hacía lento el trayecto mientras el caribeño tenía una prisa que paulatinamente convirtió en urgencia.

–Compañero, déjame presentarte a Narciso Isa Conde, el dirigente de los comunistas dominicanos.

Después del “Mucho gusto, camarada”, de rigor, y un breve intercambio de opiniones, el corresponsal de la isla volvió a la carga:

–¡Yo quiero saludar al camarada Brézhnev!

–Sí, claro. Te presento al dirigente del Partido Guatemalteco del Trabajo.

Consumidos no pocos tragos, comidos igual cantidad de deliciosos bocadillos, presentados todos los dirigentes que se atravesaron en el camino de los dos periodistas, agotados todos los motivos para alargar el recorrido de decenas de metros, terminaron frente a Brézhnev y Kosiguin, con una mesa de por medio que impedía el paso y tres roperos: atléticos, muy bien parecidos y mejor vestidos.

–Dígame ciudadano. ¿Qué se le ofrece? –Preguntó en voz baja un guardaespaldas al corresponsal de *Oposición, Radio Educación* y Canal 11.

–A mí no se me ofrece nada. Pero el colega es director de *Prensa Latina* en la Unión Soviética. Está recién llegado y quiere saludar al camarada Leonid Ilich Brézhnev.

–¿Y usted quién es ciudadano periodista? –Respondida la pregunta con precisión, el guardia advirtió al mexicano:

–Camarada, usted sabe perfectamente que eso es imposible.

–Así es.

–¡Explíquese! Por favor.

–No me siento con derecho a echarle a perder la ilusión. Dígame usted una razón y yo la traduzco.

–Dígale que está cansado y además en este instante se retira.

Medicinas

Procedente de la capital moscovita, tras un vuelo de 18 horas, llegó el corresponsal del semanario *Oposición*, Radio Educación y Canal 11 a la capital azteca para participar en la máxima cumbre del comunismo mexicano hecho partido político.

El largo viaje, las jornadas previas de trabajo periodístico y político, lo obligaron a permanecer sentado frente a la máquina de escribir y en deliberaciones partidistas para adelantar trabajo de la corresponsalía y la representación política, que inhibieron la circulación sanguínea.

Llegó a la casa de Francisca Olivé Sans, la catalana que durante su vida en Morelia y el Distrito Federal tenía como norma de vida y de trabajo *Fes-ho ben fet* (Hacerlo bien hecho), en la colonia Tlatilco, muy cerca de donde el gran poeta de Los Amorosos, vendió telas para abrirse paso en la vida.

Originaria de L'Espluga de Francolí, *La cisca* fue la esposa de Miguel Olivé Porté, nativo de Montblanc, ambos poblados de Tarragona, Catalunya, España. La Guerra civil los llevó "al exilio, caminando por los Pirineos (con su hija Natura), guareciéndose de los bombardeos, enfrentado el campo de concentración en Francia y cruzando el Atlántico en un barco con nombre de destino: Mexique", escribió su nieta Amanecer.

Pasó mala noche el nieto político de *Paquita* (Cisca) porque en la madrugada lo despertó una horrenda punzada a mitad de la pierna que le causó un dolor que no recomienda a ningún adversario –enemigos no conoce–, una suerte de cuchillo introducido en el centro que si movía la extremidad inferior causaba un dolor intenso y si no se ponía de pie la punzada era insoportable.

El corresponsal no se lo comentó a la bisabuela de Alexis y Andrei, y mucho menos a Natura, la abuela, y menos aún a Arnoldo, un señor que trazaba estrategias eficaces para transformar en factor político a su partido, en la misma medida en que se desentendía de los vitales problemas de la vida cotidiana.

Uno, dos y hasta tres días de sesiones del Comité Central, acompañados de café y aquel delicioso tabaco marca Raleigh mutaron en insoportable la horrenda punzada en la pierna. Y allí mismo consultó al médico y compañero que le recetó el tratamiento adecuado.

Pero el corresponsal, muy bien pagado en rublos en Moscú, no previó traer los dólares necesarios a la capital azteca y dependió de los pesos que le podrían facilitar sus compañeros para surtir la receta.

El corresponsal se presentó en Durango 338 para recibir los recursos, por indicaciones de Arturo Martínez, acaso 300 o 400 pesos para surtir la receta. Y el buen Héctor Salayandía, el chihuahuense tesorero de todas las confianzas del secretario de Organización, "el segundo de abordo en la dirección del PCM" como se autodefine Nateras en *El 68. Conspiración comunista*, lo obligó a realizar una antesala que no sólo recuerda agravante sino físicamente dolorosa.

Finalmente apareció en las oficinas Arturo y cuando con la simple mirada autorizó a Héctor a entregar la modesta pero indispensable cantidad de dinero, parsimonioso, queriendo ser discreto, el esbelto auxiliar metió la mano al bolsillo derecho de su pantalón de mezclilla y con dos dedos sacó exactamente los

billetes que hacían posible la adquisición de los medicamentos que en 24 horas convirtieron en parte del pasado la inolvidable punzada en el centro de la pierna derecha.

De esos tiempos, febrero de 1978, el padrino de bodas del corresponsal, Martínez Nateras, además compañero de múltiples batallas desde 1966, en Monterrey, amigo en la duras y en las maduras, registró en el mencionado libro, lo que sigue:

“Arnoldo me entregaba los recursos en efectivo y yo los lavaba (*sic*), distribuía y administraba. En mis afanes modernizadores abrí chequeras en varios bancos para facilitar el control y el rendimiento de cuentas, contraté cajas de seguridad en algunos bancos. Y por conducto de Alejo (Méndez García) que era el responsable de las finanzas hacíamos la redistribución”.

“Lavado”, distribución y administración que padeció el corresponsal por el centralismo del protagónico *Micho*.

Medio siglo

En el lujoso hotel de Leningrado en que se hospedaba la comitiva presidencial de José López Portillo, se apersonó en la administración el periodista que hasta unas tres horas antes festejó su primer medio siglo de vida, el 24 de mayo de 1978.

–¿Ya tiene lista la cuenta que le solicité por teléfono sobre la cena de anoche?

–Por supuesto, licenciado Zabludovsky.

El costoso como delicioso caviar negro y también el rojo abundaron entre los funcionarios y periodistas invitados a la fiesta del comunicador que durante cinco décadas condujo y produjo noticiarios televisivos, entre ellos *24 horas*, el de mayor audiencia en los tiempos en que Emilio Azcárraga Milmo reconoció públicamente lo que ya todo México sabía: ¡En Televisa somos soldados del PRI!

Pese a lo anterior, el periodista de origen judío polaco era toda una autoridad en materia informativa para el común de los mortales: “¡Lo dijo Jacobo!”, se esgrimía en los años 70 y 80 como recurso último para defender la veracidad de una noticia.

Los abundantes y finos bocadillos fueron acompañados con los mejores vodkas rusos comerciales –entre los que no se contaban los siberianos hechos en casa–, coñacs armenios, bebidas inglesas y estadounidenses.

Por económica que resultara la cuenta de la bacanal mexicana, a la que asistió unos minutos López Portillo, seguramente Jacobo debía muchos miles de rublos, que en aquel entonces se cotizaba formalmente a razón de 90 kópecs por dólar.

Los reporteros que acompañaron al presidente mexicano en su gira por la Unión Soviética recibieron, el primer día, un sobre con 10 mil rublos a pesar de que viajaban con todos los gastos cubiertos, incluidos teléfonos que al descolgarse comunicaban directamente con el Distrito Federal.

Gustavo Mora preguntó mientras sacaba el sobre del abrigo y desdoblaba los billetes con las imágenes de Marx, Engels y Lenin, como si fueran cartas: “¿Dónde encuentro putas para gastarme esta lana?”. La respuesta que escuchó lo incómodo: “Si no sabes localizar prostitutas y necesitas ayuda, estás jodido”. Mora se disculpó y recibió un buen consejo: “¡No tires el dinero a lo güey, con esa cantidad puedes comprarle a tu esposa dos excelentes abrigos de mink.

–¿Cuánto es el total de la cuenta? –Indagó el periodista mexicano.

La respuesta, por inesperada, lo dejó perplejo: “No debe nada licenciado”.

–¡De ninguna manera! Debe haber un error. Llame al gerente del hotel, por favor.

Con todo y gerente, la información se confirmó y detalló: “Tenemos indicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, en Moscú, de no cobrarle nada”.

–Son ustedes muy amables. Pero no puedo aceptar tan fina atención.

El funcionario del hotel se comunicó, a insistencia de la entonces figura estelar de *El canal de las estrellas* –lo que no obstaba para que *El tigre* lo tratara en forma exageradamente déspota e irrespetuosa–, a Moscú y le reconfirmaron al detalle la decisión de no permitir pago alguno.

La presión del tiempo sobre la comitiva presidencial y la de medios de comunicación para salir al aeropuerto leningradense y partir a Bakú, impidió al comunicador insistir y se resignó sin más trámites al espléndido *chayote* en especio del gobierno sobre el que informó tan parcialmente y combatió con singular beligerancia.

Hermosa cachetada con guante blanco.

Peticiones al por mayor

–Necesito que me consigas un buen auto, un chofer y una traductora para los días que estaré en Moscú con la comitiva presidencial –pidió por teléfono el periodista Marcué Pardiñas tan pronto arribó la comitiva de López Portillo a la capital soviética, el 17 de mayo de 1978.

–Manuel, apareciste al lado de Leonid Brézhnev, José López Portillo, Carmen Romano y Andrei Gromiko durante la transmisión por televisión de la ceremonia oficial de bienvenida –le respondieron del otro lado de la línea telefónica, del 1 98 00 55, al director de la legendaria revista *Política*.

Como niño travieso que lograba colocarse en el lugar que se proponía en cualquier acto público, mitin y manifestación de las izquierdas y los demócratas mexicanos, el agrónomo contestó divertido: ¡No me digas!

–Eres tremendo. ¡Burlar el rígido protocolo soviético es una hazaña! No sé cómo le harán los editores para tapar tu rostro, por televisión ya no lo lograron.

Y ese mismo día *Atardeceres de Moscú* reprodujo una gran foto que incluyó al peticionario del auto, chofer e intérprete que, según él, lo hacía por indicaciones de Arnoldo.

–Me los conseguirás, ¿verdad? Y También ejemplares de todos los diarios donde publiquen la fotografía.

Obtener los periódicos era sencillo o eso pensó el representante del PCM en la tierra original del vodka. La verdad es que *Pravda* incluyó en la portada la foto oficial que tanto interesaba al amigo de Portillo y Pacheco, entre otras cosas porque fue el único que expresó, desde temprano, su abierta simpatía con la precandidatura presidencial del entonces secretario de Hacienda.

–¡Con Moya iríamos al fascismo! –Aseguró Marcué sin atenuantes en el acto realizado en la sede de la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos para recibir a los últimos prisioneros de 1968, liberados por Luis Echeverría.

Fue fácil conseguir un ejemplar del gubernamental diario *Izvestia*, pero no de *La Verdad*, el periódico del Partido Comunista con sus 12 millones de ejemplares, porque cuando los editores descubrieron al colado de la foto oficial, enmendaron las ediciones para las 15 repúblicas soviéticas y enviaron los ejemplares con el error a las regiones más recónditas del inmenso país con territorios en Europa y en Asia.

Peticiones de toda índole sobaban en aquellas tierras.

Luis Javier Solana también formuló la propia y apoyado en la misma referencia, Arnoldo, pero sin avalarla con ninguna indicación por escrito, lo que permitía deducir que no era obligatoria.

El decano del cuerpo diplomático acreditado en Moscú, el solidario Carlos Lagunas, reunió a comer al eterno funcionario de *El Universal* y al representante. Una entrevista con el número uno soviético, que se publicaría simultáneamente en el diario de la calle Iturbide y en más 20 de Latinoamérica, fue la petición.

Solana ignoraba lo elemental, que Brézhnev sólo otorgaba entrevistas a los grandes rotativos de Alemania, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Italia y Japón,

previa entrega del cuestionario por escrito y una cita para tomarse la foto con el entrevistador que, generalmente, siempre era el director.

–Espero sus textos para *El Universal* –ofreció al despedirse Luis Javier, muy probablemente para amarrar la gestión.

La franqueza del recipiendario de solicitudes sorprendió a Solana, cuando escuchó:

–Gracias, pero mientras no amarremos la entrevista no le enviaré colaboraciones.

Ninguna de las dos cosas sucedió. Más tarde, en noviembre de 1986 y enero de 1987 el corresponsal no superó su condición de “editor suplente” de la agencia *Univ* porque Roberto Rock e Ismael Rodríguez lo obligaron a renunciar. – ¿Me parezco a Clark Gable? –Preguntaba el primero al segundo, viéndose al espejo y bajo la mirada sellada por la angustia del subempleado urgido de ingresos económicos, en tanto que Solana nunca dio la cara.

Tampoco sirvió que, en 1982, acompañó a Juan Francisco Ealy Ortiz, en su avión particular y rodeado sólo de una Señorita México, de su jefe de escolta y el estimado editor Alfonso Maya, a Tepic, Nayarit, como invitado especial del candidato del Partido Unificado Socialista de México a la Presidencia de la República.

Mas cuando las peticiones provenían de los de casa, como del ahora difunto Eduardo Montes, quien se atenía a los cauces personales en demérito de los institucionales, y los funcionarios soviéticos no accedieron a que su hijo Valentín, ya fallecido, permaneciera como becario en Ufa, el otrora tipógrafo y después dirigente del Socialista Unificado de México la emprendió en contra de su compañero de filas sin respetar límites y formas.

O también cuando lo sorprendió Mario Menéndez, entonces asilado en La Habana, quien se presentaba como representante de la dirigencia de los comunistas aztecas y *cuasi* hermano del corresponsal moscovita.

En una de las tantas misivas personales, saturadas de amistad y camaradería cuando todavía Mario Renato no era próspero empresario periodístico en el sureste de México, le pidió que le ayudara a buscar departamento (cerca de la calle Walter Ulbricht esquina con Otto Kusinnen), jardín de niños para Alicia, su hija, e información sobre los requisitos de la Academia de Ciencias de la URSS para cursar un doctorado.

Cándido como era y aún es con los amigos, el representante del PCM en la Unión Soviética empezó a indagar sobre las necesidades y requerimientos de Menéndez Rodríguez, cuando por fortuna apareció en Moscú en visita oficial el señor al que todos aludían en las gestiones que le solicitaron, pero sin mostrar ningún papel escrito que respaldara sus dichos.

–Ya empecé a informarme sobre todo lo que requiere Mario para cursar aquí un doctorado –le informó a Arnoldo. Y empezaba a desmenuzar los detalles cuando se percató que la cara del sinaloense de Pericos fue invadida por la sorpresa, el malestar.

–¿Cuándo te lo pedí? –Disparo directo el secretario general.

–Por escrito, nunca.

–Tampoco verbalmente –remató.

Y como tenía razón, guardó silencio. Ni siquiera adujo la amplia relación de visitantes de todos los ámbitos que se escudaban en Martínez Verdugo para solicitar los buenos oficios del veinteañero. O bien la enraizada costumbre del dirigente de rara vez usar el vocablo *no*, dejaba margen a estos enredos.

Esa palabra prácticamente no la usaba y, por ello, se decía en los años 70 y 80 del siglo pasado que si Arnoldo hubiera sido mujer estaría llena de hijos e hijas. ¡Vaya usted a saber!

Invierno

Julio le insistió con ese tono de voz entre dulce y claridoso:

–Hermano, tráenos a Alexis. Sólo abrígalo muy bien. Tan protegido y cuidado va a estar en nuestra casa como en la tuya. Tú y *Albita* podrán dedicarse a trabajar.

–Julio, por favor, no insistas –contestó convencido el padre del niño mexicano, pero ruso entre los soviéticos a la hora de convivir de lunes a viernes, desde las nueve hasta las 17 horas, e integrarse al grupo escolar moscovita. “Tiene mejor pronunciación que nuestros niños”, decía orgullosa la educadora.

–Muy bien, Julio. Sólo esperemos a que sea mediodía para que el sol caliente un poco más y salimos para tu casa.

Vestir al niño de cuatro años no fue mayor problema. Los padres lo convirtieron en una alargada y redonda bola de la que sólo se veían sus coloridos ojos.

Padre e hijo caminaron una cuadra para tomar el trolebús que los condujo a la estación del metro.

En ese trayecto una, dos, tres *babushkas* –abuelas, una institución hasta nuestros días– lo increparon:

–¡Ciudadano! ¡Es usted un irresponsable! ¿Cómo se le ocurre salir a la calle con su hijo? ¡Habrás visto tanta irresponsabilidad!

–Sí, abuelita.

Contradecirla no tenía sentido. Amén de que el padre de Alexis tenía un manejo del idioma ruso más que elemental, primitivo.

No me conteste que sí. ¡Déme una explicación! ¡Dígame una razón que explique su conducta! ¿Acaso no está enterado que las escuelas suspendieron labores? ¿Que nuestro gobierno y nuestras autoridades sanitarias prohibieron la salida a la calle de nuestros niños y ancianos?

–Entonces, ¿qué hace usted, abuelita, en la calle? –preguntó para sus adentros el papá medio molesto, pero incapaz de verbalizarlo porque era arriesgarse a una reprimenda mayor, ya no individual sino colectiva.

El padre apresuró el paso. No tanto como deseaba porque resbalarse implicaba caer sobre la gruesa capa de nieve junto con aquel adorado bulto, que sólo podía cargar con los dos brazos extendidos. Ni así alcanzaba a abarcarlo completamente. Y una mala caída podía significar daños tan severos como los sufridos por aquella periodista mexicana que se lastimó severamente la columna vertebral.

Enseguida tomaron el trolebús bajo la severa mirada acusatoria de los pocos pasajeros que ahí viajaban. Se bajaron a las puertas de la estación del metro. Lo abordaron, y las miradas se reprodujeron hasta abandonar el tren subterráneo para tomar el tranvía. Tres medios de transporte para una distancia no mayor a los cinco kilómetros.

Tocó el timbre de la casa de Julio y Klava (*Claudita*). Abrieron enseguida. Los rostros felices de la moscovita y el ucraniano de Odesa transmitieron el gozo a un padre regañado, acusado.

Klava tomó al niño. Julio ordenó, mientras el padre empezaba a quitarse la *chabka*, para seguir con el abrigo, la bufanda y los zapatos como indican las buenas costumbres rusas para entrar a una casa:

–¡Primero tómate esto! ¡Tómatelo, hermano!

Era un abundante trago de vodka. El más reconfortante de los muchos que había ingerido aquí y allá.

La felicidad de los *abuelos* y del nieto adoptivo la interpretó el papá como un momento en el que no debe interferirse.

El padre de Alexis preguntó a Julio dónde podría adquirir carnes frías y productos lácteos que escaseaban en su barrio desde hacía un par de semanas.

La respuesta fue sorprendente. Esos productos y muchos más podría comprarlos a unas cuantas cuabras.

Sin dificultad ubicó la tienda. Y en efecto había de todo. Hasta sidra. Y estaba cerca el fin de año. Optó por comprar un arcón de 30 rublos y salió feliz a tomar el trolebús. Como no pasaba, optó por tomar un taxi. Sin embargo, todos iban ocupados o no querían detenerse. Empezaba a oscurecer. El frío arreciaba. La noche amenazaba con imponerse. El frío le caló hondo, muy hondo. Comenzó a dar pequeños brincos hasta que se descubrió dando saltos. En esas estaba cuando se percató que no sentía la punta de la nariz ni los lóbulos de las orejas.

Tomó nieve del suelo y se la restregó enérgicamente en nariz y orejas. Recuperó la sensibilidad. Descubrió que no había una sola *alma* en la calle. Eran las seis de la tarde. Finalmente, un taxista se apiadó del padre mexicano. Nuevo regaño. Ahora por parte de un conductor:

–¿Qué hacía usted allí?

–Esperando un taxi –contestó sin pensar mientras sentía un calor placentero como pocas veces en sus 28 años de vida.

–¡Respóndame bien! Es un ciudadano irresponsable. Me paré porque lo vi desesperado, brincando y frotándose con nieve.

–Ciudadano taxista: No tengo varios productos alimenticios indispensables en casa. Los encontré en esta zona y los compré. Y algunos de sus compañeros me negaron el servicio.

–¿Sabe usted, ciudadano, desde cuándo no hacía el frío de anoche y el que están anunciando para hoy?

–¡No tengo idea!

–Desde 1944, cuando el Ejército Rojo empezó a frenar a las tropas nazis a la entrada de Moscú. Lo mismo que le ocurrió a Napoleón.

–Gracias.

–¡44 grados bajo cero! Ciudadano aventurero e irresponsable.

–¿Alimentar a mi familia es irresponsable?

El silencio del taxista fue la respuesta. Llegaron a la esquina que forman las calles Walter Ulbricht y Otto Kussinen. El costo del servicio fue el que marcó el taxímetro.

No alcanzó a tocar el timbre del departamento. Alba lo esperaba. Seguramente Julio Rosovski la previno. (Él vivió en México de 1925 a 1930, cuando lo expulsó el gobierno de Emilio Portes Gil, como a Tina Modotti y muchos comunistas e internacionalistas más).

El padre intentó iniciar el ritual de la casa de Julio y Klava, de cualquier casa rusa, cuando la mamá de Alexis le dijo con voz imperativa:

–¡Tómatelo!

–¿Cómo? ¡Si me críticas porque bebo licor!

–¡Tómatelo y deja de encharcar! Muchas gracias por lo que hiciste.

Trueque, censura e invitación

Con la muerte de Jorge Díaz Serrano, director general de Petróleos Mexicanos durante el gobierno de José López Portillo (1976-1982), vino a la memoria del otrora corresponsal la iniciativa que anunció en Moscú a los periodistas mexicanos que cubrían la gira de su jefe a la Unión Soviética, realizada del 17 al 25 de mayo de 1978.

Fue Manuel Marcué, el de la legendaria revista *Política*, quien insistió en presentarle “a mi amigo Jorge”, como también lo era JLP. –¡Tienes que conocerlo! Te lo presento mañana en el encuentro que tendrá con la comitiva de prensa – insistió, y acudió porque además de cubrir las actividades para *Oposición*, tenía que hacerlo para los noticiarios de Radio Educación, uno de los cuales se enlazaba con Canal 11.

El ingeniero Díaz estaba entre reporteros y columnistas amigos que las 24 horas tenían comunicación telefónica gratuita con México, además al llegar a la capital moscovita fueron dotados de abundantes rublos –uno de éstos equivalía a 85 centavos de dólar al tipo de cambio oficial– para sus “gastos personales”. Con la cantidad recibida podían comprar dos abrigos de finísima piel, pero el enviado de *Novedades* le preguntó voz en cuello: “¿Dónde encuentro putas para gastarme esta lana?”

Relajado, entre los suyos, el ingeniero los ilustró sobre los avances de Pemex, las posibilidades de cooperación y específicamente el intercambio de petróleo mexicano por soviético, para que el primero fuera entregado al gobierno cubano y el segundo al español. El ahorro en transporte sería formidable, además el oro negro de Siberia tenía las características adecuadas para las necesidades de Madrid y lo mismo sucedía con el azteca respecto a La Habana.

Ésa era la nota sobre los nueve días de viaje de JLP y su comitiva por Moscú, Leningrado, Bakú y Novosibirsk. La otra “la quemó” Leonid Brézhnev, el 25 de abril, cuando anunció la adhesión de la Unión Soviética al Tratado de Tlatelolco, al inaugurar el XVIII Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas Leninistas.

Los primeros sorprendidos fueron los 14 integrantes de la “avanzada presidencial” que estaban convencidos de que el anuncio se produciría al dar a conocer el comunicado conjunto sobre la visita oficial de JLP, mismo que al partir del Aeropuerto Benito Juárez pidió al dirigente de los comunistas aztecas: “¡Deséenosen suerte!”. Mas la adopción, ayer y hoy, de las decisiones de las grandes potencias son ajenas a casualidades.

El hecho es que Díaz Serrano adelantó el anuncio principal, pero igual lo bloqueó ante la pregunta inducida de un reportero: ¿La información es para publicarse? Le respondieron “es una plática entre amigos”. El de *Oposición* optó por usarla, pese al ruego de Alberto Peniche: “Le vamos a agradecer mucho que no transmita la información”. La respuesta fue que esa decisión la tomarían los directivos de Radio Educación, donde la querida Verónica Rascón consultó y la respuesta benefició a Los Pinos, mas no a los censurados lectores que ni se enteraron ni nadie rindió cuentas sobre por qué no se materializó el anuncio.

Todavía en el encuentro final con los periodistas, López Portillo pretendió exhibirse –adulado por Santiago Roel, el secretario de Relaciones Exteriores– como el gran arquitecto de la firma soviética del Tratado de Tlatelolco.

Jolopo adujo la resistencia del gobierno de Fidel Castro a suscribirlo, ocultó la de Argentina y Brasil, pero la pregunta del corresponsal mexicano –sin usar el micrófono, desde su asiento y omitiendo el zalamero “señor presidente”, sino “ciudadano presidente” sorprendió notoriamente a López, Roel y Fernando M. Garza–, y aquél juró en el característico tono solemne y demagógico:

“Podemos afirmar categóricamente que no existe ninguna negativa del gobierno de Brasil a ratificar dicho tratado, sino la disposición plena a firmarlo; así nos lo anunció su presidente durante la visita que hizo a México”.

–Gracias por la nota, sin tu pregunta hubiera quedado todo en el clima de Moscú –dijeron corresponsales ingleses y estadounidenses, de la “prensa burguesa”, con los que estableció una fluida relación profesional, que los funcionarios soviéticos no veían con buenos ojos, pues el mexicano siempre declinaba las giras con sus camaradas.

Recuerda, por ejemplo, la conferencia de prensa en la que el buen Ricardo Saxlond –más tarde corresponsal de Imevisión, antecesora de Televisión Azteca–, en lugar de formular pregunta compartió el siguiente testimonio:

–Cuando una delegación soviética visitó Montevideo intentó ver a los prisioneros políticos y les negaron el acceso. Mientras desde la calle los uruguayos que acompañaron a los visitantes entonaban *La internacional* desde las rejas se escuchaba *Kalinka* –y empezó a cantarla para sorpresa de los asistentes. Estremecedor, sin duda. Pero nada que ver con el trabajo reporteril.

La relación del corresponsal con Alberto Peniche fue de desencuentro desde que acudió a visitarlo, a sugerencia del generoso Carlos Lagunas, para acreditarse como parte de la delegación mexicana de prensa.

–El Estado Mayor Presidencial controla las acreditaciones y las cerró hace un mes. No puedo hacer nada por usted –respondió el funcionario sin saludar, ponerse de pie y mucho menos dejar de comer.

La respuesta no se hizo esperar. –No se preocupe porque no la necesito, pues vivo aquí y tendré acceso a todas las actividades presidenciales, mientras que los enviados se sortearán las entradas a los actos en el Kremlin. Acudí a usted porque me lo pidió nuestro amigo común Carlos Lagunas.

Terminada la gira de López Portillo por Moscú, con todo y final tenso de la conferencia de prensa, Fernando Garza dijo al representante del semanario comunista:

–Señor, mañana temprano salimos para Leningrado y nos dará mucho gusto que nos acompañe.

Nobleza obliga. El señor veinteañero agradeció la deferencia y explicó que en cualquier momento nacería su segundo descendiente. Y en efecto, horas más tarde llegó Andrei, de lo cual se enteró seis horas después, porque desconectó el teléfono para reponerse de la agotadora jornada. La madre, con justa razón, estaba indignada, y la traductora Antonina lo regañó: “¿Cómo se atrevió a desconectar el teléfono, camarada?”

Peniche no olvidó aquellos hechos y en 1979 desde la Secretaría de Gobernación le regateó –como si estuvieran en Tepito– el número de acreditaciones para los reporteros de *Oposición* asignados a cubrir los comicios federales intermedios.

–Licenciado, no vine a negociar las acreditaciones, sino a recoger las que le solicité por escrito y con suficiente anticipación para el semanario del Partido Comunista.

Vómito ilícito

Durante el trayecto de la embajada mexicana en Moscú al domicilio particular, el corresponsal empezó a sentir una extraña sensación que no identificó, pero supuso que la controlaría sin mayores consecuencias.

Había comido y bebido ligeramente durante la recepción que había organizado el embajador Rogelio Martínez Aguilar para una delegación de mexicanos, al mediodía y en contra de la extendida y civilizada rutina nocturna.

A dos cuadras de la embajada, el periodista tomó el democrático autobús. Además de ser su costumbre, el uso del transporte público le permitía aspirar mejor a seguirle el pulso a la vida de la capital soviética, la de los hombres y mujeres más comunes y extraordinarios, que corrientes.

Comenzó a leer los encabezados de diarios nacionales y extranjeros, comunistas todos, que por razones laborales estaba obligado --cuando menos-- a hojear.

La revisión del soviético *Pravda*, del italiano *L'Unitá* y del francés *L'Humanité*, no le permitieron desentenderse del malestar que empezaba a identificar como estomacal.

Para su fortuna faltaban unas cuantas cuadras para llegar a la parada final, que se ubicaba a unos metros de su departamento. Sin embargo, su molestia crecía y resultaba imposible ignorarla o atenuarla con lecturas de las *cabezas* periodísticas. La lucha contra la madre naturaleza, que rige implacable la vida del organismo, acabó por imponerse.

Guacareó y sólo alcanzó a salvar del vómito el traje y los zapatos, pero una sensación de bienestar empezó a invadir placenteramente todo su cuerpo. Apareció la pena, la vergüenza, con todo y que era el único pasajero y el vómito había ensuciado sólo una pequeña área.

El autobús concluyó el recorrido de su larga ruta. Bruscamente se cerraron las puertas y el chofer se dirigió, fuera de sí, al corresponsal:

–¡Limpia! –Y le lanzó a la cara unas páginas de *Atardeceres de Moscú*.

El agresivo, desacostumbrado tuteo en tierras rusas, lo condujo a balbucear:

–¿Perdón?

–¡Que limpies, te digo!

–Con mucho gusto, *ciudadano* chofer –subrayó la distancia con la consabida fórmula local.

De nada le valió.

–Te ordeno que limpies.

–Por favor, no me grite, ciudadano.

–Limpias o te llevo a la milicia.

–Adonde usted quiera porque no pienso limpiar. No recibo órdenes de nadie.

–Estás borracho y todavía discutes.

–Para vomitar no es necesario estar ebrio.

–Pues te llevo a la policía para que aprendas a respetar los autobuses del pueblo.

–¡Adelante! Vamos.

La estación de policía se hallaba a unas cuantas cuadras. Nunca imaginó el periodista que tan cerca de su domicilio se encontrara una base de la afamada milicia.

Indignado, el proletario chofer dio la versión sobre un borracho y rebelde – *hooligan*– que ensució su unidad y se negó a limpiarla, a pesar de que se lo pidió de la mejor forma.

–¡Identifíquese! –Ordenó el guardia.

Parsimonioso hasta la desesperación, el periodista sacó, contrariado, su credencial soviética que lo acreditaba como corresponsal.

–¿Pero, quién es usted?

–Un trabajador asalariado, tanto como el insolente que a gritos me ordenó limpiar, pero de la prensa mexicana.

El miliciano revisó al revés y al derecho la credencial, mientras en su rostro se dibujaba una enorme interrogante.

–¿Cómo que usted es corresponsal mexicano y trae una credencial que lo identifica como ciudadano soviético?

–Por eso no quería identificarme, ciudadano policía. Y si explico lo voy a confundir más. Sobre todo con mi pésimo manejo de la bella lengua rusa.

–Me explica o lo encarcelo.

–¡Encárceme! No le voy a explicar nada.

El clásico *charolazo* azteca no funcionó. Impotente, el corresponsal pretendió vanamente romper la credencial de sólido material, mezcla de cartón y plástico.

–¿Cómo se atreve a romper una credencial soviética, ciudadano irrespetuoso?

–No la rompí, sólo lo intenté. No pude.

–Es lo mismo. Lo que cuenta es su intención rebelde con un documento oficial, soviético.

–¡Ah! Entonces, ¿sí reconoce como buena mi credencial?

–No sé. Ya no entiendo nada.

–Discúlpeme. Me indigna y desespera esta ridícula situación.

–Le ordeno que se tranquilice.

–De acuerdo. Sólo permítame hacer una llamada telefónica para que *ellos* le expliquen todo y usted quede satisfecho.

Contrariado, el guardia aceptó y la diligente –cuando estaba de buenas– Antonina Nikolaeivna indicó desde el otro lado del auricular:

–No se preocupe, camarada. Deme el número telefónico donde se encuentra detenido y enseguida llamará al miliciano el camarada Konstantín Kurin.

Konstantín era un obrero, tosco, perfectamente trajeado; bebedor que empezaba con el coñac georgiano desde el desayuno y, al mediodía, lo cambiaba por vodka siberiano. Combatió con un tanque de guerra a los invasores nazis. Por sus méritos en campaña tenía la medalla de Héroe de la Unión Soviética.

Llamó Kurin, el encargado de las relaciones del gobernante PCUS para México y América Central.

La explicación telefónica fue breve, y amplias y amables las disculpas expresadas por los dos moscovitas: el miliciano y el chofer.

El embajador

Siempre que el escritor está medio entonado, bajo los influjos étlicos, placenteros como pocos, incluso frente a los nunca probados del talco *Johnson*, aunque es un asunto de gustos pese a las absurdas prohibiciones del hombre que actúa con arrebatos de monaguillo más que como jefe de Estado, producto de una elección presidencial cada día más impugnada, logra una empatía con el teclado que produce líneas de cristal, sobre todo después de que Angélica, la vecina y compañera que le dejó una honda, profunda huella, desapareció de su horizonte, las letras se mutan en remembranzas.

Y el recuerdo del decano del cuerpo diplomático en Moscú, allá por 1977-79 –¡Ya llovió y mucho!–, don Carlos, hombre institucional como pocos del servicio exterior mexicano, lo que no le impedía ser puente de encuentros diversos y hasta contradictorios, viene al necesario rescate de hombres y mujeres que no debieran ser olvidados por la ineludible dictadura del tiempo.

Lo recuerda, como si fuera ayer, cuando el muchacho de 26 años lo conoció y presuntuoso le dijo: soy el embajador, el representante de los comunistas mexicanos. Y Lagunas, reposado, sabio, aclaró: Sí, pero Rogelio Martínez Aguilar representa a todos los mexicanos y tú sólo a una parte, a una minoría. Tenía razón el querido Carlos que hizo, convirtió en ordinario su acceso a los diarios mexicanos, a buena parte de los múltiples encuentros que auspiciaba la embajada de México en Moscú.

Si de Silvia Pinal e Ignacio López Tarso se trataba de recibir en la casa mexicana, a empresarios, científicos, editores y políticos, allí estaba Carlos Lagunas convocándolo a acudir a las recepciones grandes y pequeñas, oficiales y privadas, para que el corresponsal atestiguara los encuentros de Rogelio y su bella esposa polaca, la que saturó la embajada con toda su familia.

Allí, López Tarso se quejó, lloró en su hombro, sobre el triste papel antisindical desempeñado por la señora que aún vive del relevante papel que desempeñó bajo la dirección Luis Buñel, el maestro español, universal, de la pantalla grande.

Carlos iba mucho más allá con el enviado permanente del semanario *Oposición* y de Radio Educación. Organizó aquel encuentro con el ícono de la poesía soviética en tiempos de Nikita Jruschov, el rebelde joven Evgueni Evtushenko, quien representó las esperanzas mal logradas de cambio por el XX congreso del partido gobernante, artista caído en desgracia relativa bajo el polémico liderazgo de Leonid Brézhnev, *El jefe cejas*, hombre clave en la suerte definitiva, la derrota que tuvo la Unión Soviética frente al Estados Unidos de Romualdo Reagan, aquél mediocre actor cinematográfico de California.

Y Carlos, con la sencillez que lo distinguía, no sólo auspició la reunión en la casa de campo del poeta, en la que sin remilgos fue traductor, sino que promovió otras.

Tenía, Lagunas, dos tesis que repetía con insistencia, machaconamente.

Si mañana se abren las puertas en la “cortina de hierro soviética”, emigra el 90 por ciento de los ciudadanos, pero en pocos años la mayoría retorna porque el “alma rusa”, ésa de la que con tanta brillantez narrativa escribió y describió

Dostoievski, es única, indestructible por Occidente. Coincidió, sin saberlo, con la oculta sabiduría del compadre Julio Gómez, no el héroe que metió el decisivo gol para que la “sub 17” calificara a la final del mundial de julio de 2011, sino el formidable organizador que a fines de los años 20 del siglo XX expandió las filas del comunismo azteca en Puebla, Tlaxcala y todo el país.

–Más que comunistas, son rusos. Brézhnev y Sajarov se reúnen y toman el té una vez al mes, por más que Washington y Occidente presenten al notable padre de la bomba de hidrógeno como el disidente mayor de la URSS. Esto es algo que ni tú, amigo, ni los dirigentes del Partido Comunista Mexicano entienden. ¡Vamos a reunirnos con él!

Al muchacho lo aprisionó la inseguridad, la indefinición.

–Gracias, querido Carlos, no puedo y si pido autorización Arnoldo me la negará.

–Reunámonos con Solzhenitsin, amigo. Abre puertas, tiende puentes, le vas a hacer un gran servicio a tu partido y a la Unión Soviética –insistió el decano de los diplomáticos en tierras moscovitas.

Por supuesto, se refería al autor del clásico *Un día en la vida de Iván Denisóvich*.

Las propuestas de Carlos Lagunas no fueron atendidas por el corresponsal y acaso hoy se arrepienta, pero seguro está que la respuesta de sus jefes y compañeros, los mismos que lo señalaban como “prosoviético”, lo hubieran deja solo, desautorizándolo. Porque como temprano sentenció el experimentado y eterno legislador Pablo Gómez, el reportero sólo era “un crítico de la dermis soviética”.

Y el tiempo pasó, dicen que el hubiera no existe –aunque en prospectiva es indispensable– y es tarde para arrepentimientos agnósticos.

Génova

Encontró al joven filósofo mexicano en la que para los genoveses es la tierra chica de Cristóbal Colón, mientras que para los barceloneses nació en la capital de Cataluña.

La de *L'Unitá* era una fiesta cultural y política que año con año ocupaba la atención de vastas franjas de la sociedad política y civil de la Italia de los 70, cuando el vigoroso Partido Comunista vivía en la antesala del poder político, pero como tal –con ese nombre, perfil eurocomunista, estructura y liderazgo del carismático y reflexivo Enrico Berlinguer–, jamás pudo acceder a los cenáculos del Ejecutivo federal, pues con el secuestro y asesinato de Julio Andreotti las balas también pegaron directo al corazón del *compromiso histórico*, estrategia para articular una alianza para que demócratacristianos y comunistas gobernarán juntos el país de la bota.

Carlos Pereyra y Eugenia Huerta, su esposa, editora e hija del gran *Cocodrilo* organizaron sus vacaciones para disfrutar Italia y la fiesta anual del influyente matutino.

El otro mexicano, el corresponsal de *Oposición*, provenía de Moscú y acudió en la representación del semanario y de la dirigencia de la que el tabloide era órgano oficial.

Coincidieron en algún stand y el habla hispana y los acentos utilizados de inmediato llamaron la atención de los tres. Enseguida procedieron a presentarse y *El tuti*, para sus amigos, y el periodista emprendieron un largo recorrido por las amplísimas instalaciones montadas especialmente a un costado de la zona portuaria.

Apenas iniciaban el recorrido los mexicanos cuando el discreto desplazamiento de varios jóvenes bien trajeados llamó su atención. Localizaron enseguida, a prudente distancia de los guardias, una frágil figura de estatura mediana, pelo rebelde peinado hacia atrás y una pronunciada joroba.

–¡Es Berlinguer! –Gritó Pereyra.

–¡Vamos a saludarlo! –Sugirió u ordenó con suave voz.

El corresponsal dudó un momento en transmitirle su indisposición casi congénita a acercársele, sin ser invitado o convocado, a ningún hombre o mujer del poder.

Simplemente para ahorrarse malos ratos. Como aquellos que padeció Arturo en La Habana, por no atender las formas y ritmos para desplazarse hacia Fidel y que asegura Mario Renato le marcó. Martínez ignoró los lentos ritmos de desplazamiento del polémico periodista yucateco, los saludos en el breve trayecto para hacer tiempo y desplazarse no en línea recta y apresurado, como lo hizo el de Tuxpan, Michoacán. El resultado fue que *El micho* apareció en el suelo, derribado por un escolta de Castro y con un fuerte dolor en la boca de estómago.

El corresponsal había estado en jornadas deliberativas y horas completas cerca de Fidel, primero en la inauguración de la Escuela X Festival de Matanzas, después en el teatro Karl Marx, en la Plaza de la Revolución y en una cena que ofreció el gobierno y el partido cubanos. Pero jamás se le ocurrió tomar la iniciativa para saludar al comandante.

En eso meditaba el periodista antes de dar una respuesta a la orden o sugerencia del brillante ensayista.

–Carlos: te propongo que sigamos con nuestro recorrido y en algún stand seguramente vamos a coincidir con Berlinguer.

–Bueno –dijo resignado.

–Pero vamos a seguirlo un rato a prudente distancia –le respondió.

Lo hicieron. Carlos estaba fascinado con el fino y sencillo trato de Berlinguer con todos los que se acercaban a saludarlo: hombres y mujeres, jóvenes y adultos mayores, con vestimentas baratas y caras, trabajadores con sus niños.

No aguantó su admiración y sorpresa y de su elaborado cerebro sacó la más sencilla pregunta:

–¿Qué tiene él que no tenga yo?

–No lo sé, Carlos –contestó turbado el vecindado en la capital soviética.

Finalmente, sin mucho buscarlo, coincidieron en el exterior de un stand con el dirigente de 1 millón 500 mil comunistas y no sólo los saludó sino que emprendió un breve diálogo con ambos.

Concluyó el Festival de Génova con un mitin encabezado por un Enrico Berlinguer que con ideas y propuestas, con reflexiones sobre el quehacer político de corto y largo plazos, mantuvo en el entusiasmo y la algarabía a una multitud combativa y a la vez optimista, festiva.

Los delegados extranjeros cenaron con la plana mayor del comunismo italiano, encabezada por el hombre de apariencia frágil y sonrisa fácil que se dio tiempo para conversar con todos, el mexicano incluido que esa noche recordó al filósofo que ya había partido a casa.

Justo un cuarto de siglo después, Alexis y María Luisa llegaron al puerto italiano del que partió su padre a Roma, concluida la *Festa nazionale dell'Unità 1978* que, gracias a la anfitrionía de Alda y César, disfrutó durante una semana.

Amistad

Un periodista en ciernes y Pedro, el trotamundos profesional, se conocieron en el Distrito Federal, dentro de la cafetería del hotel Hoffer, en la colonia Roma, muy cerca de la redacción del semanario en que el primero daba sus iniciales, pero decididos pasos. Así lo percibe a la distancia de 36 años, porque se ancló en el ingrato pero fascinante oficio.

Los presentó Hugo Tulio, abogado que empeñaba su vida en los asuntos del campo, no sólo en lo jurídico, sino también en la investigación y el trabajo editorial.

El defensor de causas agrarias siempre denominó *compadre* al redactor. Nunca lo fueron. Pero así quería subrayar una relación amistosa que rebasaba la camaradería que forjaron, también el trotamundos, en el Partido Comunista.

Amigos de verdad eran el incansable viajero y el abogado. El redactor los veía como sus compañeros de filas. En la discreción casi completa. Públicamente ellos eran destacados militantes del partido que, bajo tres denominaciones, gobernó México durante siete décadas y un año, hasta que apareció un señor que lo perseguía con discursos de víboras prietas y tepocatas. Después cohabitó tranquilamente con ellas. Terminaron asociados.

Pedro era húngaro de nacimiento y brasileño por adopción, hasta que la hija de un expresidente mexicano que vacacionaba junto con su esposa en Río de Janeiro, escuchó de su progenitora:

–*Papi*, ese muchacho me gusta.

–¿Cuál muchacho, *mija*?

–Aquél que trae uniforme.

–¿El botones, *mija*?

–Sí, *apá*. Ése.

Y el único tamaulipeco que gobernó a México, así sea como interino, le cumplió el capricho a la jovencita.

De botones, Pedro pasó a la condición de yerno de cinco estrellas.

El salto socioeconómico no le significó mayor problema. Su condición de vago profesional y políglota lo pulieron rápido en nuevos y selectos modos de vida. Trabajó para su suegro. Compartió con el abogado años de intensa amistad. También algunos litigios jurídicos. Desavenencias en el pago de los honorarios dieron al traste, abruptamente, con un dueto singular, admirable, por lo menos para el redactor.

La ruptura colocó al teclador en medio de sus dos camaradas. Intentó un encuentro para negociar un arreglo. ¡Imposible! Las grandes amistades son contadas, y pequeños desacuerdos adquieren proporciones gigantescas porque la emoción y el afecto se colocan por delante.

Separado de *Carmelita* por razones que no vienen a cuento, Pedro se fue a vivir a París en 1978. Desde allí atendió, a regañadientes, el papeleo del costoso divorcio religioso en el Vaticano, siempre y cuando ella cubriera los gastos. También, después de viajar literalmente por toda Europa y Medio Oriente. Vendía seguros multimillonarios de una trasnacional estadounidense, a gobiernos y empresas.

Viajaba tanto y a tan diversos países y ciudades el vendedor de seguros, que un día despertó y no tenía la menor idea de dónde se encontraba.

Marcó el número telefónico 198 02 55.

–¿Da? (¿Sí?) –Le contestaron.

–¡Quiúbole cuate! ¿Ya no hablas español?

–Claro que sí. ¿En dónde estás?

–No sé, por eso te llamo.

–¡Pinche Pedro! Busca en el buró la llave del cuarto y seguro allí está el nombre del hotel y el de la ciudad.

–No la encuentro.

–Entonces en la papelería del hotel.

–Estoy acostado, y encima de mí está un pinche candelabro como del tiempo de los zares.

–Asómate a la ventana y dime qué ves.

–Empezó a describir las bellas torres del Kremlin, la majestuosa catedral de San Basilio, el mausoleo de Lenin...

–Estás en Moscú, Pedro, en el hotel Metropol.

–Ya me di cuenta, cuate. Es que estaba dormido y me asusté.

Esas llamadas a la entonces capital soviética se daban con frecuencia.

–¡Quiúbole cuate! Estoy en Bucarest. ¿No quieres venir?

El periodista le tomó la palabra dos veces. Lo visitó en Budapest y luego en París.

Fue en *Ciudad Luz* donde su amistad, a casi toda prueba, pasó instantes culminantes.

El periodista durmió en la recámara del fondo de un práctico y bonito departamento ubicado a dos cuerdas del Arco del Triunfo. Se despertó temprano y se puso a leer para reconciliar el sueño. Pedro se desplazaba desnudo de la recámara al baño. Se fue a trabajar. No se despidió para no despertarlo.

Finalmente, el mexicano no logró dormir más y se fue al recibidor a hojear *L' Humanité* y revistas de las que sólo obtenía una vaga idea, más vaga que idea. En esas estaba cuando Lisa le dio los buenos días. Contestó el saludo y levantó la mirada. Frente a él, de pie, estaba una hermosa germana de no más de 40 años, con un camión transparente que mostraba sus rosados pezones como cerezas fijadas a dos erectos y compactos senos, unas piernas perfectas que bajaban de dos nalgas redondas y macizas, un abundante y negro vello en el centro del cuerpo.

–Buenos días, Lisa –contestó entre turbado y sorprendido. Se esforzó en fingir naturalidad. Desplazó la mirada al rostro de aquel bello cuerpo y allí la fijó.

Los minutos fueron una eternidad para el periodista. Ella le informaba que irían juntos a comprarle un traje, corbata y camisa porque Pedro y él cenarían esa noche con el embajador de Pakistán en La Tour d'Argent.

Con naturalidad ella abundaba en detalles:

–El restaurante fue fundado en 1582 y es el más antiguo de Francia. Desde allí verás la catedral de Notre Dam. Cenarás en el mismo lugar que lo hizo desde la reina Isabel hasta Marilyn Monroe. La cava es célebre porque tiene botellas de coñac del siglo XVIII que se ocultaron a los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. El pato que consumirás estará numerado, como el primero que se cocinó,

y recibirás una tarjeta postal como recuerdo con el folio que te corresponda. La leyenda dice que el tenedor se descubrió en ese restaurante en 1580 y que al observar a los comensales el rey francés Enrique III se mandó hacer uno...

Con parsimonia informaba también sobre las tiendas que visitarían. Él deseaba intensa y desesperadamente que la conversación terminara, pues la prueba de amistad empezó a convertirse en un tormento.

Concluyó la desgraciada y fortuita prueba. La amistad perduró intacta hasta que el posterior corresponsal, catador de vinos, *gourmet* y dirigente de la Federación Internacional de Periodistas y Escritores sobre Vinos, falleció en la frontera entre Alemania y Luxemburgo, el 8 de marzo de 1996.

Kiva

–Primero tienes que ganarte el derecho a criticar a la Unión Soviética –fue el consejo laboral que recibió del latinoamericanista Kiva Maidánik, a principios de febrero de 1977, cuando el reportero llegó a Moscú para desempeñarse como corresponsal de *Oposición*, Radio Educación y, por su conducto, del noticiero nocturno de Canal 11, colaborador de la *Agencia de Prensa Novosti* y de *Unomásuno*, además de representante del Comité Central del PCM.

Sorprendido, preguntó al hombre que más le ayudó en términos intelectuales y periodísticos a mejor desempeñarse durante los siguientes 25 meses:

–¿Cómo me lo gano?

–Primero tienes que escribir algunos reportajes sobre aquellos aspectos sociales de la vida soviética que no estén sujetos a discusión, por lo menos hasta hoy.

Así procedió. *El costoso invierno en la Unión Soviética y Para la mujer soviética sus derechos son reales*, fueron los primeros de los 126 temas y sus variantes de que se ocupó en 341 cuartillas. El derecho ganado no garantizaba ahorrarse el malestar de algunos funcionarios soviéticos –directamente vinculados a su trabajo– por las “críticas epidérmicas” –como las llamaba Pablo, el señor que discutía, sin ruborizarse, con cardiólogos sobre el corazón y con historiadores rusos sobre la forja de su nación–, que contenían los reportajes y crónicas, pero que los editores del semanario comunista –por indicaciones de Marcos Leonel– publicaban recortados y después, junto con el comisario Gómez, estigmatizaban al corresponsal como *prosoviético*.

–No te vamos a apoyar –le advirtió Pablo muy molesto durante una agria discusión privada que tuvieron en el departamento de la calle Walter Ulbricht 56, sede de la corresponsalía mexicana.

Por el contrario, Maidánik se sorprendía por la capacidad adquirida por el corresponsal para descubrir “una perla en medio de tanta mierda”. Esto lo decía en 1978. Naturalmente que afuera de la oficina y departamento del corresponsal que, presumiblemente, tenía grabadoras del KGB (Comité de Seguridad del Estado).

La anterior es, relativamente, otra historia. Mas contrastaba la ausencia de directrices y opiniones de Posadas y Gómez con la espontánea conducta de Kiva. El hecho es que el consejo y la asesoría del investigador soviético nunca abandonaron al reportero. Varias de las entrevistas que realizó a dirigentes de partidos comunistas y socialistas de diversos países de América Latina, fueron facilitadas por Kiva Lvóvich Maidánik.

“El historiador, trabajador de la Academia de Ciencias de la URSS, investigador del Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales de Moscú, estudioso de la realidad china y de la Guerra civil española, especialista de los mejores en América Latina y el Caribe, autor de numerosos artículos, ensayos y libros, una parte de ellos traducidos al español y a otros idiomas” –como bien lo describió Narciso Isa Conde–, nos dejó el 24 diciembre de 2006.

“Soviético en el sentido bolchevique, leninista; antes, durante y después del colapso del llamado *socialismo real*. Inclaudicable en sus principios, flexible e innovador en sus constantes creaciones políticas y teóricas”, abundó el dominicano, amigo y camarada entrañable de Kiva. En agudo contraste, por la disputa de una fémina en Praga, Marcos despreciaba a Narciso.

Las puertas del departamento de Kiva se abrieron, después de intenso trato, cuando de festejar su primer medio siglo de vida se trató. Y vaya que no es fácil acceder, como extranjero, a la intimidad de un hogar ruso. Allí estaba su inseparable madre, también Natacha –su esposa y mamá de *Masha*–, Artemio, el hijo mayor al que desde Brownsville, Texas, Maximiana y Pascual le consiguieron y trasladaron hasta el DF un sofisticado equipo musical electrónico que, más tarde, llegó hasta la capital soviética.

Kiva fue también un estudioso y admirador de Ernesto Guevara y ambas condiciones las sintetizó en su ensayo *El revolucionario* y en la ponencia *La séptima vida del Che Guevara*.

Fue Maidánik quien hizo posible la entrevista con Roberto Guevara de la Serna, dirigente del Partido Revolucionario de los Trabajadores, de Argentina. Pero ante la negativa de los directivos de *Oposición* a publicarla, se insertó en *Así hablan los comunistas*, de Santo Domingo, República Dominicana, gracias también a los buenos oficios de Kiva. Lo anterior y los brevísimos mensajes de inconformidad con los recortes a los textos que enviaba el corresponsal desde Moscú al Distrito Federal –“Córtenle todo lo que quieran y necesiten, pero omitan mi nombre”, les exigió como último recurso–, fueron cobrados por el tampiqueño al matamorenses a la hora en que éste rindió cuentas al Secretariado y el porteño se negó a aprobarlo:

–Es un informe personalista –adujo solemne sin refutar ninguna de las tareas de las que allí se daba cuenta. E Ignoró, además, la explicación de Samuel sobre “las enormes dificultades que implica laborar como representante en Moscú y en Praga”, pues Meléndrez lo había sido en la capital checoslovaca. Posadas quería *ajustar cuentas* con su otrora *hermano*, como lo hizo de malas maneras con otros de sus compañeros en las direcciones de la JCM y del PCM.

Pero hablamos de Kiva. Y aquel informe de 23 cuartillas, sus resultados, tenían la impronta del comunista judío y soviético; como poseía la de otro, pero de Odesa, Ucrania, Julio Rosovski; también de la solidaria Alba, conciencia crítica del corresponsal.

Contenía el recuento del trabajo de centenares de dirigentes, académicos y militantes del comunismo mexicano en el Instituto de Ciencias Sociales, la Escuela Superior del Komsomol, las universidades Lomonosov, Patricio Lumumba y otras instituciones de educación superior. Poco importaba si de ajustar cuentas pendientes se trataba.

Comandante legendario

Sin contemplar a Jorge Schafik Hándal no es posible entender la historia del movimiento estudiantil, a partir de fines de los 40 con la puja por la reforma y por la autonomía de la Universidad de El Salvador, consagrados en la Constitución de 1950.

Tampoco la trayectoria del movimiento antidictatorial que lo condujo al exilio en Chile durante 1952-56, en Guatemala en 1960 y a partir del golpe de Estado militar de enero de 1961, comenzaron tres décadas de “ilegalidad personal”.

La primera e histórica batalla en la que participó Schafik fue la huelga de *brazos caídos* de 1944, que derrocó al dictador Maximiliano Hernández Martínez, autor de la masacre de 30 mil campesinos, en 1932.

La persecución a Jorge Schafik terminó el 16 de enero de 1992 con la firma, en suelo azteca, de los acuerdos de paz entre el gobierno y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, una de las guerrillas más poderosas de Latinoamérica y de la cual se convirtió en comandante, después de 12 años de guerra civil que arrojó 70 mil muertos. Como bien recuerda *AFP*, el FMLN “puso en jaque y al borde del colapso al régimen pro estadounidense con la ofensiva de noviembre de 1989 sobre la capital”.

Justamente el corresponsal trató a Schafik durante la “ilegalidad personal”, en Moscú, donde estudiaba su hija Anabella y radicaba su segunda esposa Tania Bichkova. Visitaba el departamento y oficina de la calle Walter Ulbricht 56 a partir de la entrevista que, gracias a los buenos oficios de Kiva Maidánik, le hizo en julio de 1977 para el semanario *Oposición*, reproducida en la prensa clandestina del Partido Comunista Salvadoreño.

Comparto algunas ideas que entonces postulaba quien, en 2004, sería candidato presidencial del FMLN, líder de la segunda fuerza parlamentaria y de la primera de naturaleza política en la tierra del poeta y combatiente Roque Dalton, asesinado por sus propios compañeros:

“Estamos en una situación de tránsito hacia virajes profundos y duraderos en El Salvador. Una de las posibilidades es la consolidación de la dictadura fascista. Otra es el surgimiento de un gobierno democrático que abra paso a un proceso de cambios. La segunda variante se apoya en dos premisas: la crisis política del régimen de la dictadura militar de derecha con 46 años de existencia y que se manifiesta en el enfrentamiento con la mayoría del pueblo, en la ruptura con la iglesia católica, uno de sus pilares tradicionales, y en la aparición de disidencias en el seno de las fuerzas armadas. La presencia de un gran movimiento popular, amplio y unificado alrededor de un programa democrático, antimperialista y antioligárquico es la segunda premisa”.

El abogado e hijo de emigrantes palestinos de Belén, observaba que tras el fraude cometido por el coronel Molina para encumbrar al general Romero en la Presidencia de la República, en demérito de la Unión Nacional Opositora que animaba el PCS: “La llegada del fascismo en El Salvador no es el quebrantamiento de un proceso democrático de larga data como en Chile o Uruguay; es el intento de una vieja dictadura militar de derecha, instaurada en

1931, por salvarse deviniendo en dictadura fascista que enarbola la bandera de la modernización del capitalismo para intentar una salida a la crisis estructural desarrollando el capitalismo a niveles superiores, monopolistas, siempre dentro de los márgenes de la dependencia del imperialismo”.

La prospectiva trazada por *El gordo* Schafik –como le llamaban cariñosamente sus amigos, los que terminaron influyéndolo y empezó a portar un reloj que marcaba los kilómetros caminados–, se vio parcialmente reconfirmada unos cuantos años más tarde.

Concluyó Jorge Schafik: “Lo cierto es que la dictadura militar de derecha en un momento dado procuró enmascararse abriendo la posibilidad de procesos electorales; las fuerzas democráticas ensayaron ese camino, pero ya fue cerrado por el propio régimen y la máscara cayó. Y si no ha de ser por esa vía tiene que ser por otra: derrumbando de hecho a la dictadura”.

Fuero

Con todo y la discreción que siempre lo caracterizó, contaba Arnoldo, divertido hasta provocar risa, que a fines del 79 del siglo pasado, Pablo estrenó su nueva condición legislativa entrando a la calle de Zacatecas –en la esquina de Monterrey, donde se ubicaba la sede del PCM–, en sentido contrario.

Un agente de tránsito le marcó el alto al dirigente estudiantil y prisionero político del 68, el cual obedeció sin titubear y escuchó:

–Mi buen, viene usted en sentido contrario.

El Partido Comunista Mexicano después de 33 años de ser despojado de sus derechos políticos y electorales, incursionó con éxito en las elecciones federales intermedias y obtuvo oficialmente 730 mil votos que equivalían al 5.4 por ciento de la votación y, con ello, el derecho de llevar a la Cámara de Diputados a 18 comunistas y socialistas, los cuales formaron el Grupo Parlamentario Comunista Coalición de Izquierda.

Seguramente la inédita situación política motivó que Gómez Álvarez –delfín del sinaloense que primero fue pintor, enseguida dirigente sindical, después líder del comunismo mexicano y finalmente historiador, aunque negado para ser buen padre y abuelo–, respondiera sin dudarle un instante, como era y aún es muy propio de él:

–Sí. Soy diputado federal y, por ello, tengo fuero.

–Seguramente usted tiene fuero, mi buen, pero su vehículo no.

Antisoviético histórico

El corresponsal regresó de Moscú con su familia, ahora integrada por cuatro con el nacimiento de Andrei, el pasajero de nueve meses del largo vuelo de Aeroflot con escala de un par de horas en La Habana.

En un abrir y cerrar de ojos transcurrió el tiempo de espera en el bar del aeropuerto por el placentero aire acondicionado, los deliciosos daiquirís y la advertencia de Mario Renato:

–¡Cuídate!

–Es la tercera vez que me lo dices, Mario. ¿Qué pasa? –advirtió y preguntó el tamaulipeco al yucateco.

La respuesta no disipó la preocupación, la acrecentó: –Tienes que cuidar más tus opiniones, la forma en que las expones puede crear una imagen equivocada.

–¿Qué traes, Mario? ¿Qué me ocultas? ¿Por qué no eres más claro y directo?

–Mira. Yo comparto buena parte de tus puntos de vista, me parecen correctos, pero los expones y defiendes con tanta pasión que puedes causar una impresión distinta, equivocada.

Las respuestas elusivas duraron varios minutos más hasta que el corresponsal presionó al máximo y salió el peine.

–En el Departamento América del Comité Central tienes una ficha que no te favorece.

–¿Cuál? ¿Qué dice?

–Sólo te lo puedo decir si guardas absoluta discreción –condicionó Menéndez.

–¡Por supuesto! –Dijo con firmeza fingida el fichado por la dirigencia comunista cubana.

Con la vista fija puesta en la cara del corresponsal para leer sus reacciones, el después director y propietario de los diarios *Por Esto!*, dijo pausadamente:

–Te definen como un antisoviético histórico. Mencionan que en una discusión, realizada en una habitación del Instituto de Ciencias Sociales de Moscú, tiraste al suelo y destruiste un ejemplar de la revista *Tiempos Nuevos*, en la que se criticaba severamente al eurocomunismo. Por eso te digo que te cuides.

Más que molesto, indignado, el corresponsal reviró:

–Muchas gracias, Mario. No me voy a cuidar de los que me espionaron en Moscú y también desde La Habana. No soy ciudadano soviético ni cubano y, en consecuencia, no les reconozco ningún derecho a vigilar mi vida, ni la pública y mucho menos la privada. Con espionar a sus ciudadanos tienen bastante trabajo para todavía ocuparse de mis borracheras, porque esa revista la rompí en una reunión privada y de tragos.

–Por eso no quería decirte nada –dijo desilusionado el periodista yucateco.

–Te lo agradezco Mario. Pero desde que tengo uso de razón he defendido con pasión mis puntos de vista. Trataré de cambiar, aunque será muy difícil lograrlo.

No le quitó el sueño al corresponsal el diagnóstico cubano, probablemente hecho por José Luis Joa y Armando Cuenca. Pero de que eran ingratos y malagradecidos no le quedó la menor duda, sobre todo después de los servicios profesionales que les prestó, con la anuencia de Arnoldo, durante el auge del Frente Sandinista de Liberación Nacional en el ámbito militar.

Recordaba muy bien el corresponsal la discusión que sostuvo con José Felipe Carneado, jefe de la Oficina de Atención de los Asuntos Religiosos del Comité Central del PCC, y cabeza de la delegación cubana al XVIII Congreso de los comunistas aztecas. *Monseñor Carneado*, le decían sus camaradas y no precisamente por su rigidez.

Fue una larga charla que comenzó en forma amena durante una cena sin alcoholes, en el restaurante del hotel Estoril y quién sabe cómo devino en discusión sobre el eurocomunismo y la dirigencia del partido soviético. El dogmatismo, mejor aún: la falta de sentido común del hombre que formó parte de la directiva del Partido Socialista Popular, condujo *Prensa Latina* y fue vicepresidente de la Unión de Periodistas, llevó la conversación a un punto en que lo más aconsejable era partir, poner pies en polvorosa, cuando dijo con autosuficiencia y desconocimiento de antología:

—Los camaradas italianos están esperando que entren los tanques soviéticos para que les hagan la revolución.

Azorado, el mexicano se limitó a responder: —Muy buenas noches, camarada Carneado.

Lucha de clases

Era la primera fiesta de la farándula a la que asistía. Angélica actuaba en diversas películas sobre ficheras y su éxito cinematográfico era notable. Se había resistido a acudir, contradiciendo a Teresa, su compañera, después de dejar atrás siete años de matrimonio y dos pequeños hijos.

Carlos, un periodista argentino, y dramaturgo en sus ratos libres, insistió en que debían ir para romper con la rutina del trabajo alienante, aunque también satisfactorio, del mundillo de la prensa diaria en el que laboraba ella, y en el semanario partidista en el que se desempeñaba él. Ella lo llamaba *señor*, aun en la intimidad de la recámara.

Señor y reportera llegaron al amplio y elegante departamento, decorado al gusto de alguien a quien le llegó el éxito en forma súbita. Pero se trataba de romper rutinas, no de criticar.

Instalada la pareja en la mesa de Carlos y César con su cola de caballo y sus aspiraciones de comunicólogo, el cuarteto procedió a arreglar el mundo, aunque sólo fuera en la conversación. En otras mesas se observaba un ambiente menos denso, más relajado. Los abundantes y buenos alcoholes aderezados acaso con polvos mágicos y yerbas relajantes o excitantes, en directa dependencia con los gustos del consumidor, auspiciaban arrumacos y hasta fajes sin inhibiciones, mientras la actriz revelaba sus dotes en sesiones fotográficas, en tanto atendía gentilmente a sus dispares invitados: unos portaban en la muñeca Rólex y otros llegaron transportados por los que entonces, no como ahora, eran auténticos peseros.

Carlos sí respetó su propia indicación: una fiesta para relajarse y romper rutinas. Pintó su raya y desapareció entre las atractivas invitadas y las numerosas piezas del departamento.

Reportera, *señor* y comunicólogo agotaron los temas de conversación a la séptima copa. Todo indicaba que Marx y la lucha de clases –de clase, en singular, discuten todavía marxistas y marxólogos que debe decirse–, no era el lugar, ni el tema ni la hora para dirimirse.

Hasta la mesa llegó la guapa y rubia anfitriona e invitó a *señor* a platicar aparte.

–Lo veo muy aburrido. Y me da mucha pena que eso le ocurra a uno de mis invitados, en mi casa y en mi fiesta.

A los 10 minutos la reportera se puso de pie y abandonó el lugar por el elevador que abría directamente en la sala.

–Parece que su amiga está enojada y nos abandona.

–Permítame, Angélica, por favor.

Señor explicó a la reportera: se trata de una simple conversación con la excelente anfitriona y lo cortés no quita la distancia con el frívolo mundillo de la farándula. La convenció, o eso supuso.

–Está bien. Pero si vuelves a ponerte a ligar con esa pinche vieja, me largo.

Regresaron a la mesa. El comunicólogo explicaba, más ebrio que lúcido, a un homosexual demasiado extrovertido, que Carlos Marx, que la lucha de clases...

El gay respondió en voz alta y afeminada para que se enteraran todos los que quisieran:

–¡Ah! Pues fíjate que a mí no me interesa ni tu Marx ni tu lucha de clases. Me interesa tu amigo, el que está sentado junto a la señora.

La reportera no tuvo el menor atisbo de celotipia a causa de la declaración y reto que recibieron, ella y *señor*. Satisfacción y un dejo de burla se dibujaron en su rostro.

En la mesa reapareció la anfitriona. Invitó nuevamente a conversar a *señor*. Éste se puso de pie. Conversaron a dos metros de la mesa de la periodista.

El rostro de la reportera se transfiguró por efectos de la ira. Salió intempestiva y ruidosamente.

–Perdón, Angélica. Muchísimas gracias por abrirnos las puertas de su casa y por sus atenciones. Parece que debo retirarme enseguida.

–Es usted un señor. Fue un placer. Vuelva a mi casa cuando guste.

Las incidencias ocurridas en el trayecto del departamento al domicilio de los dos periodistas, quedará omiso porque podría lastimar los resortes culturales masculinos. El machismo mujeril existía y existe. Nadie o casi nadie, se ocupa de él.

Conducta “muy pequeño burguesa”

La sobremesa se prolongó más de lo previsto en la casa de Antonio y Teresa, en San Pedro Mártir.

Los tragos y la conversación hacían más difícil el retorno a las calles de Monterrey esquina con Zacatecas, donde sesionaba el Comité Central para convocar al XIX Congreso Nacional, valorar el estado en que se encontraba la prensa comunista, en particular el semanario *Oposición* y las tareas en el frente de la propaganda.

La sesión vespertina hacía rato que había comenzado y en ausencia del subdirector del periódico, éste había sido destituido –le advirtió en voz baja Joel Ortega–, removido –adujo otro–, no reelecto para el cargo porque desapareció, sino elegido como jefe de redacción –explicó uno más.

Una ligerísima flotación etílica y las tres versiones encontradas, pero imprevistas en sus cálculos profesionales, condujeron al que se sentía más que agraviado a tomar el toro por los cuernos –según él– y fuera de la agenda del debate pedir el uso de la palabra para hacer una moción.

–Lamento llegar tarde y ofrezco una disculpa. Sé muy bien que lo que voy a plantear está fuera del orden del día. Pero varios compañeros hicieron el favor de informarme versiones encontradas sobre la decisión que tomó la reunión respecto de mi trabajo.

Era tal su malestar que el habitual inseguro pulso de los dedos, aunque ligero, no apareció por ningún lado. Tampoco la resequedad de la boca ni la sudoración de las manos que, como muy bien pronosticó –en privado y en otra ocasión– Pablo Gómez Álvarez: “Este compañero no puede ser dirigente del partido si se pone nervioso cuando habla en público”. El legislador que ya rebasó las tres décadas en una curul, se ocupó de manera personal de que su apuesta se materializara a principios de 1986, en el Socialista Unificado de México.

Seguro de sí y tranquilo hasta sorprenderse él mismo, el destituido, removido o no reelecto como subdirector del semanario opositor, continuó con voz que le sonaba firme, segura:

–A reserva de que me hagan el favor de precisar la información, les comunico mi decisión irrevocable de no aceptar responsabilidad alguna con nuevas denominaciones en *Oposición*. Me pongo a disposición de la Comisión Ejecutiva del partido para que me asigne nuevas tareas en el frente que considere pertinente y que yo me sienta en aptitud de desempeñar.

Tras un silencio abrumador, Samuel Meléndrez, alcanzó a responder:

–Desaparecimos el cargo de subdirector. No te destituimos. Pero lo conversamos mañana.

–Mi decisión ya la conocen y es irrevocable.

Una mueca de disgusto, de enfado por el inusual gesto de rebeldía se dibujó en los rostros de los que presidían la reunión Arnoldo, Unzueta, Posadas, Montes, Samuel y Gómez.

El Comité Central de mayo de 1980 era notablemente abierto y tolerante. Sin embargo, el jalisciense Meléndrez Luévano no se contuvo en la conversación prometida y dictaminó:

–Camarada, a título personal y si me lo permites, me parece muy pequeño burguesa tu conducta.

La réplica se produjo a renglón seguido, en tono fraterno, casi coloquial.

–Samuel, no sé si lo sea o no. Pero de lo que no tengo duda es que mi trabajo y mi persona merecen el respeto de la dirección, de todos ustedes. Y como no supieron respetar mi trabajo periodístico ya no cuentan con él. Denme nuevas tareas.

Meléndrez no tuvo empacho en superar las adjetivaciones presuntamente ideológicas, en abrir paso a la franqueza.

–El partido te necesita en *Oposición*. Tenemos nuevos planes para el periódico y para ti. ¿Qué importa el cargo? Eras subdirector, ahora serás jefe de redacción.

Como la franqueza puede rayar en el cinismo, el agraviado reparó.

–Desaparecen la subdirección porque, según ustedes, sustituía a Unzueta como director, en sus obligaciones profesionales. Tardaron 14 meses en darse cuenta. Ustedes le asignaban otras tareas partidistas. En cualquier parte del mundo, aquí y en China, lo que hice se premia, no se castiga.

El silencio se apoderó de los dos en la cafetería ubicada en la planta baja del hospital de la calle de Zacatecas, cerca de Insurgentes.

–Lo siento –dijo el destituido y se franqueó aún más. –No me prestaré a esta farsa urdida por Eduardo Montes y que ustedes apoyan. Están en su derecho. Que él dirija *Oposición*, es a lo que aspira con desesperación, para que vean el periodismo doctrinario y acartonado que está acostumbrado a hacer. No cuenten conmigo. De verdad, lo siento.

Para que no cupiera la menor duda, el semanario informó en la portada del 8 de junio de 1980: “Es una necesidad urgente que *Oposición* comience a abrirse paso entre las masas”. La brillante pluma no daba más que para enunciar el lugar común. E ignorar que en ese momento se imprimían 33 mil ejemplares, que circularon 45 mil copias semanales durante la contienda electoral de 1979 y que se manufacturaron dos ediciones de 80 mil y 90 mil copias para el III y IV festivales del semanario, el 19 de abril de 1979 y el 18 de mayo de 1980, respectivamente.

El responsable del Secretariado acabó por disipar dudas sobre la determinación del periodista que defendía su condición profesional a capa y espada, y le dio un leve giro a la conversación.

–¿Ya te habló Gerardo?

–No...

–Dice que no te localiza. Insiste en llamarte al domicilio de tus hijos. Le di tu número telefónico, el de la casa de tu compañera, pero dice que nunca te llamará a allí, pues el único hogar que él conoce y reconoce como tuyo es el de Alba.

–Perfecto. Amén.

Cinco y las malas

Integradas las listas de las candidaturas de representación proporcional, al encargado de organizar buena parte de la gira del candidato presidencial, se le ocurrió enlistar su nombre en el lugar número 11 de la circunscripción uno, correspondiente al Distrito Federal, Puebla y Tlaxcala, porque consideró que era el sitio que en buena lid le correspondía.

Además se trataba sólo de cubrir el expediente para efectos legales, establecidos por la Comisión Federal Electoral que, en 1982, era una dependencia importante pero una más de la entonces poderosa Secretaría de Gobernación, también conocida como *Bucareli News*.

La convención electoral del Socialista Unificado de México, previa negociación de los dirigentes –Pablo, Alejandro, Rolando, Miguel Ángel y Roberto– de los cinco afluentes que acababan de darle vida al partido, decidió que hombres y mujeres ocuparían los lugares con mayores y regulares posibilidades de ocupar un asiento en el salón de sesiones de San Lázaro.

No tenía, pues, la menor importancia para efectos prácticos si la hoy doctora Elvira Concheiro Bórquez ocupaba el sitio número 13 o el 20 en la lista plurinominal.

Mas Gómez Álvarez no pensaba igual, sensato y humilde como siempre ha sido, sobre todo ya con la secretaría general del PSUM en sus manos.

Durante la campaña de Martínez Verdugo, que fue el eje sobre el cual giraron todas las demás candidaturas pesumistas, Gómez utilizó sus mejores argumentos y trato fraternal, hasta amistoso, para persuadir al organizador de la gira de abandonar esa tarea y concentrarse en la campaña de los candidatos a legisladores, alcaldes y gobernadores.

–Deja que ellos organicen como quieran su gira.

–¿Tú crees? –Preguntó sorprendido el organizador que tenía en Pablo a su superior jerárquico.

–¡Claro, hombre! Perdemos nuestro tiempo. Que Verdugo y Franco hagan lo que les dé la gana. Vamos a concentrarnos en las campañas de los distritos y los estados. ¡Déjalos!

El organizador no acabó de entender bien a bien las pretensiones del delfín de Arnoldo y le avisó a éste, quien por supuesto no estuvo de acuerdo en que lo abandonara el programador de la gira presidencial.

–¿Y qué le digo a Pablo? –Preguntó contrariado el organizador a Arnoldo.

–Nada. Yo hablo con él. Tú no interfieras.

Algún malestar produjo el reclamo del candidato presidencial porque cuando Gómez se percató de la lista definitiva –que en su momento se negó a revisar–, por la publicación de un cartel de promoción de los candidatos plurinominales y que sólo servía en su mayor parte para cubrir un requisito de ley, ésta ya había sido publicada en el *Diario Oficial de la Federación*, exigió una explicación.

Brindada una paciente pero breve explicación con cierto lujo de detalles al señor secretario general, éste sólo alcanzó a revirarle, indignado, al organizador: “Elvira te da tres y las malas”.

–Cinco y las malas, Pablo.
Una sonrisa de contrariada satisfacción se dibujó en su rostro.

Candidatura

Fue *Paco* Rosas López quien se lo propuso. A la distancia le suena inverosímil. Por ello se lo preguntó veintitantos años después.

–¿Tú me propusiste, en 1985, ser candidato suplente a diputado federal de Demetrio Vallejo?

–Así fue maestro.

–¿Era seria la propuesta?

–Por supuesto.

Replegado como estaba de la actividad partidista, enseguida de la campaña presidencial de Arnoldo, el programador de aquella encontró en el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista un refugio para la reflexión y el estudio de la historia de las izquierdas, sin tener que separarse del Partido Socialista Unificado de México, pero sí tomar “una sana distancia”, como diría el pésimo cuentachistes de Ernesto Zedillo respecto del Revolucionario Institucional.

La verdad es que consideraba un honor acompañar en la candidatura plurinominal al líder de las huelgas ferrocarrileras de 1957-59 y prisionero político por más de una década del autoritarismo hecho sistema.

Vallejo nunca fue santo de su devoción, como tampoco ningún dirigente social y político, aunque a varios los respetaba mucho, le provocaban sentimientos de afecto y de admiración.

Pero la información de que disponía sobre el perfil del dirigente ferrocarrilero no le favorecía a éste. Los informes procedían de sus compañeros de sector pero no de partido, pues el primero era dirigente del Mexicano de los Trabajadores y los segundos del Comunista Mexicano.

Corroboró los informes con unas cuantas vivencias que tuvo durante las conversaciones para formar el PSUM. Allí Vallejo derrochaba fórmulas elementales para convencer a sus interlocutores sobre el nombre, lema y emblema del nuevo partido.

De esos días proviene la inolvidable, por ditirámica, frase de Eduardo Valle para subrayar la importancia del liderazgo de Heberto Castillo en las izquierdas.

Lo decía a gritos, como si hiciera falta: “¡Este hombre, compañeros, va a *vanguardizar* la revolución!”

El ingeniero persistió hasta el final. El inventor de verbos no.

Cuando *Paco* le propuso al historiador en ciernes ocupar la suplencia del candidato ahora socialista, aquél se interesó y momentáneamente pensó en un retorno temporal al activismo político y electoral que abandonó un trienio antes.

Meditaba, cuando Rosas lo interrumpió y con sus presiones fuera de lugar echó a perder todo.

–Qué tal si se nos muere el viejito. ¡Serías diputado!

–¡Estás jodido! –respondió irritado.

Abundó. –No voy a participar en una campaña con la idea de que el candidato propietario puede fallecer. Y menos si es Demetrio Vallejo. ¡Vete al carajo! –Remató.

Paco Rosas todavía balbuceó –allá tú.

Alejandro Encinas aceptó la candidatura como diputado suplente y Vallejo Martínez murió el 24 de diciembre de 1985.

El imberbe historiador acudió al funeral y lamentó no haber tratado más al oaxaqueño de El Espinal.

Punto y aparte

Un aumento salarial para toda la plantilla de dirigentes y *cuadros* dedicados al PSUM, a las organizaciones sociales que éste influía y los comisionados en otros ámbitos, no se reflejó en los ingresos nominales del editor de *Memoria*, organizador de seminarios y cuanta tarea no pudiera atender el director del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, quien también fungía como coordinador de los diputados federales y dirigente del partido.

Aunque todo parecía obedecer a un simple error de oficina, en la primera oportunidad el editor de la publicación bimestral informó de su inquietud al también director del boletín del CEMOS, que ahora es una revista acreditada y de circulación por los canales comerciales.

–No te preocupes, yo lo veo –fue la respuesta natural de Arnoldo que acabó por reafirmar el supuesto de una simple omisión de la secretaría de finanzas, bajo la coordinación de Jesús Sosa Castro, el dirigente magisterial de los años 70 del siglo pasado.

Pasaron los días, las semanas y el primer mes sin que el supuesto error de oficina terminara por aclararse, mientras el “yo lo veo” cada vez sonaba más a recurso de evasión.

El Centro de Estudios fue la mejor vía que encontró el periodista para alejarse, en septiembre de 1982, de una manera natural de las agobiantes grillas en la cúpula partidista, en la que era obligado adherirse a alguna de sus corrientes que, al decir de muchos, devinieron en lo que se denomina erróneamente *tribus* del perredismo.

Tomar *sana distancia* resultaba imprescindible para mantenerse de alguna manera dentro de las filas partidistas sin participar abiertamente en ellas. Indispensable después de una intensa militancia de 1966 a 1981, de ellos casi una década en el Comité Central del partido de los comunistas y más de tres lustros abocado en cuerpo y *alma* al quehacer de aquellos.

Un emplazamiento categórico del suerte de *mil usos* del CEMOS al director, obligó a éste a fijar fecha para un definición. El plazo se agotó, las evasivas se repitieron y una nueva embestida del impertinente editor que colocaba en una incómoda posición al también desobligado abuelo de Alexis y Andrei, obligó al caballeroso Arnoldo a poner las cartas sobre la mesa:

–Pero mano, si tú ni miembro del partido eres. ¿Cómo quieres que te apliquen un aumento de salarios que sólo es para los cuadros del PSUM?

Sorprendido, el también promotor de las ventas de un inmenso archivo de ejemplares de *Historia y Sociedad*, de la edición facsimilar del semanario *Combate*, de los libros que registraban ponencias y debates de los cuatro seminarios organizados por la casa, además de divulgador de todo ello en diarios y revistas, preguntó molesto: –De dónde sacas esa idea.

La respuesta por imprevisible, terminó por molestarlo. –Tú me lo dijiste. Siempre que hablas del PSUM me dices “tu partido”.

Quedó desarmado con el trivial argumento. Más aún por escucharlo en boca del dirigente político que más respeto le provocaba, con todo y las carencias

humanas, pero también con las cualidades intelectuales y políticas que lo significaban en las izquierdas de entonces.

La privacidad de la conversación en las oficinas de Nicolás San Juan, permitió que el ofendido en su honor militante, así se percibía el editor, vomitara casi todo lo que acumulaba sobre la dirigencia partidista que, meses antes, la descubrió en toda su pequeñez frente al secuestro del hombre con el que estaba discutiendo.

Todo se aclaró y el agraviado se comprometió a hacerse partícipe directo de las tareas y obligaciones partidistas, como *profesional* del Socialista Unificado.

Una semana más tarde, el arquitecto de la democracia como vía de la transformación socialista, de la convergencia de las izquierdas y de su paulatina salida de la marginalidad, trajo la buena nueva de que el Secretariado integró una comisión para estudiar el caso. Pero ignoraba quienes la integraban porque no asistió a la reunión del órgano del que no formaba parte.

Los nombres de Sabino Hernández, Gustavo Hiraes y Jaime Perches fueron pronunciados dos semanas después para satisfacer al insoportable editor al que la impaciencia y el malestar le empezaban a ganar la partida.

Consultó a los supuestos comisionados y uno por uno negaron formar parte de la tal comisión y hasta ignoraban de su existencia. La indignación se apoderó del actor del caso a estudiar y quien durante más de tres años hizo girar prácticamente toda su vida en esas oficinas y quehaceres.

Recordó las intensas y gratificantes jornadas diarias durante varios meses en el Archivo General de la Nación para rastrear periódicos y documentos sobre el movimiento obrero y el comunismo mexicanos en las primeras décadas del siglo pasado; la indagación en el archivo fotográfico de los Hermanos Mayo; la innecesaria tasajeada de Arnoldo a la Cronología comparativa de *Historia del comunismo en México*; los generosos investigadores de altos vuelos académicos y editoriales con los que interactuaba; los protagonistas de las principales batallas de varios sindicatos nacionales de industria; las innecesarias desveladas para hacer en unos cuantos meses la antología *Julio Rosovski. De Ucrania al comunismo mexicano* que aún duerme el sueño de los justos en el archivo editorial; a Pablo Gómez dictando cátedra sobre las pinturas que lucían en las paredes el día de la inauguración del CEMOS.

Recordó y más se indignó. Tocó la puerta de la oficina del director, la abrió enseguida y un sonriente y amable Arnoldo lo invitó a pasar y sentarse.

—Vengo a presentarte mi renuncia. No me siento en condiciones de respetar lo que acordamos ayer. Estoy seguro que tú tampoco puedes hacerlo.

El acuerdo consistió en que el memorioso editor sería un asalariado del CEMOS y que como tal tendría no sólo obligaciones sino también derechos: salario semanal, horario, tareas bien definidas, una relación obrero-patronal, pues.

Tomada la decisión, el peso se aligeró, el horizonte lo percibió más nítido y las emociones a flor de piel, pero bajo control:

—Te respeto y estimo mucho, Arnoldo. A Valentín, Gilberto y otros dirigentes también, pero no a todos, como bien sabes a Pablo, tu delfín, no. Él es el que está atrás de todo esto y tiene el cinismo de obligarte a hacer desfiguros y sortear mis majaderías. Gómez no se atrevió a darme la cara y pretendió que le haga antesala

y le pida el favor de sostenerme como *profesional* del partido. No estoy dispuesto a hacerlo. Muchas gracias por todo, incluido este final.

Rencorosos

Durante dos años, el tamaulipeco fronterizo solicitó una visa en la embajada de Estados Unidos de América, en el Distrito Federal.

Conocedor de los resortes emocionales y los prejuicios ideológicos de los gringos que se ocupan de tales menesteres, se armó de una carta del semanario del Comité Ejecutivo Nacional del *tricolor* en la que se recomendaba a sí mismo, y el director de *La República* lo remitió con Arturo Montaña, un atento guerrerense, asesor de prensa que formaba parte del mobiliario de la embajada.

Cosas del poder. Los dirigentes del entonces *Invencible* no necesitaban acudir al amplísimo edificio de Reforma, ni mucho menos hacer fila desde la cuatro de la mañana o pagar a personas que se dedicaban a apartar lugares y de eso vivían, incluidas sus familias.

Todo lo arreglaba diligentemente la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Previa cita telefónica, Montaña lo recibió a la entrada del edificio para entregarle los formatos y los requisitos indispensables para el trámite que se reducía a demostrar solvencia económica con escrituras y estados de cuenta bancarios y, por ello, desinterés en permanecer en el país de las barras de dólares y las abundantes estrellas conquistadas a base de despojos a México, la compra de territorios a Francia y Rusia, y la ocupación de Puerto Rico.

La seca amabilidad y eficacia del funcionario que le ahorró la tortuosa fila madrugadora, estimuló la idea en el solicitante de la visa de que la tramitología sería de primer mundo, no como los discursos de Carlos Salinas de Gortari para que México accediera a él, sino derivado de su condición de editor de *La República* y la ya asentada carrera periodística, tras separarse de la organicidad del socialismo como partido, después de la desaparición del Comunista.

El 27 de noviembre de 1991 inició los trámites y las visas las necesitaba en diciembre para visitar, sin correr riesgo alguno, a los familiares radicados en el valle del Río Grande, sobre todo en Brownsville.

Cada uno de los requisitos burocráticos fue cubierto holgadamente. Todo estaba en orden según el funcionario y éste empezó a leerle por teléfono las visas solicitadas que ya contenían los pasaportes.

—¿Alexis...?

—Sí.

—¿Andrei...?

—Sí.

—¿María Luisa...?

—Sí.

—Correcto. Todo está en orden —remató Montaña.

—¿Y el mío? —preguntó sorprendido el padre de familia. La respuesta fue cínica:

—¿Tú también solicitaste visa?

—Por supuesto, sino cómo van a viajar mis hijos a Estados Unidos.

—Ellos pueden viajar solos.

—Pero son menores de edad.

—¡No importa! —Abundó con arrogancia.

El funcionario prometió indagar, después de las vacaciones de fin de año, en la oficina de Dallas, Texas, en qué consistía la objeción para otorgar la visa.

Las objeciones perduraron hasta el 23 de mayo de 1993 y la visa fue expedida después de que Arturo Montaña adujera, emulando mal a Mario Moreno *Cantinflas*, dos historietas. Todo con tal de no asumir que los reflejos anticomunistas seguían más vigentes que nunca, tres años después de la caída del Berliner Mauer, como por ejemplo equiparar a enfermos de cáncer, narcotraficantes y comunistas para no ingresar por disposición gubernamental a Estados Unidos.

La primera historieta era la de un conocido narcotraficante a quien buscaba desesperadamente la DEA en Ciudad Juárez, Chihuahua, y El Paso, Texas. Se llamaba no sólo igual que el solicitante de la visa sino que tenía el mismo apellido paterno e incluso el materno.

Más aún. El año y el mes de nacimiento eran semejantes, y arribaron al mundo con la diferencia de un solo día. Físicamente no existía parecido, pero “¿qué caso tiene que te demos la visa si te van a molestar a cada rato con revisiones detalladas, detenciones de varias horas e interrogatorios?”, esgrimió el funcionario.

–Tienes razón, Arturo –todavía le dijo comprensivo el periodista.

El otro cuento fantástico se apoyaba, torpemente, en la conocida coincidencia efímera del periodista José Pagés Llergo con los nazis alemanes.

–¿Y yo que tengo que ver con eso? –Protestó molesto el solicitante de la visa.

–Bueno, lo que quiero decir es que quizá tú escribiste algo en contra del gobierno de Estados Unidos que les haya molestado –explicó el asesor de prensa de la embajada con aires de censor.

–Por supuesto que escribo y escribiré críticamente sobre el gobierno de Estados Unidos y sus políticas hegemónicas. ¿Debo estar de acuerdo con la Casa Blanca para que me den una visa? Fui muy claro, Arturo, quiero cruzar legalmente los puentes, dejar de hacerlo engañando a los tan temibles como corruptos agentes de la Border Patrol. Pero también son torpes. No olvides que viví 17 años en la frontera, también en Texas, tuve tarjeta verde y pasaporte residencial que sólo usé para trabajar y nunca para estudiar. Lo extravié provocando la angustia de mi madre y también mi posterior felicidad. Me interesa entrar a Estados Unidos sólo para visitar a familiares y amigos. ¡Ah! Te aclaro: ideológica y culturalmente sigo siendo comunista.

El funcionario escuchaba demudado y sólo alcanzó a responder: “Gracias por la franqueza, aunque duele. Te daremos la visa”.

Traidor

Con los ojos desorbitados, expulsando saliva, bloqueando con el brazo izquierdo a la altura de la cara cualquier posibilidad de retirarse y con la mano derecha lista para proceder, el director de *La República* amenazaba al editor que lo demandó ante tribunales laborales:

–¡Hijo de la chingada! Cuando termine esto yo, personalmente, me voy a ocupar de buscarte para partirte la madre.

La prudencia como una de las mejores compañeras de los momentos de dificultad, de prueba, acudió en oportuno auxilio del agredido que alcanzó a decir:

–No quiero problemas contigo, Raúl. Sólo que me liquiden conforme a lo que establece la Ley Federal del Trabajo.

La respuesta desarmó la última carta de presión para llegar a las manos del también, paradójicamente, subsecretario de Divulgación Ideológica de las elites *tricolores*, quien regresó a la mesa del restaurante donde se encontraba el abogado laboralista que representaba los intereses del editor, mientras éste partió del lugar, pues se retiró de la mesa de negociación, a la que había convocado la parte demandada, la patronal, para armar una solución negociada, justamente porque el clima era tenso. Fue al trasponer la puerta que lo alcanzó, para agraviarlo, Raúl.

–¿Qué te dijo mi representado? –Preguntó el laboralista al director del semanario del Revolucionario Institucional.

La respuesta fue de antología. –Lo observo demasiado tenso, Manuel. Apenas cruzamos la puerta del restaurante y me retó a golpes, me mentó la madre y dijo que me buscará cuando todo termine para madrearme. Como comprenderás, no estoy manco, pero ahora no me conviene caer en provocaciones.

Manuel Fuentes Muñiz es un acreditado defensor legal de los asalariados. Y desde aquellos años conocía al revés y al derecho todos los trucos y recursos extralegales que usan los patrones para ganar una demanda. Cuando el editor le platicó los pormenores del incidente, Manuel no se sorprendió, aconsejó mucha cautela y reconstruir al detalle los hechos en un escrito para una posible demanda.

No hubo necesidad de presentarla porque 52 notas periodísticas publicadas en diarios y revistas, por diversos autores, fueron suficientes para que la cúpula del Institucional diera su brazo a torcer frente a la primera demanda laboral ganada, en octubre del 93, por la vía de la negociación, por un asalariado en general y del periodismo, en particular.

Más que la dirigencia, fue el amor propio del director Moreno, exacerbado hasta perder el control, lo que prolongó un par de años y medio un litigio laboral y periodístico que pudo arreglarse en un minuto, cuando al anunciar la despedida laboral, el periodista asalariado respondió, enhorabuena auxiliado por doña Prudencia:

–Estás en tu derecho, Raúl, de despedirme. Sólo te pido que me liquiden conforme a lo que establece la Ley Federal del Trabajo.

–¡Aquí no se liquida a los traidores! –Fue la respuesta de un jefe laboral que a partir de ese momento pretendió arrojarse en argumentos de militancia partidista para negar derechos elementales.

–Iguales o peores adjetivos calificativos podría emplear en este momento contra ti. Sólo que yo te los demuestro Raúl, y dudo que tú puedas hacerlo.

La disculpa vino enseguida con una caballerosidad e incluso humildad característica de Wonchee, pero ausente por desgracia durante un litigio en el que los abogados se obstinaron en probar la presunta militancia *tricolor* para negar la condición de asalariado.

Desde junio de 1990 en que se incorporó como editor al semanario priísta – permaneció hasta febrero de 1992 en que fue despedido–, tomó la precaución de escribir un texto en el que establecía su condición de profesional del periodismo que vendía un servicio en tiempos de Carlos Salinas de Gortari y pintaba su raya. Antes de publicarlo, recibió la comprensión del director, pero la advertencia de Romeo Rojas, el brazo derecho de aquél: “Yo te sugiero que no publiques el artículo, no es necesario que te deslindes del PRI. Además, toma en cuenta que te pueden correr”.

–Pues que me corran –reaccionó de inmediato, sin matices.

Una década antes, el editor de *La República* había hecho lo propio en *Oposición*, el semanario del Partido Comunista. Y aunque desde febrero de 1986 tomó distancia respecto de la organicidad de cualesquiera partidos, parlamentarios o extraparlamentarios, recibió críticas como la del entrañable Humberto Musacchio, quien le llamó converso en *Voz y Voto*, una revista fundada y dirigida por Jorge Alcocer Villanueva, el economista que va de partido en partido, de gobierno en gobierno.

De ambas publicaciones, la comunista y la priísta, le quedó al editor la satisfacción de que con su grano de arena se alcanzaron cifras récord de tiraje, circulación y venta. Amén de que la diversidad de opiniones y las búsquedas informativas sellaron a los dos semanarios, más al segundo que al primero.

A nadie engañó. Aún recuerda el editor cuando en diciembre del 90 coincidió con Colosio en el brindis de fin de año y conversaron sobre el futuro de la publicación priísta.

Modernizar y modernización, a tono con el discurso de *La hormiga atómica*, eran recurrentes en las ideas de Luis Donald. Y todas las acompañaba de “nuestro partido” y “nosotros los priístas”. Fue tal la insistencia del alumno de Salinas, que el periodista lo atajó:

–Senador, le aclaro que no soy integrante de su partido.

–Entonces qué hace usted en el PRI.

–Le vendo mis servicios profesionales. Soy un asalariado de su partido.

El ya clarísimo aspirante a la candidatura presidencial del llamado *partido prácticamente único*, repuso enseguida:

–Pues con más razón me interesa conversar con usted.

Concluido el breve pero sustancioso diálogo, el sonoreNSE indicó al tamaulipeco que lo esperaba el siguiente lunes, en su despacho, a tales horas, para seguir conversando pero ya con el proyecto de nueva *República* que preparaban Raúl, el editor y los subdirectores.

–Con gusto, senador. Le informo a Raúl para que se presente a su oficina el lunes.

–No me entendió bien, lo espero a usted.

–Senador, aún no tenemos concluido el proyecto, apenas lo estamos armando en la discusión del equipo.

–Con lo que tengan ya definido y lo que aún discuten, conversamos el lunes usted y yo.

–Discúlpeme, senador. El director de *La República* es Raúl. Yo soy el editor.

–Precisamente por eso quiero conversarlo con usted. Nos vemos el lunes y, por favor, no me falle.

Al editor lo esperaban sus compañeros en la excelente cantina que apodaron *La ideología*, para que les platicara los pormenores del encuentro. Las ansias de Rafael Reséndiz Contreras, secretario de Información y Propaganda del *tricolor*, formado en los entresijos de Televisa, por apoderarse del periódico como uno más de sus lucrativos negocios y desplazar al “grupo de comunistas”, estaban a todo vapor.

Vertida la información con tantos detalles como le pidieron, no faltó el *Oaxaquitas* con su ocurrente “¡Ya ves, y eso que no querías ir al brindis!”

–Fui porque ustedes me lo pidieron. No me interesa tratar con la cúpula priísta.

–Eso está clarísimo. No nos acompañaste a la comida con Santiago Oñate porque estabas en *cierre* de la edición.

Evaluaron cómo proceder, pero antes dilucidaron la pregunta que condicionaba los siguientes pasos ¿qué hacer el lunes con la cita de Donald?o?

El editor dejó muy claro que debía atenderla el director y presentarle el proyecto periodístico al hasta entonces hijo político del genocida que, más tarde, prácticamente se asiló en Dublín.

Para que no cupiera la menor duda, el editor explicó que era una buena oportunidad para que Wonchee se reivindicara con su jefe, pues –arguyó– casi siempre que lo busca no está localizable.

–¡Abusado Raúl! Tengo la impresión de que Colosio está cansado de tus ausencias –advirtió el motejado, posteriormente, como traidor.

Estilo Roccatti

En la víspera de cumplir el primer mes al frente de la fiscalía especial de la Procuraduría General de la República para investigar los crímenes contra mujeres en Ciudad Juárez, Chihuahua, Mireille Roccatti refrendó su estilo de gestión al frente de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, durante 1997-99.

Una mañana recibió al editor en su oficina, gracias a los buenos oficios del penalista Eduardo López Betancourt, para conversar sobre una salida negociada que condujera a la liberación del general Gallardo, quien estaba privado de la libertad desde el 9 de noviembre de 1993, en la prisión de Campo Militar Número Uno.

López Betancourt explicó al periodista que Roccatti tenía el visto bueno del general Enrique Cervantes Aguirre, entonces secretario de la Defensa Nacional y el carcelero más cruel y sádico del prisionero de conciencia.

La primera sorpresa fue que en la conversación que debería ser de dos, participó un taquígrafo que registraba absolutamente todo.

Tras los saludos de rigor, la gentil declinación del doctor a quedarse a la reunión pese a la insistencia de Roccatti, la lamentación de la doctora por no recibir la revista *Forum* y la queja sobre el trabajo de su comunicador Roberto Rodríguez Baños, leí una tarjeta escrita de puño y letra de Gallardo Rodríguez y que Marco Vinicio, hijo del general, había sacado de la prisión a primera hora de la mañana y en medio de la más absoluta discreción.

La tarjeta que aún se conserva, contiene los puntos en los que José Francisco estaba dispuesto a ceder y en los que no transigía un ápice para obtener su libertad.

Enseguida brotó en la conversación el ahora reconfirmado estilo Roccatti. La doctora se la pasó quejándose de que la Sedena no respetaba las contadas recomendaciones que emitía por las múltiples quejas que recibía por tropelías y excesos de la sociedad vestida de verde contra civiles.

Ante las múltiples quejas escuchadas, el editor perdió la noción de su tarea original y única: negociar la excarcelación del colaborador de *Forum* desde octubre de 1993. Carmen Aristegui decía con sentido del humor: “Así que este señor es el responsable de que el general Gallardo esté preso”. Humor negro, pero humor al fin. Otros, como el estimado y ahora difunto Raúl Jardón, lo expresaban como acusación.

El editor salió de la oficina de Roccatti peor que como entró. Sin ninguna solución ni visos de ella. Con la idea de unos adversarios todavía más poderosos de lo que siempre supuso.

Visitó la Dirección General de Comunicación Social y advirtió a Rodríguez Baños: ¡Abusado! Te van a despedir.

No sorprende, por ello, que la fiscal especial estaba muy atareada, a fines de junio de 2005, en depurar los expedientes de los 428 asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez, de acuerdo a las organizaciones civiles de derechos humanos; 363 dice ella; “300 o 400” registra con excesiva laxitud Vicente Fox.

La razón que aduce Roccatti es que “están mal clasificados” y algunas de las mujeres fallecieron en “accidentes automovilísticos, suicidios y otras razones”.

Así, con el mejor estilo Roccatti, queda “resuelto 50 por ciento” de los crímenes de género de Ciudad Juárez, mientras se multiplican escandalosamente en el estado de México y Guanajuato.

Juramento de Marcial

Un día de noviembre de 2000, el entonces presidente electo Vicente Fox Quesada se reúne con el señor que en el medio castrense es conocido como *Macedo*.

Fox le comunica su decisión de nombrarlo, previa ratificación por el Senado, procurador general de la República. Le pide que antes le aclare qué tanto tiene que ver en la persecución y el encarcelamiento de Gallardo.

La respuesta fue insólita:

–Nada, señor presidente

Pero Fox insiste:

–¿Estás completamente seguro, Macedo?

La respuesta fue de antología:

–Por mi santa madre, le juro señor presidente que nada tuve que ver en el asunto del general Gallardo.

El Reglamento General de Deberes Militares, en su artículo 43 dice:

“La palabra de honor debe ser inmaculada para todo militar que sepa respetarse y respetar a la institución a la que pertenece”.

Y la Ley de Disciplina del Ejército sostiene en el artículo 24:

“Los militares rehusarán todo compromiso que implique deshonor o falta de disciplina, y no darán su palabra de honor si no pueden cumplir lo que ofrecen”.

Saque usted sus propias conclusiones.

El 4 de diciembre de 2001 fueron asaltadas las oficinas de la revista *Forum*. Los asaltantes no dejaron ninguno de los dos discos duros, tampoco compactos ni disquetes que había por centenares. En cambio, no se molestaron en llevarse el estéreo, refrigerador, teléfono, fax y contestadora.

La oportuna y consistente solidaridad gremial y de las organizaciones civiles, de México y del extranjero, llevó al procurador capitalino Bernardo Bátiz a comisionar a la fiscal Mireya Gómez Ríos.

En la primera y única conversación, los editores expresaron a Gómez Ríos la presunción de que todo podría apuntar al grupo militar que desde noviembre de 1993 hostigaba ministerial, política y comercialmente al mensuario, y que Rafael Marcial formaba parte destacada de él.

El rostro de la fiscal de rasgos finos y armoniosos, pasó del asombro al terror, el silencio fue patético. La averiguación previa no avanzó un milímetro más.

En esos días cobró fuerza la exigencia de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos para que el general Gallardo fuera liberado de inmediato, así como los intensos cabildeos de personeros de *El alto vacío*, como Mariclaire Acosta por instrucciones de Jorge Castañeda Gutman, para encontrar los caminos menos costosos para el gobierno.

Pero Macedo presumía, al decir de columnistas como José Cabrera Parra:

–Estoy hasta la madre de tatar las corruptelas de los hijos de Martha.

Sin embargo, hasta diciembre de 2004, el periodista de *Forum* recibió los mejores deseos de salud y bienestar, así como en su cumpleaños, de parte del teniente coronel que ingresó al generalato sólo para poder juzgar a José Francisco.

Nadie pretende hacer leña del árbol caído. Solamente compartir un testimonio que conduce al general de brigada Macedo de la Concha y que, sin mediar pinceles, lo pintan de cuerpo entero.

De Dresden a Bagdad

Varias fueron las interpretaciones sobre el saqueo y la destrucción de la herencia cultural y civilizadora del hombre, albergada en el Museo Arqueológico, la Biblioteca Nacional de los Coranes y los Archivos Nacionales de Irak.

La percepción de que “La doctrina de la *guerra preventiva* no sólo buscó pillar la riqueza ajena y la extinción material de las personas, sino ante todo derruir la cultura y la libertad creadora para garantizar una radical deshumanización del hombre y su conversión en animal de trabajo”, sostenida por Horacio Labastida, arroja un elemento consustancial al modelo económico dominante pero en vías de franco agotamiento. De otra manera sería inconcebible no sólo la invasión y ocupación del territorio iraquí sino la eficaz vigilancia de los ministerios del Petróleo y del Interior.

Esta suerte de holocausto cultural –Alfredo Jalife-Rahme *dixit*– desnudó a la petrocracia texana como “un clan de bárbaros fundamentalistas apocalípticos y lastima más a la humanidad que al propio Irak”, al despojarla de millones de piezas arqueológicas, documentos, libros y periódicos que marcan el inicio de la civilización.

Establecer el comparativo con las hordas nazis, resultó obligado para Luis Javier Garrido y lo llevó a concluir que los niveles de barbarie mostrados por los *marines* ni siquiera fueron imaginados por aquéllas. Pero más allá de la adjetivación, subrayó que la destrucción de las identidades nacionales, es uno de los sustentos del modelo neoliberal.

En estas lecturas, entre otras recorridas, anduve para encontrarle pies y cabeza a los despropósitos del lumpen bagdadí que con tanta eficacia y bajo la tolerante mirada de los *marines*, en un dos por tres despojó a su nación y a todos en la aldea, de nuestros orígenes primarios: Sumeria-Acad-Babilonia-Asiria.

Y enseguida me asaltó a la memoria la visita que hice en 1968 a Dresden, hermosísima ciudad y distrito de la entonces República Democrática Alemana, antigua capital de Sajonia y ubicada a orillas del río Elba.

Recordé el despiadado bombardeo estadounidense a que fue sometida hasta días antes de la rendición incondicional de Alemania, el 8 de mayo de 1945. Y la parte más severamente dañada fue su riquísima pinacoteca que albergaba obras de los grandes de la pintura durante los siglos XVII-XIX, mas para fortuna de todos fueron puestas a muy buen resguardo, también sus palacios y joyas arquitectónicas.

Con el fin de la *Guerra fría* no me quedó del todo claro qué tanto era realidad histórica y cuánto propaganda de las autoridades del Partido Socialista Unificado de Alemania que denunciaban los bombardeos estadounidenses ya liberado el territorio Oriental por el Ejército Rojo.

En febrero de 2003 fui invitado a conversar, junto a Yuri Serbolov y Javier Ortiz de Motellano, con un asesor de primera línea de Donald Rumsfeld, secretario de Defensa de Estados Unidos, para que escuchara puntos de vista de “intelectuales mexicanos”.

No paró de hablar Rogelio Pardo-Maurer IV, subsecretario de la Defensa para los Asuntos del Hemisferio Occidental. Más bien lo escuchamos nosotros. La

campaña de Afganistán, el a su juicio lamentable y triste papel jugado por la CIA (Central Intelligence Agency) que todo lo quiso resolver en base a torturas y dólares, la emergencia de la Agencia de Inteligencia de Defensa, Central de Inteligencia Americana, y los planes para invadir Irak fueron los temas de una ilustrativa conversación de más de seis horas.

Y en aquel bagaje de información y experiencias siniestras, a propósito del bombardeo y destrucción de bienes culturales afganos y los riesgos que se correrían en Irak, recordó Dresden y nos dijo:

“La bombardeamos hasta el cansancio para que los alemanes no se olvidaran de nosotros”.

El muertito

Desde una cuadra antes de llegar a su domicilio, registró el despliegue de patrullas y agentes uniformados en la calle de Cruz Gálvez. Y el vecindado le dijo a Manuélez: “Ah caray, algo serio pasó con mis vecinos”.

–Parece que fue en grande –respondió el experimentado editor de la revista Mira que, las dos noches anteriores, deleitó a los cinco participantes de un taller de periodismo en la capital tlaxcalteca con dos inolvidables noches de chistes muy bien platicados y mejor actuados, en el bar de un hotel del Centro Histórico.

Conforme el automóvil conducido por Gutiérrez Oropeza se acercaba al número 291, la sorpresa se apoderó del copiloto.

–¡Están afuera y adentro de mi casa, Manuel! Déjame en la esquina y ustedes se dan vuelta a la derecha para salir al Circuito Interior.

–Cómo crees que te dejamos así. Vamos a ver qué pasó. Me estaciono y te acompaño. Carmen –le dijo a su esposa, ahora viuda– espérame en el auto.

Descendieron del vehículo y el espectáculo quedó frente ellos. Una, tres, cinco, siete patrullas de las capitalinas Secretaría de Seguridad Pública y de la Policía Judicial y 20 agentes portando metralletas unos, otros con aparatos de radio en plena comunicación con los mandos superiores, ocupaban las dos aceras de la angosta calle.

“Buenas tardes” fue lo único que a ambos se les ocurrió decir a los agentes que se disponían a entrar en acción. Dentro del minúsculo jardín, tres agentes apuntaban con sus metralletas hacia la vieja pero segura puerta metálica.

–¿Ustedes viven aquí? –Interrogó el jefe del operativo.

–El señor, nada más –respondió Manuel.

–Nos reportaron un muertito. Abra la puerta para localizarlo –ordenó, mientras las metralletas fijas y firmes apuntaban muy cerca de la puerta.

El congénito temblor del pulso le impidió al dueño de la casa acatar con prontitud la orden policiaca. Y Manuel, solícito le pidió las llaves y la puerta cedió.

–¿Podemos entrar? –Indagó el jefe del operativo.

–No creo que tenga ningún caso si el reportado como muerto está frente a usted más que vivo y soy el único que vive aquí.

La incredulidad de los agentes y su jefe se disipó cuando apareció Catalina, la asistente doméstica que hizo el reporte vía telefónica al no poder entrar a la casa porque la cerradura tenía puesto el seguro por dentro, y ésa era la mejor prueba de que “el señor no está en la casa o algo grave le pasó”.

Más tarde Catalina explicó:

–Le toqué muchas veces y no me abrió. Consulté a don Alejandro –el vecino que hasta su fallecimiento en el Reclusorio Norte se la pasó visitando casi todos los días la galaxia con base en la mota y finalmente con alguna sustancia que al decir de su hermano, lo hacía que “apestara a plástico–”, y él subió a la azotea y brincó sobre el techo de su recámara y como usted no se despertó, me comunicó con la policía, pero yo no les dije que usted estaba muerto.

–¿Y Alejandro, señora?

–Él sólo me comunicó por teléfono y dijo que tenía muchas cosas que hacer y no ha vuelto.

Ése era Alejandro Calderón, el vecino durante tres lustros. Trabajó unos cuantos años o meses en toda su vida, pero disfrutaba de una pensión del Seguro Social y de los constantes servicios médicos. Tenía cincuenta y tantos años y gozaba de pensión de la tercera edad. Los últimos quince años laboró cuatro meses, pero disponía de apoyo económico por desempleo...

Extraordinario mitómano, labró su triste final porque cuando llamó desde la prisión para solicitar apoyo, equivocadamente el vecino otrora declarado "muertito", interpretó la llamada como una posible extorsión telefónica y no la aceptó.

Ideólogo

La celda del general Gallardo, en la prisión del Valle de Chalco, era limpia y espaciosa. Nada tenía que ver con la pestilente de Neza-Bordo, aunque ambas correspondieran a tierras mexiquenses. Allí, los abundantes residuos de comida acumulados afuera de la cocina y del comedor, justo a unos metros de la entrada a la crujía, hacían que el aire fuera un agravio para las vías respiratorias y contrastara con la limpieza de su celda.

En Chalco, en cambio, ésta era prácticamente una casa en la que daban ganas de vivir. Sólo que al recordar que la confortante casita se localizaba tras las rejas, el deseo se esfumaba enseguida.

En la última Navidad –de las ocho que pasó privado de la libertad–, José Francisco comió con Alejandro, Adriana, Fabián, María Luisa y quien unos meses después sería ascendido a compadre, por decisión tomada en votación del clan Gallardo Enríquez.

Los cinco conversaban animadamente bajo la mirada escrutadora de la adolescente María Luisa, mientras llegaba la hora de la comida. Ellas habían sido revisadas en forma agravante por unas guardias que no ocultaban su preferencia por las mujeres.

El compadre en ciernes hizo alguna mención elogiosa de la subsecretaria de Estado de la que dependía la liberación del prisionero de conciencia más antiguo y afamado, hasta ese momento, del país.

Adriana lo contradijo y él insistió en su juicio laudatorio sobre Mariclaire, una de las más tesoneras promotoras del caso Gallardo desde 1994, ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

La insistencia del hombre en vías del compadrazgo, obligó a la activista a precisar que la mujer que ascendió a la cúspide del poder foxista no podía ser su gran amiga como él aseguraba, porque le había advertido, en una conversación privada:

–Tengan mucho cuidado. El caso del general Gallardo es muy delicado y complejo.

–Por supuesto, Mariclaire. Tú lo conoces tan bien o mejor que nosotras.

–Pero no es tan simple como ustedes creen.

–No te entiendo, Mariclaire.

–El procurador general de la República ordenó una investigación ministerial para demostrar que ese aspirante a compadre de *Paco* es el ideólogo del PROCUP (Partido Revolucionario Obrero Campesino Unión del Pueblo). El general no es más que un instrumento en los planes subversivos, y sus hijos José Francisco, Marco Vinicio y Alejandro son simples correas de transmisión de las consignas de aquél.

La activista Adriana no daba crédito a lo que escuchaba. La subsecretaria de Democracia y Derechos Humanos, de la Secretaría de Relaciones Exteriores, le exigió discreción absoluta.

Cuando el ahora presunto ideólogo terminó de escuchar el relato, sintió un vacío. No era la primera vez que salía de su interior, *alma* le llaman algunos, una

de las partes que integraban una difícil pero estimulante cotidianidad que construyó junto con muchos desde noviembre de 1993 y hasta febrero de 2002.

En su pequeño microcosmos descubrió generosidades, actitudes solidarias que lo deslumbraron por provenir de hombres y mujeres del periodismo y la milicia, de la academia y de las organizaciones de lo que ahora todo mundo llama sociedad civil. Personas con las que nunca había cruzado una palabra, un saludo.

En agudo contraste, sus antiguos compañeros del Partido Comunista, con notables excepciones, descollaban por su ausencia. O bien tenían frases hechas, como la de Arnoldo: “¿Ya te dejaron en paz los de la *Procu?*”, para hacerse presentes en el octenio más difícil del presunto compadre, mutado ahora a ideólogo de la guerrilla por obra y gracia de la capacidad de Rafael Marcial para imponer miedo a una tenaz pero delicada mujer, que poco antes fuera lastimada por Ricardo Clemente Gerardo, el secretario de la Defensa Nacional, quien después de manotear sobre la mesa y subir agresivamente el tono de voz, le regaló una Bandera Nacional en miniatura:

–¡Para que no olvide defender los intereses de la patria!

Entre si son peras o manzanas, se procedió a hacer colectiva la presunción ministerial. La puntual denuncia periodística de Fausto Fernández Ponte, en *Excélsior*; de Ricardo Rocha, en *Detrás de la Noticia*; y de Laura Castellanos, en *La Jornada*, fue suficiente para frenar una más de las perversidades de un procurador que inventaba a su antojo, o por órdenes de la autodenominada *pareja presidencial*, Vicente y Martha María, averiguaciones previas.

Rafael Marcial quedó exhibido como lo que es –sólo que premiado como agregado militar en Roma–, un lacayo capaz de destruir la vida de sus compañeros de armas y de periodistas, si tal es la directriz de sus jefes.

Pero seguramente ni la asustada Mariclaire ni el solemne Macedo tenían la menor idea de que el presunto ideólogo presenció el secuestro de Martínez Verdugo, en marzo del 85. Y que allí recibió sonoras mentadas de madre y amenazas de muerte que no podían contrariarse por las convincentes pistolas de los que ahora, de acuerdo a las versiones del general de pacotilla y doctorado en la universidad patito de su tío, eran subordinados en materia de ideología.

A pulso se ganó el mote de *Macerdo* en el ámbito castrense. Fue una pieza clave de todo el engranaje más político que jurídico, más de fuerza que de ideas, montado por el alto mando para hacer añicos al autor y al editor de la propuesta académica sobre una defensoría de los derechos humanos de los militares.

Tras el fracaso, ocho años después, Marcial se acomodó a los nuevos tiempos y el ya compadre de Gallardo Rodríguez empezó a recibir tarjetas de cumpleaños, de Navidad y de fin de año:

–En nombre mío y de mi señora esposa... –decían en letras doradas y muy bien impresas.

Con igual doblez, presumió a los periodistas que querían conocer su versión sobre el fulminante despido, el 27 de abril de 2005, de la titularidad de la PGR, motivado por el fracaso del desafuero de Andrés Manuel López Obrador:

–Renuncié porque estaba hasta la madre de proteger a los hijos de doña Martha.

Don Julio

Siempre consideró el reportero que a nuestros referentes laborales y profesionales, éticos y morales, ciudadanos y culturales, es preciso rendirles tributo en vida, para que los homenajeados lo disfruten o padezcan, según sea el caso, y exista la oportunidad de cotejar los dichos y los hechos.

Él no fue amigo ni laboró nunca para Julio Scherer. Lo trató muy contadas veces y para su fortuna las registró en la memoria. Ahora le comparte algunas que dibujan al personaje homenajeadado, 12 años después de que se le ofreció, con el doctorado *Honoris causa* de la Universidad de Guadalajara y un reconocimiento a su obra editorial en la Feria Internacional del Libro, también de la perla tapatía.

En las postrimerías del 10 de junio de 1971, los comités de lucha de la Universidad Nacional Autónoma de México y otras organizaciones sociales acordaron realizar una manifestación contra la escalada de la invasión ordenada por Richard Nixon al sudeste asiático. Comisionaron al incipiente reportero para que adquiriera un espacio en *Excélsior*. Llegaron a deshoras y nadie aceptaba la inserción pagada porque “la edición ya se cerró”. Graciela y Cristina Gómez mostraban el rostro de la desilusión después de haber juntado peso sobre peso para el pago.

Se dirigieron los tres activistas estudiantiles a la oficina de don Julio, quien ya se retiraba. Le expuso el asunto el joven y enseguida respondió: “Compañero, váyase rápido a talleres, pregunte por el jefe y dígame que ya habló conmigo”. Asunto resuelto.

En 1976, tras el 8 de julio en que el echeverrismo propinó un golpe de mano a la cooperativa de *Excélsior* y antes del 6 de noviembre en que apareció el número uno de *Proceso*, se realizó una suscripción pública de aportaciones económicas en un salón del hotel María Isabel Sheraton. El ya jefe de redacción acudió a hacer lo propio, con 500 pesos, y le entregó a don Julio un ejemplar del semanario *Oposición*, del Partido Comunista Mexicano, recién salido de la imprenta. Con el cartón de Naranja y una nota de portada se daba cuenta de la *hazaña* de Luis Echeverría Álvarez y Regino Díaz Redondo contra la libertad de expresión. No recuerda el escritor en 41 años de ejercer el fascinante pero ingrato oficio, otro agradecimiento tan escueto pero emocionado, como el que le expresó Scherer:

–¡Muchas gracias, compañero. Muchas gracias! –Le dijo simultáneamente a que lo abrazaba, estrechaba la mano y lo palmeaba.

En el aniversario número 10 de *Proceso*, Eduardo Deschamps le platicó:

–¡Míralo! ¡Cómo niño de escuela castigado! –En efecto, más que sensible a su timidez, don Julio es, como el mismo escribe: Practicante de “la claridad para el trabajo y la penumbra para mi persona”.

Nunca le preguntó al potosino José Enrique González Ruiz, el que dirigió la Universidad Autónoma de Guerrero, qué y cómo hizo para convencer a Scherer de que aceptara la medalla Roque Dalton. Acudió al Museo del Chopo el 16 de mayo de 2001 y junto con Leticia Enríquez Sánchez recibió la presea con el nombre del poeta y combatiente salvadoreño, asesinado por la intolerancia y el dogmatismo. Ella acudió en nombre de su marido, preso entonces, José Francisco Gallardo.

El editor de *Las necesidades de un ombudsman militar para México* aprovechó la ocasión para transmitirle a Scherer García un juicio que ya era del conocimiento de varios de sus más cercanos y solidarios amigos, colegas y compañeros:

–Don Julio, quiero decirle algo que doña Leticia y su esposo, el general Gallardo, ya conocen, pero usted no. Y mi deseo es transmitírselo directamente (dijo en voz alta para que los demás presentes guardaran silencio y *Leti* atestiguara).

–¡Dígame compañero! –Respondió solícito el director de *Proceso*.

–Sin las tres portadas que publicó *Proceso* el 13, 20 y 27 de diciembre de 1993 y que seguramente usted ordenó, ni el general Gallardo ni yo estaríamos en posibilidades de platicarlo.

–¿Qué quiere que le diga, compañero? ¿Qué quiere que le diga? –Fue la escueta respuesta, mientras visiblemente emocionado tomaba del brazo al editor que ya no sentía lo duro sino lo tupido de la embestida del alto mando militar en contra de *Forum* y de la familia Gallardo Enríquez.

–Nada don Julio. Simplemente gracias. Muchas, muchas gracias.

Seis meses después de que el editor transmitió ese elemental sentimiento de agradecimiento a Scherer, fueron saqueadas las oficinas de la revista *Forum*.

Y es que los generales Antonio Riviello Bazán y Mario Guillermo Fromow García, en diciembre de 1993, y a partir de diciembre de 1994 Enrique Cervantes Aguirre y Rafael Marcial Macedo de la Concha no sabían del respeto a la vida del adversario y sus familiares.

Sueños soñados

Dados como somos a deificar a nuestros muertos, es tentador acudir al expediente de usar la conocida frase de Bertold Brecht, el dramaturgo y poeta comunista alemán, para dar un pincelazo sobre la prolífica y diversificada obra de Raúl Macín:

“Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles.”

De esos luchadores sociales era y es el “Poeta, maestro, editor, bohemio, pastor, ensayista y soñador”, como encabezó *Forum* en su número 151 la última entrevista que otorgó este hombre de 75 años y que el 7 de enero de 2006 dejó de latir su frágil pero tenaz corazón.

La extraordinaria sencillez de quien fue editor de los partidos Mexicano de los Trabajadores y Comunista Mexicano, además de militante del Socialista Unificado de México, cualidad llevada a extremos en que es difícil encontrar uno semejante entre los de su generación y perfil, induce al riesgo de incurrir en inexactitudes.

Pastor metodista bajo el impulso de un brillante dirigente campesino comunista, redujo esa intensa relación a la siguiente frase: “y así es como conocí a personas como Rubén Jaramillo y, con lo que sé hacer, colaboré, porque antes no existía el respeto a los derechos humanos.”

Para fortuna de todos, contamos con el libro *Jaramillo: un profeta olvidado* (1970), de la autoría del propio Macín Andrade, publicado por Editorial Diógenes que dirigía Emmanuel Carballo. También con diversos testimonios periodísticos sobre el tema, otra de las ricas facetas del hidalguense nacido en Pachuca.

Autor de 45 títulos de cuentos y ensayos, en los que predominan los poemarios, Raúl Roberto fue un espléndido promotor de la actividad editorial no sólo en el PMT y el PCM, sino en Claves Latinoamericanas y ya sin editora propia impulsaba ediciones de autor y en mayo de 2005 publicó *Soñar un sueño*, bajo el sello de Forum Ediciones. En vida, fue el último libro.

Esta vocación de promotor por parte del egresado de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Politécnico Nacional, la llevó al ámbito de la música, donde durante décadas impulsó a nuevos valores de la trova. No es casual que en la presentación de sus poemarios destacaran las intérpretes de boleros y que durante años Raúl escribiera columnas sobre esta materia en el semanario *Punto* –bajo la sombra del gran Emmanuel–, *Forum* y otras revistas. Incluso publicó el libro *Los boleros. Expresión del romanticismo latinoamericano*.

Como estudioso y conocedor del tema educativo y del religioso, la subrayada sencillez no le permitían pasar desapercibido como experto, tampoco como crítico de la utilización de la religión “para los negocios y la política”, como él lo denunciaba.

Fue un buen hombre, excelente compañero y amigo.

El 4 de enero de 2005 dedicó a *Forum* y su editor el siguiente poema.

Sueños soñados
de sueño en sueño.
Que se aprende de las derrotas
para triunfar
y se aprende de los triunfos
para seguir en la lucha
y así
de sueño en sueño
el dolor alimenta el disfrute,
cuando se le vence,
de la verdadera felicidad.

Con mis mejores deseos para el 2005.

Raúl Macín

Juan Manuel

La noche del 4 de marzo de 2004, a las 21-22 horas de acuerdo a la médica que practicó la autopsia, dejó de latir el corazón de Juan Manuel Valero, a los 34 años de edad.

Una mala costumbre llevada al extremo, no portar identificación alguna, además de la miserable actitud de despojar de sus pertenencias a un muerto, condujeron a los restos mortales de Juan Manuel a permanecer en la morgue durante seis días, hasta que su familia lo rescató tras un vía crucis en el que Locatel destacó por ineficaz.

Valero Gómez, originario de Ciudad Guadalupe, Nuevo León, se incorporó a Forum en febrero de 1994, junto con su compadre y maestro en diseño Juan Ángel Espinosa.

Dos años más tarde, en febrero del 96 se retiró por las severas dificultades económicas que padecía la revista. Regresó seis meses después. En mayo del 97 vuelve a retirarse para reintegrarse en febrero del 99, ausentarse un mes, e instalarse en esta casa editora desde abril del 99 hasta su fallecimiento.

De las 132 ediciones impresas hasta el día de su muerte, la mayoría corresponden al diseño, creatividad y, sobre todo, perseverancia de Juan Manuel.

La responsabilidad y el profesionalismo con que laboró en el último quinquenio lo explayó a la supervisión de negativos, el auxilio en el tise de interiores y últimamente de la selección de color, la vigilancia de la encuadernación y la creciente distribución de ejemplares que se hacía de manera personificada desde la oficina de Prolongación Canal Nacional, hasta incluso sortear a colaboradores que lo presionaban para que sus textos fueran incluidos en el número en proceso de elaboración y el respectivo pago de los honorarios.

El excesivo sentido de la responsabilidad de Juan Manuel con las múltiples y diversas tareas a su cargo, no lo arredraban ante ninguna dificultad, la ausencia de secretaria incluida. Una semana antes de fallecer solicitó “un catre para dormir” en Santa Anita cuando las necesidades del cierre de la edición lo hicieran necesario. Ante el asombro por tal petición, reafirmaba: “Se lo digo en serio, tómelo en cuenta porque cualquier día lo voy a necesitar”.

Esta disponibilidad laboral de Valero Gómez no se compadecía con las limitaciones de su salud, como portador de un frágil corazón que heredó de su señora madre, su otra obsesión en su corta y fructífera vida.

Nunca faltó al trabajo por razones médicas. Y cuando acudió a consulta a la clínica del Instituto Mexicano Seguro Social, por exigencia categórica sólo cumplida por obediencia, regresaba irritado “porque fui a perder mi tiempo y tengo mucho trabajo”.

Un corazón que exigía atención sistemática, disciplinada, le cobró la fatal factura de la desatención, al dejar de latir por un paro cardiaco fulminante, en plena calle de la colonia Santa Fe, en la que habitaba con sus hermanos y madre.

Juan Manuel siempre respondía ante el franco reconocimiento a su papel clave en el mensuario: “¡Nadie es indispensable!”. Tenía razón, pero perdimos un puntal, un trabajador y un amigo de una década inolvidable: “Usted es mi amigo más que mi jefe”, aclaraba.

Con su abierto disgusto como respuesta, el editor le aclaraba que en su ausencia física él sería el responsable de la nota luctuosa en Forum. Jamás imaginó el primero que le ganaría la partida y tuviese que escribir estas líneas.

Gracias y hasta siempre, Juan Manuel.

Formalidad y sencillez

Se ganó a pulso la fama de hombre gris e insensible, sobre todo, ante la tragedia del 19 de septiembre, cuando gobernó a los mexicanos de 1982 a 1988.

Para su desgracia, trascendió a los medios que para la presentación del Informe solicitó –es un decir, pues en esos tiempos el presidente ordenaba y punto– que los senadores y diputados de su partido, y todos los demás (sólo en el segundo caso, pues el Senado era totalmente monocolor), se abstuvieran de interrumpirlo con aplausos porque lo desconcentraban.

–O escucho los aplausos, o leo –parodiaban sus detractores.

Como fuere. Ese presidente aparentemente gris fue el creador del modelo económico macro que aún hoy sustenta: “No hay más ruta que la nuestra”, como escriben los teóricos y propagandistas del neoliberalismo y por la que desde hace más de un cuarto de siglo transita el país. ¿Imagínese usted lo que nos hubiera pasado si se tratara de una eminencia gubernamental?

Fue Héctor Murillo quien invitó a Miguel de la Madrid a conversar y comer con el grupo interdisciplinario que delibera todos los viernes, en el restaurante de un hotel capitalino.

Puntual, como los ingleses, llegó el invitado del Grupo María Cristina.

Ingirió sus alimentos con parsimonia de gran *gourmet*. Y en la medida que masticaba sobresalía un color morado en sus labios.

Era tan notorio el colorido labial que Judith no pudo reprimir más su observación y la compartió con el moderador.

–¿Ya viste que este señor ahora se pinta los labios?

–No lo creo. Déjame indagar qué sucede.

–¡Claro que se los pinta!

–No seas indiscreta. ¡Baja la voz!

Apenas un guardia del Estado Mayor Presidencial se mantenía visible y cercano a De la Madrid. Otros pasaron desde temprana hora para revisar el sitio del encuentro.

Exasperante resultó la lentitud del invitado para masticar los alimentos. La yema del huevo estrellado que acompañaba al guisado empezó a escurrir suave y lentamente de la boca del comensal. Era evidente, pero de mala educación –estimó el moderador–, señalárselo al colimense.

Con discreción le acercó la servilleta de tela. Cuando el destinatario la vio casi junto a sus manos, hizo una mueca de desagrado y un movimiento brusco mediante el cual la arrojó hacia un lado.

–Ni modos. Me rindo.

A las 16 horas en punto, el autor de *Cambio de rumbo*, empezó a explicar los propósitos y alcances de su voluminoso libro. Lo hacía con la amarillenta marca desplegada desde la comisura de los labios, hasta la barbilla.

La escasa asistencia no amainó el buen estado de ánimo del empedernido fumador, ahora de cigarros de lechuga. Tampoco le impidió compartir juicios sobre el sucesor, ante un colectivo que hasta hoy guarda celosamente la secrecía de las opiniones e informaciones que recibe de los invitados, cuando éstos así lo establecen porque otros, a partir de 2011, pueden optar por la divulgación.

Hora y media después el moderador preguntó a De la Madrid Hurtado sobre su disponibilidad y limitaciones de tiempo.

–Hasta que concluyan las preguntas –respondió.

Así fue y todavía escribió largas dedicatorias en los ejemplares del libro que varios adquirieron.

Inolvidable encuentro –del 6 de agosto de 2004– porque no evadió ninguna respuesta a las preguntas que se le formularon, incluida la del fraude electoral de 1988. Y sobre todo porque el ilustre invitado llegó del extranjero un día antes. Ese mediodía, previo a la comida, le extrajeron dos muelas y masticaba aún bajo los efectos de la anestesia. La pérdida de sensibilidad le impedía percatarse que al masticar se lastimaba y la *pintura* de los labios era simplemente sangre.

Por la noche, ya en casa, el moderador no resistió el impulso de enviarle una carta de agradecimiento y respeto. ¡No era posible tanta formalidad y sencillez!

Dos meses después, el moderador convocó a todos los integrantes de su directorio electrónico a la presentación de *Complot contra un proyecto de nación*, en la Casa de la Cultura de Azcapotzalco.

A la entrada lo recibió un funcionario perredista que le informó con un dejo de cierto orgullo:

–Habló el señor licenciado Miguel de la Madrid para disculparse porque no podrá acompañarlo a la presentación de su libro.

–¡Ah! Muchas gracias.

Tres llamadas

A mediodía del sábado 30 de agosto le habló por teléfono Esperanza García Campa, como a ella le gusta que la llamen por ser la viuda del dirigente ferrocarrilero y del comunismo mexicano, quien simplemente le decía *Pelancha*.

Llamó para fortalecer al editor en el duro trance que pasaban los que hacen posible *Forum* desde hace 17 años. Lo anterior, a partir de que Maximiliano Cortázar, o simplemente *Max* para sus cuates de los poderes institucionales y fácticos, ordenó que la revista fuera bloqueada por los directores de comunicación institucional de las dependencias del gobierno federal. Y, después, Gobernación intervino para disuadir a uno de los anunciantes de la iniciativa privada, amigo de *Pancho* Canudas, al decir de éste.

No puedo ponerlo en escritos, en cartas, pero cuídate mucho. Los necesitamos a ti y a la revista –concluyó la solidaria voz a la que hubo de persuadir que se trata de un boicot comercial. Nada más.

Más tarde, *Teregil*, la experimentada reportera, le transmitió la mala noticia sobre el fallecimiento de Gilberto. Y los años 1972-80, en que más lo trató, se le vinieron encima al editor del mensual.

Corroboró, nuevamente, que nadie abandona este terrenal mundo en forma súbita y por única vez.

No. Partimos en pedacitos. Cada recuerdo, cada sueño sobre los seres queridos, aunque también existen los despreciados, que partieron primero que nosotros, son vivencias gratas o ingratas que se alojan en la inmensa y compleja recámara de la memoria para no dejarlos ir totalmente.

Como fuere, tras abandonar Lecumberri, *El palacio negro*, el 22 de diciembre de 1971, este gallardo comunista de una pieza, no sólo de sus rincones, se incorporó a la redacción del semanario *Oposición* a partir del número 35 como jefe de información y el reportero en ciernes figuraba desde el número 22 como colaborador. Más tarde lo sustituyó y Rincón se convirtió en jefe de redacción.

Contaba el profesor Isaías Orozco, de la capital de Chihuahua, que en una ocasión Gilberto se hospedó en su casa, en 1967. Se instalaron en la sala a conversar y tomar una copa. El anfitrión descolgó una guitarra de la pared y se la aventó a Rincón sin percatarse de la malformación de brazos y manos.

–¡Échate una, camarada! –Le dijo el profesor.

Rincón Gallardo alcanzó con esfuerzos a atrapar la guitarra y simplemente contestó:

–¡No sé tocarla, compañero!

En el arranque del quehacer periodístico, en el que el editor supera ya las cuatro décadas, Gilberto fue un hombre muy importante en su formación profesional y política, a base de una paciencia y calor humano poco comunes en el Partido Comunista Mexicano.

Pero no sólo virtudes tienen nuestros muertos. Los olvidos recurrentes de Rincón son célebres. Se retiraba de las oficinas de Frontera 100, en la colonia Roma, y a la media hora regresaba por el hijo que había olvidado. Hasta el detalle de que extravió el único texto del reportero, no publicado por esa razón, no como

argucia de los abundantes censores, sobre el X Festival Mundial de la Juventud, realizado en Berlín.

–¡Fitina, fitina, compañero! Eso es lo que necesitas tomar –le decía desesperado Arnoldo, el director del semanario.

Pero Gilberto no olvidó, el 27 de octubre de 1973, al concluir el XVI Congreso, que su entonces colega no fue incluido en la propuesta oficial para formar parte del Comité Central ni como propietario ni como suplente. La oportuna reacción de varios delegados permitió que se incluyera en la votación la candidatura. Perdieron y entonces cerraron filas con la propuesta como suplente y ganaron el único cambio de la lista de 60 que presentó Martínez Verdugo, en su condición de presidente del congreso, y dejaron fuera al profesor oaxaqueño Antonio Gómez.

Clausurada la cumbre clandestina, Rincón preguntó de frente a Arnoldo:

–No fue un olvido el que cometiste ¿verdad? Sino una omisión deliberada.

El silencio fue la respuesta de la relevante y querida figura política que, sin embargo, siempre estuvo muy influenciada por el qué dirán, la admiración por los intelectuales comunistas formados en la academia y los militantes exitosos económicamente.

–Y como tú no tenías ninguna de las dos características, estabas frito –le dijo Natura 42 años después.

Acaso producto de esa relación, el 2 de marzo de 1973, *El piricho* acompañó a Alba y al bisoño reportero, como testigo de casamiento civil. Siete años más tarde se produjo la separación de Amanecer y percibió distante al amigo, al compañero. Como a muchos y muchas. Algunas hasta lo dejaron con la mano extendida sin corresponderle el saludo.

A diferencia de Valentín. Hasta el final de sus días y ya sin que compartieran filas en el PSUM, tampoco en el PMS y menos en el PRD, siempre lo distinguió con el afecto para el *ahijado*. Hermano, le decía.

La tercera llamada telefónica –del 30 de agosto de 2007– fue la de *Esperancita*. Con la voz destrozada por la tristeza, le informó del fallecimiento del hombre que hasta el último minuto de sus 69 años de edad bregó por la igualdad, el respeto y la no discriminación.

Le platicó doña Esperanza sobre las visitas que cada jueves y cada domingo realizaba Gilberto, primero a Lecumberri y después a Santa Martha Acatitla, para que Campa mantuviera una relación fluida con la dirigencia comunista y las organizaciones llamadas, entonces, de frente amplio.

El entrelazamiento de los dos personajes formados y forjados en el comunismo azteca –complejos y contradictorios como todos los hombres pensantes y activos–, quedó subrayadamente claro en la mente del editor y, acaso por ello, le resultó contrastante un párrafo de la nota luctuosa de la agencia *Notiese*, especializada en noticias sobre salud, sexualidad y sida:

“No obstante siempre haber militado en la izquierda, el abogado de profesión, no se dejó llevar por el dogmatismo comunista”.

Comunismo *dogmático* que hizo posible que desde 1981 los estatutos del PCM fijaran, a partir de la llamada coloquialmente *tesis 69*, que los hombres y las mujeres podían ingresar a sus filas con independencia de las preferencias

sexuales. Y que la primera iniciativa de ley sobre maternidad voluntaria la presentara el Grupo Parlamentario Comunista.

Soldadito de plomo

Como alumno de la universidad de la vida, de la que con seguridad se egresa hasta que las facultades mentales llegan al límite, el autodidacta tiene en altísima estima y consideración al libro como instrumento de conocimiento, información y placer.

Él se encuentra entre los afortunados que son distinguidos por diversos autores con el obsequio de sus obras. Otros escritores, en años recientes, lo hacen portador de ejemplares para entregarlos a los periodistas y asesores que forman el Grupo María Cristina y que sesiona todos los viernes y dejó de ser quinceañero.

Lo anterior le permite al también editor que a familiares, amigos y colegas que cumplen años o logran un éxito profesional, los favorezca con el obsequio de un volumen editorial. Esta saludable práctica la ejercita desde hace más de una década.

No tiene el hábito, pues, de acumular libros, excepto los que utiliza en el trabajo periodístico, y para el gozo y placer literarios. Pero tampoco se desprendió apresuradamente de ninguno tras la caída del *socialismo realmente existente* en Europa. Guarda todos los que tiene necesidad de consultar. Pero los que no, fueron a parar a la biblioteca del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista.

Quizá esta relación de culto al libro tenga que ver también con que fue lo que le permitió salir en 1962, por primera vez y por su cuenta, de Matamoros, Tamaulipas, a Monterrey, Nuevo León, con un obeso e intolerante vendedor de la enciclopedia Uteha que hacía del rock sinónimo de desmadre sexual y ante las tímidas protestas de sus hijas, las callaba sin consideraciones frente a su empleo de 12 años.

El señor movía el cuerpo con singular torpeza y exclamaba sin turbarse frente a las guapas hijas y su laboriosa mujer frases tan sexistas como pedestres.

El pequeño auxiliar del vendedor de muy buena gana se hubiera carcajeado por el grotesco espectáculo, pero veía las caras abochornadas de las jóvenes y sintió la impotencia de no poder hacer nada por ellas frente al patrón que, además, no le pagaba un centavo de salario, sino sólo alimentos y techo.

El libro le dio para vivir durante meses. Y en 1972 le permitió completar el gasto como dirigente de la Juventud Comunista, al emplear dos horas de la mañana, cuando nadie hacía ideología y política, para visitar librerías de varios estados con catálogo en mano de Ediciones de Cultura Popular y levantar pedidos.

Esa relación entrañable con el libro se profundizó a la hora de ser coautor en 1985, cuando recibió los primeros 5 mil pesos por ceder sus derechos. Autor en 2003, cuando le pagaron con 100 ejemplares, porque a los editores –de los que se sienten parte– los hermana la obsesión de fijar plazos perentorios para la entrega de textos.

Tiene un buen ejemplo porque conserva el original mecanográfico de *Julio Rosovski. De Ucrania al comunismo mexicano*, que hizo a marchas forzadas por encargo de Arnoldo, en el CEMOS en marzo de 1986, y después de varios

intentos fallidos para publicarlo en papel, finalmente lo colocó en la red electrónica con estimulantes resultados. La hechura de aquel volumen tensó su segunda relación matrimonial por las innecesarias desveladas y desatenciones hacia las *Marías Luisas*, sólo para que el libro se archivara durante dos décadas.

En mayor o menor medida, todos tenemos una vinculación orgánica con esa herramienta insustituible que son los libros y que las cuartillas de cristal, la internet, está potenciando y no los niega como algunos pronosticaron; igual que lo hicieron cuando surgió la radio y la televisión frente al futuro, dizque incierto, de los diarios impresos. Como autor de tres volúmenes y coautor de cinco, sus textos son más leídos en la red que en papel.

Esta remembranza surgió porque el 12 de noviembre de 2007 se festejó, con bombo y platillo, el Día Nacional del Libro y de acuerdo a la cámara del ramo en los últimos tres lustros han cerrado entre 30 y 40 por ciento de las librerías del país. Datos propios indican que en 1980 existían 800 librerías y en 2004 quedaban 400.

Por librería se entiende la que dispone de un fondo de cinco mil ejemplares. Es decir: no se contemplan las tiendas de autoservicio, las cadenas de restaurantes y cafeterías y menos aún los puestos expendedores de periódicos que, en conjunto, seguramente venden mucho más que las primeras.

Después de la apertura comercial ilimitada para favorecer a las transnacionales a costa de la planta industrial del país, durante 2005 los editores privados distribuyeron más de 115 mil títulos, de los cuales 90.6 por ciento fueron de editoriales extranjeras.

Con tan oscuro panorama, a Sergio Vela Martínez sólo se le ocurrió premiar a la Secretaría de la Defensa Nacional por su trabajo “en la promoción de la lectura”.

¡Hágame usted el favor!

Y todo por lambiscón, para estar a tono con la peligrosísima militarización que impulsa su jefe, el comandante supremo de las fuerzas armadas, al que le quedó demasiado grande la función constitucional y el traje.

Con las cinco estrellas terminó como soldadito de plomo, pero no el del cuento infantil, sino el que con su ignorancia, ilegitimidad e incompetencia (combinación hartó peligrosa) embarcó al país en un baño de sangre, acaso sin precedente desde 1910-17.

La chiquita

–¡Si amanece! –fueron las últimas palabras que le dirigió después de cuatro años de una intensa, cotidiana relación de pareja, pero que comenzó un octenio antes como vecinos sin que aparentemente ella y él se percataran de su mutua existencia. Más la primera que el segundo.

Angélica vivía con Diego, su único hijo, y Úrsula, su madre, en el departamento 111 de un edificio marcado con el número 290. Él habita una casa exactamente enfrente, en el 291.

La pareja podía conversar asuntos prácticos desde la cocina de ella y la recámara de él. También desde la cocina de la sicóloga y educadora y el minúsculo jardín y cochera del vecino.

Lejana, remotamente, la recuerda con un su pequeño hijo cuando salía temprano del más que viejo, descuidado edificio que un improvisado pintor dejó a menos que medias la tarea de colorearlo de rojo ladrillo, pero antes cobró los 5 mil pesos convenidos y nunca devengados, además ahora purga una condena por delitos contra la salud. La esposa del *burrero*, la suegra y una de las dos cuñadas de aquél fueron bautizadas como *Las bestias*, muchísimo tiempo después, exactamente 11 días posteriores a aquellas palabras finales, premonitorias.

Él tiene bien registrado en la memoria cuando Angélica traía enyesado el brazo izquierdo y en lugar de la normal forma de portarlo, el quiropráctico hizo que la extremidad superior quedara ostentosamente hacia arriba, como si estuviera ofreciéndole la mano a alguien para bailar, y vaya que le encantaba. Era imposible no registrarla al salir y al entrar del 290.

Pero *Vecino*, como lo llamaría después, la registró mucho mejor cuando desde la sala de su casa, mientras leía o veía televisión, descubrió a una joven y muy esbelta mujer (un metro cincuenta centímetros y 48 kilogramos de peso) que con frecuencia se afanaba desde el oscurecer hasta la media noche tanto en la cocina, como de espaldas a la estufa, sobre lo que después supo era una base de cemento cubierta de azulejo que hacía las veces de comedor y de mesa de trabajo.

Allí hacía las evaluaciones semestrales, los inventarios, los regalos con motivo del *Día del niño*, además de cuanta ocurrencia burocrática tenía la directora del jardín de niños Joaquín Arcadio Pagaza, de Tlalnepantla, estado de México.

Alejandra Cuevas Ayala es, o era, una directora que con facilidad confunde los ámbitos, el de la educación pública y el del beneficio económico privado, personal. Y como Angélica le hacía frente con cierta decisión y mayor claridad que sus compañeras, la emprendió contra ella hasta amargarle la existencia durante una larga década.

–Algún día le diré que me provocó la diabetes que tengo –cuentan sus excompañeras de trabajo que decía. Y no le faltaba razón frente a una funcionaria tan menor como arrogante, que con el cuerpo y las cirugías que lo mejoraron pretendía objetivos laborales.

Días, semanas, meses, acaso años la contempló el vecino desde la sala de su casa y cayó en la cuenta de que la vecina era el tipo de mujer que a él,

virtualmente soltero desde 1986, le atraía, le gustaba para una relación más allá de lo acostumbrado.

Empezó por saludarla, como a todos los vecinos, porque siempre pensó que con ellos es preciso mantener la mejor relación posible, *Las bestias* incluidas. Aún recuerda su mano derecha al frente, erguida sobre el volante, y moviéndola, rítmica, circularmente de izquierda a derecha.

Mas el pensamiento, devenido también en deseo erótico que se agudizó tras la adquisición del *Chevy* azul que tantos dolores de cabeza provocó en la vecina, y él disfrutaba observarla durante las jornadas semanales de limpieza, no se correspondían con la práctica del vecino que reaccionaba con pasmosa lentitud, entre la indefinición y las ganas de lanzarse al ruedo.

Un 7 de octubre pretendió dar un primer paso e invitarla a la presentación de *Complot...* en la bella Casa de la Cultura de Azcapotzalco. No se atrevió a hacerlo directamente. El miedo, ese recurrente temor a ser rechazado, lo inhibió y comodamente pidió a Alejandro, el vecino menos indicado por su mala fama, que le entregara a *La chiquita* —así la presentó por única vez en agosto de 2006, así la percibía—, una invitación impresa que suscribía la delegación política.

Ella lo recordaría muy bien años más tarde. Y, como es natural, le platicó que pensó “¿Y por qué no me invita él, personalmente?”. Por cobarde, por miedo a una relación trascendente porque sabe muy bien que se ama y se sufre a la vez. Hasta que el tímido vecino, con indebida fama de conquistador, se decidió e hicieron su primera cita en *La Stanza*, el sitio de sus preferencias, frente al inolvidable parque Revolución, al que acudía él, cuando el hoy doctorante Alexis era apenas un bebé.

Y en esa primera reunión, en la que la descubrió más bella de lo que se imaginaba, desaparecieron temores, persistentes dudas y ambos, vecino y vecina, iniciaron una intensa, apasionada relación amorosa que en el curso de cuatro años devino en convivencia cotidiana, lazos de solidaridad y compañerismo que superaron las duras y las maduras, tiempos de vacas gordas y luego las ineludibles flacas, encuentros y desencuentros con una mujer que disfrutaba ilimitadamente ser motor de su familia: Diego Alberto, 18 sobrinos, dos hermanos, cuatro hermanas y su señora madre. Gozaba, también, ser puente entre compañeros de la secundaria, de la preparatoria y de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional. Ella rendía exquisito culto a la amistad y no hubo año que no propiciara un encuentro de sus amigos de cada una de las tres etapas escolares.

Ese bello y poderoso motor, envuelto en un frágil cuerpo, acabó por desgastarse, lastimarse con tanto esfuerzo físico y mental empeñados en la formación de cientos, acaso miles, de niños y niñas de tres a seis años de edad a lo largo de dos décadas, amén de la esmerada atención de los seres queridos, en detrimento de una salud que nunca fue ni vigorosa ni abundante, y que *Angie*, como le decían sus numerosos amigos y amigas, ocultaba muy bien, en particular al vecino del 290.

Y no lo hizo, como podría suponerse, por falta de confianza, sino para no preocupar a su pareja agobiada por el paulatino hundimiento económico de una publicación que el grupo gobernante odia visceralmente.

El registro de las altas y las bajas en el peso, en dependencia de la carga laboral educativa, en relación directa con el calendario escolar, y una ojeras que delataban desvelos y cansancios, eran signos exteriores más que suficientes para que a lo largo de tres años el vecino presionara a la vecina para que acatará la rigurosa dieta que el cardiólogo le recordaba una y otra vez.

–No te preocupes, me tomo una pastilla para el colesterol, ¿quieres una? – Era la respuesta acompañada de una seductora sonrisa que lo neutralizaba, para que no insistiera en que respetara el no consumo de harinas que obstruían la circulación en la válvula propia, para que...

Hasta que el vecino dio su brazo a torcer, se rindió. –No tengo derecho a quererla cambiar. La tomas como es o la dejas –reflexionó para sus adentros, pero nunca se lo compartió.

Los desencuentros disminuyeron sensiblemente y los encuentros se multiplicaron.

Pero esa tos que no se atendió a lo largo de una docena de días fue la gota que derramó el vaso.

La noche del 19 de mayo, enseguida de meter el *Corsa* blanco a la cochera del 290, entró a saludar y escuchó el cuidadoso pero serio reclamo por no acudir al médico. Su respuesta, en tono de entre enfado y confianza excesiva, aseguraba que al día siguiente acudiría.

–¡Si amanece! –Fueron las últimas palabras que escuchó de él, con la mano derecha medio extendida y el dedo índice apuntando a su demacrado, agotado rostro.

–Vámonos Diego porque aquí están muy negativos –dijo ella por última vez ante él.

Y 12 horas después el ciclo vital terminó para *La chiquita*.

Othón

Cuando leyó la descripción en un diario capitalino, al editor le pareció más que atinada, completa: “Hombre de convicciones y principios, el maestro supo conciliar la fortaleza de ánimo con la humildad, la alegría juvenil con la frescura del hombre sabio y experimentado.” La autoría es de Eugenia Huerta y Adolfo Sánchez.

Le gustó más el abundamiento: “... pero sobre todo se le recordará como un hombre digno cuya lección de vida es un hito moral inolvidable a favor de la justicia.”

Con las cualidades y defectos que, como todo ser humano, poseía Othón en tanto que profesor, líder sindical, organizador social, promotor político, diputado comunista, legislador socialista, alcalde, orador que estremecía multitudes no solo magisteriales –como aquella de Tepic, Nayarit, en el cierre de la campaña para gobernador de Manuel Stephens, en 1981–, firmeza frente a la cárcel, la persecución y el secuestro –como los sufridos bajo los gobiernos de Adolfo López Mateos y de Luis Echeverría Álvarez–, resulta innecesario convertirlo, después de muerto, el 4 de diciembre de 2008, en lo que no fue.

Por ejemplo, en el primer edil comunista de México y de Alcozauca, Guerrero. Ni lo segundo y mucho menos lo primero son datos veraces, como informó el corresponsal de *La Jornada* y escribieron sin corroborarlo Luis Hernández Navarro y León García Soler.

Por el contrario, fue generalizada la omisión sobre su condición de precandidato presidencial del Partido Comunista Mexicano, la medianoche del 6 de noviembre de 1981, para ser propuesto al Partido Socialista Unificado de México.

Tampoco se subrayó con suficiente claridad la vida espartana que llevó y que en los últimos años alcanzó el extremo de carecer de los alimentos, de acuerdo con el testimonio que brindó a Utopía, al borde de las lágrimas, Esperanza García, la viuda de Valentín Campa.

Esperancita relató, entre sollozo y sollozo, la llamada que le hizo Salazar Ramírez a su casa, tres días antes de morir. Ella no se encontraba y Othón buscó a la hija, María Elizabeth, y le dijo:

–Doctora, le hablo para despedirme de su mamá, ya me voy para mi tierra. Pero díglele a *Esperancita* que las horas o minutos que me queden de vida serán para agradecerle todo lo que hizo por mí.

–A los dos días vi la esquila –contó desecha *Pelancho*, fórmula cariñosa que usaba Valentín para dirigirse a la que fue su compañera durante 48 años.

Y platicó más. Su enorme malestar porque los compañeros de Othón en el partido del sol azteca –provenientes del Movimiento Revolucionario del Magisterio y/o del Partido Comunista– no lo apoyaron en forma material para subsistir y sortear las enfermedades y la penuria económica que padecía.

–No voy a ir a ningún homenaje ni suscribiré ningún texto de reconocimiento al camarada Othón. Me parece una enorme hipocresía que si lo dejaron morir solo, ahora lo llenen de elogios –subrayó indignada la hija de Daniel García Talavera, presidente de la Unión de Conductores, Maquinistas, Garroteros y Fogoneros que dio paso, en 1933, al Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros.

Las derechas no tienen el monopolio de la doble moral. Son quienes más la ejercitan, pero nada más. Las izquierdas, sobre todo las contemporáneas, no cantan mal las rancheras.

El ahora editor empezó a tratar Othón en 1972. A partir de entonces coincidieron en las sesiones del Comité Central hasta 1981, sólo porque la aplanadora de los autodenominados *renovadores* –coordinados con estridencia por Joel, pero dirigidos por Semo– y su contraparte organizada por Posadas y Montes, excluyeron al primero por andar de *unitario*, por no definirse en torno “a las dos sopas”. Ésta era la visión del blanco y negro a la que desde 1967 Marcos mostró predilección y que provocó la protesta de Cecilia en la calle de Prolongación Uxmal, allí se ubicaba la Escuela Nacional de Cuadros.

–Hombres de la talla y la envergadura de Juan Manuel Ovilla Mandujano – escuchó decir a la entonces estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, durante el II Congreso de la JCM, en febrero de 1967. En la mencionada escuela convivieron dos meses y jamás la olvidó por su desbordado protagonismo, sobre todo porque le *bajó* a la novia de Ensenada. Y a partir de allí el despechado empezó a fumar.

Los nueve años que coincidió con Salazar durante las deliberaciones del comité fueron de trato sumamente cordial, estimulado sin duda porque la esposa del también escritor era una profesora que formaba filas en el MRM, bajo la conducción del indígena de la Montaña de Tlapa.

Raíz indígena que emergió a flor de piel ante la foto que ilustró el texto *El consejo Regional de la Montaña de Guerrero. Iniciativa digna de la causa del indio*, que publicó *Forum* en diciembre de 1997.

–Hermanito, esta mujer que está en el fogón echando tortillas es igualita a mi madre. ¡Qué imagen! ¡Qué regalo! Haz de cuenta que la estoy viendo –dijo emocionado en la cafetería del hotel Bremen, de la avenida Juárez, frente al Hemiciclo, el sitio de los cálidos encuentros de la segunda mitad de 1997, todo 98 y 99, en que el maestro asumió a *Forum* como una de sus tareas. En un folleto, sus compañeros recopilaron *La rebelión de los maestros* y *Maestros, escuela y patriotismo*, testimonios que publicó en los números 59 y 60.

Los quehaceres de naturaleza distinta y la absorbente vida de la megalópolis diluyeron aquella relación en la que el periodista descubrió mayores virtudes personales, ya sin los amarres del partidismo político de una y de otra parte.

Cinco meses antes del fallecimiento de Othón, su efímero editor acudió al acto realizado en la Escuela Nacional de Maestros, pero el profesor ya no se presentó por problemas de salud, aunque los organizadores del maratónico y reiterativo acto, jugaron con la expectativa de un mensaje videograbado. Y no pudo entregarle el libro *El general Gallardo y Forum. Ejército, medios y libertad de expresión*, donde se lee: “A Othón Salazar por su calor humano en esta desigual batalla”.

La eme

La treceava letra del abecedario, si omitimos a la *ch*, discriminada o subordinada como está en todos los diccionarios de habla hispana, siempre se le atravesó a lo largo de su ya sexagenaria vida.

Desde que por primera ocasión se casó, el 2 de marzo de 1973, registró que el tercer mes del año comienza con la misma letra que su natal Matamoros, además de que la primera ciudad a la que acudió y vivió por voluntad propia se llama Monterrey. Y en la que radica desde hace 40 años es México, DF. Para completar la recurrencia, durante 25 meses laboró en Moscú, capital de la entonces Unión Soviética, con la madre de sus hijos que tiene como apellido paterno Martínez. Además son mexicanos.

De los 10 hermanos que integran su numerosa familia –39 sobrinos, 20 cuñados y excuñadas, 60 sobrinos nietos y 22 bisnietos--, la mayor se llama Maximiana y Manuel es el varón más grande y el más agraviado durante su infancia. Con ambos tiene una relación más estrecha.

Coordina al Grupo María Cristina desde febrero de 2002 y superó un cuarto de siglo de vivir, ininterrumpidamente, en la colonia Nueva Santa María.

Y desde quien sabe cuándo es la letra que más le gusta escribir con una desusada caligrafía que aprendió cuando con plumín y tinta por separado, en quinto año de primaria, el profesor Ceniceros con paciencia sin igual lo instruyó como pocos.

Sabe muy bien, y le aterra, que entró a la edad en que casi todos los mortales –nuevamente la *m*– suponen que *todo tiempo pasado fue mejor*. Y lo considera un síntoma inequívoco de conservadurismo generacional que, por más y creciente conciencia que tiene, y se dispone siempre a enfrentarlo, es sabedor que constituyen riesgos latentes a sortear en un país donde la tercera edad llegó para quedarse como dato demográfico creciente.

Recuerda al docente Cisneros con agradecimiento, alto y elegante él, y siempre viene la imagen cuando explicaba al grupo sobre las partes que integran el cuerpo humano y al hablar del coxis, sin medir consecuencias preguntó con inocencia infantil sobre su significado y ubicación. Y el profesor lo hizo pasar al frente del grupo para explicarle y sin más se lució en recorrer su espalda y situar su dedo en el lugar exacto.

–Este es el coxis –dijo burlona, abusivamente el profesor Y el grupo estalló en carcajadas. Se sintió humillado. Los más felices por la exhibición de prepotencia fueron los tres alumnos más destacados del grupo. Los mejores porque tenían una extraordinaria capacidad para memorizar todo y recitarlo como loritos. Y desde entonces –entiende– la educación básica, la convencional, no cambió gran cosa. Forma y deforma niños que repiten sin ton ni son lo que memorizan.

¡Ah, la *m*! María Luisa se llama la madre y su única hija, la joven y tenaz actriz que realizó la adaptación a México de la uruguaya *Vacas gordas*.

Méndez era el apellido paterno de la mujer, del ser humano, que más lloró tras perderla en una desigual batalla, muy mal librada, por la vida. Zamora era el

apellido materno de *La chiquita*, y tardíamente registró la terminación en z y el comienzo con la misma letra de los apellidos que tienen *eme*.

Mas la tristeza no lo obnubila y sabe que la *eme* lo persigue y persiguió durante más de seis décadas. Y, supone, que no rinde culto a prejuicios ni fetiches.

La eme de Matamoros –Tamaulipas–, Monterrey, México, Moscú, Martínez, María, Méndez, Zamora, Manuel, Maximiana...

Trenes

La niña de ocho años asistía a la Escuela Primaria José Vasconcelos, ubicada en la calle Tlatilco, era pronunciadamente delgada y su abuela, *Goya*, como la recordaría con devoción, cuatro décadas después, constituía el referente principal de su existencia, por encima de su rígida y harto devota señora madre, quien se empeñó en procrear hijos y, sin embargo, le complicó la existencia cuando a los 34 años de edad ella hizo lo propio y por única vez.

La chiquita era la octava de nueve hermanos y hermanas de dos padres distintos y quedó marcada por un sujeto que la molestaba con propósitos no precisamente familiares.

Contaba que apenas oscurecía y salía disparada a su cama porque el familiar la hostigaba en el pequeño departamento que habitó toda su vida, el 111 del 291 y que jamás se lo platicaría a ningún familiar, que el secreto se lo llevaría a la tumba. Y se lo llevó, pero siempre existe margen para el indispensable rescate, para que no se repitan criminales historias contra natura.

Ni siquiera con su extrovertida cuñada *Miana* logró sincerarse durante 2006-09, a pesar de que ésta le contó varias veces su testimonio de niña abusada sexualmente, a los ocho años de edad, por un matrimonio de adultos. Y que cuando acudió al auxilio de la tía política, María de Jesús, ésta la amenazó “con matarla” si lo platicaba a su marido, el tío consanguíneo de *Miana*. Acudió entonces al sacerdote Alfonso Ornelas, se confesó y éste aprovechó la narración infantil para masturbarse en el confesionario y tocar los incipientes pechos de la niña. Ni así se franqueó *La chiquita*.

Con esa carga vivió y por fortuna logró compartirla, sin nombres ni detalles como corresponde a una persona en sus cabales, con el hombre al que amó los últimos cuatro años de su vida. Nunca se lo dijo en forma explícita pero no hizo ninguna falta, porque en los hechos de la vida cotidiana –con frecuencia sumamente importantes como los deliciosos alimentos del mediodía, algunas composturas de la casa o hacerse cargo de él cuando caía en cama–, hablaban más, mucho más, que *Veinte poemas de amor...*

Angélica –cuenta la menor de las hermanas– se cruzaba por abajo del tren en Clavelinas y Tlatilco, en la colonia del mismo nombre, cuando iba en tercer o cuarto año de primaria.

–¡Te voy a acusar con mi mamá! –Le advertía a su hermana un año mayor. Y ésta ni remotamente se arredraba. A gatas y pecho a tierra se desplazaba por las vías del ferrocarril y las cruzaba de un lado a otro

El depositario de sus últimas querencias, vio en 1974 a niños y niñas que emprendían una aventura menos temeraria, pero también peligrosa, cruzar por entre las uniones de un vagón y otro, de un lado a otro del tren, mientras llevaba a Alexis a la casa de *Cisca*, la bisabuela que falleció a los 100 años y quien durante la derrota de los republicanos por las hordas del franquismo cruzó Los Pirineos a pie, en pleno invierno, con su marido Miguel y Natura de apenas 10 años de edad.

El también vecino de *La chiquita* recuerda aún el día que llevó a Alexis en su carriola de Nueces 183-12 a Tlatilco y Artemisa, y antes de cruzar las vías del

tren, el escandaloso silbato provocó el llanto incontrolable del bebé de apenas 10 meses.

Pero la niña no se amilanaba ante el peligro. Ni entonces ni después. Hasta 2008 platicaba con voz fresca y segura que durante un viaje en transporte público del Distrito Federal a Tlalmanalco, estado de México, asaltaron a los pasajeros del camión y ella fue la única que no se dio cuenta. Jugó con los asaltantes sin enterarse de riesgos y peligros y, lo que es peor, le provocaba risa. Hasta que se le hizo ver que nada tenía de gracioso y que estuvo cerca de arriesgar la vida por nada, por su naturaleza de mujer distraída, despistada.

–¡No pasa nada! ¡No pasó nada! –Eran las respuestas que tenía a flor de labios y una sonrisa angelical que iluminaba su esbelto, juvenil cuerpo y seducía a cualquiera o por lo menos desarmaba al enojón –así le decía cuando la molestaba– de su vecino desde 1997, pero su pareja hasta 2006. Vivieron frente a frente sin que se interesara el uno por el otro. Más todavía, casi un cuarto de siglo compartieron la misma colonia sin registro mutuo alguno.

Así es la vida de compleja y, a la vez, de sencilla.

Cuenta la sonoreNSE Ángeles: –Felicidades porque viviste esa relación que descubres fue tierna, bonita y dulce, aunque breve. Ni hablar. Dicen por allá en mi pueblo que "de lo bueno, poco".

Y tiene completa razón.

Pero hablamos del tren. Y el tren estrechaba, unía a la pareja. Tras concluir sus encuentros íntimos, terminaban un buen, largo rato, abrazados, él boca arriba, con el brazo alrededor de su cuello y ella de costado pegada al cuerpo de su hombre y cuando se separaban él tomaba delicadamente su pezones y ella verbalizaba sobre la tibieza de su mano, el esmero, el cuidado con que acariciaba sus abundantes, sólidos y bellos pechos con sus 48 años encima. Y aparecía el silbato del tren, acaso en el mismo punto en que ella 39 años antes convocaba, retaba al peligro.

Y él recordaba y le platicaba sobre las estaciones de trenes en las que vivió muy cerca, en Matamoros y Río Bravo, Tamaulipas, y las innumerables vías de ferrocarril que se le atravesaron por la vida, en sus viviendas de Monterrey, Nuevo León, y de Moscú, Unión Soviética; en los centros de trabajo, niño todavía en Brownsville, Texas, y en la vecina que otrora se llamó Bagdad, como la invadida por la soldadesca más desprestigiada ante la presente humanidad.

Los silbatos de los trenes al recorrer las vías de Tlatilco y de la Nueva Santa María, las campanadas de la parroquia De Nuestra Señora del Sagrado Corazón llamando a misa –donde ahora reposan sus cenizas– constituyeron el remanso dulce, enternecedor de una pareja bastante dispar y que a la hora de rendir culto a los amantes –los que se aman, significa o debiera significar– se entregaba plenamente y por arte de magia hacía desaparecer cualquier diferencia.

Miguel Ángel

Revalorar para reconocer mejor la trayectoria de Miguel Ángel Granados Chapa, y aprender de ella también aprehendiéndola, es tarea de colegas, lectores y estudiosos del quehacer periodístico.

Numerosos periodistas y escritores hicieron, con el generoso corazón en la mano, su propio retrato del maestro nativo de Mineral del Monte, Hidalgo, el bello poblado de los deliciosos pastes, oficio que los nativos heredaron de los mineros ingleses.

Destacó la espléndida entrevista que hace tres años le hizo Elvira García al autor de la treintañera Plaza Pública, columna que el 14 de octubre de 2011, apenas dos días antes, despidió Miguel Ángel con la premonitoria sentencia:

“Esta es la última vez en que nos encontramos. Con esa convicción digo adiós”.

Y la sabia apuesta: “Es deseable que el espíritu impulse a la música y otras artes y ciencias y otras formas de hacer que renazca la vida, permitan a nuestro país escapar de la pudrición que no es destino inexorable. Sé que es un deseo pueril, ingenuo, pero en él creo, pues he visto que esa mutación se concrete”.

El editor conoció a Miguel Ángel porque Arnoldo Martínez Verdugo le indicó que lo acompañara a una cena de trabajo, en el primer semestre de 1976, cuando dirigía las páginas editoriales de *Excélsior*.

El 8 de julio del mismo año se produjo el golpe de mano de Luis Echeverría al equipo dirigente del diario encabezado por Julio Scherer. La Unión de Periodistas Democráticos, fundada el 11 de abril de 1975, destacó en la denuncia de los hechos y la promoción de la solidaridad.

La filiación ideológica de Jorge Meléndez, Antonio Cáram y el escritor preocupó a los destituidos por temor a que el gobierno “la usara para descalificar a la naciente agrupación y al mismo *Excélsior*”, como se consigna en *Granados Chapa. Un periodista en contexto*, espléndida biografía del enciclopedista Humberto Musacchio, a quien no gusta tal denominación para su exitoso trabajo.

Ignora el editor si Miguel Ángel compartía ese riesgo, ajeno como era a los prejuicios anticomunistas, porque siempre tuvo la gentileza de registrar en su columna principal –también escribió De Interés Público para el semanario *Punto*– varios momentos de su actividad desde 1980.

Como director de Radio Educación, el ya maestro Granados contrató los servicios del aún incipiente reportero para que laborara como corresponsal en Moscú de los noticiarios de la emisora, uno de los cuales se enlazaba con el Canal 11. Tarea que realizó gustoso de octubre de 1977 a julio de 1978.

Recuerda muy bien el alumno, uno de miles, que de febrero de 1987 a mayo de 1989, maquiló editoriales, llamados institucionales como si existieran otros, para *La Jornada* y estableció tal empatía profesional que con una frase de Miguel era suficiente lineamiento para redactarlos. Todo lo contrario a las instrucciones de Héctor Aguilar Camín, quien prácticamente dictaba el texto, y con Carlos Payán la tarea resultaba agotadora por prolongada.

Alguna vez José Carreño Carlón, uno de los tres subdirectores del diario, preguntó sonriente al escritor:

–¿Ya te dictó Héctor el editorial? –Atinaba el buen *Pepe* porque conocía de más al insufrible historiador y novelista en su condición de jefe periodístico, pero brillante intelectual.

Gracias a la recomendación de Miguel, como subdirector, el escritor ingresó a laborar como editor de *Punto*, de septiembre de 1987 a diciembre del 88, gesto que agradeció. La respuesta no dejó margen para insistir:

–Yo sólo abrí la puerta. Tú entraste e hiciste el trabajo por el que permaneces.

Fueron tiempos de cercanía profesional en que Granados le enviaba al editor la crónica parlamentaria y la columna tal y como las sacaba de la maquina de escribir, para realizar la grata tarea de revisarlas.

Y a la hora de partir del semanario de Wong Castañeda, instalado en el papel de director general y propietario tras desempeñarse como agregado de prensa en la embajada de México en Pekín, el editor solicitó la intermediación de Miguel Ángel para lograr la liquidación que conforme a derecho le correspondía y evitar, así, interponer la demanda laboral.

Don Benjamín opuso resistencia:

–El jefe de redacción ni siquiera me presentó su renuncia. No tiene derecho a liquidación.

Los buenos, excelentes, oficios de Granados Chapa resolvieron el desacuerdo. Relataba el maestro que le explicó al propietario: –No te recomiendo, Benjamín, un pleito laboral con tu exjefe de redacción.

Cuenta Tomás Granados de la videocasetera que le envió como regalo un funcionario público y que la regresó pese a que sus tres hijos la necesitaban y Miguel Ángel no podía comprarla. Al alumno, desde fuera del aula, le consta cómo declinó que Manuel Garza González, hijo, le pagara su desayuno. Y en privado le aclaró:

–Vine porque tú me invitaste.

Pero la formalidad no fue de sus fuertes, o bien lo rebasaban los múltiples compromisos periodísticos y ciudadanos.

El escritor padeció dos plantones al Grupo María Cristina y otro a cientos de asistentes al auditorio Ricardo Flores Magón de Ciudad Universitaria para hacer el escudriñamiento del asalto a las torres retransmisoras de CNI Canal 40.

Mas la maestría y aportaciones de Granados Chapa son infinitamente superiores y el mejor homenaje en su ausencia es persistir en la ruta que trazó.

Pendejez

La pendejez debería ser considerada un derecho humano y, por tanto, universal, indivisible e imprescriptible. Como todos los derechos humanos de primera, segunda, tercera y cuarta generaciones, ha de ser escrupulosamente respetado por todos los que poblamos la aldea global.

Sin embargo, debiera establecerse como estrictamente prohibida la propensión a ostentarla.

Azcapotzalco, DF, 9 de agosto de 2012.

Eduardo Ibarra Aguirre ejerce el periodismo desde junio de 1970. Su primer vínculo con éste es como voceador de *El Gráfico*, *La Prensa* y *Esto*, en Matamoros, Tamaulipas, donde nace el 9 de agosto de 1950.

A su desempeño como corresponsal de *Oposición*, *Radio Educación* y Canal 11 en Moscú (1977-79), le antecede la conducción de un programa radiofónico en la Escuela Superior de la Juventud Wilhem Pieck, de Bogensee, República Democrática Alemana (1967-68), donde estudia como becario de la Juventud Comunista de México, organización de la que un año más tarde es dirigente hasta su desaparición en septiembre de 1973, como también forma parte del Comité Central del Partido Comunista Mexicano (1972-81) y lo representa en la Unión Soviética.

De formación autodidacta, se forja en la prensa comunista y sucesivamente es editor de *Combate*, *La Voz de México*, *Oposición*, *Memoria*, *Punto*, *El Economista*, *La República*, *Concertación*, *Forum* y *Forum en Línea*, y de las agencias *Informex* y *Univ*.

Como articulista colabora en *Ovaciones*, *Agencia de Prensa Novosti* (Moscú), *El Periódico de México*, *El Norte* (Chihuahua), *El Diario* (León), *Hoy*, *La Trilla*, *Cuestión*, *¡Viva!*, *El Sol de México*, *Unión*, *La Crisis*, *Síntesis de Puebla*, *Síntesis de Tlaxcala* y *Síntesis de Hidalgo*, además de los ya mencionados.

En tanto que editorialista participa en *La Jornada*, *El Economista*, *Forum Azcapotzalco* y *Forum*, revista de la que es editor de julio de 1992 a octubre de 2010, cuando desaparece bajo el acoso gubernamental y perdura como *Forum en Línea*. Como autor de columna y de comentarios lo hace en *El Economista*, *Estéreo Cien*, *Radio Chapultepec* y *XEQK*. Desde septiembre de 2004 redacta la columna *Utopía* que se publica en más de un centenar de medios impresos y electrónicos.

Cofundador de la Unión de Periodistas Democráticos, la Coordinadora de Trabajadores de los Medios, el Partido Socialista Unificado de México y el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, es autor de los libros: *Ejército, medios y libertad de expresión*; *Complot contra un proyecto de nación*; y *Julio Rosovski. De Ucrania al comunismo mexicano*. Además de coautor de *Historia del comunismo en México*; *Democracia emergente y partidos políticos*; *La corrupción foxista*. *Conaliteg, un mar de engaños*; así como autor de ensayos publicados en *Nueva Antropología* y *El Machete*. Coordina el Grupo María Cristina.

